



HAZME UNA
ESCENA DE
AMOR

ANA BREGAN
(UPs, NO, perdÓN)

C.M.A

HaZmE uNa EsCeNa

De Am♥r

C.M.A

Copyright © 2015 Carolina V. Moreno Azúa

Primera edición: Diciembre de 2015

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio reprográfico, electrónico, químico, mecánico, de grabación o fotocopia sin autorización expresa de la autora.

No necesitamos diálogos perfectos, escenas bien logradas, ni una trama bien estructurada. La mejor historia de amor es la que no se piensa... es la que se vive.

Gracias por leerme...

Soy una afortunada, lo reconozco. Vivir de lo que uno considera su pasión es maravilloso. Mi imaginación pone el plato de comida sobre la mesa y mucho más. Cuento historias, invento pequeños mundos en los cuáles otros se pierden por momentos, por horas, días, y no voy a mentir, yo me pierdo junto a ellos también. Todos necesitamos una realidad utópica que nos aleje de lo cotidiano, y en lo últimos años, al parecer, he sido muy buena en la construcción de esas realidades.

No pretendo dar un curso de escritura en éste momento, pero es imprescindible hacerlo para que conozcan el instante presente de mi vida. En función de ello, sacando lo obvio del ABC de la construcción de una historia: introducción, nudo y desenlace, nos queda uno de los factores más importantes del tiempo dramático, el punto de giro.

Los ejemplos de puntos de giro más claros siempre se hallan en las películas. Pensemos en un largometraje cualquiera, durante los primeros quince o veinte minutos la presentación de los personajes y lo que aparentan ser sus conflictos personales se manifiesta, acto seguido el primer punto de giro se sucede, por H o por B, los personajes comienzan a zambullirse en la historia del otro, de ésta manera una serie de acontecimientos de distinto calibre se van desarrollando en crescendo hasta que se detienen de forma definitiva frente al otro punto de giro, de seguro el más importante, el de mayor relevancia, el que cambia la historia, y éste punto de giro conocido como “game changer” suele presentarse cerca de los cincuenta y tantos de minutos. Si hablamos de un romance, es posible que la reciente y feliz pareja se enfrente a una situación que los obligue a la distancia, si indagamos en un policial, es esperable que para ésta altura las pruebas contundentes de la personalidad del asesino serial más buscado del planeta cobren protagonismo. Así, empujados por una historia bien construida, ingresamos en una carrera a contrarreloj, nos encontramos ante situaciones de introspección, debilidad, inclusive, acción frenética, que nos llevan a la velocidad de la luz al final, un final que nos deja en la boca el sabor del después de la historia, algo que quedará libre a nuestra imaginación.

Ahora, retomando mi historia, y considerando que soy muy buena captando los indicios que se deslizan en el aire para que el lector presuponga, presupongo que estoy en problemas.

Oh...Oh...¡Maldito game changer!

Serios problemas.



Puedo verlo en su rostro. Es una mujer fácil de leer. O yo un paranoico.

Sí, es posible que sea la paranoia hablando.

No, no...

Puedo verlo. Es un libro abierto, podría subtítular sus pensamientos con total libertad. Lo dije ya, estoy en problemas.

Berenice Estévez es la jefa editora de R&N Books, una importante editorial de renombre internacional originaria de España que tiempo atrás extendió sus tentáculos a otros continentes. Desde hace dos décadas vienen ampliando su catálogo con autores de calibre mundial, y descubriendo nuevos talentos de habla hispana.

En lo que respecta a “nuevos talentos”, sin pecar de ególatra, puedo considerarme uno de ellos. Por lo menos de momento.

Once años atrás, luego de una convocatoria de recepción de manuscritos, tuve mi primer encuentro cara a cara con Berenice, un encuentro de ensueño digno de una soñadora compulsiva como yo. Ése fue mi primer punto de giro. Aquella tarde, luego de dos cafés y una verborragia compartida, abandoné su oficina con mi primer contrato editorial, el primero de muchos.

En el arcón de mis éxitos atesoro ocho Best-Sellers. Bueno, siendo objetiva y crítica, tal vez lo más acertado es decir siete, el octavo pasó por entre las manos de las lectoras sin pena ni gloria, y creo que dadas las circunstancias actuales, mi reciente bebé editorial, el que en éste momento juega en las manos de mi fiel editora, no va a ver la luz. Dije que podía subtítular los pensamientos de Berenice...ahí voy entonces.

« Carente de ritmo », « protagonistas planos », « diálogos cursis »

Sobre todo, diálogos cursis, o empalagosos como le gusta decir a ella.

No lo digan, lo sé. No son los pensamientos de Berenice, son los míos. El enemigo interno es el peor de todos. Cuando la duda y el desencanto me toman como prisionera me planteo el hecho de abandonar la escritura, en especial el romance. Llega un momento en la trayectoria de todo escritor donde la necesidad de cambio de género golpea a la puerta, es posible que mi mala costumbre de escuchar música mientras escribo no me haya permitido oírlo. ¿Quién sabe? Tal vez lleva años golpeando. En los últimos tiempos las críticas me han descuartizado, cocinado a fuego lento, y en vista de que ya me acostumbré al desmembramiento de mi persona, puede que analicé la posibilidad de abrirle la puerta al policial negro.

—Dilo, sin medias tintas. Dispara a quemarropa—intenté poner presión a sus palabras, mis suposiciones me atacaban con descaro, yo sola me condenaba al exilio editorial—. Lo odias, ¿no?

—No, todavía no he llegado a ese punto.

Lo hizo, disparó a quemarropa, aunque fue breve, y en su brevedad estaba oculto el peligro.

Cuando Berenice le ponía límite a las palabras era evidente que no tenía apreciaciones buenas para obsequiar.

—Pero presentes que lo vas a hacer.

—Eres muy intuitiva.

Decirme eso era el equivalente a arrojar el manuscrito a la basura.

En mis pasadas etapas de escritura había transitado por diversos comportamientos típicos de escritor, pasé de escuchar y considerar cada opinión ha desecharlas por completo sin posibilidad de análisis. Los aires de superioridad que había obtenido con el éxito me habían otorgado la capacidad de todopoderosa, se hacía lo que yo quería. Tiempo pasado. Otra era la cuestión ahora, caía en la etapa de supervivencia narrativa, y cuál zombie come letras iba en busca de mi alimento, la ayuda.

—Es ella, lo sé. Intenté darle más fuerza al personaje femenino y se terminó devorando la historia—Y como siempre en vez de pedir ayuda, escupí una catarata de posibilidades para sostener lo escrito— Estoy pensando en darle un perfil más sumo, pero desde el lado de lo personal, un sometimiento psicológico fundado en lo que cree correcto y que no...valores, no emociones.

—¡Detente ahí! No sé qué es peor, si leerte o escucharte—Una puñalada al corazón, así impactaron las palabras de Berenice en mí—.No es ella, no es él—continuó con falsa simpatía en su voz, esa que usa cuando se aproxima a dar sentencias—Es una combinación de cosas que abarca desde el título a todo lo demás.

—He pensado cambiarle el título para que no resulte un típico cliché romántico—interrumpí como una niña con una excusa mediocre para evadir la mala nota.

Existía una parte de mí que reconocía las falencias en la historia, esa parte objetiva que todavía se mantenía a flote, pero después estaba la otra parte, la que tenía la subjetividad a flor de piel y que siempre estaba a la defensiva brutal.

«Bajo el fuego del desierto»

Era un cliché desde dónde uno lo mirara.

—Eso es lo de menos importancia aquí, es más, si explotaras al máximo ese título, otra sería la cuestión. El título tiene lo que le falta a la historia—No entendía a que se refería, y creo que mi rostro se contorsionó a favor de ese no entendimiento—¡Fuego!...—gritó, y ese grito fue como una bofetada imaginaria. La falsa simpatía se evaporó para darle lugar a la ebullición real—¡Fuego, calor, pasión!

Considerarme una especialista en el género en éste momento no era lo más correcto, pero sin desmerecerme llevaba años contando historias que hacían suspirar y enamorar a miles y miles de mujeres. Era posible que mi estilo de escritura estuviera haciendo agua, no así la base de mis historias, el romance era mi sello personal.

—Me parece que estamos teniendo distintos conceptos sobre lo que significa pasión—fundamenté. Iba a defenderme, necesitaba ayuda, estaba claro, aun así estaba dispuesta a salvaguardar mi territorio.

—Sí, tú idea de pasión está arraigada a la literatura victoriana, la mía al presente.

Y con eso me fue suficiente para detectar la línea del alegato, ya conocía ese discurso, no me gustaba, no me sentía cómoda en él.

—Te refieres a sexo—el desagrado fue inminente en mi voz, no era mi estilo, prefería que mis lectoras crearan sus propias imágenes, y o las empujaba a la escena y ellas creaban a su antojo—.Sabes que prefiero dejar partes libradas a la imaginación.

—Bueno, es evidente que eso no te está funcionando ahora—la exaltación anterior que la había llevado a gritar «fuego», disminuyó. Entrábamos en la fase editora, esa fase de aleccionamiento que tanto le gustaba dar— Te estás convirtiendo en una película apta para todo público, cuando en realidad lo que tienes que ser, es apta para mayores de dieciocho, en su defecto, dieciséis con censura.

Venía luchando con éste asunto desde hacía tiempo, Berenice traía a colación siempre el mismo argumento, y el motivo por el cual yo me negaba a caer en el erotismo descriptivo no tenía un fundamento real en sí. El tan usado «no es mi estilo» comenzaba a cavarse su propia tumba.

—¿De verdad prefieres cuatrocientas páginas de sexo explícito en vez de una buena historia?—apelaba a su buen gusto editorial.

—No, quiero una buena historia con buen sexo—abandonó el lugar de poder detrás de su escritorio para sentarse a mi lado—. Tienes mucho talento, Anabela, tú pluma es bella y ha conquistado muchos corazones, pero el idilio se termina, siempre sucede, después del enamoramiento inicial sólo resta construir las bases para una nueva relación, la que vale, la que con suerte se prolongará en el tiempo.

Mis lectoras comenzaban a serme infieles, estaba claro. Ya no era la dueña de sus corazones, poco a poco me convertía en un romance del pasado, y Berenice trataba de recordármelo de la mejor manera posible.

—Cariño, están pasando sobre ti, pisan tu cabeza—Era condescendiente y a la vez dura, directa—Estamos frente a una revolución del género romántico, ya no es todo color de rosa, ahora el matiz que lo cubre es rojo, rojo pasión.

Me aferraba a lo que tenía, porque a quién engañaba, dentro, muy dentro no había nada más.

—Te he dado pasión, todos estos años, te he dado eso.

—Susurros al oído, roce de labios, caricias robadas...ya no es suficiente—Sus ojos comenzaron a bailar de un lado a otro, la imaginación cobraba vida dentro de su cabeza, y se motivaba con la única intención de lograr lo mismo conmigo—¡Hazme arder! Quiero sofocarme en tu lectura. Quitame el sueño, arrástrame a los brazos aburridos de mi marido.

—Apelas a lo imposible—Sí, me di el permiso bromear, sino lo hacía comenzaría a llorar como un acto de propia decepción.

Y sirvió, Berenice rio.

—Tienes razón, pero únicamente en lo que respecta a lo último. Confió en ti—tomó el manuscrito y lo apretujo contra mi pecho— puedes hacer mucho más que esto. ¡Muéstrame la Anabela 2.0! Regálame una dosis de erotismo en estado puro... hazme...

—Hazme arder, lo sé—interrumpí ocultando mi escasa motivación.

—No, hazme seguir confiando en ti. No me obligues a enterrarte en el olvido.

Iba a morir, y en mi epitafio se leería lo siguiente.

«No supo arder...y se extinguió»



Estaba llegando al desenlace de mi propia historia. Contra mi voluntad me había visto forzada a enfrentarme al «game changer» que me instaba a cambiar para guiarme hasta un final feliz...o detestable. Pasos, pasos me separaban de una categórica clasificación, mi vida dejaba de ser una comedia romántica para transformarse en drama.

Cinco días de re-lectura, modificaciones, corte y pega, y nada me había servido. De cabeza en caía libre al peor de lo abismos, ese era mi destino, aquel destino en el cual recurrimos a las viejas anotaciones, a las historias a medio a terminar para robarles un pedazo del alma. Vergüenza de mí.

La amarga idea de pensarme en el fin de mis días, en mi ocaso creativo, me estaba provocando una úlcera que me hacía sentir vacía por dentro. Y créanme, no lo estaba, llevaba saturando a mi estómago con toda la comida chatarra existente en el mundo.

En las pasadas noventa y seis horas sólo dos acciones habían sido repetidas de forma sistemática por mí, una, teclear con frenesí frente a mi pc en una maldita hoja semi en blanco; y la otra, la más productiva, había sido la opción de re-llamada en el teléfono que me abría la puerta al delivery desmesurado.

Había decidido aislarme del mundo por unos días para sumergirme en mis propios mundos, no lo había conseguido, la introspectiva sólo había colaborado con una alta dosis de mal humor, un mal humor que confesaba en su silencio una verdad nunca antes pensada: todo yo era una farsa.

Bueno, por lo menos mis historias.

La buena crítica y el éxito de venta me habían arrastrado al sedentarismo mental, ahora me daba cuenta de ello, repetía la misma fórmula de historia, variaba diálogos, pero sometía a mis personajes a las mismas acciones. Estaba ante un momento de crisis, por un lado me veía arrojada a una muerte temprana en el mundo de la narrativa romántica, por el otro, me sentía una estafadora. Les venía vendiendo a mis lectoras una reversión continua de una única historia.

¡Más vergüenza! Eso me agobiaba ahora...Mi musa era una gran mentira, debía reconocer que estaba perdida en la laguna de lo “no original”.

Y como si mis sentimientos autodestructivos no fuesen suficientes, el pedido que había hecho hacía ya más de una hora al restaurante de comida rápida, no tenía nada de rápido.

La energía contenida del encierro me hacía transitar las habitaciones de mi departamento una y otra vez, para apaciguar la actitud inquieta que me movía, tomé un paquete de snacks de la alacena de la cocina y me arrojé en el sofá. Dejaría que el tiempo pasara consumiendo calorías crujientes.

¡Sí!...Quince minutos después, la magia ocurrió.

Casi como un acto reflejo, mi cuerpo reaccionó al timbre del portero eléctrico. No necesité indagar mucho en la presencia que se hallaba a mi espera en la puerta de calle, accioné la apertura de puerta automática para permitirle el ingreso. No, no pensaba poner un dedo fuera de mi departamento. Lo único que me importaba era mi pizza extra queso con agregado de champiñones.

Tomé el dinero preparado, incluí un plus que me aseguraba siempre un servicio respetable, no en tiempo, eso estaba claro, sino en llegada a destino presentable. No quería que los champiñones de mi próximo pedido bailaran por fuera del queso.

Hice un chequeo general de mi vestimenta, camiseta arrugada pero sin posible transparencia, pantalón deportivo holgado, medias, y cabello...mmm... ¿a quién demonios le importa mi cabello?

Golpearon. Abrí, y mi estómago gruñó furioso.

Era Érica, mi hermana.

—¿Dónde está mi repartidor de pizza?—la furia creció en lo profundo de mi estómago, avanzó por mi esófago y abandonó mi garganta con desesperación.

—¿Dónde está mi hermana?—venía en actitud de reclamo con tintes de terapeuta personal.

La conocía, yo misma me había sentenciado a ésta visita, no había respondido a sus llamados telefónicos y eso bastaba para activar su fase hermana superhéroe al rescate.

Volví al sofá, me abracé a mis piernas, me hice un bollito, no para reflejar lo realidad de mis sentimientos internos, no, para ocultar lo patético de mi imagen.

—¡Por dios santo!¿Qué le sucedió a tu cabello?

La estrategia “pasar inadvertida” no funcionó, consciente de que lo inevitable no podría ocultarse, me estiré por completo en el sofá.

—¿Qué le sucedió a todo tu cuerpo?—Érica era una mujer muy insistente—Pareces una muñeca de trapo electrocutada—Y sin problemas para opinar con libertad lo que pensaba. Contemplé el estado general del departamento—.¡Esto es un desastre!

Lo era, no me había preocupado por el aseo, repito, los dos ejes que estructuraron mi vida en estos días habían sido el falso intento de escritura y el delivery. Como verán, no exageré.

—¡No, mi vida es un desastre!—exclamé intentando dejar escapar una lágrima. El mejor ataque es la victimización, siempre.

—¿Y por eso apelas a una escenografía acorde al momento?

—Sí, el exterior es la manifestación de mi yo interno.

—Pues dile a tu yo interno que se bañe, porque está a pasos de oler como el exterior. Y, “spoiler alert”, no huele nada, pero nada bien.

Mi hermana era puro glamour, estaba a un par de escalones de cumplir los cuarenta, y por lo visto, su cuerpo parecía no haber recibido tal noticia. Tacones altos hasta para escalar el Everest, falda y chaqueta entallada hasta para ir de excursión a un safari, y un cabello rubio casi perfecto, digo casi porque el color original era otro, gracias a la industria cosmética había logrado su objetivo, y casi, casi parecía una rubia natural.

Arrojó su bolso al sofá y fue hasta el ventanal, lo abrió, al hacerlo pisó restos de cereal que de seguro habían caído ahí a la mañana. Me atravesó con una mirada de desaprobación, mirada de la cual me escabullí al instante.

—Desayuné en el balcón, necesitaba un poco de sol—seguía esgrimiendo excusas.

—Lo que necesitas es una ducha, y la necesitas ya—El enfado comenzaba a dominar su voz.

—No tengo tiempo para una ducha, debo invertir todo, absolutamente todo en lo importante.

—No tienes tiempo para una ducha, no tienes tiempo para responder un llamado telefónico—corrió los snacks que se apoderaban del resto del sofá, y contra su voluntad, se sentó a mi lado—Dime qué demonios sucede ahora.

—El fracaso ha entrado a mi vida, y no piensa irse.

—Siempre dices lo mismo—Se levantó más rápido de lo que se había sentado, me enfrentó de pie, y en ese instante, su cuerpo se asemejó al de un gigante. Era imponente—. Cada vez que una publicación de tus historias se hace presente empiezas con los mismos temores. ¡Deja el dramatismo para tus novelas!

—¡Está vez es diferente!

—¿Por qué? Si se puede saber.

—Utilizar el fracaso es un recurso para disfrutar más el éxito. Digo, pienso que me va ir mal cuando en realidad confié que va a suceder lo contrario, y si algo no llega a resultar, cosa que hasta ahora nunca ocurrió, puedo valerme de ello—todo mi interior comenzó a retorcerse, el abuso de comida estaba a punto de cobrarse el pase

libre que había obtenido—. El fuego se apagó—decirlo y oírme fue la certificación final de mi quiebre—. O pensándolo bien, creo que nunca existió, sólo fui humo.

Una liberación, eso fue mi confesión. Recién caía en la cuenta de la tensión que me aprisionaba el cuerpo. Me desplomé sobre el sofá víctima del agotamiento físico y mental.

Érica volvió a mi lado, sacudió el almohadón antes de sentarse, era evidente que no deseaba restos de snacks pegados a su falda. Tenía razón, todo era un asco.

—Bueno, ahora que tu Yo interno dio su discurso, permítele a los hechos reales hacer la mismo. ¿Qué ha pasado? Y omite la lírica, por favor, ve a lo concreto.

Mi hermana conocía todos mis artilugios escénicos de vida, durante años había sido la Reina del Romance Latinoamericano, ahora era la Reina del Dramatismo Universal, y ella no lo toleraba.

—Berenice desechó por completo mi manuscrito bajo el argumento de que le falta pasión.

—Decodifica por favor, los conceptos de pasión son muchos.

—¡Sexo, le falta sexo!—elevé mi voz, es más, creo que usé el exacto tono que Berenice utilizó conmigo.

—No me digas, ¿y recién se da cuenta de ello?

Puso el dedo en la herida, y dolió.

—¡No es broma!—el enojo comenzaba a nacer, con ella sí podía desquitarme.

—No, es verdad, lo sé, pero tampoco es un drama, menos que menos la antesala al fracaso que tu pintas.

La capacidad de Érica de mirar todo con el cristal de la calma lograba el efecto contrario en mi persona.

—Para mí lo es, llevo días tratando de vestir de rojo pasión la historia y no lo consigo. ¡El sexo no es lo mío!

Otra confesión. No podía competir contra las novelas eróticas. No podía, quería, pero no podía, no sabía cómo.

—¡De eso ya me he dado cuenta, y si te miraras al espejo entenderías por qué!—lo disfruté, Érica disfrutó el hecho de escupirme esas palabras.

La golpeé con un almohadón, no iba a permitirle que se aprovechara de la situación para traer sus comunes opiniones con respecto a mi vida amorosa, que dicho sea de paso, era lo opuesto a mis historias. No sólo no había sexo, el romance había desaparecido como por arte de magia también.

—¡No te burles de mi desgracia!—exclamé con el enojo al borde de los labios.

—Eso no es desgracia, agarra el periódico, sal a la calle, ahí hay desgracia, tú eres una consentida.

¿Lo era? Sí, lo era. Me había acostumbrado a vivir una buena vida en todos los aspectos, y haber sido mimada por el reconocimiento y el éxito había sido lo peor de todos. La ausencia repentina de ello me llevaba de cara al suelo sin ánimos de levantarme.

—Deja de pensar en lo que no puedes hacer, y piensa en lo que sí puedes—continuó forzándome a levantarme—. En primera instancia, darte un baño y arreglarte, lo único que puedes escribir luciendo de ésta manera es una historia de horror.

—Tal vez debería hacerlo, tal vez cambiar de género narrativo es la opción—los “tal vez” me sentaban bien, los usaba para todo en mi vida, eran la mejor excusa.

—Cambiar de actitud es la “opción”—resaltó la última palabra. Sus pasos guiaban a los míos en el camino directo al baño—. Recuerdas la tercera novela que escribiste, la histórica.

—¿«La Promesa»?

—¡Esa misma! ¿Cuánto estuviste estudiando sobre la semana trágica y la década del treinta?

Uffff...cómo olvidarlo. Había perdido parte de mi vista en la investigación de esa historia, semanas de biblioteca y archivos en la web.

—Mucho, más de lo que puedo recordar, pero valió la pena—me detuve, le puse un freno a su cuerpo. Comenzaba a motivarme con el recuerdo de mis viejos tiempos.

—¡Exacto! Y recuerdas la vez que tuve que ir a sacarte de la comisaria porque te habían detenido junto a una banda de “dealers” del narcotráfico.

Como olvidar...«Entre dos Fuegos». La investigación que había llevado a cabo sobre los carteles del narcotráfico latinoamericanos había sido la aventura más loca de mi vida.

—¡Ese fue un momento “épico”!—sonreí ante la evocación de mi mente.

Me perdí en mis pensamientos, viajé a mis historias y me anclé en ellas. Érica tomó mi rostro entre sus manos para provocar el contacto visual entre ambas.

—¿Qué conclusión sacamos, entonces?

—¡Que se me acabaron las buenas ideas!—así de fácil volvía a mi propio ataque.

Me abofeteó, mi hermana me abofeteó fuerte. Auuuuhhhh

—No, grandísima tonta...investigación, trabajo de campo. ¡Eso necesitas!

El rompecabezas no encajaba. ¿Trabajo de campo?

—¡Necesito erotismo y sexo!—La sugerencia de Érica era absurda desde todos los ángulos posibles—¿Qué sugieres? ¡Que vaya a un club nocturno de hombres!

¡Qué incursione en el cine porno!

Una sonrisa hallaba su inicio en el rostro de mi hermana, una nueva idea brillaba en lo profundo de sus ojos. Sin darme cuenta había alimentado a la fiera.

—Lo primero no estaría mal—aseveró sumándose a mis opciones.

—¡Estás loca!

Sin deseárselo le entregaba en bandeja la posibilidad de criticar mi estado civil de los últimos años. Y con tal de abandonar dicha charla estaba dispuesta a todo, inclusive a meterme al baño en busca de una ducha.

¡Bingo!

No fue necesario.

El portero eléctrico resonó.

¡La maldita pizza se hacía presente en el mejor de los momentos!

—Lo siento, mi apetito puede más que el trabajo de campo—tomé el dinero y fui una vez más hasta la puerta—Tú decides, te quedas y la compartes conmigo, o te vas llevándote tus inadecuadas sugerencias.

Dos golpes. Abrí esperando encontrar a mi extra queso y ruta de escape.

Pero no, no era el muchacho del delivery. Era Iris, mi amiga de la infancia. Tomó el dinero de mi mano, y se lo guardó en el sostén.

—Gracias, tú sí que sabes darle la bienvenida a alguien.

—¿Dónde está mi pizza?—no fue una pregunta directa a ella, fue una pregunta al universo. ¡Dónde demonios estaba mi condenada pizza!

—¿Dónde está tu atuendo de viernes a la noche?—me recorrió con la mirada espantada—¿Estás enferma o algo así?

La dejé pasar, cerré la puerta dispuesta a llorar por dentro. Sí, se puede llorar por dentro, yo soy una especialista en ello. No estaba con humor para lidiar con nadie. Quería calma, y estas dos mujeres eran todo lo contrario, eran dos huracanes, y juntas eran un peligro. La devastación total me esperaba.

—Ni enferma ni algo así—Érica dio la primera estocada—Le falta sexo, necesita sexo.

Era fácil arrastrar al complot a Iris, era una maestra del asunto.

—¡Dime algo que no sepa!—bromeó cómplice con Érica.

Debía poner un límite antes de que me acosaran en grupo, especialmente a Iris, su vida de esposa y madre la hacía exprimir al máximo toda oportunidad de disfrute y distracción.

—Perdón que pregunte...pero ¿qué haces aquí?—fui brusca, intentaba serlo para dejar claro el mensaje de que no estaba dispuesta a nada.

Iris no pareció prestarle atención al trasfondo de mi intención. Se acercó a Érica para ubicarse a su lado. Ambas me observaron desde la pequeña distancia.

—Déjame reformular la pregunta a mí—Iris contrató—¿Qué haces tú...—hizo una evidente pausa para marcar el tenor dramático de su pregunta—...vestida así?

—Se auto compadece, eso hace—Érica se sentía en su salsa, ahora podía decir todo lo que quería, tenía un secuaz—. Y como verás, luce el vestuario adecuado para ello.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema del día?—Yo iba a hablar, Érica también iba a hacerlo, pero ella se nos adelantó, nos silenció con un dedo al aire, y una mirada penetrante—No me lo digas, no me importa, hoy es el tercer viernes del mes, y tú—me señaló con su dedo acusador—tú no vas arruinármelo.

Perdida en el tiempo, así estaba. Se me había escapado por completo el día y la promesa que tiempo atrás habíamos hecho. Iris estaba casada, y era madre de una traviesa pareja de gemelos, cuando los pequeños cumplieron un año, en pos de su beneficio psicológico, pactamos una salida mensual de amigas, esa salida se llevaba a cabo el tercer viernes de cada mes, por nada se suspendía, aunque el mundo se cayera en pedazos, nada la detenía, ni siquiera yo.

Deseaba quedarme a solas para ahogar mis penas y nadar en mi idea de fracaso, y eso no iba a suceder. Perdí la batalla. Una cosa era luchar contra mi hermana, otra muy diferente era hacerlo contra Iris. Me apoyé de espaldas contra la puerta, me había vencido.

—¡Quiero una copa de vino espumante, daiquiris de todos los colores, quiero de esas mini sombrillitas que te ponen en los tragos!—vino hasta mí, la confrontación visual y de palabras no le fue suficiente, utilizó todo su cuerpo—. Cámbiate de ropa...

—Antes que todo, que se dé una ducha, la necesita—interrumpió Érica.

Iris me olió, aunque suene desagradable, lo hizo.

—Date un baño—hizo énfasis en ese acto— cámbiate la ropa, y aparta por un par de horas la sensación de fracaso editorial que tienes en esa cabecita.

La referencia de Iris puso en sorpresiva alerta a mi hermana.

—¿Qué? ¿A ti te lo dijo?—estaba enojada—. ¡A tu hermana no le respondes un llamado telefónico, ni siquiera le contestas un miserable mensaje de texto, y a ella le cuentas todo!

La confrontación de cuerpos se hizo masiva, Érica vino también hasta mí. La situación comenzaba a no favorecerme y a asemejarse a un episodio de lucha libre, las dos sobre mí.

—No me lo dijo—Iris me otorgó el beneficio de la duda con mi hermana—Sé muy bien cómo sacar mentira por verdad, tengo dos hijos, no te olvides. Puedo ser muy persuasiva.

La cabeza comenzaba a estallarme, del silencio de los últimos días a esto había una gran diferencia, y yo no estaba preparada. Las empujé con delicadeza, me sofocaban.

—Por favor, si quieren hacer una competencia de esto, háganlo, pero lejos de mis oídos—aproveché la atención de ambas para librarme del compromiso—. No creo que dadas las circunstancias actuales de mi humor sea una buena compañía.

—¡Eso está bien claro!—alegó Érica.

—Pero nosotros si lo somos, para ti—contribuyó Iris. Sí, lo dije, dos huracanes—Necesitas fuente de inspiración para tu historia, bien, vamos a buscarla. Eres el colmo de las escritoras de romance, lo escribes pero no lo vives.

Y justamente por eso lo escribía, porque escaseaba en mi vida. Cargaba a costas un matrimonio fracasado casi adolescente, y un par de salidas infructuosas, nada más.

—Ya se lo dije, necesita trabajo de campo—Érica volvió a arremeter con su teoría.

—Coincido— el complot ya se había concretado, e Iris sabía cómo cerrar bien un trato—. Con más razón entonces, abandona el look de cenicienta del subdesarrollo, y vamos en busca de un príncipe azul que te mueva el palacio.

¡Dios santo! Cómo iba a terminar el día, mejor dicho...dónde iba a terminar el día, no la sabía, Iris y Érica juntas desplazaban de mi mente mi problema actual y se esgrimían como el peor de los problemas. Tenían mucho Sex & the City en su historial televisivo, y eso no auguraba nada bueno.

¡Ya estaba viejas para estas cosas!

Mi cuerpo se inmovilizó ante su lucha interna, se veía obligado a ir al baño por una ducha cuando en realidad quería arrojarlo en el sofá sobre un colchón de snacks.

—¡Vamos, mueve ese lindo trasero!—Érica era muy enérgica a la hora de motivar.

—¡Vamos, necesitas un Príncipe en tu vida, o por lo menos en tu noche!—Iris se valía de mi historial para hacerlo—y tienes que ir a buscarlo, ningún Príncipe va a venir a golpearte la puerta.

A veces el universo se comporta de forma extraña, ésta vez fue una de ellas.

Golpearon la puerta. La inesperada situación nos sorprendió a las tres. Iris era la más cercana a la puerta, la esperanza de encontrarse un sex symbol del otro lado se le veía reflejado en la mirada, abrió la puerta en un acto de total lentitud, y la esperanza se le fue al suelo al instante.

¡Por fin, mi delivery estaba aquí!

—El encargado del edificio me permitió el acceso—se excusó el muchacho ante las miradas expectantes de las dos mujeres que lo acosaban con la mirada—. En ésta semana he venido aquí más que en el último año. ¿Dónde dejo el pedido?

—Dónde quieras—se apresuró a decir Érica—No, mejor en aquella mesa—se corrigió y lo hizo caminar hasta el otro extremo de la sala con una obvia intención: observarlo.

Se me había quitado el apetito, la imagen de mi hermana y mi amiga mirando con descaro las musculosas formas del repartidor me causaban nauseas.

—Extra queso con champiñones—dijo al tiempo que la colocaba sobre la mesa.

Era un muchacho de apariencia común, pequeño pero musculoso, nada que llamara demasiado la atención a mi gusto, sobre todo porque la pubertad parecía haberlo abandonado hacía poco, era un niño.

Se quedó firme junto a la mesa, el silencio se convirtió en un hecho molesto y embarazoso, comprendí que su ausencia de palabras se debía a que esperaba su paga.

—¡Iris!— señalé sus pechos. Me comprendió al instante.

—¡Cierto!— ante la mirada directa del repartidor, con sensual parsimonia, extrajo del interior de su sostén el dinero—Aquí tienes—Fue hasta ella, tomó el dinero y le sonrió.

Para hacer el momento más desagradable, Érica se sumó al juego.

—Que lo aproveches, eres bienvenido cuando quieras.

—Ya saben dónde encontrarme—murmuró y se marchó cerrando la puerta detrás de él.

Nunca más iba a pedir comida a ese lugar. ¡Nunca más!

—¡Están locas!— las dos lograron sacarme de mis casillas—¿Qué bicho les ha picado?

—Evidentemente uno que no te picó a ti—se burló Érica.

Esto no tenía sentido, ir contra la corriente de estas mujeres era el peor de los errores.

—¡Metete en ese baño de una vez por todas que en media hora salimos!—Iris fue concreta, era la que siempre llevaba la voz cantante.

Gemelos desgraciados, la habían convertido en madre y ahora era muy difícil discutirle.

Obligué a mi cuerpo a retomar la acción, el baño...antes de hacerlo capturé la pizza con mis brazos. Nadie iba a separarme de mi extra queso con champiñones...¡Nadie!



No tengo buena tolerancia al alcohol, un par de copas de más me llevan de cabeza a lo inapropiado, aun así me arriesgué, prefería el olvido de acontecimientos que te regala la resaca antes que el parloteo continuo de Iris y de mi hermana.

Traté de mantener mi cabeza alejada de los pensamientos autodestructivos de declive artístico, pero ningún vino espumante consiguió que lo lograra. Estaba entre dos mundos, el que se sucedía frente a mí en ese bar ambientado en los ochenta, y mi realidad profesional que me exigía un cambio con una fecha límite que me pisaba los pies.

Todos mis recursos habían sido agotados, y por ello apelaba a la lógica de las mujeres que me acompañaban y que solían estimularme de las maneras más absurdas posibles. Trabajo e investigación de campo...allá vamos.

Hice agua, me hundí como un submarino en plena batalla naval.

No sólo no era buena escribiendo erotismo, tampoco era buena tratando de conseguir un amor de una noche. No servía ni para representar el papel de una mujer fácil.

Con todo el alcohol posible circulando por mis venas, y con la canción “Girls just want to have fun” sonando de fondo, cometí el segundo error de la noche. El primero había sido haberle hecho caso a las dos desquiciadas que me habían empujado al lugar; el segundo, haber considerado sus sugerencias, eso me había llevado al baño a vomitar mientras hacía un llamado telefónico para concertar una cita. Una cita nocturna, y por demás equivocada.

Tenía treinta y cuatro años y ya contaba con un divorcio. Había sido un matrimonio adolescente, un matrimonio de dos idiotas enamorados en el colegio que creían que su amor sería eterno. No lo fue, el amor se evaporó, se transformó en monotonía, en rutina. Al principio fuimos pareja, después nos convertimos en compañeros de departamento, y cuando asumimos el rol de madre e hijo, yo puse fin al asunto. Él coincidió conmigo al instante, y el divorcio fue más rápido que un suspiro.

Mi historia en el mundo del matrimonio no era algo que me molestara contar, contra todos los pronósticos habíamos durado más de un año, y con eso me bastaba para cerrarle la boca a todo aquel que decidía opinar sobre el asunto. No estaba del todo insatisfecha con mi historia pasada, pero quería dejarla ahí, divorciada a los veintiún años no era un buen título. ¿O sí? No, no lo creo.

Después de Ignacio, ese es su nombre, no hubo muchos hombres más, sólo hubo crecimiento profesional. Era verdad, escribía romances pero no los vivía, y el argumento para ello consistía en que no tenía tiempo, me dedicaba de lleno a lo que en realidad me satisfacía, contar historias. Aun así tenía necesidades, y como no había incursionado en el gran universo de la autosatisfacción, recurría a lo conocido. Y ese “conocido” acababa de golpear mi puerta gracias a mis temores de fracaso, al alcohol, y a las teorías de las mujeres que me habían regresado a casa a mitad de la madrugada.

Tenía un secreto. Un muy grande, uno que no abandonaba las paredes de mi departamento. Ni siquiera Iris estaba al tanto de él, hacerlo me condenaría a la hoguera. Confesar que mantenía, cada tanto, relaciones íntimas con Ignacio, era un suicidio familiar, y sobre todo algo que atentaba contra cualquier amistad que tenía.

Esto era caer bajo, lo sabía, pero bueno...era lo que había.

«A buen hambre no hay pan duro»

El asumir la situación en un estado completo de embriaguez causó el efecto contrario a lo que esperaba. Dicen que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, y desde hoy creo que están en la cierto, mientras Ignacio hacía acto de su masculinidad, mi cabeza inició un juicio y un análisis revelador de su labor sexual.

Estaba excedido de peso, y no era algo que yo criticara, no, yo también lo estaba, pero ese exceso parecía que le generaba otras reacciones...sudaba, sudaba en demasía, y ese sudor no olía a rosas. Ante tal hecho, me veía en la obligación de respirar por mi boca cada tanto para apaciguar la molesta y rancia fragancia. Intenté olvidar el asunto y dejarme llevar por el acto, le acaricié la espalda, y desestimé tal acción al instante, la humedad sudorosa de su piel se adhirió a mis manos. Quería limpiármelas, la sensación de suciedad que me causaba hizo que las refregara contra las sábanas.

Puaj... imposible el romance aquí.

Ahora me daba cuenta que el movimiento de sus investidas, que aprovechando la situación, aclaro, no son para nada profundas, eran favorecidas por ese sudor, que no sólo estaba en su espalda, también nacía en su pecho y le servía de lubricante natural. El muy desgraciado se deslizaba sobre mi cuerpo gracias al sudor.

¡Dios santo, ahora me sentía toda pegoteada!

¿Trabajo de campo? ¡¡¡¡Trabajo de campo!!!!

El había sido mi compañero en la materia de sexualidad, y dada la comprensión actual de la situación, ambos habíamos desaprobado la materia.

Mientras trataba de motivarme con intenciones de llegar a “su climax”, el mío no parecía que iba a hacerse presente, pensé en los personajes ficticios de las miles de novelas que había leído, al tiempo que su incipiente barba me raspaba las mejillas, y me irritaba los labios. Un mar de sensaciones incómodas se agitaba en mí, más ahora que su lengua me quitaba la respiración, pero no de buena manera, no, me sofocaba, hecho que me hacía retomar la respiración por la nariz...dándole la bienvenida, una vez más, a su perfume “made in sudor”. Y como si eso no bastara, para cerrar el cuadro de «A buen hambre no hay pan duro»...decidió jugar con mis pechos como si estos fuesen dos bollos de pastelería que necesitaban ser amasados.

«Pastelería», «amasado», «bollo».

Un único deseo nadaba en mi cabeza ahora, ir al refrigerador y disfrutar de las porciones olvidadas de extra queso.

Movida por ese sentimiento, que de seguro iba a colmarme de mayor satisfacción que éste, contribuí con la acción de la escena que se estaba llevando a cabo sobre mi cuerpo. Acompañé sus penetraciones con mis caderas, y le regalé pequeños gemidos que anunciaban una falsa llegada al éxtasis.

Entendió el mensaje. A pesar de todo era un caballero, él no finalizaba si yo no había obtenido la retribución de su trabajo, y ahora que lo confirmaba con mis claros indicios onomatopéyicos, ponía en juego toda su energía restante.

Alzó mis piernas, las calzó a la altura de sus caderas, y al ritmo de sus embestidas, los pelos gruesos y rizados de su pecho comenzaron a rozar de forma violenta mis pezones.

Mi cabeza golpeó contra la pared.

Auuuhhhh. Una vez...otra vez.

Gemí, gemí fuerte. Le clavé las uñas en la espalda fingiendo mi momento pleno, y lo hizo, se liberó de sí mismo dentro mío.

Sí, señores...y el Premio de la Academia a la mejor actriz de reparto (por qué de protagonista aquí yo nada tuve)...va para: ¡¡¡Anabela Bregan!!!!

Se desplomó a mi lado, en apariencia satisfecho, y al hacerlo arruinó por completo lo que quedaba de la situación.

¡Todavía llevaba los calcetines puestos!

Agradecía el hecho de haber bebido al extremo, contaba con el beneficio del olvido que el alcohol solía brindar, porque si antes no era capaz de escribir una escena de sexo aceptable, después de esto me quedaba entregarme a la resignación y al entierro editorial definitivo.

Cerré mis ojos, le recé al sueño para que apareciera, y por primera vez en la historia mis plegarias tuvieron su respuesta, me dormí.



La historia pasada entre ambos nos otorgaba un beneficio, no dar explicaciones ni pedir las, y cuando los llamados a mitad de la noche aparecían ninguno de los dos hacía planteos, de la misma manera que no eran necesarias las despedidas. Ignacio todavía conservaba una copia de llaves del departamento, así como llegó, se marchó,

en silencio, sin causar problemas, sin darle importancia al hecho.

Me desperté pasado el mediodía con una jaqueca terrible y una secuencia de imágenes que parecía dispuesta a acosarme para recordarme hasta el fin de mis tiempos el error que había cometido. Lo primero que vino a mi mente fue el sudor, ahora seco, adherido a mi cuerpo. Directo a la ducha, y ahí me quedé, bajo el agua más de un cuarto de hora, el calor y el vapor me sirvieron de relajante muscular, salí renovada.

Corría con el tiempo a mis espaldas, en menos de cuarenta y ocho horas debía presentarle a Berenice la reformulación erótica de la historia. Con una jarra de café a mi lado, y las tan preciadas porciones de pizza deseada, me largué a la aventura. La ventaja del encuentro con Ignacio había colaborado con una parte muy importante, ya estaba al tanto de lo que “no” debía escribir.

¡Dios, esos calcetines!...Vamos Anabela, concéntrate en la importante. ¡El fuego!

Deslizarse como una sombra más se estaba convirtiendo en el hábito cotidiano de cada noche. Estaba encerrada en un palacio de mentiras, cada vez que ponía un pie fuera de él lo descubría. Lo que necesitaba, la verdad, estaba ahí afuera, enterrada en la arena ardiente. El rol que jugaba Jalil en todo todavía formaba parte del inconcluso rompecabezas que se empeñaba en armar, él podía poner una sentencia sobre su cabeza, lo sabía, y convencerme de ello era lo que la apartaba de la culpa, la amarga culpa que nacía dentro de ella al contraponer sus ansias de él antes que la realidad que la había llevado hasta ahí.

Jalil Bin Hadad, era el ojo de la tormenta, y cada vez que estaba frente a ella lograba hacerle temblar cada uno de los falsos cimientos que había construido para alcanzar la verdad que había ido a buscar.

El patio interno le brindó la penumbra necesaria para mantenerse ajena a todo posible observador. La brisa caliente que atravesaba el lugar le elevó la temperatura corporal, y el perfume que llegó hasta ella la encendió por dentro.

Dividió una forma a través de las cortinas, alguien la esperaba, y su cuerpo sabía quién era, reaccionaba a él como movido por una suerte sortilegio. Mantuvo la calma en su actitud, atravesó el ventanal consciente de que sería prisionera de sus propios deseos.

—La noche es peligrosa—murmuró mientras el perfume de su cuerpo lo abandonaba marcando un camino directo a ella.

La luz de la luna iluminó traviesa el interior de la habitación, la informalidad vestía a Jalil, y su torso desnudo, torneado y bronceado por el sol del desierto, se convertía en una imagen suprema, digna de admiración, contemplación.

Debí luchar contra sí misma, forzarse a trasladar la calma actuada de su cuerpo a la voz. Sucumbiría a él, su cuerpo convulsionaba tan sólo con verlo, pero se aferraba al raciocinio que albergaba en su mente para controlarse y no arrojarse en sus brazos.

—No le temo a la oscuridad, la conozco—fue desafiante, no podía evitarlo, era la única forma de mantener la distancia. Una distancia que en realidad no quería.

—Pero no conoces la oscuridad del desierto—dijo al tiempo que avanzaba hacia ella—te absorbe, te devora...y no te deja ir—aprisionó contra la pared el cuerpo de Juliana con el suyo, rozó su cuello con la única intención de llegar hasta su oído y susurrar— yo no voy a dejarte ir.

Le arrancó el velo que le cubría el cabello, y enredó los dedos en él. Le gustaba sentirla libre, diferente, ello era eso, una gota de agua fresca en el desierto, en su desierto.

Juliana llevaba puesta una camisola larga de gasa, las costumbres le cubrían el cuerpo, y por ello Jalil las rasgó exhibiendo ante él sus pechos desnudos. Los besó, sintió el sabor de lo prohibido en su piel, y decidió llevar a cabo todo aquello que no había podido hacerle noches atrás. Era suya, podía sentirlo, ella vibraba entre el calor de sus brazos. Le acarició el cuello, y el fuego de sus manos trazó una ruta por todo su cuerpo hasta llegar a su...



...y el fuego de sus manos trazó una ruta por todo su cuerpo hasta llegar a su centro de necesidad.

Érica estalló en una carcajada.

—¿Centro de necesidad?...¿en serio?—la burla parecía que iba a perpetuarse en el tiempo—. ¿Qué le sigue?...Rozó mi monte de Venus. Introdujo sus dedos en mi delicada flor.

Le arranqué las hojas de la mano, ya bastantes comentarios denigrantes había obtenido por parte de Berenice, no tenía ganas de más.

—Perdón, no sabía que estaba hablando con la especialista en erotismo, deberías aleccionarme más a menudo—esa fue mi “ironía” hablando.

¡Ajá!...lo sé, ni para eso soy buena.

—Debería aleccionarte, PUNTO—finalizó y nos quedamos en silencio.

Disfrutamos del aire, cerramos nuestros ojos, y dejamos que el sol bañara nuestros rostros.

Nada mejor para el relax que el Club Privado “High Lands” un lunes a la tarde. Ese era el trabajo de Érica, gerenciar el lugar de élite más concurrido por la clase alta de la sociedad. Para alejarnos de los socios cotidianos nos ubicamos en el área de deportes, ahí la tranquilidad era manifiesta, y sentadas en una banca frente a las canchas de tenis, disfrutamos de la tarde primaveral y de mi mal momento.

—Sabes, a veces me sorprende la soberbia de tus expresiones—retomé el asunto, Érica suponía que era un ejemplo a seguir, y opinaba lo contrario—considerando que “tus experiencias” duran menos que un suspiro.

—Y por eso mismo deberías aprender de mí. Disfruto de la vida, mejor dicho, disfruto de los placeres de la vida—refuté mi comentario con artillería pesada—placeres que si “tú” los conocieras, no tendrías los problemas que tienes ahora...«centro de necesidad»—la broma final hizo eco en los alrededores.

Sí, sí...eso iba a quedar para los anales de mi historia familiar.

—¡Bravo! Continua, vamos...que a Berenice no le alcanzó el tiempo para más, de lo contrario hubiese tirado las hojas a la basura.

Mi hermana era directa, Berenice había adornado la misma opinión con todas las combinaciones posibles que el diccionario le había brindado para referirse a lo mío como una “perfecta porquería”.

—¿Basura? No, a esto hay que prenderlo fuego, y dejar que sus cenizas se mezclen con el suelo para que desaparezcan de la faz de la tierra.

—¡Tampoco exageres!—no iba a darle ese lugar a ella—.Escribe un best-seller y después hablamos.

Ayyy, mi ego abandonó la oscuridad del encierro y salió a la luz, de mala manera, pero lo hizo. Aunque resultara raro, era un avance, el auto-desprecio suele ser el peor enemigo, el ego, sin embargo, siempre resulta ser un motivador, por lo menos al principio, después es un mal consejero.

Érica se puso seria, y con razón, yo podía ser muy insoportable si me daba el lugar. No me lo dio.

—Perdón, yo no soy la que anda llorando por los pasillos vestida de fracaso, así que si necesitas sentirte mejor atacando a alguien, hazlo con otro, no conmigo.

—Eres la única a la que puedo atacar con tranquilidad.

Tenía extrañas formas de decir «Te quiero», ésta era una de ellas. Mi hermana las conocía a todas.

—Gracias, aunque de vez en cuando me gustaría compartir mi lugar con otro—se adelantó a su comentario y se sonrió—. Por ejemplo con Jalil... ¿por qué no atacas a tu bendito Jeque Árabe?

—Ey, ¿Qué problemas tienes con Jalil?

—¡Todos! Empezando por el hecho que lo considero el principal error de tu novela—Sorpresa, mi hermana estaba en plan Berenice, y eso no me lo esperaba—. ¿Cuántas veces te dije que los Jeques árabes son la peor elección de personaje romántico que existe?

Si mi editora era recurrente en el asunto de la pasión en mis historias, Érica hacía lo mismo en el área que involucraba a los personajes.

—Si vas a contar la historia de amor de un árabe con un mujer—continuó, y yo ya intuía el punto que quería alcanzar—, cuenta la de las otras dieciocho mujeres que forman parte de su harén.

—Eres una aguafiestas.

—No lo soy, simplemente prefiero un poco de realismo.

La conversación derivaría pronto en lo mismo, un hecho que la mayoría de los hombres planteaban ante los personajes multimillonarios y perfectos de los libros.

Érica era también una vocera oficial de dicho asunto.

—No me vengas con lo mismo otra vez, lamento decirte que de momento un chofer de ómnibus no es un buen protagonista de novela romántica.

—¿Y qué, un hombre con dinero, por el simple hecho de tener dinero, sí?—se levantó, me tomó de la mano forzándome a levantarme—¡Ven!, vamos a los salones principales, ahí hay hombres con los bolsillos bien forrados, y dime si tienen cara de protagonistas de novela. Te apuesto lo que quieras a que sales decepcionada.

Como escritora del género debía defenderlo con uñas y dientes.

—Por algo es ficción lo que escribo, para adornarla según sea necesario.

—Escribe ficción pero no la adornes, vendé posibilidades. Créeme, ninguno de esos hombres duran más de diez minutos en la cama.

—¿Hablas por experiencia?

Estaba al tanto de su reciente amor pasajero, un abogado corporativo divorciado de cuarenta y cinco años, apenas hablaba de él, aun así, yo sabía que la relación entre ambos avanzaba, lenta, pero avanzaba. Érica tenía un serio problema con las relaciones, ninguna pareja le había durado más de dos años, y el motivo de ello era que cuando la fase de compromiso se hacía presente, ella huía despavorida. No podía culparla, los únicos responsables de su fobia al matrimonio o a las relaciones de parejas extensas habíamos sido mi padre y yo. Papá traía en su mochila personal tres divorcios, sí, tres...y bueno, mi historia ya la conocen. No éramos el mejor ejemplo, y Érica nos utilizaba como referentes justamente por eso. Según ella vivía la vida que quería, libre, sin un hombre al cual atarse, sin suegra, sin hijos...nada, y a la misma vez, todo.

—Un poco y un poco. Por un lado, éste lugar tiene vida propia y cuenta todo, sé más de lo que te imaginas.

—¿Por el otro?—me adelanté a preguntar, quería confesiones.

Se ríe para sus adentros, lo noté en su mirada.

—Tengo un par de muertitos en mi armario, lo reconozco.

Indagué en lo profundo de mi cabeza, en algún lugar tenía que estar el nombre del abogado, estaba segura que por ahí estaba.

¡Apareció!

—¿Esteban es uno de ellos?

Se tomó el tiempo para pensarlo, y eso ya decía mucho, un no retundo lo condenaría a un próximo final, esto le abría la puerta a la esperanza.

—Verás, hay dos clases de hombres...con dinero—agregó puntualizando lo último— el que cree que su dinero basta para todo, inclusive como arma de conquista, motivo por el cual descarta a su desempeño sexual como un protagonista, hace lo básico, lo justo, lo necesario, más aun si la relación en sí es por completo pasajera— Dios, éste discurso debía de ser immortalizado, no tenía papel y lápiz así que recurrí a mi anotador mental—, quieren sexo y su satisfacción, nada más. Después están los otros, los “Esteban”, que quieren algo más, y saben que el dinero no es suficiente para perpetuarse en el tiempo, entonces trabajan, trabajan duro por una. Duro...— se sonrió perdiéndose en el recuerdo—, duro en todos los aspectos.

Lo ideal era no indagar mucho en el cuarentón, cualquier movimiento en falso de mi parte activaría las alarmas de mi hermana. No hice preguntas, el desinterés familiar le hacía creer a ella que la relación que mantenía era pasajera e insustancial.

—Bueno, eso lo hace un posible protagonista de novela romántica—dije.

Desde la distancia y el anonimato quería ayudar a Esteban, no lo conocía, pero comenzaba a agradarme.

—No, ni mirándolo de lejos. Lo que gana con su voluntad, lo resta con las complicaciones de su vida.

Confirmado, mi hermana era una «aguafiestas» certificada. Nada le venía bien.

—Tiene dos hijos—sentenció antes de que yo hiciera algún comentario.

Condenado a muerte, así estaba ese pobre hombre.

Si existía algo que aterraba más a mi hermana que el matrimonio, eso eran los niños. La sola referencia a ellos era equiparable a invocar al diablo en persona.

—Eres muy extremista en limitarlo por eso—intenté dar un halo de esperanza a la relación, temía por el destino de mi hermana. Temía por el destino de ambas, íbamos a terminar solas, en ésta misma banca viendo como el sol quemaba nuestras arrugadas pieles—Un cuarentón con hijos podría llegar a ser un buen protagonista, yo que tú lo pienso.

—Yo que tú, lo escribo.

Me arriesgaba a mucho al decir lo que estaba a punto de decir, pero por mi hermana era capaz de hacerlo.

—¡Hecho!—estaba en el bajo fondo de mi creatividad y con esto me arrojaba de cabeza a mi fin—Pero si yo la escribo, tú la vives...le das una oportunidad. ¿Quieres realismo? ¡Dámelo!

Érica descifró mis intenciones ocultas, y se aprovechó de ellas.

—Ok, pero antes que eso, tú dame una historia que sea lógica. Deja a los “Jeques”, a los “Príncipes”, a todos de lado, sé coherente en lo que cuentas si vas a escribir erotismo.

Frente a nosotras pasó un hombre de treinta y tantos de años que parecía ir en dirección al área de spa. Alto, delgado, sin mucha gracia el caminar, pero con un evidente pasar económico alto que se reflejaba en sus ropas y accesorios, especialmente su reloj, un reloj que hizo juego con el sol y relució de tal manera que nos incomodó la vista.

—Mira eso—lo señaló—. Mira sus piernas flacuchas, la pobreza de su estado físico, ese hombre en cinco minutos hizo “el trabajo que pudo”, porque su cuerpo no le da para más. Posición misionera a la una, a las dos, a las tres, y adiós, fin de la historia.

El nuevo planteo no parecía tan desacertado, la escuché, y contribuí a la idea.

—Así que ahora todo recae en el estado físico.

—Por supuesto, quieres sexo salvaje, pon a un jugador de fútbol en escena. ¡Corren durante noventa minutos seguidos sin perder el ritmo, imagínate la que esos hombres pueden resistir en la cama!

Eso era lógica pura, y no era para nada despreciable.

—Fútbol, natación, tenis...ahí tienes un universo de sementales—continuó perdiéndose en su propia imaginación.

—Artes marciales, gimnastas—agregué.

—Sí, pero cuidado con los gimnastas, son arma de doble filo, si son hombres de gimnasio no sirven, son puro músculo pero poca flexibilidad.

Comenzaba a comprender la «libertad» a la que mi hermana hacía referencia, su catálogo de hombres productivos en la cama parecía extenso y elaborado. En verdad necesitaba “aleccionamiento” por parte de ella.

Mi cabeza comenzó a nadar en nuevas posibilidades, si el erotismo no nacía entre Jalil y Juliana, tal vez no debía empujarlos a eso. Había estado una semana tratando de reformular lo escrito cuando en realidad tendría que haber comenzado desde cero.

—A las pruebas me remito, observa—continuó.

Directo a nosotras, así se encaminaba, firme, bien erguido, haciendo perfecto uso de su altura, y moviendo con indescriptible sutileza, sus caderas. Me perdí en él, era una broma de mal gusto para todos los hombres que estaban en ese club.

Érica se pegó a mi cuerpo para murmurar en mi oído.

—Esas piernas...esas piernas dicen a gritos: ¡No te voy a tener piedad!

—¿Conoces esas piernas?

Me palmeó el rostro a modo de reprimenda.

—No, por favor, trabaja para el club. Yo soy una profesional—primero se defendió, y luego una pequeña risa se le filtró por entre los labios—. De hecho, los dos los somos, y según me han dicho, él es...muy, pero muy buen profesional.

Se calló ni bien estuvo a pasos nuestros. Nos sonrió a ambas, o eso creo, ni bien estuvo frente a mí abandonó la realidad para convertirse en una fantasía ajena en mi cabeza. Sí, podría llegar a ser un buen personaje.

Cabello oscuro, el cabello oscuro tiene un atractivo extra, sobre todo para las latinoamericanas, el rubio es muy europeo, no lo utilizo mucho.

Bronceado, era evidente que el trabajo que llevaba a cabo en el club lo exponía al sol de forma continua, y le obsesaba ese tono caribeño. Lo hombres de piel tostada tienen una gracia que los blanquitos no tienen.

Estado físico, ni hablar, en extremo perfecto, los músculos de sus piernas podían llegar a partir en dos la cáscara de una nuez en cuestión de segundos.

¡Dios santo! En verdad la lógica de mi hermana tenía cada vez más sentido.

Hablaban, entre ellos, y a mi nada me importaba. Repasaba la lista de cualidades básicas en mi mente.

Cabello oscuro. *OK*

Piel bronceada. *OK*

Cuerpo escultural. *OK (dos veces, OK)*

Ojos... ¿Ojos? ¡Si son ojos claros, me desmayó aquí mismo!

Érica me regresó a la realidad con una sacudida y pude oír las últimas palabras que salieron de su boca.

—No es maleduca, es despistada nomás—eso resonó en mí.

—Lo siento, me perdí—dije a modo de disculpa.

Caí en la cuenta de que habíamos sido presentados y yo no había contribuido a dicha presentación. Sí, confirmado, tenía una altura que superaba el metro ochenta, y yo le llegaba a los hombros, y eso me imposibilitaba un contacto visual óptimo. Para colmo, el sol acechaba a su espalda e impactada de forma directa en mi vista...

¡Demonios! ¿De qué color son sus ojos?

—Según mi madre son de color almendra, yo prefiero decir que son cafés con poca personalidad—finalizó y me sonrió.

Sonrisa perfecta. *OK*

Ojos color almendra. *OK* (los ojos color almendra tienen un encanto que los azules y verdes no tienen, científicamente comprobado...por mí)

—¡Anabela!—mi hermana me llamó la atención con un pequeño grito contenido.

¡No lo puedo creer! Sin querer había dicho lo último en voz alta.

Traía una raqueta de tenis en su mano, y en ese instante se me antojó agarrarla para darme con ella en la cabeza una vez, dos veces, todas las veces que fuesen necesarias para llevarme a un estado de inconsciencia repentina.

—¿Eres el profesor de tenis?—intenté no tartamudear, por suerte lo conseguí.

—No, pero puedo ser lo que tú quieres que sea.

Modulaba bien, tenía un tono de voz acordé al impacto de su presencia, y esa línea de diálogo ya estaba apuntada en mi anotador mental.

Érica ocultó sus deseos locos de reír. El motivo de su jocosidad sorpresiva estaba fuera de mis conocimientos. No le presté atención, ya había quedado como maleducada y desfachatada, no quería ninguna característica más encima de mí.

—Te lo agradezco, pero el deporte, en todas sus expresiones, no es lo mío—fui sincera.

Volvió a sonreírme.

Sonrisa perfecta. *OK* (Ah, cierto, eso ya lo dije)

—Sí, de eso ya me doy cuenta—me observó de arriba abajo, y comenzó a alejarse sin darnos la espalda—Las dejo, una jauría salvaje me espera.

—Ésta vez calma a las fieras, no las agites, por favor—Érica acompañó en tono alto su partida.

—Lo siento, hago lo que puedo—giró, y cubrió el resto del trayecto al trote.

A la distancia podía verse la hilera de mujeres que lo esperaban en las canchas. Es más, parecían pelearse entre ellas por ver quién era la primera.

¡Por favor, no podía comprender tal efusividad, el tenis siempre me había parecido muy aburrido!

Le dediqué un tiempo a observarlo, si seguía los nuevos consejos de mi hermana debía recolectar información. Se posicionó detrás de una mujer y la guio en los movimientos iniciales de “saques”, mientras lo hacía todo el cuerpo de la mujer se adhería a él como un imán. Más que un partido de tenis era un juego de roces. Me sorprendí hasta tal punto que mi boca se abrió sola.

—¿Tu profesor de tenis no es un tanto afectuoso en exceso?—mi sorpresa se manifestó en palabras.

—No es un profesor de tenis, es un auxiliar, y por todos los dioses, ¿acaso no prestaste atención a lo que acaba de ocurrir recién?

¿Ocurrir recién?

No, no entendía a qué se refería, y lo evidente de ello la hizo volver a estallar en una carcajada.

—¡Y tú quieres escribir erotismo! Por favor, el mundo está loco...loco.

—No quiero, tengo que hacerlo—esa seguía siendo mi verdad.

Me abrazó por la cintura y comenzamos a caminar.

—¿Tienes que hacerlo? Perfecto... ¿me vas a dejar ayudarte, entonces?

Por supuesto que iba a hacerlo, para eso estaba ahí.

—¿Vas a narrarme tus aventuras sexuales así y lo traslado en papel?—si lo conseguía existía una posibilidad de supervivencia en el mundo editorial para mí.

—No, voy a hacer algo mejor que eso...—disfruté, como siempre lo hacía, de la idea que nacía dentro de ella—, voy a conseguirte una cita.



No me lo creía, a lo largo de la gran historia de consanguinidad que nos unía la promesa de conseguirme una cita había sido no sólo un hecho de continua discusión, sino también un rotundo fracaso. Érica y yo teníamos desigualdades insalvables, y la genética lograba hacer muestra de ello, éramos hijas del mismo padre, pero de distintas madres, y cuando hago referencia a “distintas”, lo digo con todas las acepciones posibles que existen en el diccionario. Sus gustos no eran los míos, los lugares selectos de su vida cotidiana nada tenían en común con los míos, sintetizando, en definitiva, las amistades eran de por sí incomparables. Pensar en alguien de su entorno que calificara como una posible “cita – salida nocturna” conmigo era algo fuera de lo común, por no decir, imposible. Aun así, lo hizo.

Odiaba las citas a ciegas, ella lo sabía muy bien, por eso elevó la apuesta, era una cita a ciegas y a sordas...Nada, ni un pequeño detalle, menos que menos el nombre. La desgraciada me torturaba de la peor forma. Ahora odiaba las citas a ciegas y a mi hermana, aunque reconocía el beneficio de la situación, cada una detalló sus demandas en función del acuerdo, y ambas logramos nuestro cometido. Fui simple, si yo me entregaba sin reticencias a su juego de celestina, ella tendría que hacer lo mismo con lo que yo sugiriera, en su caso puntual, darle lugar al pobre abogado cuarentón que trataba de conquistar su corazón recubierto de hielo. Mi noche romántica había sido canjeada por la aceptación de pasar un fin de semana con el abogado divorciado, propuesta que él venía planteando desde hacía semanas.

Rápido como un rayo, así había sido el desempeño de Érica, mi sábado a la noche ya estaba hipotecado en una cita que no deseaba, no quería, y que ante todo me quitaba tiempo para mi escritura.

La inspiración no había hecho acto de presencia en toda la semana, y esa ausencia comenzaba a apoderarse de mí. El encuentro iba a llevarse a cabo en un nuevo restaurante ubicado en pleno centro nocturno de la ciudad. La musa de la moda no me guio en lo absoluto, el auto boicot predominaba en cada uno de mis movimientos, dentro mío sabía que la cita estaba predestinada a la ruina. Pondría lo mejor de mí, sonreiría, probaría dos o tres bocados por temor a que la comida me quedaría atravesada en los dientes, y regresaría a casa con la intención de recuperar el tiempo perdido.

Un pantalón negro de vestir tres cuartos, blusa sin mangas con cuello mao en tono crema, y una chaqueta para el regreso. Sí, lo único que ese perfecto desconocido iba a poder ver de mí, eran mis talones y pantorrillas, nada más. Tenía curvas, y se notaban desde la distancia, para qué exhibirlas entonces.

No voy a mentir, estoy ansiosa, pero no por el motivo que creen, si no por todo lo opuesto. Quiero que el tiempo pase, que todo se suceda y regresar a casa, pero como si el universo me jugara una mala pasada, todo comenzaba a orquestarse de tal forma que me decía a gritos que lo que quedaba del día iba a ser eterno. Iris fue el primer signo de ello, golpeando a mi puerta en el momento más inesperado, y como si su presencia no fuese suficiente, venía en compañía de los gemelos. Decir que son dos engendros del demonio no está bien, ante todo porque soy la madrina de ambos, pero cargaba con un historial bastante largo en compañía de ellos, un historial que me permitía asignarles dicho rol sin pena alguna.

Esto no era para nada un buen augurio.

Ni un saludo, ni una explicación, lo de Iris fue una invasión completa. Los gemelos corrieron al sofá y tomaron prisionero al control de la tv, mientras su madre indagaba mi persona observándome desde la punta de los pies hasta el último pelo del cabello.

—Tenías razón, pantalón y blusa al estilo hermana religiosa recluida en un convento—dijo, pero no me hablaba a mí, le hablaba a su teléfono móvil.

Iris accionó el altavoz, y todo cobró significado.

—¡Intentas hacerme quedar mal!—vociferó Érica desde el otro lado de la línea.

—¡No, intento sentirme cómoda conmigo misma en una cena que ya se manifiesta a gritos como un suceso incómodo!—Lo que faltaba, las dos iban a quebrar la poca tranquilidad mental que conservaba—. ¿Qué haces molestándome, acaso no tienes un evento que atender?—Eso fue un intento vulgar de defensa, prefería quedarme a solas con los gemelos antes que ser evaluada por Iris y Érica.

—¡Sí!...y mientras no falte el champagne, la carrera de Fragatas no me necesita—era evidente que nada iba a detenerla—Y según ...”HE OÍDO”—elevó la voz— tú sí lo haces, nos necesitas a ambas.

Iris me aprisionó por los hombros, empujó mi cuerpo, me devolvió a la habitación.

—¡Vamos, no pienso dejarte salir de ésta casa así!

—¿Cuál es el problema con mi atuendo?

—¡TODO!—Increíble, coordinaron, alzaron la voz al unísono.

—Es una cita, no una convención de la NASA—convino Iris.

Ni hermana religiosa, ni conferencista de la NASA, sólo algo intermedio. Eso pretendía ser, no quería dar una imagen desesperada. No estaba al tanto del discurso que Érica había utilizado para venderme. Sí, venderme, no hay porque negarlo, la organización de una cita a ciegas aloja en su interior las mismas características de una operación compra-venta, y desde dónde lo miraba, el producto en cuestión era yo, por tal motivo, pretendía darle un envoltorio correcto.

—¡Estamos en plena primavera, la noche va a estar preciosa—Érica estaba a kilómetros de distancia pero dentro de la habitación resonaba como si estuviese metida dentro de mi cabeza—, ponte un vestido!

—¡Un vestido!—el rostro de Iris se iluminó, fue directo al armario.

—Un vestido, no—afirmé.

Iris colocó el teléfono móvil sobre mi mesa de noche para hurgar con tranquilidad el interior de mi armario.

—¿Por qué no, un vestido?

No iba a dar argumentos en defensa de mis deseos, no quería lucir un vestido. PUNTO.

—¡Por qué no!—quise sonar firme—.No estoy de humor para vestidos o faldas—y lo arruiné.

La desgraciada de mi hermana interpretaba a la perfección mis entre líneas.

—¡Iris!—gritó con fuerza—¡Bájale los pantalones!

Y la desquiciada de “mi” amiga, esa que me acompañaba desde la infancia, lo hizo, respondió a las órdenes de la otra desquiciada, la peor de todas, la que compartía genes conmigo.

—¡Ni se te ocurra!—me aferré al borde superior de mis pantalones, lo que saldría a la luz iba a ser usado en mi contra.

El gato y el ratón, eso éramos tratando de correr por la habitación.

—¡Tu actitud te delata! No demores lo inevitable—la presión verbal de Iris no logró su cometido, atravesé la cama con los tacones puestos, ya nada me importaba.

—¡Iris, ve por la rasuradora, las dos sabemos muy bien que esconde bajo esos pantalones! ¡Debería darte vergüenza, mujer del SXXI! —Érica estaba en llamas, gruñía desde la distancia.

Intenté escapar a un rumbo conocido, el living, por desgracia fui interceptada en la puerta por algo peor que Iris.

—¡Tía, Fabrizio no me deja ver Hora de Aventura y me obliga a ver Dragon Ball Z!

No respondí, toda posibilidad de mediación sugerida por mí fue atravesada por la palabra inapelable de la Corte Suprema Materna.

—¡Marcos! ¿Qué dijo mamá antes de llegar a lo de la tía?

—Calladitos y tranquilos en el sofá.

—Y nada de eso está sucediendo ¿Verdad?—fue hasta su bolso, que había quedado sobre mi cama, sacó una bolsa gigante de golosinas, y se las entregó—. Ten, aquí tienes una moneda de cambio, ve y compra tu tiempo en la tv.

¡Dios santo! Iba a atiborrar a sus hijos con golosinas, no podía creerlo.

—¿Qué clase de madre eres?—me valí del momento para salirme del asunto que involucraba a mis pantalones.

—La que les tocó, y la que quiere esperar despierta las novedades de tú cita—arqueé mis cejas, ¿ésta mujer está loca, o qué?—Sí ellos se duermen, yo me duermo.

Los necesito despiertos, y nada mejor que una sobredosis de azúcar para ello.

—Voy a denunciarte al servicio de menores.

—Ok, pero primero te bajas los pantalones, o te los bajo yo.

La arpía que se resguardaba a la distancia en un club de élite motivó el asunto.

—¡Bájaselos de una vez por todas!

Lo hizo, y la verdad se hizo evidente.

—No se ha rasurado, ¿verdad?—Érica deseaba con desesperación la confirmación de su suposición.

—¡Eres una terrorista sexual! ¿Lo sabes?—dijo Iris en un estado de completa decepción.

Me habían llamado de muchas formas en mi vida, pero «Terrorista Sexual» acababa de ganarse el primer puesto. Estallé en una carcajada.

—¡Y sí, me lo imaginaba! ¡Un clásico Anabela!—pura satisfacción, eso resonaba en el altavoz del móvil.

Iris me devoró con la mirada, no existía piedad en ella. En sus ojos estaba dibujado el mapa de mis acciones siguientes, y como si fuese un gemelo más, seguí cada una de ellas. Mis piernas no parecían una selva salvaje, no, pero no eran la perfección, no eran lo indicado para una noche en compañía. Yo no deseaba eso, y por ello me lo recordaba de esa manera, sin embargo, ellas tenían un plan distinto asignado a mi noche, y me forzaron a cumplir sus deseos. Prefería hacerlo, prefería someterme a ellas, contaba con las suposiciones que yo misma había construido en base a mi cita, en la vida real nunca nada bueno surge de ellas, y estaba a horas de escupirlas a la cara esos resultados.

Sí, no es necesario que me lo recuerden, en las novelas románticas las citas a ciegas son un buen ingrediente para contar el inicio de una historia de amor, para mi suerte, lo mío no era ficción. No, no...no lo era.



Vestido, tacones, y cabello suelto. Había sucumbido a la rebelión ajena.

Dejé mi coche a pedido expreso de Iris, temía que lo usara como excusa de huida rápida. Al parecer no confiaban ni en mí, ni en mis instintos. Lo bien que hacían.

Cuando llegué a la esquina del restaurante pactado para el encuentro, mi instinto de supervivencia empujó a cada célula de mi cuerpo a abandonar la acometida.

Tendría que haberle hecho caso, mi instinto era muy sabio, y mi hermana, mejor dicho, mi ex hermana, era una desgraciada traicionera, lo estaba comprobando.

Demasiado tarde para huir, mis ojos hicieron contacto con los suyos, y los conocía. Los conocía muy bien...«cafés, con poca personalidad».

Déjenme decirles que personalidad le sobraba, a todo él. Acá estamos hablando de más de un metro ochenta de músculos perfectos, sonrisa resplandeciente, y mirada de encanto. Pufff, en el diccionario de términos novelescos de romance, él era la definición de «hombre con personalidad», con el agregado de su foto a modo demostrativo, por supuesto una foto delantera y trasera.

Toda la perspectiva de la noche cambiaba, todavía presuponía que iba a ser un fracaso, pero dicho fracaso alcanzaba otra profundidad, glamoroso y único. Jugábamos en dos ligas muy diferentes, eso se notaba a una legua de distancia, la pregunta que comenzaba a motivarme en el instante presente era: ¿Cómo había logrado Érica esto?

Las conjeturas guiaron mis pasos, me llevaron hasta él.

Sonrió, y mientras él me iluminaba con la luz de su natural carisma, yo me forzaba a recordar su nombre.

—Joaquín...—mi silencio lo obligó a presentarse.

No, ese nombre no estaba almacenado en mí. Me sonrojé.

—Lo siento, estaba tratando de recordar si mi hermana nos había presentado la otra vez—mentí, seguro lo había hecho, pero como siempre yo había estado sumergida en un mundo más entretenido, el mío, el de mis historias.

—Lo hizo, pero tú estabas más interesada en mis ojos que en mi nombre.

Estampó un delicado beso en mi mejilla.

Mi piel ardía por la comunión de varias cosas, entre ellas todas las tonterías que pasaban por mi cabeza, tonterías que no encontraban un filtro y parecían dispuestas a salir.

—Sí, es verdad, pero fue sólo por estricto interés profesional.

Hay una frase muy común que dice algo así: «no aclares que oscurece». Bueno, acabo de ser la máxima exponente de ella.

—Entiendo, suelen decirme lo mismo, y muy a menudo...«estricto interés profesional»—dijo, y volvió a sonreír en una extraña complicidad con el mismo.

No aporté ningún comentario más, él me había dado el pase de salida del mal momento y lo utilicé. Debía de reconocer que era muy cortés, en todos los aspectos, y a diferencia mía, él sí se sabía mi nombre. Me cedió el paso e ingresamos al restaurante.

—Tu hermana sugirió el lugar, espero que sea de tu agrado.

Cada una de mis entrañas comenzaba a retorcerse de odio ante la mención de “tu hermana”. Corrijo...ex hermana. Habíamos visto éste lugar en una de esas revistas contemporáneas dedicadas a la mujer, de forma puntual, ahí ubicaban al restaurante en el top 5 de lugares que actuaban como antesala perfecta a una noche de sexo garantizado y romance.

¡Ayyy, Dios! El lugar perfecto, con la compañía perfecta, y con una noche que se preciaba de lo mismo, lo único imperfecto ahí era yo.

Blues como música ambiental, mesas acompañadas de sillones, luz tenue. Un lugar para el pecado. Confirmado, no iba a probar un sólo bocado.

Había tiempo de demora, el lugar estaba muy concurrido, y no nos quedó más alternativa que ir a esperar a la barra de tragos. La situación pareció incomodarle, se disculpó.

—Lo siento, traté de hacer una reservación con antelación pero con tan poco tiempo de por medio me fue imposible.

Sí, sí...no me lo digas, todo es por demás precipitado. ¡Todo!

Nos acomodamos en la barra y él giró nuestras butacas para propiciar el encuentro de rostros.

—¿Qué quieres beber?

¡Agua, agua, y agua! Para evitar cualquier tipo de decisión equivocada.

—Érica me hizo prometer que no cedería a tu elección de “nada o agua”.

Bueno, era evidente que mi noche ya estaba estructurada en un libreto bajo autoría de mi hermana. Se estaba aprovechando al extremo del acuerdo entre ambas, era verdad, su parte del trato se extendía durante todo un fin de semana junto a Esteban, la mía una noche, y ella parecía dispuesta a explotarla al máximo.

—Veo en tu rostro que me adelanté a tus pensamientos—continuó—No se diga más, yo me encargo, vino blanco para ambos—hizo el pedido al bartender.

Muy conveniente la elección, el vino blanco era mi favorito y ya era por demás obvio presuponer que tal información había llegado a él por la misma ruta, una ruta llamada Érica Bregan.

Bebí un sorbo, luego otro, sabiendo que esa acción le quitaba lugar a la otra, hablar.

Ni una sola oración...Podía notar que él estaba esperando mi colaboración en algo.

En algo...Gesticulé para demostrar el deleite de mi bebida.

—¿De tu agrado?—manifestó dejando nacer en sus labios una nueva sonrisa.

¡Mala sonrisa, mala! Vete de aquí que me quitas el habla.

—Dulce—musité.

Esperaba un monosílabo, me sorprendí a mí misma.

—Me gusta lo dulce—expandí la apreciación con toda mi fuerza de voluntad.

—Es bueno saberlo, voy a tratar de serlo entonces.

¿Más dulce? No, por favor.

El traicionero vino jugó en mi garganta, se atravesó, y me hizo toser.

Ardía, podía notarlo, ardía mi rostro, mis manos, todo. Necesitaba apagar el fuego que encendía mi vergüenza creciente, y aunque intuía que el vino no era la mejor ayuda para ello vacié de un trago toda la copa.

¡Listo!...Adiós tos. Adiós fuego. ¡Bienvenida fresca alcoholica!

—Wow...—bromeó él—¿Otra?

Negué con la cabeza. Recuerden, tolerancia al alcohol, nula. Una copa era un empujoncito, dos copas, sería un suicidio social.

—Así que auxiliar de tenis—no fue mi mejor línea, es verdad, pero fue algo, ese algo que él esperaba.

—Auxiliar, después de eso agrégale lo que quieras.

—Eres multi-rubro—y con eso le robé una pequeña risa.

¡Vamos, Anabela...esto puede mejorar, tú puedes hacerlo!

—Podría decirse que sí, estoy para lo que necesiten.

Había cierto encanto particular en su voz, parecía trabajada, lograda. Sí, sí...se asemejaba a las voces de los comerciales. Perfectas, sensuales, dispuestas a vender lo que sea.

—Bueno, me imagino que eso debe ser redituable.

—Más de lo que te imaginas —ocultó la mirada al decir eso, y le dedicó su atención a la copa de vino que estaba en su mano—Pero no hablemos de mí, no soy tan interesante—retomó el poder en la conversación—hablemos de ti, Érica me dijo que eres escritora.

Mi terreno, eso era la escritura, y no me molestaba, me sentía orgullosa de ella.

—Sí, así es.

—¿Algo que conozca?

—Lo dudó, salvo que seas lector de narrativa romántica.

Y la palabra clave fue...«romántica». Todas esas características presentes en él, esas de galán de telenovela tocaron su punto más alto. Se acomodó en la banqueta, y con un leve movimiento, el perfume que cubría su cuerpo, lo abandonó y danzó en el aire para embriagarme más que el alcohol.

—¿Romance?...Estoy en aprietos aquí—la sensual burla le regaló un brillo extra a sus hermosos y profundos ojos color almendra.

Sonreí ante la combinación de todo, sus palabras, el tono en su voz, su mirada.

—No, no lo estás. De hecho podría decirte que eres digno de un protagónico.

El comentario lo motivó, se acercó más.

¡Oh, sí!... no sé si era su perfume, o el aroma natural de su piel, pero todo él olía grandioso, olía como el paraíso.

Se preguntaran: ¿qué es oler como el paraíso?...La respuesta es simple: Él.

—¿En serio?—el bicho de la intriga lo había picado—Dime ¿qué haría un personaje como yo en un momento como éste?

Suspiré, estaba en un aprieto artístico. Mi mente de escritora se apoderó de la mente de mujer en cita a ciegas y tomó las riendas en el asunto.

—La verdad, me pones en una situación difícil—cuando nadaba en mi océano profesional las palabras siempre fluían—Éste tipo de momentos son los más difíciles de narrar—me abracé a mi rol, Anabela Bregan escritora, y hablé—. Un primer encuentro, así, fuera del ambiente cotidiano de los personajes, cara a cara, suele ser un punto de mucha relevancia en la historia, se deben seleccionar las palabras, las acciones con mucho cuidado.

Estaba más relajada, creo que los dos nos dimos cuenta de ello.

—Se ve que sabes muy bien de lo que hablas—fue dulce, ésta vez dejó la sensualidad de lado.

No sólo yo estaba relajada, él también parecía estarlo.

—Me arriesgo a decir que sí—ese fue mi ego hablando—. Por eso mismo es que nunca recurro a situaciones cómo estás en mis historias—y esa era mi lógica narrativa hablando.

—¿A qué te refieres?—volví a intrigarlo.

—A esto, una cena. Pésimo primer encuentro—sí, sí, mi boca cobró vida propia—Frente a frente, sin poder disimular expresiones, o peor, obligados a manifestar otras—respiré profundo, estaba hablando a cien kilómetros por hora—Ni hablar de lo incómodo del hecho, cenar, comer en cámara lenta a causa del temor de dar una mala imagen.

El silencio se apoderó de él por unos segundos, sus traviesos ojos bailaron de un lado a otro hasta finalmente detenerse en los míos.

—Considerando que aquí, hoy, la especialista eres tú y no yo—rio y continuó—ilústrame, dime, ¿qué sugieres?

—Cualquier situación en la que los protagonistas no se vean obligados a contemplarse frente a frente.

—¿Cómo por ejemplo?

—Un paseo, una caminata, eso sirve para quitar los momentos embarazosos del medio y generar un clima distendido.

Bebió de su copa, saboreo el vino por unos segundos, y luego se acercó a mí con una intención directa de hacer contacto con mi oído.

—¿Quieres irte de aquí?—murmuró.

No esperaba ese cambio de planes, pero me agradaba. Era bueno, el muchacho era muy bueno en su juego. Cualquier otro lugar era mejor que éste.

—¡Me encantaría irte de aquí!



Abandonamos el centro de la ciudad en minutos para deleitarnos con el río que nos esperaba un par de calles abajo. Llevaba tacones, estaba acostumbrada a ellos, no me limitaban en la aventura, y yo no pensaba hacerlo. No tenía excusas, no, tenía un compañero dispuesto a cambiar mi suerte, por lo menos en lo que se refería al instante presente. Ya no me sentía fuera de lugar junto a él, había dejado que mi rol de contadora de historias hablara por mí y me sentía más liberada.

Joaquín captaba todas mis señales, era perfecto en su papel, me tomaba de la mano en los momentos adecuados, rozaba mi espalda en otros, y sobre todo, me brindaba el contacto visual justo y necesario. Cuando no me dejaba cautivar por su mirada penetrante y su sonrisa encantadora, todo fluía.

—Creo que somos afortunados—confesó mientras contemplábamos el reflejo de la luna en el río calmó—Todo nos hace perfecta compañía, la noche, el clima...hasta la luna nos sonríe. ¿Qué opinas?

Era verdad, todo cubría de idílico al momento. La luna, los barcos a la distancia, la música de los restaurantes cercanos, las farolas que dibujaban nuestras sombras y las hacían jugar como si fuesen dos protagonistas más de la historia.

—Sí, te has ganado tu papel. ¡Felicitaciones!—bromeé.

—Es todo un honor—tomó mi mano con delicadeza, la besó —, y lo acepto con gusto. Aunque debo confesarte algo...

La picardía, hasta ahora no presente en su voz, apareció en ese último comentario. Mis alarmas se activaron, la intriga se trasladó de cuerpo, me invadió a mí.

—Soy toda oídos.

—Lamento defraudarte, no sé si soy apto para el papel, no tengo un jet privado esperándonos a la vuelta de la esquina. Es más, me avergüenza decirlo, pero ni siquiera tengo un helicóptero.

¡Touché! Bien, lo hizo...me quebré en una carcajada.

—Podemos suplantar eso con otras características—le di esperanzas.

—No lo sé—rodeó mi cintura obligándome a abandonar mi postura relajada sobre la barandilla, e iniciamos una vez más la marcha—.No creo que el dinero sea un ingrediente tan fácil de reemplazar.

—¡Ey! Apelamos ante todo a la calidad, lo demás, va y viene.

Salí en defensa de las mujeres, no éramos de naturaleza “interesadas en lo material”, lo éramos sólo en los libros, si una va a perderse en un mundo ficticio, por lo menos que sea el mejor de todos.

—Lo siento, esa historia a mí no me la vendes. Conozco a más mujeres de las que te imaginas.

Parecía sincero, me tomé la molestia de observarlo mientras lo decía, y la expresión encantadora que parecía innata en él ya no estaba, había otra, supongo que la original.

—Y créeme—continuó—la “cantidad” es lo que prima a la hora de tomar sus elecciones.

Me mantuve firme en la defensa de mi sexo, no éramos ni un extremo ni el otro.

—No todas las mujeres son iguales, de todas maneras podría decirse que la media apela a la “calidad” con algo de “cantidad”.

¡Vamos, no pretendemos al dueño del mundo a nuestros pies, sólo la idea de ello! ¿Cuál es el problema con desear? ¡Del dicho al hecho hay un gran trecho!

Detuvo su andar para ubicarse frente a mí.

—Me permites corregir tu expresión.

A ésta altura de los acontecimientos me encontraba en una posición tal que mi respuesta real era...¡Te permito lo que quieras!

Por supuesto no lo manifesté, asentí con la cabeza.

—Las mujeres apelan a la “cantidad” con algo de “calidad”, si no lo consiguen, se quedan con la “cantidad”, y cada tanto se compran un poco de “calidad”.

¡Wow! Sí, lo sé, inesperado el análisis, es más, aún intento darle la interpretación correcta al asunto. No quiero ser mal pensada.

Sin duda él le dio una lectura veloz a mis pensamientos, y actuó en función de ello.

—Dejemos de pensar en lo ideal, es más, no pensemos en lo real.

—¿Y en qué pensamos entonces?—dije todavía envuelta en un nube de rara incertidumbre.

—¡En lo que nuestro cuerpo pide!

¿Eh? ¿Qué clase de propuesta era esa?

Creo que mi rostro habló por mí, no comprendía a lo que hacía referencia, o comprendía lo equivocado, y estaba al límite de reflejar el espanto. Tal vez mis opiniones de origen romántico narrativo lo habían llevado a elaborar un concepto equivocado de mí.

Rio ante las evidentes mutaciones que se manifestaban en mi cara.

—No sé tú, pero a mí la caminata me abrió el apetito—dijo entre sonrisas.

Ufff...respiré, y no mentí. Mi estómago pedía a gritos algo, llevaba un ritmo devorador gracias a mi ansiedad de las últimas semanas, y el comentario de Joaquín había conseguido despertarlo de su letargo forzado.

Mis formas estaban a la vista, no era mujer de ensaladas, mi genética no me llevaba a ninguno de los extremos, era un punto intermedio con relleno extra a la altura de las caderas y piernas. Según Álvaro Bregan, mi padre, un cuerpo cien por ciento de mujer latina, y valiéndome de su amplia experiencia femenina, con el tiempo comencé a creerle. Me siento satisfecha conmigo misma.

Y con mi apetito.

—Coincido contigo.

—¿Algún lugar de preferencia—miró su reloj—a ésta altura de la noche?

Hice lo mismo...miré la hora en mi teléfono móvil. ¡Dios santo! El tiempo había volado en la caminata. ¡Dios santo! Tenía veintiocho mensajes de texto cuya autoría respondía a Érica e Iris. Decidí torturarlas con la falta de información.

—Me encuentro lejos de mi ámbito común—en ese lugar estaba fuera de contexto, no conocía nada, y el alrededor parecía demasiado pretencioso—. Así que te obligo a la decisión de elegir.

—Obligación aceptada—me tomó de la mano y aceleró el paso de ambos—.Ven, conozco el lugar indicado para nuestra comodidad y apetito.

Confíe, mantuve mi mano aferrada a la suya y me dejé guiar. Un par de calles después estábamos cenando junto al río, disfrutando de un delicioso sándwich de ternera recién hecha en uno de esos puestos de comida ambulante.

Aderezos por doquier, servilletas de papel, y cerveza bien fría. ¡Una cena digna de dioses!

El cuadro general de la situación era bizarra y agradable, yo en vestido corto de noche y tacones, y él de pantalón sport, camiseta blanca y chaqueta negra, devorando con nuestras manos un apetitoso y grasiento sándwich, mientras hablábamos de mis primeros días en la escritura y de sus anécdotas del club.

El desenlace de la noche se escapaba de toda posible imaginación, había dejado la concepción de fracaso horas atrás, y el odio que había nacido contra Érica desaparecía poco a poco, ya no la consideraba más ex hermana, no, ahora era una hermana con mayúscula.

Por primera vez, en MI HISTORIA, me preparaba para lo inesperado.



Se empeñó en acompañarme hasta mi casa y pagar el taxi. Yo lo permití, habíamos hablado tanto de los protagonistas masculinos y la estrecha relación que estos tenían con sus cuentas bancarias desbordantes, que sentí culpa. No quería que pensara que desmerecía su estatus social a causa de falsos galanes millonarios inexistentes.

Culpa va...culpa viene, lo invité a subir a mi departamento.

Quiero dejar bien claro que no pretendo nada de tal asunto, sólo intento ser solidaria en cuestiones de aseo. Sí, aseo. Nos habíamos limpiado las manos, pero los restos de grasa de nuestra cena saturada en calorías todavía hacían un festín. Lo invité a subir, sí, pero básicamente para que pasara al baño.

Lo hizo, limpió sus manos, se arregló un poco el cabello, y se sentó con total libertad en mi sofá.

Recurrí a lo común.

—¿Quieres un café?—esa era mi forma indirecta de decirle, puedes quedarte un poco si lo deseas.

—Lo que quieras, estoy aquí para lo que tú quieras o gustes hacer—la voz de encanto regresó. De hecho, todo él, el del inicio de la cita, había vuelto al juego.

La culpa me había llevado al mal entendido. No servía para el sexo de una noche, ya estaba bien claro, podía hacerlo con Ignacio porque teníamos historia encima; con un extraño, un recién conocido, no. Esto era demasiado.

El silencio fue la música de fondo de la situación, lo único que lo rompió fue el ruido de la cafetera y las tazas ubicándose sobre los platos. Mientras servía la caliente bebida mi cabeza urdía un sinfín de escapes que respondían a la pregunta ¿cómo demonios lo echo de mi departamento? Ninguno era lógico, posible, o de buen gusto, no deseaba arruinar la noche. En verdad lo había pasado de maravillas, era justo que él se llevara los méritos, yo había ido predisuelta al complot total, él consiguió que sucediera todo lo contrario.

Un perfume recientemente familiar recorrió mi cocina.

¡Demonios! Mi lugar de resguardo ya no era tal, él estaba ahí. Tomé las tazas, y antes de que pudiera mover un músculo me interceptó con su cuerpo. Su pecho, su...todo estaba contra mi espalda. Me quedé dura como una estatua, un mínimo movimiento me llevaría a rozar sus partes íntimas.

—Permíteme ayudarte.

Acaricié mi cintura y uso esa acción como una excusa para llegar a mi vientre, apoyó su barbilla en mi hombro, descansó su cuerpo contra el mío aprisionándolo contra el mesón de mármol, rozó mi brazos y avanzó por ellos hasta llegar a mis manos, cuando alcanzó mis muñecas me estremecí de forma inevitable, y ese estremecimiento provocó el derrame del café en mi ropa.

Me valí de ello como excusa, me alejé despavorida de su cuerpo.

—Lo siento—expresé al ver que el café caliente también había caído en sus manos.

—No es nada...

Sonrí, sonrí de esa manera que hace que tu mundo convulsione, o por lo menos, el mío lo hizo.

—Pero insisto—continuó—déjame ayudarte.

Vino a mí, me tomó de los brazos, me pegó a su cuerpo, y comenzó a bajar la cremallera de mi vestido.

La parte animal oculta en mí festejaba su acción, la racional hizo lo correcto, respetó las reglas del manual. Tomé distancia.

—Creo que perdimos el rumbo—musité envuelta en el fuego instintivo que comenzaba a envolverme.

—No, yo nunca lo pierdo, siempre llego al rumbo pactado.

Volvió a embestirme con su cuerpo, mi espalda chocó contra la pared, y sus labios comenzaron a recorrer mi cuello siguiendo el ritmo de una danza embriagadora.

Lógica vs. Animal.

Animal vs. Lógica.

Estaba dispuesta a dejar ganar a la fiera, sí.

—Hagamos que tu trabajo de campo valga la pena, eso es lo que acordamos con tú hermana—dijo en un profundo, sensual y dulce murmullo.

Y la fiera murió a manos de la lógica inesperada.

Las piezas comenzaron a encajar una a una.

« Puedo ser lo que tú quieres que sea», « Conozco a más mujeres de las que te imaginas», « Estricto interés profesional», « Estoy para lo que me necesiten».

Y la cereza del pastel.

«Siempre llego al rumbo pactado»

¡DIOS SANTO!

Quería gritarlo...¡DIOS SANTO!

No lo hice, no era lo correcto, la estúpida había sido yo, él nada tenía que ver.

Hice lo correcto. Lo alejé de mí con delicadeza y con una falsa sonrisa en el rostro, dentro ardía pero no de la forma que él intentaba provocar, ardía de furia. ¡Violenta furia!

—Me permites unos segundos...necesito unos segundos.

Era un caballero, más allá de todo, lo era. Me lo permitió.

Busqué el teléfono móvil en mi bolso, me encerré en el baño con una clara intención, acribillar a palabras a mi hermana.

Respondió la llamada al instante.

—¿Qué tal tú noche?

—¡Lo preguntas en serio, necesitas que te lo cuente, o te lo imaginas porque eso fue lo pactado! —no podía controlar la ira creciente, me la quería comer cruda y eso no podía ocultarlo ni siquiera en mi voz.

—Sí, lo pregunto en serio porque quiero detalles.

—Y yo lo pregunto porque no puedo creer la hermana que tengo. ¡Acaso te volviste loca!

Podía notar su risa del otro lado de la línea y eso me empujaba aún más al borde del brote psicótico.

—Loca no, práctica. Traté de ser funcional contigo y así me tratas—para excluirse de la culpa jugó el papel de enojada.

—¿Pagar para que alguien tenga sexo conmigo es funcional para ti?

—Con tus antecedentes amorosos y profesionales, yo diría que sí.

Deseaba estrellar el móvil contra el suelo, no lo hice porque deseaba finalizar la comunicación, como último recurso descargué la furia con mis pies, golpee mis tacones una y otra vez contra el piso.

—Nadie te pidió ayuda.

—Sí lo hiciste—tenía razón, pero eso no justificaba esto.

—¡Nadie te pidió ayuda de éste estilo!—yo no andaba mendigando por sexo, era necesario dejarlo claro—¡Me dijiste que ibas a conseguirme una cita!

—Lo hice.

—No, me pagaste una, eso es muy diferente.

—Paga, gratis...da lo mismo, es una cita al fin, dale buen uso.

—¿Qué le dé buen uso?...¡¿Qué le dé buen uso?!

Colapsé de forma definitiva, tenía dos opciones, romper mis tacones, o romper el móvil. La segunda opción tenía un beneficio extra, dejar de escuchar las estupideces de Érica. Así que lo hice, destruí el pequeño aparatito contra el lavado.

Entre la furia y el descontrol abandoné el encierro del baño olvidándome por completo de la otra persona que se encontraba conmigo. Un tsunami de emociones violentas me agitaba, y ni bien puse un pie en la otra habitación, todas esas violentas manifestaciones entraron en período de invernación, se paralizaron.

Descalzo, con el torso desnudo, desabrochando los botones de su pantalón, así estaba él.

Notó mi presencia, sus ojos color almendra se encontraron con mis patéticos ojos abiertos de par en par, redondos como platos, imposibilitados del parpadeo.

Con delicadeza me motivó al silencio elevando su mano al aire.

—No digas nada, antes escúchame...

No iba a decir nada...NO PODÍA.

—Primero —dijo con una tranquilidad impensada para mí ante el momento—, creo que no necesito mencionarte el hecho de que las paredes de tu baño no son a prueba de sonido.

¡Noooo! Pequeño detalle, yo había gritado, y él había escuchado.

¿Dónde está el milagro de la tele transportación cuando una lo necesita? Al desierto, a enterrarme bajo su arena, ahí quiero ir.

—No sólo yo, también el resto de tus vecinos deben estar al tanto de la situación—bromeó sin ningún tipo de problema.

Luego sonrió, y su sonrisa, bueno, su sonrisa comenzó a hacer ese extraño efecto en mí, apaciguó a la fiera violenta y despertó a la otra, a la salvaje.

¡Dios, encima de todo...yo no podía dejar de mirar!

—Más allá de eso—continuó al tiempo que desprendía el último botón de su prenda—Coincido en algo con Érica...—finalizó el trabajo y se bajó los pantalones frente a mí exponiendo sin piedad su miembro, su gran miembro—, dame buen uso.

WOW...Eso no es normal, no es común.

No, no...Definitivamente, tiene que ser ficción. ¡Tiene que serlo!



♥ CAPÍTULO 4 ♥

Suelen decir que la realidad supera a la ficción, y en éste momento, la realidad que tenía frente a mí lo hacía.

En cuestión de segundos transité por varias fases; parálisis sorpresiva seguida por una etapa de hipnosis que encontraba el punto de contacto en su bajo vientre, para finalizar con un inesperado desmayo que logró replantear los estándares masculinos en mi mente.

Me creen si les digo que deseaba cubrirme la vista con las manos pero una fuerza ajena a mí me lo impedía.

En serio, puedo jurarlo, quiero huir de él. No puedo. Una perversa, grande, y gruesa “cosa” me motiva a la búsqueda de la verdad.

La situación había dado un vuelco imprevisto, la vergüenza se había evaporado para darle el lugar a la Anabela Bregan que se expresaba en palabras, y como buena escritora iba en pos de la investigación que le permitiría darle el realismo adecuado a la historia.

Sí, insisto... ..Eso no es normal, no es común.

Fui por mis lentes, los que uso para mirar de lejos y trabajar en la portátil.

Regresé sin ocultar mis intenciones.

Otra vez ...¡WOW! Todo se merecía una gran ovación a la perfección y al tamaño.

Acercándome con una evidente actitud profesional, sentí la necesidad imperiosa de tocarlo, tocarlo por todos lados. Parecía macizo.

Ajena a mis acciones atacé sus abdominales. ¡Y no eran abdominales, eran rocas!

—¡Esto está retocado con Photoshop! ¡No puede ser!—mi desfachatez cargó consigo a las palabras y las hizo salir de mi boca.

—Sí, puede ser—habló en defensa de su cuerpo, su ego encontraba el lugar ahí— Trabajo mucho en él, es mi fuente de sustento, no lo olvides.

Las barreras habían sido derrumbadas a la fuerza, básicamente gracias a sus pantalones bajos. El pudor no tenía lugar en la habitación, y la mujer tímida que solía ocultarse en mí, preparó sus maletas y abandonó mi cuerpo sin siquiera despedirse.

—Imposible olvidarlo—apelando a la poca decencia que quedaba en mí aproveché la oportunidad para finalizar la transacción de la noche, recorrí una vez más con mi mirada su torso desnudo y me detuve en su boca, perdón, en sus ojos—, lo que me recuerda, agradezco el ofrecimiento, pero creo que lo correcto es que te marches.

—Lo correcto aquí es igualar la situación, desnúdate.

Di un paso atrás. Necesitaba ver el cuadro completo de su rostro.

—¡Ni en tus sueños!—casi grité, casi.

Di otro paso más, recordé que la cremallera de mi vestido estaba semi abierta, la regresé a su estado original, y retomé mi sutil huida, de un paso a la vez.

—Si no te desnudas, no me marcho—esgrimí como una letal orden que lo único que logró fue robarle una sonrisa a él mismo.

No compré su discurso. No le creí ni una sola palabra. Sobre todo porque no pensaba quitarme el vestido.

—Sí lo vas a hacer—afirmé con fuerte convicción, era necesario que él se diera cuenta de ello.

Fui hasta el sofá, tomé su chaqueta y remera olvidada con la intención de devolvérselas en un claro mensaje.

—No, no lo voy a hacer—sentenció como un niño caprichoso.

Antes de que yo pudiera llevar a cabo mi acción, él continuó con la suya, aquella que al parecer interrumpí al salir del baño. Abandonó de forma definitiva los pantalones, su ropa interior, y ya sin ninguna prenda encima que le entorpeciera el andar, avanzó en dirección a mi habitación.

La dedicación al trabajo que manifestaba me dejaba sin palabras, no pretendía juzgarlo por ello, yo era similar en mis aspectos laborales, y cuando me sinceraba conmigo misma, no éramos diferentes en lo que hacíamos, yo contaba historias, fantasías, él las llevaba a cabo.

La sensación de no tener el control de la situación se calmó con mi pensamiento anterior. No éramos muy diferentes, éramos pares, y como tales podríamos encontrar un punto intermedio. Tomé coraje y fui a la habitación confiada de que juntos encontraríamos las palabras que lo sacaran de mi departamento de forma armoniosa.

La peor elección de todas. ¡Mi habitación nunca volvería a ser la misma!

Tuve que hacerlo, tuve que cubrir mi vista. Era demasiado, él, en mi cama, contorsionándose de una forma tal que resaltada cada una de sus partes, era demasiado. Demasiado para mi sanidad mental, visual, y por supuesto sexual.

Intenté ser eficaz, seleccionar la línea de diálogo perfecta para hacerle sacar su lindo trasero desnudo de mi cama.

—¿Cuánto tengo que pagarte para que abandones mi casa?—pregunté con unos aires de superioridad que no sabía que existían en mí.

Lo reconozco fui grosera, pero me convencí que era lo correcto, si Joaquín no comprendía las buenas formas, tal vez entendería las malas. Para decorar mis palabras le arrojé las prendas de ropa sobre su sexo semi erecto esculpido a mano. Sí, era fundamental para mi operativo “vete de aquí” evitar el contacto visual con “eso”.

Su falta de respuesta me obsequió con la leve esperanza de haber dado en el blanco de su amor propio.

—Lo siento, no permito que una transacción se entrecruce con otra—dijo luego de unos segundos de silencio— Además ya te lo dije, si quieres que me marche, quítate el vestido.

Aggggg...¡Lo odiaba ya!

—¡No, gracias!—viendo y considerando que Joaquín no estaba dispuesto a ceder a mis demandas, utilicé la realidad vergonzosa de mi vida para apelar a su pena y motivarlo a dejar el hecho—. Después de eso...—señalé su perfecto cuerpo torneado y bronceado— ni loca me desnudo ante ti.

—¿Te avergüenzas de tu cuerpo?

Todo tenía una contra respuesta para él. Era el acompañante sexual pago más tenaz del mundo.

—No, me avergüenzo del tuyo.

Era la verdad, no me avergonzaba de mi cuerpo, me avergonzaba de mi cuerpo al lado del suyo, algo por completo diferente. Esto era comparable a detenerse

frente al semáforo en luz roja con tu coche estándar, y que de repente, a tu lado se ubicara una Ferrari. Aquí estábamos ante una misma situación, y para que se hagan una idea de ella, Joaquín era el hijo extramatrimonial entre una Ferrari y un Lamborghini.

—Nadie puede ser tan perfecto—manifesté con la objetividad cotidiana sobre la cual estructuraba mi vida—¡Es una ofensa para la humanidad!

Mis palabras lo incentivaron a la acción, apartó sus ropas, se arrodilló en la cama, y vino hasta mí.

—¡Vamos, cómo quieres que te lo pida! ¡Quítate el vestido, quítatelo para mí!—entrelazó sus manos a modo de plegaria, y sonrió—Mira, soy un hombre mendigando.

Los únicos argumentos que quedaban estaban en mi cabeza, y no encontraban la forma de salir. La ausencia de palabras fue mi verdugo.

Joaquín abandonó su acto religioso, estiró los brazos, y tomándome por la cintura me acercó a él con delicadeza.

Sus manos no me desagradan, así que las dejé.

—No has oído lo que dicen por ahí—dijo en un susurro que hizo que toda mi piel se erizara.

—¿Qué?—controlé mi voz, quería sonar fuerte aunque en realidad ya me había rendido. Yo no era una muy buena soldado, y él...bueno, él era un muy buen enemigo.

—Un vaso de agua, un beso y un orgasmo a nadie se le niega.

Me sorprendió, para qué negarlo. Dejé libre a mi risa.

—Eso lo acabas de inventar tú.

Y esa risa fue mi bandera blanca. Él se valió de ella sin dudarlo, sus manos abandonaron mi cintura y con evidente intención apresaron a mis nalgas.

—No, créeme, se dice por ahí.

Besó mi pecho y lo utilizó como ruta a mi cuello, ahí se detuvo, con besos, y más besos.

El contacto de sus labios en mi piel era...emulsionante. (Lo sé...¿emulsionante? Recuerden, las escenas eróticas no son mi mejor cualidad).

—Lo noto en ti, tu cuerpo pide a gritos éste otro.

Estaba sumergida en una extraña burbuja cósmica, a tal punto que no podía decidir si su último comentario había sido pretencioso, desagradable o sexy.

—Dime, ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?—continuó.

El juego de su boca por todo mi cuello me arrastraba poco a poco a un estado de embriaguez inusitado. No sólo tenía tolerancia nula al alcohol, también tenía tolerancia nula a sus besos.

Agggg...¡Lo odiaba! La expresión...«Dame buen uso» empezaba a cobrar un significado aceptable. Muy aceptable.

Valiéndose de la falta de acción que provocaba en mí, retomó el trabajo sobre la cremallera olvidada de mi vestido. La abrió con lentitud.

—El viernes pasado—susurré respondiendo a su pregunta.

De imprevisto detuvo su labor para dedicarle la atención a mi rostro.

¡Aja, su cara lo decía todo! Érica estaba mal informada

—¡Me sorprendes, otra era la información que tenía!

—Bueno, por lo visto no sabes tanto de mí como crees.

Sí, me permití un poco el juego a mí también, y eso despertó aún más la picardía en él.

—¿Fue un buen sexo?—sus ojos brillaron traviesos.

Reí nerviosa. Había sido un desastre.

—Entonces debemos compensar el tiempo mal invertido, no te parece.

Retomó su tarea, finalizado el trabajo con la cremallera rozó de forma ascendente mi espalda hasta llegar a los hombros, puso un beso en uno de ellos, después hizo lo mismo con el otro, y con un veloz movimiento, deslizó los breteles de mi vestido para dejar al descubierto a mis pechos.

—Eres muy convincente...de hecho, lo eres cada vez más.

Comenzó a besarme a la altura del nacimiento de mis pechos.

Mmmmm...Calor, calor y calor. Por todo mi cuerpo. Iba a morir incendiada en cuestión de minutos.

—No, no lo soy, sigues con tu vestido.

Mis alarmas se activaron, me alejé, la habitación estaba muy iluminada, cualquier mínimo detalle se convertiría en un gran detalle. El ejemplo de la Ferrari me seguía torturando. No satisfecho con mi comportamiento, abandonó la cama y vino hasta mí con su amenazante y tentador miembro erecto. Me arrinconó contra la pared, me presionó con su erección.

Agggg...¡Del odio al amor hay un paso!

Tomó las riendas del asunto, y deslizó el resto del vestido, cuando llegó a la altura de mi cintura, reaccioné de forma violenta y lo detuve.

—¡No!—fue un grito nacido de la desesperación—¡Mi celulitis y mis kilos de más no pueden competir con tus abdominales de dios del olimpo!

Joaquín resopló con fastidio. Una mirada de desaprobación transformó al brillo de sus ojos en fuego.

—Sólo es una excusa, una excusa que no estoy dispuesto a aceptar.

La decisión inquebrantable que lo dominaba logró ganarle a mi absurda oposición. Apartó mis manos y con un movimiento preciso, deslizó el resto del vestido hasta mis pies. A plena luz, quedé expuesta en ropa interior. Antes de que pudiera abrir mi boca con algún comentario desacertado y fuera de lugar, volvió a apretujarme el trasero con sus manos, y rozó mi sexo con el suyo.

—Tus formas y las mías encajan a la perfección—dijo en mi oído.

La terrorista sexual que había en mí y que hasta ese momento había optado por el silencio, se hizo presente, habló.

—Y ahí dejaste de ser convincente, aunque reconozco que tu discurso profesional es muy bueno.

—¿Discurso profesional? ¿Quieres un discurso profesional?—no era fastidio lo que había en su voz, era provocación, sensual y dulce provocación.

Me alzó en sus brazos y me arrojó a la cama.

—Escritora de romance...confía en mí, puedo ser muy instructivo, déjame hacerte una escena de amor.

Reconozcámoslo, su argumento final fue muy bueno. Todo él lo era...¡TODO!

—Me rindo...

Sí, rendición total. Quería ese cuerpo sobre el mío, quería ese trasero, esa boca.

—¿Te rindes?—la satisfacción de su voz fue estimulante para los dos.

Trabajo de campo...¡Allá vamos!

—Sí, haz tu mejor escena, vamos, hazme una escena de amor.



El mínimo roce de su piel contra la mía me enloquecía. Mi cuerpo reaccionaba con la entrega total, siempre lo hacía. El perfume de su piel, el calor que su cuerpo desprendía en contacto con el mío, su sudor, eran para mí la más deliciosa de las torturas. Presionó su sexo palpitante contra mí. Lo besé, le mordí los labios, busqué su lengua. Esa boca, esos labios... todo él me llevaba al borde de la locura, de la insensatez.

Acaricié mis pezones, los provocó.

Sus dedos jugaron con mi clitoris. Lo odie. Lo amé. Abri mis piernas, guie mi sexo húmedo hacia él y se introdujo en mí. Me aferró a sus muslos. Clave mis uñas en su piel. Grité.

Me perdí en él. Peor aún, me perdí en mí misma.

—Perdón, no quiero interrumpir tu monólogo erótico...

Como un fantasma acechando en sueños, la voz de Joaquín se filtró en el escenario imaginario que mis palabras habían construido gracias al poderoso dominio de su lengua danzando alrededor de mis pezones.

—Continúa, pero por favor, hazlo lejos de mi oído—finalizó para retomar su zafarí aventurero en mis pechos.

Estaba en pleno momento creativo, era como si sus besos fueran un disparador natural de imágenes.

—Lo siento, eres un afrodisíaco mental inesperado.

Puso un freno a sus labios, levantó la cabeza y me escudriñó con esos ojos capaces de arrastrar a cualquiera al abismo.

—Sí, me doy cuenta de ello, eres muy creativa.

—¿Te parece que ha quedado bien?

Para que mentir, Joaquín era el especialista aquí. Era una fuente inacabable de rica, dulce, y rítmica información. No podía separar a la mujer de la escritora, no, mientras una pedía a gritos más, más de él sobre mí, la otra atentaba contra ello bajo la excusa de ir por un cuaderno de notas para tomar apuntes.

—Considerando que aún no he conseguido ni quitarte las bragas, sí, diría que sí—se estaba burlando—. Tu cabecita puede ir más allá de los hechos, y eso es maravilloso, veamos que conseguimos si la empujamos a la realidad.

Como una pantera acechando a su presa, retrocedió con lentitud para reclamar la conquista de mi cadera, la sostuvo con firmeza, enredó los dedos en mi ropa interior y a modo de juego inició el descenso de la misma.

—Abre tus piernas...—se valió de mis palabras para incentivar me.

Demás está decir que las suyas sonaban mucho mejor que las mías, en él eran una sensual melodía.

—Guía tu sexo húmedo hacia mí...

Cosquillas, mi cuerpo se retorció ante la sensación que me causaba, me sentía una serpiente que se movía al ritmo de la música de sus palabras. Era un encantador de serpientes, sí, lo era.

Y ese pensamiento sensual se transformó a la velocidad de la luz en un pensamiento anti-erótico. Anti-erótico para mí.

La palabra “serpiente” me recordó el gran cargamento que portaba, y activando mis sistemas reflejos junté mis rodillas para impedir que la tarea final se llevara a cabo.

—¿Estás bromeando? ¿En serio?—el no entendimiento le ganó a la sensualidad, se detuvo en seco, y me atacó con una reprimenda—¿Tú quieres escribir erotismo? Iba a morir atravesada por su miembro, lo intuía.

—Lo siento, no pienso arriesgarme, eso no va a entrar en mí.

Para ser explícita y acompañar a mis palabras hice una comparación visual de su gran pene con mis manos.

Estalló en una carcajada.

—Lo va a hacer, déjame hacer mi trabajo y lo verás.

Venció la fuerza de mis rodillas, me quitó las bragas y se acomodó entre mis piernas.

—No, no...—aferrándome a las sábanas hice fuerza para arriba con la intención de escaparme de su sexo—Siento contradecirte, Señor Asesino Serial de Vaginas, pero es científicamente imposible que “eso entre en mí”.

Ocultó su rostro de mí, se levantó de repente, abandonó la cama, y se marchó en dirección al living. Al cabo de unos segundos regresó con la protección colocada y una sonrisa contagiosa en su boca, se notaba que intenta contener la risa.

—He recibido muchos apodosos en mi carrera artística sexual, pero “asesino serial de vaginas” se ha ganado todos los puestos de aquí hasta el fin de mis tiempos, tuve que ir a tomar nota de ello.

¡La especialista en escritura soy yo, y el que toma notas es él! El mundo está loco, mi mundo está loco.

Regresó a la cama, saltó sobre mi cuerpo, apoyó su barbilla entre mis pechos, y murmuró.

—¡Dios! ¿Qué tengo que hacer contigo?

Mi cuerpo gritó en silencio: ¡Lo que quieras...absolutamente todo lo que quieras!

Mi boca se abrió, y lo resumió a su manera.

—¡Nada!

El brillo en su mirada fue mi condena. Esto era el juego del gato y el ratón, y al parecer, los dos comenzábamos a divertirnos de igual manera.

—¿Amordazarte tal vez?—disfruté de su comentario.

—¡Ni se te ocurra...

—No...—me interrumpió—, mejor esto.

Me besó.

Fue tierno, delicado...me morí de amor entre sus labios, y ese beso me confirmó lo que yo negaba: Romance y erotismo, los dos son necesarios.

El modo escritora se desactivó y accionó el protocolo “mujer deseosa de una noche de sexo y pasión desenfrenada”. Era momento de dejar de pensar, era momento de sentir.

El calor de su boca en contacto con la mía provocó el incendio definitivo, ya no eran sus brazos los que me capturaban, no, eran las llamas las que lo hacían. Su beso me inyectó una dosis letal de la peor de las drogas...él. Era delicioso, me invadía con su lengua, rozaba su sexo con el mío, y la combinación de ambas sensaciones me incentivó a llevar a cabo aquello que había deseado desde el instante cero en que se había desnudado. Apreté sus nalgas, las capturé con mis manos, las palmeé. ¡Pura materia prima de exportación! ¡Una maravilla!...y eran mías, por lo menos por un rato.

Mordió mis labios a modo de despedida, sus besos tenían una nueva meta a la cual llegar, invadieron mi cuello, lo acosaron, lo torturaron...¡Ay, malditos besos, malditos labios!. Sus manos retomaron el juego olvidado en mis pechos: rozó mis pezones, los provocó y los muy desgraciados se despertaron del sueño profundo de una década de sexo aburrido, se esgrimieron erectos, firmes para él. Sonrió.

—Creo que he hecho dos nuevos amigos.

—Puede ser—respondí entre dientes conteniendo el evidente efecto que lograba en mí—Pero no puedo asegurarte fidelidad.

—No te preocupes, yo me encargo de ello.

Los recorrió con su lengua...y ¡Boom! Se entregaron, firmaron un contrato de exclusividad con él, y yo, yo no pensaba oponerme a ello.

Acomodó mi cadera, y ubicándose a la altura correcta, presionó su miembro erecto contra mí. Abrí mis piernas, e hice exactamente aquello que minutos atrás había recitado junto a su oído, guíe mi sexo húmedo hacia él. Porqué lo estaba...ufff, vaya que sí lo estaba.

Su arma letal se posicionó dispuesta al homicidio, la hora de la verdad se hacía presente, la punta de su miembro jugó con mi clítoris a modo de tortuoso preludeo, busqué su mirada, la encontré al instante, él también buscaba la mía.

¡Sí, sí, sí...mátame, atraviésame, sofócame!

Se introdujo en mí de una sola embestida, y un grito ahogado de placer se me escapó.

—Te lo dije, tus formas y las mías encajan a la perfección.

Él encajaba a la perfección. PUNTO.

Comenzó a moverse dentro de mí, respondí acompañando cada uno de esos movimientos con mi cuerpo. La fiera salvaje en mí tomo control de la situación. Gemí, y ese gemido, mi propio gemido, algo no muy común en mí, me embriagó aún más. Joaquín no tenía desperdicio alguno. Si necesitaba una carta de recomendación yo estaba dispuesta a escribirle miles.

Acarició mi pubis, y sin contemplación, sus dedos jugaron con mi clitoris mientras su miembro seguía penetrándome una y otra vez. Me aferré a sus muslos, clavé mis uñas en ellos, la excitación me estaba haciendo perder todos los sentidos.

¡Me había olvidado que el sexo podía ser tan bueno! Esto debía ser inmortalizado en papel y yo pensaba hacerme cargo de ello.

Sus movimientos cobraron un ritmo implacable, era evidente que las clases de tenis le sentaban muy bien. Mi cuerpo se quebró de placer, quería morderlo, morderlo por todos lados, no lo hice, opté por apartar mi necesidad caníbal de lado y le di lugar a mi fase lírica. Grité tratando de liberar la electricidad que me desbordaba en un inevitable orgasmo.

—¿Qué paso? ¿Te quedaste sin palabras?—se burló a mi oído—¿Tú?

Volví a palmeear sus nalgas, una vez, otra vez. Comprendió el mensaje.

Puso en la línea de batalla a su soldado y éste luchó, luchó con fuerza. Mi cabeza golpeó contra el respaldo de la cama.

Auuuuhhh

Nada importaba.

Le pellizque el trasero, empujé mis caderas todo lo que pude contra él haciendo la penetración más profunda.

Después de esto mis pretensiones sexuales se iban a ver limitadas. Cuando uno prueba calidad se mal acostumbra a ella y la quiere siempre. Una vez que una conoce el paraíso y el infierno al mismo tiempo, nunca más quiere volver a poner un pie en la tierra.

Joaquín era mi perdición. Sí, decidido, estaba dispuesta a vaciar mi cuenta bancaria por él.

Quería darle cheques en blanco a futuro, comprarme todo el tiempo posible.

Mi cuerpo se desarmó esperando con desesperación el clímax. Necesitaba terminar, necesitaba gritar; sentía que mi cuerpo había llegado a su punto final, iba a partirse en mil pedazos. Su última envestida fue brutal, logró que rompiéramos juntos en una ola de placer. Rendidos el uno ante el otro, nos vencimos sobre la cama.

—¿Qué me dices? ¿He sido instructivo?—el placer vestía a su voz.

—No lo sé, cuando recuperé la cordura te lo digo.

Entré en estado de coma, en algún momento post sexo maravilloso, cerré mis ojos y me desconecté del mundo.

Acababa de comprobar que un buen orgasmo te otorgaba los mismos beneficios que te daba un fin de semana en un spa. Relax y satisfacción total. Estaba relajada por completo.

Él no estaba, y aunque dentro mío albergaba el deseo de tenerlo prisionero en mi cama de por vida, acepté su desaparición en plena madrugada sin un adiós.

Me levanté dispuesta a narrar mi aventura sexual. Antes de sentarme frente a mi portátil, decidí darme una ducha. Mi visita al baño me obsequió la mejor de las sorpresas...en el espejo del baño había dibujado un corazón con delineador de ojos y labial rojo, en su centro estaba escrito un número telefónico. Sonreí.

Iba a memorizar ese número...sí, sí. Es más, ya lo había hecho.



♥ CAPÍTULO 5 ♥

Por fin sentía que estaba de vuelta en el camino correcto. Los temores de declive artístico desaparecían dándole el lugar a la nueva musa inspiradora. Una catarata de ideas inundó mi cabeza y sacó a flote lo necesario, lo nuevo.

Le dije adiós al jeque árabe, era evidente que caminar sobre el mismo terreno una y otra vez no me estaba dando buenos resultados. Como un bebé recién nacido di mis primeros pasos en una nueva historia, y debo confesar que empezar desde cero fue más productivo de lo que recordaba. Todo se deslizó como por arte de magia, una palabra le sucedía a la otra, los personajes cobraban vida en diálogos y crecían dejándome de lado para escribir su propia historia. ¡Estaba en llamas!...y feliz. Después de cinco días de exhaustivo trabajo, tipeo frenético, y pérdida momentánea de la realidad circundante, abandoné mi casa, mi refugio creativo para entregarle las primeras ciento cincuenta hojas del manuscrito a Berenice.

«Antes de leer esto, ponte protector solar...créeme, vas a arder»

Tenía pensado decirle eso y arrojarle el escrito sobre el escritorio, para luego marcharme envuelta en una nube de intriga que la hiciera arrojarse sin piedad a la lectura de mis palabras.

No sucedió así. No, tuve que rogarle. Ella quería «Bajo el fuego del desierto» versión hot, y yo le entregaba...«Match Point. Amor en juego»

«Quiero escenas eróticas, no un película protagonizada Katherine Heigl»

Luego de una seguidilla de comentarios similares a éste me vi forzada a marcarle en el nuevo escrito lo que ella buscaba...lo encontré.

Se los dije ¡Estaba en llamas!

Abandoné en silencio su oficina, sin nube de intriga, pero con vientos de cambio encima.

Para celebrar los nuevos acontecimientos, y regalarle a mi cuerpo tensionado por la escritura sin pausa un momento de relax, me valí del recurso familiar más poderoso del mundo, la culpa, y obtuve todo lo que quise.

Érica y yo apenas habíamos intercambiado palabra luego del suceso “Acompañante sexual pago”, para mi ventaja, la profesionalidad de Joaquín, que seguía sorprendiéndome, me jugaba a favor. Ningún tipo de información había salido de mi boca. Ningún tipo de información había salido de la de él.

Los lazos de nuestra hermandad estaban tensos, y Érica estaba dispuesta a colaborar con todo aquello que los llevara de regreso a su estado normal.

Así que ahí estábamos, disfrutando con Iris de una mañana de viernes de Spa en el Club Country más costoso de la ciudad. Envueltas en delicadas toallas, disfrutando de un descanso luego de una limpieza de cutis, haciendo un brindis por la inspiración que había regresado a mí.

Mi copa de agua de manantial saborizada con rodajas de frescos pepinos chocó contra la copa de burbujeante bebida alcohólica de Iris.

—¿No te parece demasiado temprano para una copa de Champagne?—No tenía intenciones de ser juiciosa, pero eran apenas las once de la mañana, había opciones mejores. Yo velaba por el bienestar de mi amiga.

—¿A qué hora te levantaste tú?—su mirada penetrante de ojos verdes me provocó dolor de cabeza al instante.

—Cerca de la nueve.

Me había levantado a regañadientes, y gracias a un acto de inercia involuntario me había subido a mi coche con una única intención...continuar durmiendo aquí bajo los cálidos masajes de los especialistas.

—Yo me levanté a las seis de la mañana—bebí un sorbo de la copa—preparé el desayuno para los gemelos, los desperté, los obligué a desayunar—y otro sorbo—después los vestí, los llevé a la escuela, y regresé justo a tiempo para despertar a mi marido, y volver a repetir todo lo anterior con él—hizo fondo blanco, se bebió todo el champagne—Así que si me lo preguntas—el alcohol parecía comenzar a hacer efecto, hablaba lento, con calma— la respuesta es no, no es demasiado temprano; al contrario, diría que es demasiado tarde—llamando a la asistencia del lugar, golpeó su copa indicando “otra más”—y sobre todo demasiado poco.

El diagrama de sus actividades cotidianas me golpeó el alma, hice lo que correcto, lo que sabía debía de hacer, alcé mi mano y ordené un copa de champagne para mí también. Me observó sorprendida, y cuando nos entregaron ambas copas, deposité la mía en su mesita soporte. Fingió emoción.

—Eres una buena amiga, colmas todas mis expectativas— se aferró a ambas copas y comenzó a beber de las dos de forma alternada—, conseguiste cambiarle la cara a mi vienes.

—Es un placer, tú sabes que mantener tus expectativas es prioridad para mí, siempre y cuando éstas estén a mi alcance.

—Ya que lo mencionas—me interrumpió—¿Cómo demonios conseguiste esto?

Érica no era un ángel de la misericordia, conseguir favores de éste estilo no era común, de así serlo, pasaríamos cada uno de los días de nuestra vida aprovechándonos del asunto. Algún cumpleaños, navidad, esos eran los momentos en dónde mi hermana era plena bondad, nada más. La pregunta de Iris tenía un evidente fundamento.

—De la misma manera que conseguí esto—dije mostrando mi nuevo Smartphone.

Se levantó de la camilla de descanso para poder contemplarme en totalidad.

—¿No estarás llevando las cosas muy al límite?

Que se pusiera a favor de mi hermana no me agradaba en lo más mínimo, sí, estaba llevando el asunto al límite, pero no lo hacía sólo por esto, tenía una pila de asuntos pendientes con Érica, que gracias a éste incidente, salieron a la luz en mis emociones. Cada tanto, mi hermana necesitaba una bofetada, llevaba la voz cantante en la familia, aun así no debía considerarse intocable.

—El día que alguien pague por sexo para ti, hablamos—cuando lo pensaba en la distancia, lejos de los musculosos brazos de Joaquín alrededor de mi cintura, el asunto volvía a encender la furia y eso se notaba en mi voz.

—No sé...—estaba dudosa, la muy traicionera se manifestaba dudosa ante el comportamiento de mi hermana.

—¿Qué no sabes?—el sarcasmo danzó por entre mis palabras—¿Tú pagarías por sexo?—intenté ponerla en mis zapatos.

—Sí, la verdad que sí.

La convicción de su respuesta hizo combustión, mi volcán interno de furia estaba en conteo definitivo, pronto haría ebullición.

—Pagaría para que tengan sexo con Martín—finalizó.

Martín era su marido, y ante esa respuesta, mi otro volcán interno estalló, el de lo absurdo. Me reí en su cara.

—¡Tratamos de hablar en serio aquí!

—Hablo en serio, pagaría para que tuvieran sexo con él y no me molestara a mí.

La confesión de Iris hizo mutar mi rostro. ¿Iris estaba asexuada? ¿Desde cuándo? ¿Qué me perdí? Ella solita respondió a mis preguntas mentales.

—Cada vez que se me viene encima las caras de los gemelos vienen a mí y se reproducen una vez, y otra vez, y otra vez—su propio recuerdo la espantó, dejando las copas a medio terminar en la mesa, se levantó y caminó por el alrededor—¡Martín es una máquina de hacer gemelos, y que quieres que te diga, para mí veinte horas de trabajo de parto, y dos cabezas saliendo por mi vagina fue suficiente!

—Por si lo olvidaste, te recuerdo, tienes un diafragma puesto.

—No importa, la naturaleza es más poderosa que la ciencia, y la muy desgraciada le robó el placer al sexo en mi vida. ¡Odio a la naturaleza, quiero ser una libertina y no me deja, me atormenta psicológicamente!

Era una delirante, mantener una conversación seria con ella comenzaba a convertirse en un reto profesional.

—Bueno, quitando el asunto reproductivo de por medio, y poniéndote a ti en el centro en cuestión... ¿pagarías para que alguien tenga sexo contigo?

—¡Por supuesto que no, prefiero gastarme el dinero en zapatos...el disfrute me va a durar más que un buen polvo!

¡Ajá! Ahí tienes.

—¡Y yo en bombones!

Vino hasta mí, se acomodó en mi camilla con aires de travesura, esos que habían potenciado nuestra infancia juntas.

—¡Vamos, Ana, tú eres la voz cantante de las mujeres en tus libros! ¿Qué queremos las mujeres?

¿Eh?...

—¡Vamos, Ana! Ponle voluntad ¿qué queremos las mujeres?

Iba a decir zapatos y bombones...conociendo a Iris, lo correcto era:

—¿Sexo?

—¡Dilo más convencida!

—¡Sexo! —yeahhh, puse toda mi buena voluntad.

Iris se vio complacida.

—¿Cómo lo queremos?—continúo diciendo con fervor ante una tribuna imaginaria de mujeres.

Esa respuesta me la sabía, la certeza elevó mi voz.

—¡Gratis!

—¿Cuándo lo queremos?

Fui arriesgada, recordé mi encuentro sexual con Joaquín, y sin pelos en la lengua grité.

—¡Todos los días!

Capturó las copas de champagne, me entregó una y alzó la suya a modo de simbólico brindis.

—¡Esa es la actitud! ¡Brindemos por eso!

Le seguí el juego y las burbujas recorrieron mi garganta sin prejuicio.

—Ahora...hablando con seriedad—alejó las copas vacías de nosotras para interrogarme con mirada de madre—¡Ésta que habla, ésta Anabela, es otra...

Mi espíritu alegre de los últimos días me había traicionado frente a ella. Iris notaba mis cambios. Notaba todo. Antes de que pudiera decir algún comentario que me sirviera de excusa me obligó al silencio tapando mi boca.

—Deja de torturar a Érica, las dos sabemos que muy equivocada no estuvo. Tal vez no fue la mejor opción, pero contigo creo que fue la única.

Aggggg...me sacaba de quicio cuando complotaba con ella.

—¡Y a mí no me engañas!—tomó su móvil, hurgó en él en busca de lo que parecían ser imágenes, y cuando encontró la adecuada, la expuso en mi cara. Era una foto de Joaquín en plena clase de tenis, de seguro, reciente—¡Él estuvo en tu casa el sábado a la noche!—cambió de imagen, tenía unas cuantas, eligió una de su trasero, le hizo zoom—Eso...eso estuvo en tu departamento el sábado a la noche, una noche en la que no tuve ni la más mínima noticia de ti.

Acorralada. Atrapada sin salida. Roja como un tomate.

Iris ocultó su sonrisa, su facilidad para leerme los pensamientos era abrumadora.

—Me voy a una sesión de sauna, las toxinas piden con desesperación abandonar mi cuerpo. Tú quédate aquí y recapacita lo que te dije en la cama del masajista.



A solas con mis pensamientos, así me dejó, y no fue una buena idea, ese famoso ingrediente familiar llamado “culpa” era muy traicionero, iba y venía, como una

máquina de Pinball, y en éste preciso momento, me golpeaba a mí. Iris, la maldita voz de mi consciencia, siempre tenía razón.

Estaba obteniendo muchos beneficios injustificados, el mejor beneficio de todos había sido mi noche de sexo y sudor con Joaquín, y sin embargo, sentenciaba a Érica por su forma de proceder. Creo que muy dentro el problema se alzaba como otro, al final de cuentas la que había aceptado complacida los servicios de Joaquín había sido yo, es más, el recuerdo de ello todavía me resultaba gratificante. Sí, la molestia, el enojo encontraba la justificación ahí, la que había aceptado, cedido, fui yo. Usar el servicio o pagarlo era lo mismo.

Debía reducir la condena de mi hermana...se merecía una libertad condicionada como mínimo.

Intenté relajarme, estaba en el spa determinada a esa función, había trabajado mucho, mi espalda era un desastre, tenía contracturas por todos lados, lo mejor era detener la licuadora mental de mis pensamientos y ponerme en manos de especialistas. Y lo de “ponerme en manos” era por completo una expresión literal.

La fragancia de los aceites esenciales de oriente perfumaban la habitación, y la suave música instrumental se sumaba a la escenografía empujándome a la pausa mental necesaria. La presencia del masajista se hizo evidente, me desplomé en la camilla dispuesta a ser invadida por esas gloriosas manos.

Manos tibias...

Ahhhhh

Manos tibias masajeando mis talones. Profundas y poderosas presiones ascendiendo por mis pantorillas.

Por ley, toda mujer tendría que poder disfrutar de éste tipo de atenciones por lo menos una vez al mes. ¡Ser mujer es muy estresante!

Con pequeños movimientos circulares continuó hasta mis muslos, hizo una delicada presión en ellos y se detuvo. Esperaba que quitara sus manos de ahí y extendiera el trabajo en el tramo siguiente de la cadera, pero no, volvió a trabajar sobre mis muslos dedicando una importante atención a la cara interna de los mismos.

Me sorprendió, lo reconozco, no era la costumbre.

Avanzó con suaves roces hacia arriba, y justo cuando el destino final, un destino íntimo muy alejado de los convencionalismos en éste tipo de masajes cobraba realismo en mí, reaccioné de forma involuntaria levantándome de la camilla al tiempo que esas manos se estampaban en mi trasero sin pudor y respeto alguno.

—¡Increíble! Y pensar que tuve que rogarte para que me dejaras ponerte una mano encima.

Decir que lo reconocí ante el simple contacto de su mano con mi trasero es vulgar, prefiero mentirme diciendo que fue la primera manifestación de sus palabras la que me hizo reconocerlo.

El rostro de Joaquín se tambaleaba entre la burla y una extraña incompreensión real. Lo que decía, lo decía muy en serio.

—¿Qué haces aquí?—cubrí mi cuerpo lo más que pude, y sentándome en la camilla protesté a la defensiva sin motivo alguno.

—Trabajo aquí, por si no lo recuerdas.

Las anteriores emociones que parecí interpretar en él ya no estaban, ni burla ni incompreensión. Sonrió. Cien por ciento Joaquín, y mi cuerpo, ante el recuerdo y el reconocimiento de su proximidad empezó a derretirse como un helado.

—Cierto, aquí es dónde cazas a tus presas ¿no?—fui desagradable, no sé por qué, no pude evitarlo.

¿Amor propio talvez? Compararme con esa “clase de mujeres”, aquellas que compran “calidad”, no me agradaba.

—Disculpa, déjame acomodarte un poco las ideas en la cabecita—golpeó mi frente con su dedo, sí, así, con descaro y total confianza—Aquí la única “presa” soy yo, éste lugar está lleno de cazadoras furtivas que quieren hincarle el diente a éste cuerpecito.

—Y por lo visto, eres fácil de atrapar.

Que hablara con tanta simpleza sobre el asunto de la “compra de sus favores sexuales” me provocaba un sarpullido invisible en la piel.

—Por una tarifa puntual, por supuesto—asumió su rol sin ningún tipo de inconveniente.

Mmmm...

Ese era el detalle que me faltaba. Tenía un par de hipótesis de valores elaboradas, y la correcta iba a salir a la luz sólo a través de él. Joaquín me estaba dando esa oportunidad. Si a futuro tenía que hacer cuentas lo adecuado sería hacerlas con el número exacto.

—¿De cuánto estamos hablando?—vestí de sarcasmo mi pregunta para ocultar la verdadera naturaleza interesada.

Él maldito capturó en el aire mi intención de fondo, lo vi en su sonrisa. Acercó su cuerpo al mío, forzó mis piernas a ampliar la distancia que las separaban, y se acomodó entre ellas.

—No importa, esa cifra está muy lejos de tú alcance.

¡Lejos de tú alcance! ¿Con quién se pensaba que estaba hablando? ¿La palabra best-seller “en plural” te resulta familiar, Señor Auxiliar de Tenis con cuerpo escultural?

Joaquín entraba en fase provocación, y mis piernas le seguían el juego, querían desobedecerme, deseaban envolverlo y aprisionarlo. Respiré profundo para alejar al fuego del infierno de mí. No quería el juego físico, no ahí, pero estaba dispuesta a otro. Discutir con él tenía un efecto revelador para mí, le ponía un poco de sal a la monotonía de mi días.

—Ponme a prueba, no subestimes mi status económico—lo provoqué.

No hablaba yo, lo hacía mi amor propio vinculado al éxito como escritora.

Era evidente que él esperaba esa provocación.

Con un efecto de cámara lenta acompañando a su cabeza, se acercó a mi oído, rozó mi oreja con sus labios, y murmuró.

¡Cuatro cifras! ¡¡¡Cuatro!!! ¡Estamos todas locas mujeres, saben la cantidad de bombones que puedo comprarme con esas cuatro cifras! ¡Me abastezco por meses!

Vamos, Anabela, cara de nada. Sonríe con tu mejor cara de nada.

Podía con esos números, el problema era la cordura cotidiana que guiaba mi vida, esa cordura me arrinconaría a golpes si consideraba a el pago de sus servicios como un nuevo gasto mensual.

—A tu hermana le hice un precio especial, la relación laboral que nos une me permitió tal consideración.

¡Así que yo era obra de la caridad! ¡Idiota!

—Bueno, una tonta actitud de tu parte, ni ella ni yo necesitamos tus consideraciones—volví a la carga a mano de mi ego—Sí tuviera intenciones de contratar tus servicios...

El triunfo bailó en lo profundo de sus ojos color almendra, solita me estaba poniendo en evidencia, y él se vanagloriaba de ello.

—Si tuviera intenciones—repetí dejando en claro que no era la manifestación real de mis deseos—, puedo permitírmelo. Puedo permitírmelo más de lo que te imaginas.

¡Ahí tienes desgraciado! ¡Tú mueves el trasero y ganas dinero, yo escribo que alguien como tú mueve el trasero y gana dinero!

—Contigo he decidido no imaginarme nada, ya comprobé que cuando lo hago me equivoco.

Wow. Soy yo, o esas palabras fueron robadas de alguna novela romántica.

Tendría que anotarlas, pero antes...

—¿Qué quieres decir?—plasmé la mayor dosis de desinterés posible en la pregunta.

¡Desde cuando se cree con la capacidad de conocerme tanto! No quiero ser un libro abierto, ser un “enigma” es la clave de todo personaje femenino de novela.

Una puede abrir las piernas...el corazón es otro asunto. ¡Sépanlo!

—Nada, pensé que ibas a llamarme, no lo hiciste—dijo esto con un desinterés mayor al mío.

No, no, no iba a ganarme.

—¿Porque habría de haberlo hecho?—desinterés, desgano, hasta pereza tuvieron mis palabras. Las dije en slow-motion para dejar claro el mensaje,

—No importa, no lo hiciste, y por eso estoy aquí—si yo estaba esperando una batalla de egos, ésta no empezó. Joaquín volvió a ser el dulce hombre que se filtraba cada tanto en sus discursos elaborados de galán seductor—Perdí la llave de mi casillero, y la última vez que esa llave estuvo en mi poder fue el viernes en mis pantalones, para ser preciso, en tu casa.

Primero, la combinación de “viernes” y “en tu casa” me hizo viajar en el tiempo y regresar al calor de sus brazos. No sé cómo se sentía Iris en el sauna en éste momento, pero de seguro, y o me sentía igual. Acalorada, sofocada.

Disimulé, traté de hacer un recorrido visual de mi departamento. ¿Llave de casillero?

—¿Por qué no pides una copia?

—Tengo un defecto...

Le dediqué una sutil mirada de: ¿un defecto, sólo uno? ¡Egocéntrico incurable!

Sus ojos me acosaron, se confabularon con su sonrisa.

Agggg... ¡Dios, me falta el aire! ¡Qué alguien abra una ventana, por favor!

—Sí, sólo uno ¿tienes algo que opinar con respecto a ello?—era una provocación clara y directa.

No hablé, gesticulé en desacuerdo, y por supuesto, él lo disfrutó.

—Soy muy despistado, no es la primera vez que la pierdo—continuo abandonando su común protagónico a sueldo—Dilate la situación unos días, ya no puedo, la realidad es que la necesito.

—No creo que esté en mi casa, no he visto ninguna llave—lo interrumpí. En mi departamento no había nada, estaba segura.

—Tiene que estar ahí, si no la buscas tú, la busco yo.

¡Olvídese, señor, usted no pone su pe...sus pies, PIES, en mi departamento!

—¡Sé responsable de tus errores, si la perdiste hazte cargo!

Él, mi departamento, y yo...eran una mala ecuación. Para mí, que quede claro.

—¿Quieres eso? ¡Perfecto!—tomó distancia de mí, se preparó para el contrataque final, podía verlo en su mirada—Voy a la oficina de tu hermana y le pido una copia, cuando proteste, como es su costumbre, y pregunte, como siempre lo hace, dónde la perdí...

En el blanco, su argumento dio en el blanco, lo vio en mi rostro. La sola mención de Érica me hizo cambiar de actitud.

—Le diré...—finalizó—de seguro entre las sábanas de tu hermana.

Me aseguré que la toalla que me envolvía estuviese bien sujeta, bajé de la camilla y contribuí a ampliar la distancia de nuestros cuerpos.

—La busco y te llamo— dije con convicción, ocultando el fuego que me quedaba la piel ante la mención de “sábanas”.

—¿Conservaste mi número? ¿Quién lo hubiese imaginado?—puro sarcasmo en su voz, y una sonrisa en sus labios que podía iluminar al día más nublado.

Le di la espalda, y para no dejarle el triunfo del silencio, le hice un gesto obsceno con mi dedo. Sí, levanté el dedo medio con ganas y lo exhibí ante él...una vergüenza, Anabela, una gran vergüenza.

Fue peor.

La carcajada que le provoqué me siguió todo el camino. Todo el camino al sauna...ni loca me quedaba ahí, esperando al masajista, con él. Ya estaba sofocada, un poco más no me vendría nada mal.



Iris consumió el resto de mi tarde, al spa le siguió el almuerzo, a éste le sucedió un par de trámites personales; sin darme cuenta la tarde se diluyó en la noche. Lo primero que hice al llegar a casa fue darle una recorrida visual a todo, si la llave de Joaquín estaba ahí, debía marcharse.

No estaba, para mí no estaba.

Hice el llamado para ponerle punto final a la situación. Recepcionó la llamada a los segundos.

—Lamento informarte que tus suposiciones son incorrectas—ni un “hola”, nada. Fui al grano—La perdiste en otro lado.

—Lamento informarte que “tu testarudez” también es incorrecta. Tiene que estar ahí.

Y así como si nada la comunicación se terminó. Él lo había hecho.

Dos minutos, en menos de dos minutos, la sorpresa llamó a mi puerta.

Observé por la mirilla de la puerta. ¡Joaquín!

Mi corazón se aceleró, bombeaba fuerte. Las piernas me temblaron, todo mi cuerpo se agitó nervioso, ansioso, y mientras eso sucedía, mi cerebro ordenó a mis manos que le abrieran la puerta.

—¿Cómo llegaste hasta aquí arriba? ¡Dejan ingresar a cualquiera en éste edificio!—así lo recibí, a falsos gritos—¡Voy a quejarme a la administración!

Entró a mi departamento como si éste fuera parte de su territorio común.

—Mírame ¿caso parezco un asesino serial o algo por el estilo?—giró para hacer gala de su imagen.

Ufffff Hombre de catálogo. París temporada 2016.

Tenía puesto un traje gris claro, de muy buena calidad, se notaba a la vista. Lo acompañaba una camisa blanca sin corbata, y unos relucientes zapatos negros. El mejor detalle de todos, un pañuelo de seda color salmón en el bolsillo superior del saco. ¡Puro Glamour!

¡Dios! ¿Dónde está mi chequera cuando la necesito? ¿¿¿Dónde???

—Eres algo por el estilo—dejé que la ironía hablara por mí, estaba a pasos de babearme por él.

—Sí, es verdad —se acercó a mí oído, susurró—, pero soy un “algo por el estilo” que a ti te encanta, no lo niegues.

—¡Tus llaves no están aquí!—opté por la reiteración del discurso para evitar confesar que él estaba en lo cierto...me encantaba.

—Están, simplemente no las buscaste bien.

—Bueno, Señor certeza total, todo tuyo, busca.

Cocina, debajo del sofá, de la mesa. Una y otra vez...

—¡Nada!—festejé la confirmación de los hechos—¡Tú mismo lo has podido comprobar!

El desacuerdo estaba estancado en su mirada.

—¿Te fijaste en el dormitorio?

No, no lo había hecho. Demoré la respuesta.

—No veo posible que las llaves hallan llegado hasta ahí.

—Yo sí, sobre todo cuando arrojaste los pantalones contra mí.

Joaquín tenía una causa probable.

Antes de que yo pudiera hacer algún comentario más, fue hasta mi dormitorio sin autorización alguna. Fui detrás de él.

—¡Ey! ¡Un poco de respeto a la privacidad ajena!

Rodeó la cama, se agachó para observar debajo de ella. Yo hice lo mismo del otro lado, nuestros rostros se encontraron, se fulminaron con la mirada al descubrir que la condenada llave estaba ahí, escondida entre los hilos de la alfombra.

—Tú no ves lo que no quieres ver ¿verdad?—su comentario no me hizo nada de gracia.

—Lo siento, no ando todo el tiempo de aventura debajo de mi cama.

—Ya lo veo, y por lo que deduzco, tampoco hay mucha aventura por encima de ella.

¡Desgraciado! ¡Mil veces desgraciado!

Enfurecida, así me levanté.

—Ya tienes tu llave, puedes irte—lo invité con cortés rabia a abandonar mi departamento antes de que mi cuerpo pidiera algo equivocado, como por ejemplo, invitarlo a una aventura sobre la cama.

—Por supuesto me voy, tengo cosas que hacer—hizo gala de su vestimenta una vez más—, vine por esto—alzó la llave a la vista de ambos—, nada más que por esto.

Quería hacerle burla a su comentario “nada más que por esto”, la madurez que corría por mis venas no me lo permitió. Joaquín sacaba lo peor en mí, me alejaba de las formas, con él maldecía, protestaba, me comportaba como la niña que muchas veces era por dentro. Joaquín era un peligro.

—Bueno, ya conoces el camino—lo invité a marcharse.

—¡Cómo olvidarlo!

No se iba. Seguía ahí, frente a mí.

—¡Cómo!—resoplé.

Silencio.

Silencio mío, de él. Una comunión de extraño silencio.

Hice una burlona reverencia y con mis brazos le dibujé el camino fuera de mi habitación.

Lo hizo, avanzó, y cuando llegó a la puerta la caballerosidad estructurada de su persona hizo que me cediera primero el paso a mí. No acepté, insistí, volví a señalar la puerta con el movimiento de mi cuerpo. Él se mantuvo en su postura. Conscientes de que ninguno de los dos iba a responder a las demandas del otro, avanzamos al mismo tiempo, nuestros cuerpos se chocaron y se vieron obligados a llevar a cabo una pequeña pelea por el puesto uno en salida.

¡Gané! Joaquín me dejó ganar.

—Adiós—manifesté rumbo a la salida—Ha sido un “no gusto” verte por aquí—mi boca sonrió al decir esto.

—Lo mismo digo—dijo e imitó mi sonrisa.

Puse la mano en el picaporte, él hizo lo mismo, y justo antes de que abriéramos, él hizo un atentado por parte del universo mismo, alguien golpeó a la puerta. Indagué la presencia a través de la mirilla.

¡Noooo! Era Érica.

—Es Érica—susurré.

En perfecta e inesperada coordinación los dos retrocedimos, nos alejamos del punto de conflicto.

—No puede verte aquí—mantuve el tono de mi voz en el mismo susurro.

—Ya lo sé—él se sumó al juego susurrante.

—¿Cómo la sabes?

—Lo intuyo o considerando que ella se cree que el viernes me fui de aquí después de la conversación telefónica entre ambas.

—Y por lo visto, tú no le has dicho nada.

—¡Por supuesto que no!—fue un susurro enojado—¡La confidencialidad entre profesional y cliente es muy importante!

Podíamos pasar minutos, inclusive horas, discutiendo si queríamos. La situación demandaba acción, no análisis.

—¡Ve a la habitación y quédate ahí! Yo me encargó de ella.

Respondió sin oposición, guio sus pasos a mi dormitorio, y antes de desaparecer dentro, susurro un pedido.

—No te demores mucho, en serio, tengo trabajo que hacer.

Imaginar que trabajo tenía que hacer así vestido me erizaba la piel. El Señor asesino serial de vaginas tenía una nueva víctima en algún lugar. Que esa víctima fuese otra y no yo, no debía molestarme, pero lo hizo. No sé por qué, pero lo hizo.

Espanté a los pensamientos de envidia de mi cabeza, traté olvidar que Joaquín estaba ahí, puse mi mejor cara de sorpresa, y abrí la puerta.

Érica entró como un huracán. Todo el mundo parecía tener total libertad en mi casa, eso comenzaba a enfurecerme.

Pensé en algo para echarla con sutileza. Lo encontré.

—¿Qué estás haciendo aquí?—la culpa atacó por última vez, aun en contra de la promesa hecha a Iris.

—Tengo una noticia que contarte. ¡Papá va a casarse de nuevo!—escupió antes de que yo pudiera hacer cualquier otro comentario.

—¡Dime algo que no me sorprenda!—no iba a permitir que me sacara del rumbo, continué—Como por ejemplo ¿Qué haciendo aquí?—volví a repetir—No tendrías que estar en viaje rumbo a la costa con el abogado cuarentón.

Gracias al cielo tenía el “asunto Esteban” de mi lado.

—Se suspendió, mejor dicho, lo suspendí.

—¿Por qué?

—Porque a último momento la ex mujer le cargó los niños todo el fin de semana.

La presencia de Joaquín dejó de ser un problema, Érica y sus decisiones comenzaron a serlo ahora.

—¿Y eso que tiene que ver?

—¡Ni loca paso un fin de semana con él y sus críos!

—¡Érica!—levanté mi voz en una sincera reprimenda—¡Hiciste una promesa!

—Sí, e intentó cumplirla, pero no de ésta manera—estaba nerviosa, el asunto la ponía nerviosa, se le notaba. Debía forzarla, era para su bien.

—¡De ésta manera, sí!—fui dura, las manías de Érica debían ser llevadas hasta el límite del quiebre. Sabía que el abogado le gustaba más de lo que confesaba—¡Si yo pude lidiar con la vergüenza que significó que pagaras para que alguien tuviera sexo conmigo, tú puedes tolerar un par de críos dos días!

¡Encestada perfecta! Quedó en silencio, sin argumentos.

—¡La culpa de esto la tiene Joaquín!—descargó su desacuerdo con un pequeño grito.

—La culpa la tienes tú—corregí.

No quería defender al dulce desgraciado oculto en mi habitación, pero en éste caso era una obligación. La fundadora del problema había sido ella.

—¡La culpa la tengo yo, pero también la tiene su gran boca!—reafirmó—Él sólo se puso en evidencia contigo. No sabe mantener la boca cerrada, se lo dije.

Un golpe proveniente de la habitación nos distrajo.

El vuelo de una mosca podía utilizarse de excusa para escapar del tema dadas las circunstancias actuales de nuestra relación. Érica tomó ventaja de la distracción.

—¿Qué fue eso?

Un lindo trasero inquieto. Esa era la respuesta.

—El gato—utilicé la segunda respuesta que vino a mi cabeza.

—¿Qué gato? Tú no tienes gato.

Evidentemente fue una muy mala respuesta. La reacción común se hizo presente en ella, se encaminó a mi habitación a corroborar. La detuve.

—El gato del vecino, se mete por el balcón de la habitación—la forcé a cambiar el recorrido en dirección a la salida—. No te preocupes por él, preocúpate por ti y tu fin de semana con el abogado padre de familia.

—¡No!—se estancó al suelo, no quería avanzar.

—¡Sí! Una promesa es una promesa, y si quieres que vuelva a llamarte hermana, la cumples.

Abrí la puerta, la empujé fuera de mi departamento, la pobre estaba fuera de sí, sumergida en la realidad desesperante de una situación que no quería asumir.

—Adiós—dije antes que sus lágrimas de cocodrilo salieran y me capturasen.

La observé por la mirilla de la puerta, la oí hablar para sí misma.

—Pero si tú no tienes balcón en la habitación.

Caminó por el pasillo una vez, otra vez, y luego se marchó. Respiré con calma.

Y esa calma se me fue cuando recordé al “gatito” dentro de mi habitación.



¡El colmo de la confianza! Sentado a sus anchas en la silla del escritorio con la vista fija en mi portátil, revisando los archivos como si fuesen suyos.

—¡Su suave y macizo trasero!—leyó en voz alta a modo de broma—. ¿Tenista? ¿En serio? Siento que estoy leyendo mi biografía.

—Tú eres un auxiliar—puse énfasis en la palabra—, y eso es privado—. Sin cuidado, me interpose entre él y mi portátil—¡Hurga en tus asuntos, no en los míos!

—Esos asuntos son míos—empujó mi cuerpo para hacerme a un lado. Lo consiguió.

Recitó un fragmento de mi escrito.

«Llegó a mis muslos, los aprisionó con las manos, y me atrajo hacia él provocando el choque final de nuestros cuerpos»

Puro deleite, su voz se vestía de placer al leer, pero no por la satisfacción real de la lectura, sino porque era parte del juego para él, era el placer de provocarme al reconocerse como centro principal en mi relato.

«Guiando mis pasos, golpeó con suavidad mi espalda contra la pared y elevó mi cuerpo sobre ella»

—¿Qué extraña manía imaginaria tienen con el sexo de parados?—hizo una pausa en la lectura para irrumpir con esto—Con “tienen” me refiero a las mujeres, por supuesto.

Antes de que retomara fragmentos del texto, cerré la portátil y volví anteponerme a él.

—Ninguna manía que sea de tui interés—refuté su pregunta de la manera menos adecuada.

—¡Lo es, cuando es absurda!

Había una sorpresiva actitud de defensa en él, se sentía ofendido en un aspecto que yo no lograba comprender.

—El sexo de parado contra la pared es incómodo, poco práctico y ante todo insatisfactorio.

Confirmado, el maestro del sexo pago a domicilio estaba ofendido.

Hablar de sexo con él, tenerlo a escasos centímetros de mi cuerpo oliendo de maravillas, y lo peor de todo, vestido de esa manera, no pronosticaba ninguna reacción buena en mí.

—¡Es ficción!...y la ficción hace eso, te cuenta lo imposible—era un alegato correcto.

Mi alegato no le fue suficiente.

—En eso te equivocas, no es simple ficción, les estás vendiendo un momento—la experiencia parecía hablar en él—, imaginario pero momento al fin; y si lo vas a hacer, debes hacerlo como corresponde.

Una vez más volvía a reconocer que los dos éramos contadores de historias, y los trasladaba al papel, él a la acción.

—¡Ven, compruébalo por ti misma!

¿Comprueba qué?

Tomándome de la mano me llevó hasta el otro extremo de la habitación para colocarme de espaldas a la pared.

—¿Qué haces?

—¡Te doy realismo, eso hago!

Volcó todo el peso de su cuerpo contra el mío, agarró mi pierna y la obligó a envolverle la cintura, sin más, me alzó en el aire utilizando la pared como soporte. Yo no estaba preparada para la situación, la sorpresa de su acción me tenía tonta, no seguí su juego y lo movida terminó con mi trasero en el suelo.

—¡A las pruebas me remito!—dijo cuándo un “Auuuh” se escapó de mi boca.

Me incorporé con su ayuda.

—No estaba preparada, me tomaste de improviso—No iba a darle la razón, no iba a eliminar la escena de mi historia.

Retomó la posición anterior y sostuvo mi pierna a su alrededor, yo me abracé a su cuello para favorecer la postura; justo antes de forzar sus piernas y levantarme, dio todo marcha atrás.

—Espera, vamos a hacer esto como corresponde.

Fue hasta mi escritorio, se quitó el saco, lo colgó en el respaldo de la silla, y continuó quitándose el resto de ropa.

—¿Por qué el striptease si se puede saber?

—No pienso arrugarme la ropa, ya te lo he dicho, tengo cosas que hacer.

—Por mí no te demores, déjame a mí y a mis escritos tranquilos que nosotros nos entendemos.

—No, no se entienden.

Camisa, zapatos, pantalón...todo fuera. Frente a mí en ropa interior. Perfecto, bronceado, con ese cuerpo torneado por artesanos que era un placer visual. Podría quedarme horas así, devorándolo con la mirada, imaginándolo bañado en chocolate para saborearlo con mi lengua hasta empalagarme y decir basta.

Le di a mi rostro una bofetada imaginaria para que abandonara el estado de dulce trance.

—Te fascina desnudarte ¿no?—traté de restarle importancia a lo que me provocaba.

Era un derroche de sensualidad, y él era muy consciente de ello. Sonrió, y volvió sus pasos a mí.

—Contra la pared, ahora—ordenó manteniendo la sonrisa en sus labios.

Obedecí. Como decirle no a ese cuerpo. Me aprisionó contra la pared. Comenzó a desabrocharme los botones del jean.

Uffff...el calor aparecía, y el aire comenzaba a faltar.

—Aplico factores auténticos a la situación—dijo para justificar lo que hacía.

Nada tenía sentido. Lo que pretendía él, o lo que pretendía yo.

¿Qué pretendía yo? Sus manos en mi cuerpo para empezar.

Le permití quitarme los pantalones, quedé en remera y ropa interior. Acarició mis muslos al descubierto, los palmeó, y aferrándose con firmeza a ellos, elevó mi cuerpo a la altura de su cadera.

—Ahora sí—manifestó con un hilo de satisfacción en la voz—Aférrate a mi hombros—lo hice. Él puso más presión contra mi cuerpo—¿Cómo te sientes?

¿Cómo me sentía?

Quería mi cama, ya, con él encima de mí.

—Apretada—no mentí, era la verdad.

—Y ahora dime ¿cómo te sientes ante esto?

Inició una secuencia de movimientos, embestidas imaginarias que hacían que mi espalda le sacara lustre a la pared. Además de comenzar a incomodarme ante la situación, la inestabilidad del ritmo de sus piernas me sacaba de eje. Abandoné su cuello y utilicé mis manos como apoyo en la pared. Fue peor. Ni hablar que sentía que el peso de mi cuerpo iba a desgarrarle los músculos de todo su cuerpo.

—¡Bájame, bájame!—dije con el mal humor naciente, el muy desgraciado tenía razón.

La gloria del momento se reflejaba en sus ojos.

—Si quieres probamos lo mismo sin remera para que veas la diferencia, es peor, créeme.

No, no era necesario. Mi espalda desnuda contra la pared, subiendo y bajando al ritmo de embestidas desordenadas no parecía una buena opción, de seguro sólo conseguiría una linda irritación por la fricción.

—Gracias...gracias por arruinarme una buena escena—esbocé para otorgarle la victoria.

Con delicadeza, pero sin desprenderse de mi trasero, me ayudó a recobrar la posición en el suelo, cuando mis pies tocaron el piso, me palmeó las nalgas a modo de despedida y buen trabajo.

—No seas niña, estoy aquí para instruirte, no para arruinarte—su pecho se infló de puro ego—Yo voy a darle autenticidad a tus líneas de sexo, confía en mí.

Si me dedicaba un tiempo a pensar el asunto de “confianza” entre ambos la mujer conservadora que generalmente guiaba mis pasos se sorprendía. Contrario a todos los comunes pronósticos que cubrían a mis relaciones, con Joaquín existía una inusitada confianza, su presencia no me molestaba, en cierto punto, me agradaba más de lo que quería aceptar. Le seguía el juego porque me gustaba hacerlo, y no era por las intenciones de sexo, no, era por todo él; su frescura, su energía contagiosa, la falta de prejuicios ante la vida; y su cuerpo, por supuesto, siempre su cuerpo.

Ya que había desestimado la coherencia en mi escrito fui en busca de un reemplazo.

—Estoy en tus manos, maestro del sexo, dime...¿qué sugieres?

Regresé al escritorio, liberé espacio, aparté lapicero, anotador, etc.

—Aquí, te quiero aquí—señaló la esquina vacía de la mesa.

Lo hice, fui hasta él, lo enfrenté y puse mi trasero en el lugar indicado.

Él en ropa interior, yo en remera y bragas.

—Abre las piernas.

No emití queja alguna, las abrí permitiéndole el espacio perfecto para su cuerpo. Envolvió su cintura con mis piernas, atrajo mi pelvis hacia la de él, su miembro a pasos de una evidente erección rozó a mi sexo, un sexo que comenzaba a humedecerse a modo de respuesta y bienvenida.

—Perfecto...ángulo perfecto, aquí puedo darte duro, sin piedad—murmuró a centímetros de mi boca.

Comenzó a moverse simulando penetraciones y el contacto de su miembro firme, ya erecto contra mi sexo, hizo que mi cuerpo iniciará el camino a la búsqueda de la satisfacción del deseo.

—Y lo mejor de todo, es que aquí puedo permitirme esto—me quitó la remera, y forzándome por la cintura, recostó mi torso en el escritorio.

Demasiado tarde para ponerle un punto final al juego. Mi mente ya estaba disfrutando de la mejor de las escenas, mi cuerpo reclamaba lo mismo. Afirmé mis piernas, lo enredé en ellas y se convirtieron en una prisión sin escape.

—De ésta manera tengo el mapa de tu cuerpo a la vista—acarició con la yema de sus dedos mi vientre, avanzó por él hasta llegar a mis pechos— y ese camino me muestra muchas rutas—capturó mis pechos con sus manos, movió las tazas de mi sostén y los liberó, besó mis pezones, uno a la vez. Volvió a hacerlo hasta que se endurecieron ante él—, pero todas esas rutas me conducen a un mismo destino.

Había cerrado mis ojos, estaba perdida en su voz, en sus caricias, en la cercanía de su sexo palpitante contra la humedad del mío. Abrir los ojos significaba abrir mi boca y arruinar el momento. Detuvo los besos, y ante eso mi cuerpo entró en estado de alerta.

—¿Sin palabras?...Tú, sin palabras—susurró entre mis pechos.

Me obligó a mirarlo, sonreía.

¡Maldito desgraciado!

—Soy una buena alumna, te entregó toda mi atención ¿Qué más quieres?

El fuego de mi voz era evidente, y la verdad, no me molesté en ocultarlo. Estaba en llamas, él había iniciado el incendio, lo justo era que se encargara de apagarlo.

—Esto quiero —tomó posesión del borde de mi braga y la deslizó por mis piernas—, lejos de aquí las quiero—las arrojó sobre la cama—.Y además, necesito esto...—se estiró y hurgó dentro de los bolsillos de su pantalón, sacó la protección y se la colocó—Un buen sexo, es un sexo seguro.

—Y más considerando los lugares en dónde “eso” a estado.

Sí, abrí mi enorme boca, no hay paz entre mis labios. Con Joaquín me enloquezco.

—Hasta que apareciste...te extrañaba—bromeó con dulzura, y me penetró tan profundo que me arrebató el aire, el habla.

Esto era una locura, lo sentía dentro de mí, entrando y saliendo, lento, profundo, embriagador. Sus manos continuaron el juego en mis pechos, los apretujaba, los lamía, sababa. Droga pura, eso eran sus besos. Me desarmé sobre el escritorio, una parte de mi cuerpo, la superior, estaba rendida a sus caricias, al perfume de su piel, al calor de su cuerpo; la otra parte, luchaba para mantener la fuerza, lo envolvía con fiereza, mis piernas eran dos grandes tenazas que lo retenían con desesperación.

A pesar de estar sumergida en una ola de sensaciones desbordantes ésta vez no cerré los ojos, los mantuve inquietos, deseosos, en contacto directo con el color almendra de los suyos. Nos desafiábamos mutuamente, yo luchaba contra la corriente del éxtasis total que venía a golpear a mi puerta, y él se esforzaba en ganar esa lucha; me torturaba con embestidas rítmicas que me llevaban a los primeros momentos del temblor, todo mi cuerpo iba a colapsar. El borde de la mesa se convirtió en sostén, mi portátil estuvo a pasos de ver su muerte al salir despedida por un movimiento involuntario. Los lápices, mis lentes, vibraban, saltaban en el escritorio en coordinación perfecta junto a sus penetraciones.

Liberé parte de mi éxtasis en pequeños gemidos. Estaba perdiendo, cediendo ante él; mis piernas se rendían, y no pude ocultarlo. Joaquín no estuvo satisfecho, no, estaba dispuesto a la tortura máxima. Recorrió mi vientre con su mano derecha, y con un delicado descenso la llevó hasta mi clítoris.

Ahhhhh...Morir bien muerta, eso quería. Morir bien muerta ahí, encadenada a su cintura.

No encontraba palabras para describir dentro de mi mente lo que mi cuerpo sentía, él penetrándome y jugando con mí clítoris una y otra vez. Indescriptible, electricidad pura inundando mi cuerpo. Hay situaciones que se viven, no se relatan, no se cuentan. Esto que sentía jamás tendría palabras. Lo que él me provocaba no existía en nuestro vocabulario. Mi cuerpo no era mío, era de él, se desprendía de mí ante el contacto de sus caricias. Un viaje astral de éxtasis, así podía describirlo. Literalmente convulsionaba de placer, y no podía tolerarlo más; me aferré a sus hombros, clavé mis uñas en su piel, acompañé sus últimas embestidas con el movimiento de mi cadera, y grité...grité al tiempo que él se desbordaba dentro de mí.

Me tomó entre sus brazos, y sin salir de mí, giró y me acostó con suavidad en la cama. Una vez resguardada en la comodidad del colchón, se retiró de mi interior, y fue en dirección al baño.

En minutos estuvo de vuelta frente a mí, libre de protección y fluidos. Sonrió ante el final de la situación: yo, destruida de placer en la cama como una muñeca de trapo sin vida.

—Reconócelo, te di otra perspectiva para la escena de sexo.

Me diste mucho más que otra perspectiva, me quebraste en pedazos y luego me volviste a unir. Ésta, la que está en la cama es otra Anabela, una mejor, con más fuerza, juntaste sus pedazos a la perfección.

—Lo reconozco, has sido muy instructivo, como siempre.

Miró la hora, buscó su ropa, se vistió con una rapidez abrumadora, regresó al baño, y salió prolijo de la cabeza a los pies.

Yo no tenía muchas más palabras, después de lo sucedido necesitaba descanso, inclusive una pequeña siesta. No tenía fuerzas, era relax en extremo.

—Ponte a escribir como corresponde, Señorita escritora de novelas románticas—dijo acercándose a mí—Sí me necesitas, ya sabes dónde y cómo encontrarme— depositó un beso en mi vientre.

Le sonreí, ésta vez lo hice yo, sin temor a evidenciar mis emociones. Estaba feliz, agotada, satisfecha, y todo gracias a él.

Abandonó mi departamento en segundos. Yo no pude abandonar mi cama, no, no podía moverme de ahí.

El silencio hizo travesuras en mis pensamientos, fui y vine, fui y vine. Los momentos de minutos atrás regresaban trayendo consigo innovadoras formas de narrar lo sucedido. Y entre tanto pensamiento de ficción, un pensamiento real se hizo presente.

«Papá va a casarse de nuevo»

¿Papá va a casarse de nuevo? ¡¡¡De Nuevo!!!

Salté de la cama. ¡Dios santo, éste mundo está loco, loco, loco!



♥ CAPÍTULO 6 ♥

Por mis venas no corría sangre, corría adrenalina pura. Una vez más había gozado de un fin de semana de actividad creativa frenética.

No podía parar, y cuando lo hacía porque la duda me ponía en blanco, mis ojos se desviaban a la esquina de mi escritorio y recobraban la motivación. Sé que es una locura, y de seguro nadie me creería, pero yo puedo verlo, todavía puedo ver la forma de mi trasero sobre la mesa. Mi gran trasero dibujado por el rastro de sudor que quedó. Creo que voy a dejarlo de recuerdo...nadie tiene que saberlo.

En fin, el dibujo de mi trasero, el recuerdo de él en acción y mi cabecita hicieron una buena combinación. Nuevos capítulos, escenas reformuladas con un agregado de condimento picante. Mi dulce maestro del sexo aportaba ideas funcionales, y a la vez me quitaba los prejuicios, los personales, los que ponían una barrera a mis pensamientos.

Reconocer que la rigidez cotidiana de mi conducta era la que en realidad me jugaba en contra no hubiese sido posible sin mi incursión en los brazos pagos de mi amante experimentado.

Los roles daban un giro brusco, Érica, la que hasta ahora había sido la mala de la película, se convertía en el factor necesario, en el personaje dual, aquel que cambiaba para enaltecerse como la salvadora de la situación.

Debía poner en la lista de prioridades a mi hermana, sin saberlo, con su absurda locura a sueldo llamada «Joaquín», había puesto mi mundo patas arriba, y la nueva perspectiva que tenía desde ahí me sentaba mucho mejor.

El lunes a primera hora envié por mail lo nuevo a Berenice, así de ansiosa estaba. Llevaba cerca de trescientas páginas trabajadas, el final se hallaba tan sólo a un par de capítulos más, tenía la típica exaltación del encuentro con el final. Mis novelas eran bebés, y pronto uno más llegaría a éste mundo.

El martes tuve una respuesta, en ella no había mención alguna del agrado o aceptación de la obra, mi estimada editora se reservaba la opinión, prefería manifestarla en un encuentro pactado para el mediodía del miércoles en la editorial.

En otro momento de mi vida me hubiese aterrorizado por el silencio y la convocatoria, el presente era otro cantar. Estaba satisfecha del trabajo que estaba llevando a cabo, sentía la transformación, estaba dispuesta a la pelea, a la defensa de la historia, y ante todo estaba preparada para la confrontación, compararme con otras autoras no era una forma criteriosa de evaluación.

Imágenes, diálogos...diálogos, imágenes. Mi cabeza era una conjunción de ello. La realidad se encontraba ausente en pos de la creatividad, y por eso mismo, ella se vio obligada a hacerse presente.

R&N Books tenía sus oficinas en un prestigioso edificio de la zona céntrica, un lugar que era considerado un emblema nacional por su arquitectura. Era una belleza, pero para que mentir, también era antiguo, y esa antigüedad cada tanto tenía sus achaques, se manifestaba. Así que ahí estaba yo, retenida a la fuerza en uno de los elevadores a la espera de un técnico que me brindara la libertad. Corrijo...que nos brindara la libertad. Sí, no estaba sola.

No era un hombre, era una fiera enjaulada. De todas las posibles compañías que uno puede llegar a tener en situaciones como éstas, a mí me tocó la peor, un claustrofóbico declarado.

—Soy yo, o aquí comienza a faltar el aire—el pobre hombre apenas podía hablar.

¡Eres tú, exagerado!

Tenía ganas de decirle: si hablas el oxígeno se consume más rápido, así que...¡cállate!

No lo hice, ver a semejante grandote desesperándose segundo a segundo ante la idea de una ilógica e incoherente posibilidad de muerte por falta de oxígeno despertaba ternura en mí.

Se sentaba, se paraba. Caminaba por el minúsculo espacio que nos rodeaba. Aflojaba su corbata, los puños de su camisa. Todo él era muy simpático.

No era la primera vez esto sucedía, el elevador solía descomponerse a menudo, de hecho para mí ésta era la segunda vez que me sucedía. En aquella oportunidad el rescate había tardado casi cuarenta minutos, en consecuencia, el pronóstico actual me hacía presuponer un tiempo de demora similar.

Un suspiro, lo que llevábamos ahí dentro era un suspiro, pero para él parecía una década. Si yo no colaboraba en el asunto la experiencia de encierro a su lado podía ser una tortura. Una tortura para mí.

Vestía muy bien, mi análisis fugaz de su imagen me hizo conjeturar que tenía un cargo importante en alguna empresa. Estaba acostumbrada a indagar en marcas costosas de ropa y accesorios para plasmar en mis novelas, por eso estaba segura, su reloj valía lo mismo que mi coche. Hice un repaso mental de las actividades que se llevaban a cabo dentro del edificio. El lugar contaba con tres Estudios Jurídicos de renombre, una Compañía de transporte Internacional, dos agencias de publicidad, un Estudio Contable, y una editorial. Conjeturé de su parte una actividad afín a dichas oficinas, y actúe.

—No te preocupes, si hay algo que no nos va a faltar es aire—le dije con el tono más relajado posible.

Aparentaba tener cuarenta y tantos de años, no iba a tratarlo de “usted”, menos que menos cuando intentaba crear un vínculo momentáneo de confianza con él. Las mejillas de su rostro se estaban acercando al color violeta, debía calmarlo, de lo contrario ya me veía haciéndole respiración boca a boca. No quería eso, no, y yo tenía mis límites, y uno de ellos era «nada de intercambio de fluidos con desconocidos dentro de un elevador».

—¿Qué te hace estar tan segura de ello?

Se quitó la corbata de forma definitiva, y el matiz violenta en su rostro pareció ponerse en pausa por unos segundos.

—El elevador está recubierto en madera, detrás de ella hay estructuras metálicas que tienen la función de ser conductos de ventilación, créeme, el aire es lo que aquí sobra.

Mentí. Mentí con convicción. Como dice mi padre: «lo absurdo narrado con convicción deja de ser absurdo para ser real». Lo único que rogaba era que no fuese arquitecto, de serlo estaba condenada, lo que acababa de decir era una estupidez más grande que una casa.

—Estos edificios antiguos nos dan esa ventaja, si éste fuese uno de esos edificios modernos, otra sería la cuestión—le di un cierre triunfal a la historia.

Los aires de calma parecían renovarlo, su cuerpo inquieto se detuvo frente a mí.

—Agradezco la información, en verdad lo hago— los nervios eran evidentes en sus palabras—, pero creo que soy un caso perdido. Los espacios reducidos y yo no somos buenos amigos.

Y los aires de calma se fueron lejos, bien lejos. Volvió a su rutina, caminar, caminar en pequeños círculos.

—Lo siento, esto me calma—justificó su acción.

—Por favor—le cedí el paso a modo de juego—el elevador es todo tuyo.

¡Dios, esto ya era eterno!...y como si la situación no fuese suficiente, nuestros móviles no tenían señal, motivo por el cual sólo quedamos él y yo...nada más que él y yo.

—¿Te ha sucedido esto antes?—preguntó.

—Sí, y como verás sobreviví—bromeé.

Si lo quieren saber, no, no le causé gracia alguna.

—¿Demoraron mucho esa ocasión?

Lenta, fui demasiado lenta.

—Un poco, lo aceptable.

Demasiado lenta, y demasiado tarde. Sin quererlo le di el tiempo suficiente para que elaborara una catastrófica hipótesis. En su mente íbamos a morir ahí, podía ver ese pensamiento en sus ojos. Se inquietó más, se quitó la chaqueta.

—Si quieres desisto de respirar para dejarte el oxígeno a ti—dejé salir el primer comentario que vino a mi cabeza.

Booommm...lo inesperado sucedió. Comenzó a reír.

Tenía una muy bella sonrisa, así, sonriente y en apariencia relajada me recordaba a un actor de telenovela. Un actor de telenovela muy atractivo.

—Gracias, sin lugar a dudas eres la mejor compañera de encierro que alguien puede pedir.

El segundo a segundo con él me indicaba que la distracción era la mejor arma de ataque para la situación. Aprovechando la verborragia generada por la ansiedad que traía conmigo, inicié el plan «hablarle al claustrofóbico para alejarlo de la idea de fatalidad».

—Hace un tiempo leí una nota periodística muy interesante, hacía referencia a personas con trastornos vinculados a la interacción social, personas que en la mayoría de los casos poseen un coeficiente intelectual muy alto, y la característica que los guía de forma cotidiana es el pensamiento analítico constante.

—El precio de la genialidad, cambiar emociones por análisis—dijo forzándose a prestarme atención.

—Exacto, y justamente la nota traía a colación eso, el desempeño productivo de éstas personas en situaciones límites—recordaba el informe periodístico a la perfección, lo había conservado para trabajar algún personaje a futuro—. Todo tiene un análisis matemático para ellos, la respuesta la tiene la ciencia. Algunos los llaman robóticos, mecánicos, pero en situaciones como éstas, su accionar es un beneficio—volví a vestir una mentira con convicción—Aquí las probabilidades nos dicen que sólo hay un ínfimo porcentaje de tragedia en la ecuación “elevador, encierro, oxígeno”.

Me observó por unos instantes, sus ojos dieron un par de vueltas en sus orbitas.

—Tienes razón, todo es cuestión de cifras, números.

¡Lo conseguí! Lo estaba llevando a un terreno de tranquilidad mental, la fiera intentaba descansar.

—De hecho mi vida se basa en eso—continuó—, análisis constantes de números. Movimientos de acciones en la bolsa, compra y venta en el momento justo.

—¿A qué te dedicas?— mi interés era funcional, quería distraerlo y esa era la mejor manera.

—Soy un «monopolizador»—bromeó.

—¿Existe eso como profesión?—seguí el ritmo distendido de la conversación.

—No, pero así me llaman. En realidad soy lo que se considera un accionista, compro empresas, construyo monopolios con ellas, las hago redituables otra vez, o en su defecto las fragmento para obtener un mejor resultado.

Accionista. Lo dije, y ahora lo confirmo, su reloj vale más que mi coche.

—¿Y qué te trae por éste elevador si se puede saber?—mi plan funcionaba mejor de lo que esperaba, de hecho, hasta comenzaba a disfrutar de la conversación.

—Mi nueva adquisición.

—Dime por favor que no es éste edificio, porque de ser así ya me voy despidiendo de éstos elevadores. De seguro es lo primero que fragmentas.

Una vez más, lo hice reír.

—No, no es el edificio, aunque ahora que lo mencionas debería considerarlo—el color intenso de su rostro estaba desapareciendo, la tranquilidad era un hecho inminente en él, se le notaba en el cuerpo, en el habla—, pero lo conservaría tal y como ésta, al fin y al cabo, en éste elevador conocí a una mujer dispuesta a dejar de respirar por mí.

El color que abandonó a sus mejillas se trasladó a las mías. Sonreí.

—Bueno, te mentí, lo reconozco—decidí mantener el tono de broma en la conversación de lo contrario la vergüenza se apoderaría de mí—no iba a dejar de respirar por ti.

—Lo sé, aun así fue agradable escucharlo.

El altoparlante general del edificio retumbó dentro del elevador, la salvación llegaba.

En minutos estuvimos fuera, ni bien hicimos contacto con la realidad circundante su teléfono móvil comenzó a sonar con desesperación. Se disculpó conmigo por la interrupción y se alejó para responder al llamado. La presencia del encargado general del edificio, dos técnicos y un par de vecinos aburridos deseosos de información me brindó la cortina de escape perfecta, me perdí entre ellos, tomé las escaleras, y sin más demoras llegué al piso de la editorial.



El silencio dentro de las oficinas de R&N Books era sepulcral, parecía un apocalipsis zombie, sólo se escuchaba el deambular de cuerpos. Escaseaba el personal a la vista, posiblemente porque era hora del almuerzo, y el que estaba parecía sumergido en un extraño trance. Josefina, la recepcionista, no levantó la vista de sus papeles,

es más, ni siquiera me dio la bienvenida. Mientras atravesaba el pasillo rumbo a la oficina de Berenice observé una situación similar en el departamento de diseño y corrección, Margarita y Eva, las dos encargadas, tenían la vista clavada en sus ordenadores, lo mismo sucedía en el área de edición, Laura parecía compenetrada en su trabajo más de lo habitual.

Conservé el silencio, venía con intenciones de contar mi aventura con el empresario accionista pero el ambiente poco común del lugar me convenció de lo contrario.

Llegué a la oficina de Berenice, la puerta estaba entre abierta, me asomé a su interior y comprobé que ella estaba en un estado similar, enfrascada de lleno en la lectura de unos papeles.

¿Acaso le habían puesto un sedante al café? ¿Qué demonios pasaba?

Berenice detectó mi presencia.

—¿Piensas quedarte ahí? ¡Vamos, pasa, que es evidente que ya has perdido la vergüenza!

¿Eh? ¡Vaya forma de recibirme!

Me invitó a sentarme frente a ella, al hacerlo comprobé que los papeles que tenía en sus manos eran una copia de mi nueva novela.

—Voy a decir esto con la mayor seriedad posible—dijo y el piso se tambaleó bajo mis pies.

La confianza que traía conmigo se hizo pequeñita y se escondió en mi bolsillo.

—Dime ¿qué clase de droga estás tomando? Porque la quiero ¡la quiero ya!—finalizó con una energía poco común en ella.

El piso bajo mis pies volvió a afirmarse, mi confianza mostró la punta de su nariz como un animalito temeroso.

—¿Te agrada la historia?—la duda actuaba como un sujeto tácito en mi voz.

La energía de Berenice recorrió todo su cuerpo, se levantó con la única intención de aplastar su trasero contra el escritorio y acercarse a mí.

—¿Agradarme? ¡Me encanta! Es más, la he leído dos veces—hizo una pausa obligada—, no te ofendas, pero lo hice porque me costó creer que esto lo habías escrito tú.

Estaba de acuerdo con ella, inclusive a mí me costaba reconocermelo en esas líneas.

—No me ofendo, al contrario, coincido contigo, y reconozco que la experiencia de darle un giro erótico a mis historias ha sido más satisfactoria de lo que esperaba.

No iba a confesarle el trasfondo que me motivaba a ello, ese secreto se iría conmigo a la tumba.

—Lo noto, se nota—la verbosidad también dominaba a sus palabras—, esto es más que erotismo narrado, una puede sentir las emociones de la protagonista.

—¿Te hice arder?—esa era la pregunta del millón para mí.

—¿Arder? No... ¡Me quemaste viva! Me enviaste directo a la hoguera entre sus musculosas piernas.

Mi ego literario bailaba por dentro. Mis pies cobraron ritmo propio, taconeaban en el piso.

¡Sí, en tú cara J. Smith! ¡En tú cara Margot Laney...Cloe Peterson!...Y sin necesidad de fustas, azotes...ni lugares ambientados para el juego sexual. Hombre, mujer y el deseo mutuo, tan simple como eso, tan real como eso.

Lo sé, yo misma lo dije, compararme con otras autoras no era una forma criteriosa de evaluación, pero no vamos a mentirnos, es una forma estimulante que aumenta la autoestima narrativa al instante.

—¿Vas a considerarla entonces?—oculté la ansiedad en mi voz.

Mi ego bailaba, aun así por fuera se mantenía firme, libre de emociones. Había aprendido muchas cosas de la mano de ésta profesión, llegar a la cima era un trabajo lento, constante, y así como llegamos a ella, con un pequeño tropezón volvíamos al inicio.

—Más que eso, quiero publicarla como novedad de fin de año.

¿Fin de año? Eso era ya.

—Yo encantada, pero ¿no lo crees demasiado precipitado?—no dudaba de mí, ponía en esa duda todo el trabajo posterior a la escritura: edición, trabajo de diseño, etc.

—No, ya puse al equipo a trabajar en ello. De hecho ya tengo un diseño tentativo de portada.

Giró el monitor del ordenador hacia mí para mostrarme el trabajo. Una imagen en tonos oscuros: sábanas, ropa interior femenina, dos copas, una botella de champagne, y una raqueta de tenis.

No lo iba negar, ese tipo de diseño no era común en mis portadas, pero me agradaba. Pura sugerencia y sensualidad.

¡Sí, en tú cara J. Smith! ¡En tú cara Margot Laney...Cloe Peterson!

—¿Para cuándo crees que puedes terminarla?—interrumpió a mis pensamientos competitivos y me devolvió al momento.

—¿Tres semanas?—ni yo misma estaba convencida de ello.

—Te doy dos.

—¿Dos? ¡No te abuses!—lo último se me escapó.

—Lo siento, tengo que hacerlo. Estamos en plena fusión y necesito best-sellers que demuestren que nuestro sello merece la pena.

La fusión, me había olvidado de ella. R&N Books había sido comprada por Elementary House Corp., una empresa dedicada a la elaboración de contenidos de prensa televisivos y editoriales. A su vez, dicha corporación pertenecía a Ribeiro Nieto Group. En definitiva, Riberiro Nieto Group era el nuevo dueño de la editorial, paradójicamente las siglas del mismo coincidían con las del sello. Cosas del destino.

Como siempre, las fusiones de empresas traían consigo un temor inminente, la reducción de personal, y debido a eso los aires dentro de la editorial estaban tormentosos.

—¿Cómo ha resultado esa situación?—mi futuro estaba levemente en juego también.

—Después de hoy te cuento—La expresión de mi rostro hizo la pregunta que la motivó a continuar—Su nuevo y flamante dueño nos va a otorgar el privilegio de su visita, al parecer, después de la casa madre en España, somos la segunda oficina editorial más redituable en tanto autores y ventas, sin desearlo eso nos pone ante la lupa.

—¿Dos semanas?—repetí para sacarla del recordatorio de la fusión y sus posibles consecuencias.

—Sí, ponte a trabajar.

—Considerando que no tengo otra alternativa...así lo haré.

—Ah, y una cosita más, aprovechando que estás en el desenlace de la historia trabaja su final de tal forma que te permita construir una trilogía.

—¡No!—ese “No” me salió del alma—Sabes que detesto las trilogías, y más en el romance—Para mí era una cuestión personal y de ética laboral—, el romance es un género que no justifica una extensión de tres entregas.

—¡Es la nueva moda editorial!

—¡Es la nueva estafa editorial!—a veces no controlaba mis expresiones, ésta fue una de esas veces.

—Esa “estafa” como tú la llamas nos alimenta a todos—no estaba enfadada conmigo, nos conocíamos de años, ella sabía mi opinión, yo la suya.

—Lo siento, tienes razón, pero me conoces y sabes muy bien que no me gusta tomarle el pelo a mis lectoras—finalicé la discusión.

No estaba de acuerdo con las trilogías insustanciales, odiaba las tramas fragmentadas por el simple hecho de extender una historia con fines lucrativos. La construcción de trilogías encontraba su justificación en géneros policiales, de suspenso, inclusive en los géneros vinculados a lo sobrenatural o similares; el romance, no.

—Puede trabajarse un segundo libro—continúe, me gustaba fundamentar mis opiniones—, la historia del personaje masculino puede explotarse en ella y darle un vuelco a la trama principal, eso es todo.

Para templar las aguas entre Berenice y yo, sin quererlo, le abrí la puerta a una posibilidad.

—¡Biología, entonces! ¡Dos libros y todos felices!

Sabía que la fusión la traía nerviosa, y además no podía dejar de pensar que estaba volviendo a poner su fe en mí. Semanas atrás creí haber recibido una sentencia, y ahora me enfrentaba a todo lo opuesto. Era una idiota si me oponía a cualquier deseo o sugerencia editorial.

—Pero con final feliz en el primer libro...—acepté bajo mis términos—Nada de situación trágica que los separa de forma repentina en las dos últimas hojas.

Berenice estaba satisfecha, podía ver en su rostro una sonrisa y eso era motivador.

—¡Lo que gustes!...eso sí, pon bebés en el libro dos. No sé porque pero les encantan los bebés a las lectoras.

Vino hasta mí, envolvió mis hombros con un abrazo y me guio hasta la puerta.

—En serio, ahora dime ¿qué clase de droga estás utilizando?—insistió a modo de broma.

Reí, no tenía otra alternativa. ¿Qué clase de droga estoy utilizando?...Una muy costosa, de cuatro cifras para ser exacta.

Me despedí de Berenice, y al caminar rumbo a la salida la situación silenciosa de bienvenida cobró otro sentido. Laura levantó el pulgar al verme, en la pantalla de su ordenador podía leerse el título de mi historia. Margarita y Eva sonrieron en perfecta combinación cuando pase junta a ellas. En la recepción, Josefina abandonó su estado de abstracción total para levantar la cabeza de las hojas que tenía en su poder. Recién ahora caía en la cuenta que esas hojas eran una copia de mi novela.

—Hoy mismo comienzo a tomar clases de tenis.

¡Sí, en tú cara ...

Ya conocen lo que sigue. Así estaba, y así continuaría el resto del día.

Tomé la escalera para abandonar el edificio, saltaba de un escalón a otro, parecía una niña bailando en una nube de felicidad. Llevaba una sonrisa de punta a punta, mi nuevo bebé iba a nacer y traía consigo un pan debajo del brazo.

A mitad del recorrido me topé con un cuerpo...él subía, yo bajaba.

—¡Pero sí es mi compañera de encierro! Menos mal que apareces, pensé que habías sido un invento de mi imaginación.

Reí y me ruboricé al mismo tiempo.

—Lo siento, tuve que abandonarte, tenía una cita pendiente—era la pura verdad.

—Por suerte volvimos a encontrarnos—parecía otro hombre, sin el elemento claustrofóbico encima era el doble de atractivo—. De lo contrario la necesidad de agradecerte la ayuda se iba a convertir en una asignatura pendiente.

—No tienes por qué agradecerme, hice lo que cualquier otro compañero de encierro hubiese hecho.

La felicidad que traía conmigo favorecía mi fluidez de palabras, estaba siendo demasiado simpática, algo no tan común en mi persona.

—Puede ser, aun así me gustaría agradecértelo de alguna manera—se tomó su tiempo, sonrió—. Tal vez un café, un almuerzo, o lo que gustes.

O lo que gustes.

¿Qué estaba pasando? ¿El universo estaba aburrido y jugaba conmigo?

No elaboré respuesta alguna, la sorpresa de la propuesta me había puesto en “mute”.

—Ten...—hurgó en el interior de su chaqueta, sacó un porta tarjetas, extrajo una y me la entregó—, no voy a ponerte presión, aquí puedes localizarme cuando decidas si aceptas o no compartir un almuerzo conmigo.

¡Con que ahora era un almuerzo de forma definitiva!

Miré la tarjeta, la necesidad de conocer su nombre me llevó a hacerlo antes de guardarla.

«Ezequiel N. Ribeiro Nieto»

Definitivamente el universo estaba aburrido y jugaba conmigo.

—Ribeiro Nieto—repetí casi como un acto involuntario—Creo que en forma indirecta eres mi nuevo jefe.

—No me digas, que bueno saberlo, ahora puedo obligarte a ese almuerzo, y a que me digas tú nombre.

Volví a reír, no estaba a favor del acoso laboral, pero viniendo de él podía aceptarlo.

—Anabela, Anabela Bregan, ese es mi nombre, aunque todos me dicen Ana.

—Bueno, Ana, intuyo que nos volveremos a ver.

—Intuyo lo mismo, eso sí, espero que no sea dentro de ese elevador.

Sus ojos oscuros se atrevieron a recorrerme, por unos segundos mi piel se erizó ante su imaginario contacto.

—Te confieso algo, Anabela Bregan, contigo estoy dispuesto a tolerar otro encierro.

El sonido de su móvil intervino a favor mío, volvió a disculparse, y se despidió con un “hasta pronto”. Me alejé de él a la velocidad del rayo, si seguía un segundo más a su lado terminaría aceptando el café, el almuerzo y todo lo que sugiriese.

Pensé en Joaquín, todo esto era su culpa, él había iniciado el fuego y ese fuego parecía no estar dispuesto a extinguirse jamás.



La sentencia de Érica había llegado a su término. Su fin de semana invertido en familia junto a Esteban había sido la demostración de afecto más grande en la historia de nuestra hermandad. La extrañaba, necesitaba de sus delirios y comentarios. Por suerte el código de hermanas no pedía explicaciones; discutíamos, nos enojábamos, y así como nada todo se dejaba de lado. Un llamado telefónico era suficiente para armar planes, éramos especialistas en almuerzos. Sobre todo cuando estos eran elaborados por las manos experimentadas de los chefs del club. Cocina gourmet a cualquier hora del día. Moría de hambre, mi estómago ansioso pedía a gritos alimento.

Cuando llegué a su oficina la sorpresa de una presencia desconocida me robó el apetito.

Era un niño, de no más de seis años, con uniforme escolar, sentado en su escritorio, haciendo dibujos en los folletos de actividades del club.

—¿Y tú quién eres?—intenté no sonar muy demandante para no asustarlo.

Una ternurita. Rubio, de ojos claros, y pecoso. Niño de publicidad televisiva.

—Tomás.

—¿Qué haces aquí?—era la intriga lo que me hacía hablar, no podía evitarlo, escupía preguntas.

Era extraño, muy extraño. Un niño en la oficina de Érica era equivalente a ver un episodio de la dimensión desconocida.

—Me agarré el dedo con la puerta.

Ahhh... a eso le llamaba y o una respuesta irresoluta.

Los pasos inconfundibles de los tacones de Érica resonaron a la distancia. Abandoné la oficina para esperarla en la puerta y obtener la información deseada.

—Sé que te gustan los asistentes jóvenes, pero con éste te fuiste al extremo.

No la reconocí, tenía ojeras y el cabello semi revuelto. Mi comentario de tono humorístico no le hizo la más mínima gracia.

—La culpable de esto eres tú—gruñó. Sí, gruñó como un animal atacado.

Me tomó del brazo para alejarme, era evidente que no quería que el niño oyese la conversación.

—¿Yo?—me defendí sin entender bien porqué.

—Sí, tú y tus malditas promesas me hicieron abrir la caja de pandora—elevó la voz sumida en el ritmo de su discurso—¡Jamás debí ir a ese maldito fin de semana!

—¿No?—mi cabeza juntó las piezas del rompecabezas. Niño, fin de semana con Esteban. Reí, reí con ganas—. ¿No me digas que es el hijo de Esteban?

Mi carcajada hizo eco en el lugar inmortalizando la situación en la memoria de ambas.

—¡Sí, te lo digo, y no te rías, maldita condenada!

—De un fin de semana a esto hay una gran diferencia ¿qué me perdí?

La situación me llevó de nuevo a la puerta de su oficina, si ese era el hijo del abogado cuarentón debía observarlo con otro criterio, ese niño podía llegar a ser mi sobrino político en un futuro no muy lejano.

—La muy descarada de la ex mujer decidió tomarse unos días de vacaciones y se fue a Miami—murmuró cerca de mi oído.

—¿Y?—mantuve la línea susurrante en nuestra conversación. Ante la incomprensión de su rostro fui más específica—¿Y cómo demonios llegaste tú a ser su niñera?

—Tuvo un accidente en la escuela, y como Esteban está en medio de una conciliación muy importante, yo fui por él.

—¿Te ofreciste?

¡Dios, esto se estaba poniendo cada vez mejor. Érica en el papel “Hermana Teresa de Calcuta al rescate” era un estreno inesperado!

—No, él me lo pidió.

—Bueno, pero tú no te negaste.

La necesidad de gritar a los cuatro vientos que traía reflejada en su cara hizo que me tomara del brazo para alejarme una vez más.

—¡No podía! ¡Bajo que argumento! Le digo: Detesto a los niños, y sobre todo, detesto la imagen de Familia Ingalls que me obligas a tener.

Me obligué a poner seriedad en el asunto, cuando los niños se metían en el medio las decisiones debían ser consideradas de otra manera. El arrepentimiento comenzó a consumirme por dentro, esto era mi culpa, coincidía con mi hermana en ello. La había obligado a un fin de semana familiar sólo para sacármela de encima. Del dicho al hecho había un gran trecho...y mi hermana, respetando la promesa que yo la había instado a hacer, lo había recorrido. La consecuencia era un niño en su oficina.

—Si eso es lo que sientes creo que deberías hacérselo saber. Es un padre, es un juego difícil, pero si te animas a jugar más te vale que pongas todas tus fichas en él, de lo contrario te sugiero que te salgas.

—Yo no apuesto mis fichas a nadie, ya lo sabes, me conoces bien.

—Con más razón entonces, dile lo que sientes.

—Lo haré, por supuesto que lo haré, pero no ahora, lo haré cuando su ex esté de regreso.

Sin palabras, el comportamiento de Érica me las quitó. Obviando más explicaciones, volvió a la oficina.

—Tomás, ¿qué quieres almorzar?

Dulzura, una inusitada dulzura había en su voz. Mi hermana, la anti niños, tenía un talento natural para ellos.

—Los miércoles mamá me hace comer pescado con vegetales.

—No te pregunté que “puedes comer”, te pregunté “que quieres comer”.

Y eso fue la bandera de largada para cualquier niño. Sonrió feliz.

—Ven, hagámoslo más sencillo, elige tú—le dijo y le extendió la mano para que se la tomara.

¡Emoción! El cuadro que se desarrollaba frente a mí era pura ternura. Quería poner emoticones imaginarios en el momento. Pasaron junto a mí, y el pequeño me escudriñó con la mirada.

—¿Y tú quién eres?—preguntó.

Era lo justo, yo lo había atacado con preguntas.

—Anabela, la hermana de Érica.

—¿Vas a almorzar con nosotros?

—Por supuesto que va a almorzar con nosotros—Érica se adelantó con la única intención de sentenciarme junto a ella.

—Me encantaría almorzar con ustedes, es más, vine especialmente para eso—por supuesto, acepté la condena.

—¿Tú que comes los miércoles?

—Cualquier cosa menos pescado—le dije sonriendo.

—¡Qué suerte tienes!

Ahhhh...esas pecas, esos ojitos. ¡Mi sobrino era muy, muy, muy lindo! Ya lo quería devorar a besos.

—¿Qué clase de madre obliga a sus hijos a comer pescado?—murmuró Érica.

—Una clase de madre que se preocupa por la alimentación de sus hijos, una clase de madre que nunca conocimos.

Sí, nuestras madres merecían un capítulo aparte. Uno muy grande.

—Es verdad, y a pesar de ello míranos ahora...una soltera de treinta y nueve años, y una divorciada de treinta y cuatro.

—Con conflictos personales que no tratan en terapia porque todos los terapeutas les recuerdan a su padre—continué.

—Sin dudas...¡salimos perfectas!—finalizó ella.

Abandonamos las instalaciones y recorrimos los jardines rumbo a la zona de restaurantes. Cuando pasamos cerca de las canchas de tenis mi cuerpo activó su GPS.

Uffff...localizó a Joaquín en cuestión de segundos. Mi mente reproducía una y otra vez las mismas instrucciones.

Cien metros, y doble a la derecha...doble a la derecha ¡Doble a la derecha!

Mi cuerpo lo extrañaba, mi mente no dejaba de pensarlo, y mi historia...mi historia lo necesitaba. Tenía dos semanas para finalizar la novela, y sabía muy bien lo que tenía que hacer para conseguir el éxito seguro con ella.

Me detuve, como si él lo supiera, sus ojos se encontraron con los míos a la distancia.

—¿Qué sucede?

Disimulé el impacto que sus ojos habían causado en mí en cuestión de segundos.

—Acabo de recordar que tengo que hacer un llamado, vayan y ordenen algo por mí.

—No te demores—se aferró aún más a Tomás y se marcharon.

Tomé mi móvil, pensé un sinfín de mensajes, y finalmente escribí uno.

**Tengo la tarde libre, tus tareas de
auxiliar me vendrían muy bien.**

Desde la distancia podía observar sus acciones. Hurgó en su bolsillo y ante mi mirada lejana sacó el móvil y leyó mi texto mientras continuaba dando indicaciones a su alumna.

Creo que sonrió. Creo.

Respondió.

**Mi tarde está un tanto complicada,
pero sí de llenar tú agenda se trata,
siempre estoy dispuesto.**

Confirmado, el desgraciado había sonreído ante mi mensaje. Una sonrisa de triunfo seguro.

Mi cuerpo danzaba de forma imaginaria. Imaginaba sus piernas alrededor de mi cintura y danzaba. Por fuera mantuve la compostura.

Te espero.

Fui simple en la confirmación. No iba a bailar de felicidad en su cara.

**¿Te espero? Así, con esa frialdad.
Sin una sonrisa siquiera.**

Era evidente que él si deseaba que yo bailara de felicidad en su cara. Por supuesto no le iba a dar ese placer.

Le sonreí. Le regalé la sonrisa más falsa del mundo.

A modo de respuesta final sonrió, se puso en posición de saque, hizo el servicio y cuando la pelota picó con fiereza del otro lado, festejó ante mi mirada con un movimiento de cadera. Un profundo movimiento de cadera.

¡Idiota! ¡Mil veces idiota!

Le di la espalda y me marché en busca de mi hermana.



Regresé a casa pasada la tarde. Volví a enviarle un mensaje de texto para estar al tanto de su llegada, no quería un desencuentro. La respuesta que me dio no tenía una hora aproximada de arriba, al aparecer la finalización de sus actividades en el club siempre tendía a extenderse. Le di vía libre a su presencia, en líneas generales mi vida se estructuraba bajo mis tiempos, esa era la ventaja de dedicarse a la escritura, invertía mis horas a mi gusto, y la verdad es que él podía llegar a la hora que se le antojase.

Me senté frente a la portátil y navegué en la web, necesitaba teoría para llevar a la práctica. Las imágenes y posturas sexuales más extrañas aparecieron, al verlas recordé un viejo regalo oculto en la biblioteca, el Kamasutra ilustrado. Fui por él.

¡Wow! Yo no sé si el cuerpo me iba a dar para tanto, pero estaba dispuesta a probar.

A eso de las ocho, la otra parte de la ecuación sexual de la noche golpeó a mi puerta.

Ya hice referencia sobre la familiaridad con la que Joaquín entraba a mi departamento, ésta vez no fue la excepción. Tenía la actitud de dueño de casa, lo único que le faltaba era la copia de la llave. Su imagen llamó mi atención, traía la misma ropa deportiva del club, estaba despeinado, agitado, y el brillo de su rostro encontraba la causa en el sudor.

—¿Alguien te corre?—dije para quebrar la incomodidad del primer minuto de encuentro.

Le iba a pagar por sexo, los convencionalismos tales como el «Hola» podían dejarse de lado.

—Sí, las clientas que cancelé para cumplir contigo—estampó un beso sonoro en mi mejilla—¿Me facilitas tu ducha?

Arrojó su bolso sobre mi sofá, y sin esperar respuesta de mi parte, continuó camino al baño.

—Por lo que veo, no tengo otra alternativa.

Fui detrás de él. Iba quitándose la ropa a medida que avanzaba, y yo, yo la iba recogiendo.

—No, no la tienes. A menos que disfrutes del sudor.

¿Sudor? ¿El tuyo?...No hay problema, huele delicioso.

Por supuesto, mentí.

—Gracias, no, prefiero que usurpes mi ducha.

Espalda, piernas, trasero...todo al aire. Y de pronto lo perdí, salió de mi vista cuando entró al baño.

Tenía un hombre bañándose en mi ducha, y eso no era nada habitual. Para quitar la extraña sensación que me generaba la situación, regresé a mi escritorio y continúe indagando en mi lectura.

«La posición de la Indra»

El hombre se yergue sobre sus rodillas, la mujer tumbada sobre la espalda echa sus pies contra el busto de su pareja. El hombre se inclina hacia adelante para comprimir los muslos de la mujer contra sus senos.

Favorece la penetración máxima y profunda. Provoca estimulación gracias a la comprensión del vientre y la vagina.

El detalle a destacar... *Potencialmente doloroso si el pene toca el fondo de la vagina.*

No, no. No quiero nada potencialmente doloroso.

—Me haces un favor —gritó desde el agua.

Volví al momento, aquel que me recordaba a gritos que tenía un hombre en el baño.

—¿Qué?

—En mi bolso hay un shampoo, me lo alcanzas, por favor.

—¡Ahí tienes uno!

—Sí, pero el tuyo huele a frambuesa.

—No huele a frambuesa, es de frambuesa. Para ser más específica es de “frutos rojos”.

—Como sea, no importa—refunfuñó desde lejos—No quiero ir por la vida oliendo a frutos rojos. ¡Me gusta oler a hombre!

El señor quería oler a hombre, y no se lo íbamos a negar. Cerré el libro, lo puse bajo mi brazo y fui en busca del “shampoo mágico”.

—Aquí tienes...pretensioso.

Con mucho cuidado introduje mi mano por uno de los laterales de la cortina de baño. No quería inmiscuirme en su momento privado de aseo. Él consideró lo opuesto, corrió la cortina y dejó expuesto ante mí su cuerpo mojado.

Tomó el shampoo, al hacerlo me observó, cayó en la cuenta del libro que traía conmigo.

—¿Kamasutra? ¿En serio? No eres más cliché porque no te da el tiempo ¿no?

Volvió a refugiarse bajo el agua dejándome con la palabra en la boca.

—Estoy curioseando, nada más.

Lo hice reír.

—¿Y qué es lo que estás curioseando para ser exactos?

Bajé la tapa del retrete, me senté ahí y abrí el libro.

—Me crees si te digo...los nombres. ¡Son un espanto!—En verdad lo eran—. «La unión de la Urraca», «La postura del Árbol a Fruta».

Volvió a reír.

—Hablando de posturas, uniones y lugares—continuó—¿Qué opinas de la ducha como posibilidad de escena?

—¿Tengo que responderte eso?—su voz sonó a maestro enojado con la alumna.

Mi cabecita hizo solita el análisis: paredes húmedas, piso mojado, parados.

Sexo en la ducha tachado de la lista.

—¿En la tina?—insistí, el momento del baño era una situación sexual muy explotada en libros y películas.

—En la tina puede ser, aunque no en ésta, es muy pequeña. Pequeña para mí y para cualquiera—asomó su rostro por el lateral de la cortina, tenía el cabello lleno de jabón—. Espera...—hizo una pausa, sonrió cuando mis ojos se encontraron con los suyos—, si esa es tu forma de decirme que quieres hacerme compañía, no andes con vueltas, desnúdate de una vez.

Él, yo, la ducha, desnudos. ¿Morí y estoy en el paraíso?

Anabela, regresa a la vida...¡vamos, regresa!

—Acabas de decir que la tina es muy pequeña.

—Es verdad, pero puedo ponerme creativo igual.

—No, gracias, ya tomé una ducha hace un rato.

—¡Tú te lo pierdes!

Traté de centrarme en lo importante, Joaquín estaba ahí para ser mi fuente de inspiración, debía poner una línea entre nosotros. Era una enamorada del amor, y como tal era propensa a confundirme cuando se trataba de emociones. Era imprescindible que las emociones que él me provocaba se quedaran en el terreno de lo físico. Retomé la lectura del libro, y eso fue suficiente para hacerlo desistir. Volvió a desaparecer del otro lado.

Quedé impactada ante una nueva jugada sexual...«El móvil de la rueda».

El hombre debe girar muy lentamente alrededor de su pareja, sirviéndose de su pene como de un eje.

¿Eh? *Se realiza en tres etapas. No apto para principiantes.*

—¡Mira esto!—No pude contenerme—¡Es una locura!

Asomó su hermoso rostro, ésta vez con su cabeza libre de jabón.

La postura tenía una secuencia de imágenes, le acerqué el libro y las contempló con mirada evaluadora.

Yo estaba estupefacta, no podía parar de analizar la locura visual que tenía en mis manos.

—¡Literalmente giras sobre la mujer mientras continuas dentro de ella! ¡Eso no es posible!—aseveré, el Kamasutra era un gran mentira.

—Sí se puede—afirmó con una convicción inesperada para mí.

—¿La has hecho?—No, no me lo creía.

—No, pero podría hacerla.

—¿Sí, seguro?—me burlé.

—¡Este cuerpo está preparado para afrontar cualquier reto!—dijo del otro lado con las ganas de reír contenidas en la voz.

—Suerte la tuya, el mío no. Creo que necesito más gimnasio.

—Gimnasio, no; en todo caso yoga. No necesitas tono muscular excesivo, necesitas flexibilidad.

¿Yoga? Listo, anotado en mi libreta mental.

—De todas maneras, el sexo no es algo de manual—sonó a reprimenda, el maestro volvía a atacar—, y el erotismo no se lee, se vive, se disfruta. Por eso yo improviso sobre la marcha.

Era un sabio, ese hombre desnudo bajo mi ducha merecía cada centavo que demandaba por sus servicios.

—Lo sé, sólo estoy buscando ideas, no quiero ser repetitiva en mi historia—hablaba la profesional, no hablaba la mujer deseosa de su cuerpo mojado—, si tengo que plasmear situaciones de sexo por lo menos que sean diferentes, que no parezcan que “corto y pego”.

—¿Quieres ideas? ¡Yo voy a darte ideas!—cerró el grifo y corrió la cortina. Se exhibió desnudo frente a mí y yo hice la vista a un lado—, pero primero pásame la toalla.

Estiré mi brazo, tomé un toallón y se lo entregué. Le dio una rápida recorrida a su cuerpo húmedo, y después se dedicó de lleno a su cabello.

Era una atracción fatal para mí. No quería mirar, en verdad no quería.

Lo hice. Mis ojos cobraron vida propia y se desviaron a él.

¡Dios! Quedé boquiabierta. Después de él, mi tina de baño tampoco volvería a ser la misma.

Al sacudir, al hacer fricción sobre su cabeza para secarse el cabello el resto de su cuerpo vibró. Todo vibraba, y cuando digo “todo”, es “todo”. La trompa de elefante bebé que tenía entre sus piernas parecía que se agitaba al tiempo que me decía: «Hola...me acabo de poner lindo para ti».

Terminó de secarse, colgó la toalla en el caño que sostenía la cortina, y abandonó la tina.

—Dame eso—señaló el libro, sin decir palabra alguna se lo di, y lo lanzó al cesto de la basura del baño—Ahí es dónde pertenece. ¡Vamos, nosotros pertenecemos a otro lugar! ¡Tu cama!

Perdí la noción del tiempo, de la realidad...lo único que existía en ese instante para mí era su lindo, redondo, y bronceado trasero en movimiento.



Un Adonis en la cama, tenía un Adonis desnudo con su cuerpo perfecto semi húmedo esperando por mí, y yo...

¡Yo no se lo podía contar a nadie!

Agggg ...quería patalear como una niña.

Hice una fotografía mental para atesorarla en mi memoria.

Mi aventura sexual paga me jugaba en contra, Érica no podía saber de ella. Iris la intuía y confirmársela era una locura, en cuestión de minutos tendría un pasaporte directo a mi hermana.

¡Éstas eran la clase de situaciones que nosotras las mujeres debemos compartir con otras! Es casi una necesidad biológica, y la mía estaba coartada por mi propia mentira. Joaquín era mi secreto. Mi dulce y sensual secreto.

Recostado, con los brazos cruzados detrás de la nuca. Cada músculo de su cuerpo decía «aquí estoy», y su sexo, su gran y provocador sexo era una invitación al crimen. ¡Señores, esto es homicidio premeditado!

—Piensas seguir invirtiendo nuestro tiempo en pensamientos, o vas a venir a la cama conmigo—corrió su cuerpo a un lado y me hizo lugar—No me gusta la soledad—se burló.

¡La cama contigo, sin lugar a dudas!

Fingí lo contrario, hice de cuenta que mi cuerpo pesaba, que debía forzarlo para avanzar hasta él. Me detuvo.

—No, no, antes de poner un pie en ésta cama, desnúdate.

—¿Cuál es tu manía con los desnudos?

—No es una manía, a mí me gusta mi cuerpo, por eso lo muestro. Intento que tú sientas lo mismo.

Encima de maestro del sexo era un especialista en superación personal ¡Vaya combo era éste muchacho!

—Buena suerte con eso.

Lo reconozco, no soy mi fan nº1, pero podía entender a lo que él hacía referencia. La vergüenza no tenía lugar en la cama, ni siquiera la vergüenza con respecto al cuerpo.

Hice lo que me pidió, me deshice de mis zapatos, me quité el jean, luego continúe con la camisola hasta quedar en ropa interior.

—Espera, detente ahí.

—¿Qué?

—¡Ponle emoción al asunto!

Aturdida, así quedé. ¿Emoción al asunto?

—Los hombres también necesitamos un poco de juego—argumentó sobre su sugerencia—, y no lo digo por mí, lo digo por los hombres en general. ¡Vamos, cariño, ponle emoción!

Era un buen punto el que tenía, pero yo no se lo iba a dar por valedero. Intenté lograr el efecto opuesto, me quité las bragas y el sostén de la forma menos sensual posible, de hecho podría decirse que hasta fui brusca.

—¿Quieres emoción?—Le arrojé las prendas en la cara, él las esquivó—¡Ahí la tienes!

Y eso fue muy idiota de mi parte. Con él todo era provocación, y eso lo fue.

Extendió sus brazos, me capturó por la cintura y me arrojó a su lado.

—Ven aquí, eres un hueso difícil de roer—murmuró a centímetros de mi nuca, sentí su tibia respiración— y eso me entretiene más de lo que te imaginas.

Envolví mi cuerpo con sus brazos y me puso de espaldas a él. Sentí su miembro crecer contra mi trasero.

—¡Hagamos cucharita!—dijo motivando a mi sexo por detrás con el roce del suyo.

Fui puro instinto, acomodándome entre sus curvas me acurruque contra él e hice presión con mi trasero, al tiempo que abría mi piernas para dejarle el camino libre a mi sexo.

—¿Cuchara? ¡Esa postura está en el libro!

Sí, lo sé, mis diálogos durante el sexo son patéticos.

Me mordió el hombro a modo de juego.

—Terminala de una vez por todas con ese libro, conmigo tienes de sobra—depositó un beso en donde previamente me había mordido, continuó besándome, llegó hasta mi otro hombro—. Veo que me estabas esperando—susurró en mi oído.

Giré hacia él, su mirada seguía la línea imaginaria a mi mesa de noche, ahí había un preservativo con su nombre escrito en tinta invisible por mí. Esa era la forma de recordarme el papel de Joaquín en mi vida.

—«Un buen sexo, es un sexo seguro»—dije utilizando sus mismas palabras.

—Eres una buena alumna—susurró con los labios pegados a mi piel.

—No, tú eres un buen maestro.

—Es verdad, lo soy, déjame hacer mi magia entonces—volvió a susurrar al tiempo que se apropió de uno de mis pechos.

Así de fácil me evadía del mundo cuando estaba entre sus brazos. Ahí conocía sólo el contacto de su piel, su calor, reaccionaba al roce de su sexo duro provocando al mío. Él y yo, juntos, éramos la perfecta utopía. Y ésta no era la escritora hablando, no, era la mujer. La mujer que despertaba a su lado.

Acaricié mis pechos como si estos fuesen dos piedras preciosas, fue delicado, suave, lento. Sus labios dominaron a mi cuello con el embrujo de sus besos, eran puro fuego, sentía que dejarían marca, quedarían ahí como testimonio de lo me provocaba, y yo lo quería así, quería esas heridas, el recuerdo de la más dulce de las batallas.

Su otra mano siguió el camino de mi vientre, invadió a mi clitoris latiente...de arriba abajo, de arriba abajo, y yo perdí el control. Apreté su miembro erecto con la parte trasera de mis muslos, lo quería dentro de mí, moví mis caderas para que comprendiera esa necesidad, la disfruté; sin darme cuenta yo misma comencé a estimularlo al tiempo que potenciaba el contacto de sus dedos en la humedad de mi sexo. Su respiración se aceleró junto a la mía, y eso me excitaba más, los dos nos satisfacíamos en un juego mutuo. Estiré mis brazos para abrazarme a su cuello, mi cuerpo se contorsionó para él, mi clitoris quedó más expuesto, deseoso de la tortura total previa al estallido del primer orgasmo. Se detuvo, recorrió mi vientre en una caricia con la única intención de capturar una de mis manos, entrelazó sus dedos a los míos, y volviendo a descender junto a él, llevó mi mano a mi propio sexo. Me retraje ante la sorpresa inesperada.

—El cuerpo de una mujer puede ser el peor de los enigmas—murmuró en mi oído, la sensualidad que vestía a sus palabras fue un afrodisíaco más para el momento—, y no todos los hombres saben cómo develarlo.

Guió mis dedos, rocé mi propio clitoris bajo los movimientos que él me forzaba a dar. Me arqueé de placer.

—A veces tienes que ser la maestra, a veces debes enseñarles el camino a tú placer. No sientas vergüenza.

Lo hice, me sentí a mí misma, y fue maravilloso. Su mano abandonó a la mía...

—Continúa, no te detengas, no ahora—sus palabras parecieron súplicas, y yo las obedecí.

Se distanció por unos segundos, en medio del éxtasis de sus roces y mi propia estimulación, su miembro se apartó para regresar envuelto en la protección. Me penetró sin piedad, mientras me aferraba a su cuello con uno de mis brazos y con mi otra mano seguía en la aventura de la autosatisfacción. Entraba y salía de mí con fuerza, sostuvo mis caderas, las inmovilizó para regalarme más profundidad. Gemí, el primer orgasmo me deshizo entre sus brazos de forma momentánea. No podía más, mi clitoris pedía clemencia, abandoné la acción de mi propio goce, y aprovechando mi rendición, me tomó de la cintura y con un movimiento veloz pero delicado, giró nuestros cuerpos para colocarme de pecho contra la cama. Me rendí ahí. Elevó mi cadera y embistió con fiereza. Me aferré a las sábanas, volví a gemir, a gemir en cada una de sus penetraciones.

Salvaje, frenético...profundo. Cada penetración me arrebatava la respiración.

¡Esto no era sexo! ¡Esto era vida!

Una catarata de sensaciones dominaban a mi cuerpo, el éxtasis sublime volvía a hacerse presente, colapsé, y en un último intento desesperado de llevarme todo su fuego conmigo, elevé mi trasero y quebré mi cintura, obtuvo más profundidad y llegó a ese punto nuestro en dónde la entrega es total. Estallé. Estalló.

¡Dios santo, su miembro había sido creado a la perfección, era mágico!

Caí rendida en una secuencia de orgasmos únicos, indecibles, inconfesables.

Joaquín me imitó, se desarmó a mi lado.

—Lo confieso—dijo con voz entrecortada y una sonrisa en el rostro—, eres una estupenda alumna.

Nos quedamos en la cama unos largos minutos, los dos necesitábamos recuperar nuestras fuerzas. Luego hicimos uso del baño en forma alternada, cada uno recompuso su imagen y nos hicimos presentables uno frente al otro una vez más.

Eran pasadas las nueve de la noche, y aunque sabía que entre ambos existía una relación puramente profesional, hice lo que cualquier persona hubiese hecho.

—¿Quieres algo para cenar?—dije con una obvia timidez.

La descortesía ya no tenía lugar entre nosotros, y ésta era una buena manera de demostrárselo.

Sonrió, en su rostro pude ver que mi acción le agradó.

—No, te lo agradezco, pero me esperan en otro lugar.

«Me esperan en otro lugar»...Otro lugar como éste.

—En otra oportunidad talvez —manifestó para darle un mejor cierre a la situación.

—En otra oportunidad—repetí.

Recordé que esto era una transacción a fin de cuentas, y eso me llevó a no olvidar lo importante. Fui hasta la mesa de noche y saqué dos sobres. Entregarle el dinero en mano por sus servicios me parecía algo muy desagradable, así lo consideraba más sutil.

—Aquí tienes—le entregué los sobres, se sorprendió, y le aclaré la situación—Lo de ésta noche, y lo de la noche anterior. ¡Cuentas claras conservan la amistad!

Mantuvo el silencio por unos segundos, me observó, luego vino hasta mí y tomó los sobres.

—Tienes razón, cuentas claras conservan la amistad—me besó en la mejilla y murmuró en mi oído—Ha sido un placer hacer negocios contigo.

No dijo nada más, se marchó, y mi departamento se sintió vacío. Sin él se sintió vacío.

Regresé a mi lugar, al único importante, frente a mi portátil.

Escribí...escribí...escribí.

El tiempo me pisaba los talones, las dos semanas impuestas por Berenice comenzaban a manifestarse como una meta imposible, básicamente porque en mi cabeza pasaban un montón de pensamientos nada beneficiosos para la creatividad.

Álvaro Bregan volvía a casarse. Nuestro amado, odiado, y estimado padre, intentaba reformular la frase «la tercera es la vencida», he iba por una cuarta. Una locura, y esa locura me ponía los pelos de punta. Hice lo lógico, pacté un encuentro con mi terapeuta, la licenciada en «cosas de la vida», Iris Guerrero.

La angustia oral se presentaba como mi compañera oficial en ocasiones como éstas, por tal motivo el lugar de reunión fue muy lejos de cualquier posible emisor de comida. Si le daba vía libre a mi boca y estómago, en breve, no entraría en mis pantalones.

Para distender mi mente inauguré una nueva actividad junto a Iris.

Y me odió...mi amiga me odió con el alma.

“El templo del Buda” comenzaba a esgrimirse como una muy mala opción.

—No desayuné pensando que íbamos a colmarnos de calorías en algún brunch. ¿Me puedes decir como terminamos acá?—el tono molesto de su voz se hizo notar en todo el salón.

La silenciaron, le llamaron la atención y eso logró que la postura del águila que intentaba sostener, colapsara. En segundos su trasero se estampó contra el suelo, contuve mi risa para mantener el clima calmo del lugar, y no, no fue lo mejor. En venganza, Iris pellizcó una de mis pantorrillas y fui a dar al suelo como ella.

—No me respondiste—insistió en un murmullo—¿Cómo terminamos acá?

—Necesitaba despejar mi mente—alegué tratando de reestablecerme en la postura.

—¿Y te parece que está es la mejor opción para ello?

—Según la cultura oriental, sí.

Intenté retomar la pose una vez más. Trastabillé, refunfuñó molesta.

—¡Somos occidentales de pura cepa! ¡No nacimos para esto!

La instructora se acercó a nosotras y sin emitir palabra alguna nos indicó con un gesto al aire que no habláramos.

El silencio, contrario a calmar a la fiera, la potenció.

Podía ver en la mirada de Iris el fuego contenido. Si no la llevaba pronto a un brunch iba a comerse a la instructora. Dos pájaros de un tiro, saciaría su apetito y su fastidio.

La nueva indicación de la clase nos alcanzó. Pasamos a la postura de la paloma.

Al suelo, rodilla derecha flexionada adelantada, pierna izquierda extendida hacia atrás, parte externa del glúteo derecho al suelo.

¡Por mil demonios, estoy desgarrándome por dentro!

Mi rostro trató de ocultar la sensación. Iris no. Estaba roja, entre el ejercicio y la furia parecía recubierta en lava.

—Postura del águila, postura de la paloma ¿Qué le sigue después?—murmuró con pleno sarcasmo—¡la postura del canario, la postura de la grulla, o cualquier otra idiotez con alas!

Intenté calmarla, la conocía bien, pero sobre todo conocía los niveles de su voz. Aumentaban, aumentaban, y aumentaban. Nos iban a echar a patadas del lugar.

—Un poco de voluntad no te vendría mal, como tampoco te vendría mal un poco más de flexibilidad—dijo con convencimiento.

Joaquín tomó prisionera a mi mente.

«No necesitas tono muscular excesivo, necesitas flexibilidad».

Confesarle a Iris que la estaba sometiendo a semejante tortura por sugerencia de mi maestro del sexo era un acto suicida. La verdad era que trataba de optimizar mi tiempo, uno muy limitado por cierto, que mejor invertirlo por partida doble: despejar mi mente en compañía de mi mejor amiga y trabajar mi elasticidad.

—¿Flexibilidad? ¿Flexibilidad?!—alzó la voz, se dio cuenta de ello al instante y bajó el tono casi hasta llegar a un incipiente murmullo—La única flexibilidad que necesito es en mi tiempo, tengo que rogar para tener un poco de tiempo para mí, y aquí lo estoy perdiendo—golpeó su trasero—. Esto no necesita flexibilidad, necesita dureza, músculo hecho piedra para no caerse y barrer con sus cachas flojas el suelo.

Debía reconocerlo, y yo era una maldita hereje, traerla aquí era un atentado contra las fuerzas de la naturaleza.

Contra las suposiciones posturales de Iris, abandonamos a la familia de los vertebrados con alas para incursionar en la familia de los crustáceos marinos.

—¡Jodeme!...la postura del cangrejo—Iris estalló.

—¡Iris! —la silencié.

—Lo siento, no puedo con esto—se incorporó, acomodó su ropa y cabello—me voy a una clase de spinning, cuando termines de relajar tu mente me avisas y nos encontramos fuera de éste cementerio espiritual.

Condena total, su última expresión se oyó en cada metro cuadrado de la habitación, todos, absolutamente todos los rostros del lugar se dirigieron a nosotras.

Y así fue como el cartel de “personas no gratas” con nuestros nombres resaltados en color se exhibió en la puerta de “El Templo del Buda”.

No fuimos a una clase de Spinning, fuimos al restaurant más cercano con la opción de “sírvese usted mismo” como regla de menú, y la felicidad invadió a nuestros cuerpos.

Yo cargaba las bandejas e Iris las abastecía.

—Para mí menos, por favor—puse un stop, de lo contrario tendría una montaña de chow fan, rabas empanadas, y arrolladitos primavera en mi plato.

—¿Te sientes mal, o qué?

Iris, yo, y un restaurante de opción libre éramos un perfecto triángulo equilátero.

—No, pero en dos horas me encuentro con papá para almorzar, no quiero saturarme ahora.

Pasó gran parte de la comida a su plato y liberó al mío.

—¿Tú, tú padre, y un almuerzo?—se burló—Ahora entiendo porque necesitas despejar la mente.

—Déjame expandir tu ironía: mi padre, su futura nueva mujer, Érica, y yo. Ese es el “dream team” armado para el almuerzo.

No se lo esperaba. Nadie se lo esperaba, ni siquiera yo.

—¡Puedo ir! ¡Por favor, dime que puedo ir!—la muy descarada disfrutaba de mi frustración. Sonreía.

—Si te puedes hacer pasar por mí, no hay problema, te cedo el lugar.

Tomamos asiento en una mesa cercana con las bandejas listas para iniciar la fase «devorar sin contemplación para aplacar emociones contenidas».

—¿Está confirmado el casamiento, o es una de esas veces en dónde tu padre sugiere, menciona, desea, pero no hace?

Busqué dentro de mi bolso un sobre, se lo entregué, lo abrió, era la invitación formal de la boda.

—¡Esto es en menos de dos meses!—pronunció sorprendida.

—¡Ni me lo recuerdes!


«Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas.
No te preocupes de la finalidad de tu amor ».

Elena S. Noriega

&

Álvaro J. Bregan

Los invitan a compartir el reencuentro del amor.
Capilla “Nuestra Señora de la Misericordia”
29 de noviembre a las 11.30 hs.
Luego le sigue el baile...y arrojamos los años por la ventana.



—Tú padre está más loco que nunca.

Me devolvió la invitación, no la acepté.

—Quédatela, es tuya. No pienses que vas a zafar de la situación. Si morimos, morimos todas juntas—metí en mi boca un arrollado primavera, mastiqué con desgano—, y no te olvides de llevar a los gemelos, así le alborotan la fiesta.

—No seas malvada, y sobre todo no utilices a mis dos dulces demonios como tus esbirros personales. ¿Qué problema tienes con...—volvió a echarle ojo a la invitación—, con Elena S. Noriega?

—Que está loca como él. ¡Son gente grande!

La montaña de calorías que Iris tenía en su plato desaparecía como por arte de magia dentro de su boca.

—¿Me estás diciendo que Elena no es una veinteañera como su anterior mujer?

—No, no lo es, al contrario, es más vieja que él. ¡Tiene 67 años!

El chow fan salió a modo de lluvia de su boca a causa de la carcajada que no pudo contener.

—Él 65, ella 67, si eso no es amor, es demencia senil en su primer estadio—dijo con regocijo. El restaurante no era lo único que alimentaba a Iris, también lo hacía mi historia familiar. Continuó—Piensa el lado bueno...

—¿Qué lado bueno?—la interrumpí—Aquí no hay lado bueno.

—Por supuesto que lo hay, ahora tienes quién le cambie los pañales a futuro.

—¿Cambiar los pañales? ¿Quién a quién?

—¡Mutuamente, y de seguro, al mismo tiempo! No vas a tener que enviarlo a una residencia para ancianos, ellos juntos van a hacer una.

—Eso mismo dice Érica.

El apetito se me había quitado, aparté mi bandeja.

—Érica es una mujer inteligente, siempre mira el vaso medio lleno, en cambio tú—sugirió pero no finalizó la idea.

—En cambio yo ¿qué?—demandé una continuación con un notorio fastidio encima.

—En cambio tú ves lo malo en todo—se apropió de mi bandeja e hizo de cuenta que era una extensión de la suya. Su tenedor pinchaba por aquí, por allá, y llevaba todo a su boca—. Si te dicen que reformules un poco una de tus historias, ves fracaso inminente; si te pagan una noche de sexo con un Dios del Olimpo...

Estaba dispuesta a ponerle un freno, no lo hice, la sola mención de «noche de sexo paga» logró ponerme en estado catatónico.

—...tú ves un acto aberrante digno de condena—continuó con total libertad—, si tu padre se casa por cuarta vez, tú ves...—hizo una pausa mental—, tú ves a tu padre casarse por cuarta vez. Lo siento, no se me ocurrió nada más.

La expresión en mi rostro decía lo obvio: Iris, tienes la más completa y grande razón.

Así era yo, y si a ella no se le ocurría un argumento fatalista para poner en mi boca relacionado a la decisión de mi padre, era porque desde dónde se evaluara el asunto no lo había.

—No sé, talvez es el frenetismo de la situación lo que me altera, lo que me pone en postura de ataque.

Reflexioné, quería despejar mi mente y eso iba a hacer. La realidad era que en las últimas semanas había vivido toda una vida, empezando por Joaquín y la experiencia que traía consigo, una experiencia que me motivaba de una forma loca e inesperada. A eso le seguía la nueva novela y las ideas que se escapaban de mi mente para encontrar su lugar entre palabras. Como consecuencia de todo lo anterior estaba Berenice, poniendo mi trabajo nuevamente en un pedestal. Y como si eso no fuese suficiente, de repente, una nueva mujer aparece en la vida de mi padre, una desconocida que de la nada estaba por convertirse en parte de la familia.

Había un creciente mal humor en mí, eso era innegable.

—Pareciera que la misma vida está apurada y quiere avanzar sin control. No me da el tiempo para acomodar las ideas. Es como estar metida en el mar y que una ola te golpee, y luego otra, y otra. Muchas cosas en muy poco tiempo.

—¿Cómo va el asunto de la novela?—Iris fue directo al grano.

—Perfecto, todo va demasiado perfecto. De hecho falta poco para el final.

Y el origen de mi mal humor se hizo evidente, el final de la novela que estaba escribiendo estaba a la vuelta de la esquina, y ese final traía consigo otro, Joaquín.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—No lo sé—dije ocultando la verdad muy dentro de mí.

No debía dejar que mi extremismo fatalista me robara la energía, por lo menos no todavía.

—Entonces, el problema es que no hay problema—resumió intentando dar un cierre final a su sesión terapéutica.

La licencia Iris Guerrero hacía muy bien su trabajo.

—El problema es que no hay problema—acompañé sus palabras con las mías y le agregué una sonrisa de fondo.

Tomé dominio de mi tenedor, mi apetito renacía con todas sus fuerzas, pinche una raba, la metí en mi boca, la saboreé en cámara lenta, y entre las dos engullimos el resto de comida que quedaba.



Un par de horas atrás me había arriesgado a pronosticar nuestra muerte inminente en la futura boda. Me equivoqué a lo grande. Íbamos a morir ahí, frente a ellos, frente a la pareja de sexagenarios más insoportable del universo.

Érica y yo.

Yo y Érica.

Nuestros rostros estaban a segundos de impactar sobre los tallarines a la parisienne. Primero entraríamos en fase de coma profundo para finalmente fallecer a causa de un paro-cardio-respiratorio por aburrimiento extremo.

Estaba sucediendo algo sin precedentes, existía en éste mundo alguien que hablaba más que mi padre, y ese ser, ese alguien tenía nombre y apellido: Elena S. Noriega.

«Pero ustedes pueden llamarme Leni».

Leni, Leni, Leni. Una carismática viuda que compartía el amor a la psicología con mi padre, ambos eran terapeutas. Se habían conocido en un maldito Congreso Interamericano un año atrás y desde entonces estaban pegados el uno al otro como suela al zapato.

Leni, Leni, Leni, y sus tres hijos maravilla. Profesionales, con título oficial. Hijos modelo, casados con hijos; y como era de esperarse, esos niños, cinco para ser específica, desfilaron ante nosotras por obra y magia de la tecnología. Doscientas cuarenta y ocho imágenes, esa era la cantidad de fotografías que la próxima Sra. Bregan conservaba en su teléfono móvil. Doscientas cuarenta y ocho imágenes, y estaba dispuesta a compartir cada una de ellas.

—Éste es Santiago en su primer día de colegio—su delgado y arrugado dedo se deslizaba de una imagen a otra—Y aquí está Ceci con pepe, su conejito. Santi en clase de natación. Sebastián comiendo su primer helado. Y aquí está Ciro el día que perdió su primer diente.

A cada imagen vista le seguía un pellizco de Érica a mi pierna por debajo de la mesa. Lo sé, la pobre necesitaba aliviar la tensión de alguna manera, y la única que tenía a mano era mi cuerpo esponjoso. Se lo permití, la culpa vestida de Adonis con cuerpo escultural todavía me atormentaba.

Elena se disculpó por unos minutos para ir en dirección al toilette, le facilitó a papá su móvil para que continuara con la insoportable tarea de exhibición. Él lo hizo con mucho placer, demasiado podría decirse.

—Miren niñas...—volvió a exponer las imágenes.

Reconocimos el tono de su voz al instante. Érica me miró en busca de soporte visual, sabíamos que estaba dispuesto a jugar a la ruleta rusa de la ironía con nosotras.

—¿Saben lo que es esto?—continuó—Es algo que se llama «nietos» ¿increíble, no?

El odio es un sentimiento que germina más rápido de lo que suponemos. Media hora junto a Leni y ya la odiábamos. Odiábamos a Elena y a todo el circo familiar que traía consigo.

Ninguna palabra salía de nuestras bocas, sólo respiración, profunda e evidente respiración.

—Considerando que es una palabra inexistente en mi vocabulario, la busqué en el diccionario: Hijo o hija del hijo o hija de una persona. ¿Pueden creerlo?

—¿Sabes por qué no tenemos hijos?—Érica inició el contrataque— Porque todavía le estamos haciendo lugar a los pequeños engendros que tú puedes traer a éste mundo.

Creo que lo comenté, sí, lo hice, Érica era la voz cantante de la familia, y por ello la dejé hablar a sus anchas por las dos. Mi apetito había sido saciado junto a Iris, aun así, para evitar mi inclusión en el asunto me llené la boca con tallarines.

—De hecho nos sorprende que Valentina no nos haya dado un hermanito—finalizó victoriosa.

Valentina era la anterior mujer de papá, un matrimonio que había durado un año, lo mínimo esperable entre una persona de 61 años y otra de 27. Sorpresivamente para todo el entorno Bregan, ningún niño había sido gestado como consecuencia de ello.

En términos legales estábamos nosotras dos, pero apostábamos nuestra herencia a que después de su muerte más de uno iba a aparecer para reclamar la paternidad. La palabra “fidelidad” tampoco se hallaba presente en el vocabulario del Sr. Bregan.

—Lamento decepcionarlas, niñas, pero me hice una vasectomía tiempo atrás para evitar ese tipo de acontecimientos.

¿Vasectomía?

Tragué la comida a la fuerza. Iba a indigestarme. Después de ese comentario iba a indigestarme. Di por finalizada mi intención de comer.

—Bueno, hasta que haces algo correcto—Érica siguió dispuesta a colisionar contra lo que sea.

—Lo único correcto que he hecho son ustedes—hizo una pausa— y esto, esto también es lo correcto.

Érica parecía inflamable, en breve se prendería fuego. Intervine, nada agradable podría surgir de la situación, y sobre todo, nada agradable podía surgir para Elena.

—Papá, lamento decirte que tu historia personal se contrapone con tu pensamiento.

—No—me corrigió— se contrapone con el pensamiento de ustedes, y ese es su problema, no el mío—el famoso terapeuta se activó—. Aunque he tratado de ser el problema para ustedes con el fin de serles de ayuda.

—¡Pero si nos has sido de ayuda, papá!—Érica sacó la artillería pesada—Con sólo recordar tus pasos sabemos que es lo que no tenemos que hacer.

—¿Qué? ¿Arriesgarse?—Nos silenció a ambas con esas palabras—¿Intentar vivir la vida de la mejor manera posible siendo feliz es hacer lo equivocado?

—¿Eres feliz, papá?—lo interrumpí con una pregunta que para mí no tenía una respuesta segura.

¿Se podía ser feliz de esa manera? Yo visualizaba a mi padre como una bola de bowling que golpeaba contra los bordes de la pista de juego una y otra vez. ¿Se puede ser feliz al final del camino después de tanto golpe?

—¡Por supuesto que sí! He aceptado cada decisión de mi vida, mala o buena, las he aceptado, y no hay arrepentimiento. Cuando no hay arrepentimiento, no miras atrás, observas el presente, nada más, y disfrutas de él.

—Si miraras para atrás estarías condenado—ésta vez lo que acusó fui yo.

—No pretendo que no me juzguen, de hecho lo espero—Álvaro Bregan era bueno con sus argumentos—, es la común característica del ser humano, juzgar al otro guiado por la insatisfacción personal.

—Ah, gracias por la parte que nos toca—Érica reaccionó, yo me contuve.

—Niñas, que ustedes no vivan su vida no quiere decir que los demás tengan que hacer lo mismo.

—¡Ey, yo tengo una vida y me agrada bastante!—saqué el freno de contención, me sentí atacada.

—Escribir historias en vez de vivir la propia no es vivir—miró de soslayo a Érica, en su rostro estaba la indiferencia obligada—Satisfacer los deseos de otros y observar como sus vidas de elite se llevan a cabo tampoco lo es.

—¿Y tú eres especialista en ello?¿En vivir la vida?—mi hermana volvió a manifestarse.

—No, pero trato de serlo a través de las experiencias.

—Yo me casé—interrumpí feliz de obtener un punto en ventaja con mi hermana—Eso debe valer algo.

—¡Lo tuyo fue un capricho adolescente!—afirmó.

—Y en eso estoy de acuerdo—Érica se subió al tren «Papá Bregan».

Mi pasado matrimonio era aquella anécdota personal que utilizaba para mostrarme como una mujer impulsiva. La realidad era que de “impulsiva” no tenía nada, pero con el pasar de los años mi aventura en el registro civil se había teñido de romance y acción en las charlas entre lectoras. Todo era una gran mentira. Fue el matrimonio más idiota y aburrido en la historia de los matrimonios apresurados.

—¡Si fue un capricho adolescente porque no me lo impediste!

—Yo no estoy para evitarte las caídas, yo estoy para sanar tus heridas y ayudarte a levantar.

Era imposible enojarse con él, tenía el discurso perfecto, lo que decía siempre sonaba bien.

—Confieso que me sorprendiste, y esa sorpresa me permitió darte la vía libre para ver en qué decantaba—sonrió con picardía— Eso, y el hecho de que además estaba seguro de ganar la apuesta.

—¿Apostaron?—exclamé entre el enojo y la sorpresa.

Mi matrimonio con Ignacio había sido el centro de entretenimiento de muchos, lo sabía, de ahí a apostar por la decadencia del mismo era otro tema, uno no esperado.

—Le pusimos encanto a la situación—papá trató de restarle importancia al asunto.

—¿Quién ganó?

—Yo—confesó Érica con una sonrisa resplandeciente en sus labios—, pero papá estuvo cerca.

—Me gano por dos meses—confirmó indignado consigo mismo— ¡por dos meses!

—¡Qué puedo decir, estuviste flojo, Bregan mayor!—Érica hizo abuso de su triunfo.

—No, tú me superaste, y eso me llena de orgullo ¡Esa es mi niña!

Elevó su mano al aire, y en respuesta, Érica hizo lo mismo. Festejaron impactando sus palmas.

—¡Son dos caraduras, festejan en mi cara!

Así, con esa sencillez, los Bregan encontrábamos la armonía. Reí y ellos se sumaron a mi risa.

—Vamos a ver si te ríes tanto cuando apostemos por ti—dije para coronar el instante.

—Apuesten, si no lo hicieran no las reconocería como hijas—abandonó su lugar en la mesa, vino hasta nosotras, se ubicó entre ambas y nos capturó con un gran abrazo—Mis dulces niñas, en la vida y en el amor hay que arriesgarse. No nacimos para estar solos. Nadie debe, puede o tiene que estar solo, no es saludable—un disparo a quemarropa directo a nuestros pechos— Hoy Elena está en mi vida, y sin importar las apuestas, espero que lo esté por el resto de los años que me quedan por vivir.

Odiábamos a Elena, ladrona de padres.

—Aun así, es importante que sepan que siempre van a ser las dos mujeres que más amo en éste mundo, y en todos los mundos posibles.

En el fondo, muy en el fondo de nuestros corazones éramos dos auténticas niñas de papá. Discutíamos, dejábamos de hablarle, lo criticábamos de forma constante pero era el eje que nos mantenía a salvo de nosotras mismas. Era un buen terapeuta, era un buen padre. No muy convencional, pero buen padre al fin.

—¿Los años que me quedan por vivir?—repetió a modo de burla Érica—Creo que tú vas a sobrevivirnos a todos.

—¡Y es lo mínimo que puedo hacer si quiero disfrutar de nietos con sangre Bregan!

—Prepárate para la inmortalidad, entonces—me sumé a la broma.

—De todas maneras—Érica tomó el móvil de Elena entre sus manos—, aquí tienes a cinco de esos especímenes para entretenerte en el mientras tanto.

Caímos en la cuenta de la ausencia de Elena, su retirada al toilette se había hecho muy extensa.

—Hablando de “mientras tanto”, o Elena es una novia fugitiva previsoras y huyó antes de la boda, o se perdió—dije restándole preocupación a la situación.

—Se perdió, sin lugar a dudas se perdió—aseguró papá—Voy por ella.

Nos besó a ambas, y se marchó en busca de nuestra “casi” madrastra.

—Los baños están en el piso superior—indicó Érica elevando con delicadeza el tono de su voz para que lo alcanzara—.Ten cuidado con la escalera, lo único que falta es que se caigan y se rompan la cadera. ¡Están en esa edad!

—¡Es verdad, lo estamos! ¡Estamos en la mejor edad!



Como siempre, para comodidad de Érica, el almuerzo se había desarrollado dentro de las instalaciones del Club. Para mi comodidad, esa maldita costumbre suya, me acercaba al ojo de mi tormenta. Una tormenta llamada Joaquín.

Teníamos un encuentro pactado a mitad de la tarde, y la mitad de la tarde me golpeaba a la cara. Ya estaba al tanto de que él no contaba con un vehículo personal, por tal motivo, viendo y considerando que yo estaba en el lugar con mi coche me tomé el atrevimiento de sugerirle un aventón hasta mi departamento.

Aceptó.

Nos encontramos fuera del establecimiento, a un par de calles.

Paso apresurado, sin mirar atrás, así irrumpió dentro del vehículo.

Olía de maravillas, olía a hombre como a él le gustaba, y al aroma natural de su piel lo acompañaba un perfume que ya comenzaba a convertirse en una fragancia necesaria para mi sentido del olfato.

Jean, camiseta, campera de algodón con capucha incorporada en pleno uso. El estilo de incognito le otorgaba más encanto de lo normal.

—¿Siempre andas a las corridas?—dije cayendo en la cuenta de que su pecho y su respiración compartían una característica en común: agitación.

—Sí, que puedo decir, mi vida es así, inquieta, acelerada.

Acomodó su bolso en la parte trasera, se aseguró el cinturón de seguridad, y una vez ubicado en el asiento me miró. Tenerlo en mi coche con ese perfume en su piel me despertaba la necesidad de llevar a la práctica nuevas escenas ahí mismo. Como era mi costumbre, mis emociones se asociaban con mi cuerpo para demostrar lo contrario, mis pensamientos estaban siendo traviesos pero mi rostro mostraba el mayor desinterés posible.

—¿Y tú?—dijo interrumpiendo mis pensamientos pecaminosos— Siempre andas con esa cara de “no manifiesto placer alguno al verte pero igual te convoco a un encuentro sexual descontrolado”.

Tuve que forzarme a mantener mi postura de «lo nuestro son negocios, y no me muero por verte»

—¡Wow, eres brujo, me leiste el pensamiento a la perfección!—utilicé la carta del sarcasmo.

Coloqué mis manos en el volante, y antes de darle arranque al coche me detuvo.

—Sí no hay un: «hola, gusto en verte», por lo menos obséquiate una sonrisa de bienvenida.

¡Él y su forma de ser tan suya! Agggggg

Es como si tuviera un súper poder el muy desgraciado. El tono de su voz sensual y dulce a la vez origina una especie de conjuro que me provoca dos cosas. Una, hacer lo que me pide. Dos, mis bragas cobran vida propia y quieren deslizarse solitas por mis piernas.

Debía contener a mis bragas en su lugar, llevaba puesto vestido, y si les daba vía libre iban a terminar junto a los pedales del coche. En consecuencia, sonreí.

—Comienzo a entender la dinámica que domina tu existencia—le dije—, los desnudos y las sonrisas.

—Uno es consecuencia del otro, reconócelo, éste cuerpo desnudo provoca inevitables sonrisas.

Ya no era necesario fingir una sonrisa, todo lo contrario, debía esforzarme en contenerla. No iba a negarlo, disfrutaba cada segundo cuando estaba con él. El sexo era glorioso, eso ya ni siquiera estaba en línea de evaluación, pero fuera de ello, Joaquín era un deleite. Conseguía mucho más que estimular mi creatividad, me hacía pasar buenos momentos, me desestructuraba, rompía la rigidez mental que idiotamente me esforzaba por mantener.

—Sí tú lo dices.

—Lo digo yo, y lo dicen tus ojos.

Reí. Lo hice con ganas. Muchas ganas.

—Esa es la clase de recibimiento que me gusta—finalizó satisfecho.

Puse en marcha el coche, avanzamos, nos alejamos del radio del club, se quitó la capucha y agitó su cabello como un acto de liberación.

Así era él, libre, auténtico, sin prejuicios. Era envidiable, de los pies a la cabeza, todo él era envidiable.

—Lo siento —confesé en un acto involuntario.

—¿Qué sientes?—lo sorprendí, lo noté en su voz.

—Siento ser tan maleducada cuando estoy contigo.

—Yo no—sonrió—Tú misma lo dijiste, y tengo mi dinámica, y es evidente que la tuya es ésta.

Libre, auténtico, sin prejuicios y con una picardía que lograba despertarme del letargo de mi vida.

—A ver especialista ¿Cuál es mi dinámica?

—Negar que eres una adicta a mí, y ser dulcemente testaruda.

¿Adicta a él? Para que negarlo, lo era.

¿Dulcemente testaruda? No lo sé, me perdí en el “dulcemente”.

Mantuve el silencio.

—El que calla, otorga ¿lo sabes?—me provocó.

—Piensa lo que quieras, te doy ese permiso, mi cabeza de momento está ocupada con otra cosa.

El asunto del casamiento de papá todavía me inquietaba, seguía con esa adrenalina en el cuerpo, la adrenalina de lo no deseado.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Tenemos media hora de viaje, dispara con lo que quieras.

Me gustaba charlar con Joaquín, mientras más lo hacíamos, más me alejaba de esa etiqueta que yo misma me ponía y odiaba. La de mujer que paga por sexo.

—¿Qué tan grande es esa “cosa” que se apodera de tu rostro? Es una pena, es bello verte sonreír.

Era un cumplido. Uno muy lindo. No recibía muchos a menudo, así que hice uso y abuso de él. Sonreí.

Sonreí y dejé que esa “cosa” saliera de mí para que no estropeará mi tiempo a su lado.

—Si quieres saberlo, mi padre se casa, esa es la “cosa”.

En su rostro se dibujó un gran ¿Y? Pude verlo a pesar de tener la vista el camino.

—¡Se casa por cuarta vez!—amplíe la información para decorar el cuadro general de mi mal humor.

—¿Y?—ésta vez lo manifestó con palabras—¿Cuál es el inconveniente? ¡Mis felicitaciones para tu padre! Sin dudas es todo un kamikaze.

—¡Qué es un comportamiento infantil no digno de personas de su edad!

—¡Déjalos ser felices!

—Los dejo ser felices, esa no es la cuestión.

—¿Cuál es entonces?—parecía dispuesto a llevarme la contra, la contra con convicción.

—¡Casarse! Me parece absurdo arrastrar la relación a un trámite legal a la edad que tienen.

Nos detuvimos frente a un semáforo en rojo, eso le dio la posibilidad de mirarme para instarme a un contacto visual directo.

—El matrimonio no es un “trámite legal”—resaltó lo último—es la certificación del sentimiento. Es una forma de decirle al mundo, al alrededor...amo a ésta mujer, deseo pasar mi vida a su lado y quiero que todos lo sepan.

Una vez más me llamé al silencio. Lo hice para contenerme, tenía unas ganas desesperantes de arrojarme a sus brazos y devorarlo a besos.

Busqué en mi mente la forma de alejarme de mis deseos. Me puse en fase “desagradable”, o como dice él, “dulcemente testaruda”.

—¡Vaya, tu concepto del amor y del matrimonio me sorprende!—la burla tendenciosa se apoderó de mis palabras.

—¿Por qué? ¿Debería tener otro concepto?

Sin darme cuenta lo había atacado valiéndome de su profesión, una de la cual yo me beneficiaba.

—Lo dije por decir—intenté volver hacia atrás.

—Conociéndote, sé que es así—no estaba enojado, aunque lo había incomodado—, hablas por el simple hecho de hacerlo.

La luz roja pasó a amarilla y luego a verde. Volvimos al camino.

No emití comentario alguno, deseaba hacerlo, pero no lo hice. Dejé que los buenos pensamientos me invadieran: Joaquín, desnudo, en breve, en mi cama.

Mi silencio le permitió continuar a él.

—Me agrada la idea del matrimonio—confesó— Ojalá algún día conozca a la mujer que me despierte las ganas de gritarle al mundo que la amo. Puede resultar extraño, pero en algunos aspectos soy un poco anticuado. Ahora, la que me sorprende eres tú ¿La señorita novela romántica no sueña con casarse algún día?

—¡Ya lo hice!

¡Bomba! Y el estallido que causó la misma lo puso en estado a shock.

—¡No te creo!

—¿Érica no te lo contó?

—No. ¡Cuéntamelo tú!—su cuerpo fue invadido por la excitación de un niño.

Tenía un historia trabajada que repetía para colmar la satisfacción de los curiosos, esa historia estaba adornada para evitar que la esencia patética de la misma saliera a la luz. Con Joaquín me salté la narración de ficción, le conté la historia oficial.

—Demasiado jóvenes, demasiado idiotas...dos incrédulos que se pensaban que el amor que se profesaban era auténtico. Terminamos los estudios y nos casamos. No duramos más de dos inviernos.

—Bueno, pero se casaron porque se amaban.

—Creíamos que nos amábamos.

—¡Y con eso es suficiente! A veces el amor dura un mes, a veces un año, a veces toda la vida. Hay que arriesgarse en el amor. ¡Bien por ti!

«Hay que arriesgarse en el amor» Mmmm Creo que ya oí esas palabras.

—¿Bien por mí? No lo creo, mírame ahora, treinta y cuatro años, con un divorcio encima.

Siguió mi indicación, me miró. Me recorrió con la mirada y mis manos sudaron pegadas al volante.

—Te miró, lo hago—sí, lo hacía y su mirada me quemaba—y me sorprendes. ¡Yo quiero a esa mujer arriesgada entre las sábanas!

Otra esquina, otro semáforo, y el tiempo se detuvo.

—¡Esa mujer arriesgada quedó en el recuerdo, quedó en aquellas sábanas!

Sonreí con la pena dibujada en mis labios. Tiempo atrás había sido otra mujer, una dispuesta a vivir historias de amor, no a escribirlas; después de Ignacio dejé que la decepción me ganara. No volví a confiar en mí, peor aún, no volví a confiar en el amor real, sólo en el de ficción.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?—dijo en un suave susurro.

Fui directo a sus ojos, me sumergí en su mar color almendra. Él era eso también, era ficción. La más dulce y excitante historia de ficción.

En mis ojos encontré la bandera de largada para su pregunta.

—Dime, después de él ¿Cuántos hombres más hubo en tu vida?

La confesión que estaba dispuesta a hacer me llenaba de vergüenza. Mi rostro se cubrió de rojo.

—Después de Ignacio, estuvo Javier por un breve tiempo...

El rojo de mi rostro su puso de acuerdo con el semáforo, paso a amarillo...y luego a verde, que en mi caso fue retomar el tono natural de mi piel.

—y después...—tragué saliva y dejé salir a la verdad— no hubo más después. Después estás tú.

¡Bomba! No, no se lo esperaba.

Las calles se sucedieron ante nosotros en un inesperado silencio, silencio que él mismo decidió romper luego de unos cuantos minutos.

—Estaba pensando en darle un vuelco diferente a nuestra tarde ¿Qué te parece?

—Depende...¿qué propones?—Me subí al tren de su sugerencia para saltar la brecha del silencio anterior.

—Sexo oral.

¿Sexo qué? Asignatura pendiente. Reprobada por falta de ejercicio. La experiencia no me desagradaba, me gustaba tener calificaciones altas en todas las materias.

—¿Tú a mí, o yo a ti?—Sí, así de inexperimentada era, ni siquiera comprendía la proposición.

Se dobló en una carcajada.

—Considerando que la que paga eres tú...diría que: Yo a ti.

—Ah, bueno...—la imagen del amigo que ocultaba entre sus piernas vino a mí—Aunque no me opondría a lo otro.

Sus ojos buscaron a los míos, creo que trataban de buscar la verdad detrás de esa confesión.

—¿Quieres hacerme sexo oral?—no pudo ocultar su sonrisa al decirlo.

—Acabo de confesarte la escasez de hombres en mi vida, creo que la experiencia me vendría bien.

Estaba rojo, pero no de vergüenza, estaba rojo porque contenía las ganas locas de reír.

—Déjame pensarlo—contestó conteniendo la carcajada.

No pudo, no pudo contenerse, volvió a quebrarse en risas.

—¡Mujer, debo reducirte la tarifa, de lo contrario esto va a llegar al límite de la estafa!

Y la que se quebró en una carcajada fui yo.



Las nuevas propuestas continuaron haciéndose presentes en la tarde. Desistimos del uso de la cama para darle protagonismo al sofá.

Las alarmas de mi cuerpo se accionaron ni bien el fuego de Joaquín comenzó a manifestarse. Era el soldado perfecto, siempre dispuesto para la batalla, sin demoras y sin dudas. En segundos me quitó el vestido, el sostén, las bragas, y me recostó en el sofá. Emparejó la situación de nuestros cuerpos y se desnudó, sólo conservó su ropa interior. Acto seguido se arrodilló en el suelo y envolvió su cuello con mis piernas.

Todavía llevaba puestos los zapatos de tacón, y la idea de incomodarle la espalda con ello, hizo que interrumpiera lo que apenas estaba iniciando.

—Déjame quitarme los zapatos.

—¡No! ¿Acaso te piensas que estás tratando con un improvisado? Si te he dejado los zapatos es por algo.

Parecía dispuesto a perderse entre mis piernas.

—¿Se puede saber que es ese algo?—él me regaló un argumento más para interrumpir la situación.

A pasos de la invasión definitiva empezaba a cambiar de decisión. Mi vagina era una zona casi virgen de lengua, Ignacio no era adepto a ese deporte, en consecuencia, yo tampoco.

—No, no se puede—dijo atravesándome con la mirada desde el monte lejano de mi pubis—. Ese saber nos pertenece a los hombres.

Hice presión en mis rodillas con la inconsciente intención de cerrarle el paso.

—¡No empieces!—como era su costumbre ante situaciones similares, me reprendió.

Auto-boicot, esa palabra me definía. Recordé mi día agitado, la clase de yoga, mi visita al restaurant con Iris, y posterior a ello mi segundo almuerzo en familia.

Sí, me había dado una ducha fugaz entre ambas actividades, aun así la posibilidad de oler mal ahí era factible.

—No empiezo, quiero ir al baño, eso es todo.

El tono de mi voz me traicionó, no compró la excusa.

—¿Para qué?

—¿Tienes que preguntar para qué?—apelé a la lógica femenina, algo en lo que seguro no deseaba indagar.

—Cuando me huele a excusa, sí, tengo que preguntar.

Era una excusa con letras mayúsculas para dilatar la situación, pero tenía un trasfondo real.

—Bueno, ya que lo mencionas, de oler se trata el asunto. ¡Gracias por evitarme el mal momento!

Comprendió el origen de mi pedido, y como siempre logré entretenerlo, rió.

—¡Ninguna mujer huele a rosas ahí! De hecho, todas huelen igual, todas tienen el mismo sabor. ¡Deja de comportarte como una niña, y compórtate como mujer!

¡Disfruta, que para eso estoy aquí!

Tenía un hombre entre mis piernas. Un hombre sexy, hermoso, con un cuerpo de ensueño, y lo único que ese hombre quería era atacar por la vanguardia a mi sexo húmedo anhelante de él.

Lo sé, falta el peor detalle de todos, yo le pagaba para que lo hiciera.

Apretujó mis nalgas, me llevó hasta el extremo del sofá y buscó una postura mejor en el suelo. Recorrió la totalidad de mis piernas con el tibio roce de sus manos, me mordió en la cara interna del muslo, luego cubrió la zona de la mordida con pequeños besos, besos que lo llevaron al destino pactado.

Intenté la rendición, relajé mi cuerpo dispuesta a recibirlo.

Cerré los ojos tratando de cumplir con sus expectativas: disfrutar. Y fue una tarea difícil de lograr.

No podía evitarlo, las barreras de los convencionalismos del 1800 se apoderaban de mí. Tenía mucha lectura de Jane Austen encima, y me atrevía a decir que los comportamientos de Joaquín estaban muy lejos de los del Sr. Darcy.

Mis piernas se tensaron ante el contacto de su lengua, él se dio cuenta y abandonó la labor recién iniciada. Una combinación extraña de fuegos brillaba en sus ojos. ¡Quemaba! ¡Me quemaba!

—¡Sí no me dejas hacerte sexo oral, tú no me lo haces a mí!

¿Cómo? ¿Y dejarme sin postre? No, no, señor. Su amigo y yo teníamos una charla pendiente.

Por supuesto sonrió ante la clara expresión de sumisión en mi rostro. Amor a primera vista, ese era el sentimiento que había despertado su sexo grande y duro en mí, y ya no pensaba ocultarlo.

Intenté relajarme, lo logré.

Su rostro, su mirada se perdieron en la espesura de mi sexo, y...

...y esa lengua, esa maravillosa lengua inició el trabajo.

Confirmado, él no es ningún Sr. Darcy, el Señor Darcy no haría eso...

Rozó mi clítoris, lo rodeó...

Ni eso....

¡Dios santo! ¡Dios santo! Van a excomulgarme por utilizar el nombre del todopoderoso en vano.

Se detuvo en la parte más sensible de mi sexo y jugó con la punta de su lengua. A ese juego se le sumaron sus dedos.

Ahora mis piernas se abrían, se abrían más para recibirlo. Me deshice sobre el sofá, enredé mis manos en la cortina del ventanal para sostenerme, y mientras convulsionaba ante la primera ola de placer, la desencajé del bandal.

La luz del afuera inundó la habitación. Mi cuerpo desnudo sobre el sofá podía convertirse en una imagen de postal para algún vecino travieso.

Joaquín introdujo su dedo en mí al tiempo que tocaba mi clítoris con el borde de sus dientes.

¡Al diablo los vecinos! ¡Tomen fotografías si quieren!

Gemí, gemí, y gemí hasta estallar en un orgasmo poco convencional. Poco convencional para mí. Éste deporte comenzaba a gustarme, y digo “comenzaba” a gustarme porque todavía me faltaba la otra parte de la experiencia.

—¡Mi turno!—manifesté con unas ansias inesperadas en mi voz.

Fui rápida, mi cuerpo se puso en modo GPS dispuesto a encontrar su tesoro.

—¿Estás segura?

Joaquín se incorporó, la erección de su sexo se ocultaba dentro de su ropa interior.

Pura provocación, era pura provocación.

Me ubiqué frente a él, le baje el bóxer y expuse su gran masculinidad ante mis ojos.

Iba a atravesarme la garganta, iba a sofocarme.

Lo tomé entre mis manos...al fin y al cabo de algo hay que morir ¿no?

¡Adiós mundo cruel!...dije para mis adentros y lo introduje en mi boca.



Cuando contemplaba mi rostro en el espejo no me reconocía.

No era yo la que estaba frente al espejo, era otra. Una Anabela 2.0...una Anabela 4G, remasterizada, re-versionada, con todas las actualizaciones al día.

Por fuera era la misma, nadie pondría en duda eso, la única variación casi imperceptible a simple vista era uno que otro kilo menos a causa del repentino ejercicio entre las sábanas.

¡Vaya forma de eliminar grasas! ¿Quién necesita de dietas y gimnasio cuando tiene buen sexo?

Estaba tonificando partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que tenían músculo.

Haciendo a un lado los múltiples beneficios que estaba recibiendo de mi situación “profesional” con Joaquín, me enfrentaba ante un hecho que no podía contener más. Una extraña enfermedad me consumía, se extendía por todo mi cuerpo; era un virus, un virus incontenible, el del libertinaje.

Aclaro, no me estaba convirtiendo en una adicta al sexo, me estaba convirtiendo en una adicta a él en combinación con el sexo.

El departamento en su totalidad se transformó en un escenario no apto para menores de 18 años. Estábamos invirtiendo bien el tiempo, y sobre todo, optimizando al máximo el uso del mobiliario y espacio.

Sexo en el piso del salón: con alfombra de base para hacer más tolerable el contacto del cuerpo con el duro y frío suelo. Mi puntaje a tal situación: 7.

Si a eso se le agrega un cálido fuego de chimenea, y alguna que otra copa de vino tenemos una escena 9 puntos.

Sexo en la cocina usando el bajo mesada como sostén: de espaldas a él recibiendo profundas embestidas por detrás («por detrás» no significa anal, lo menciono para que no haya confusiones. Ese orificio de mi cuerpo seguía siendo un terreno inexplorable). Mi puntaje final: 10.

¡Sí, sí, 10...las cocinas se hicieron para el sexo, lo comprobé!

A pesar de ser un acto reiterativo, volvimos a estampar la forma de mi trasero en el escritorio e hicimos extensivo el asunto a la mesa del living. Y para no desmerecer al resto del mobiliario le dimos un buen uso también a las sillas.

¡Dios, la silla...la silla se lleva un puntaje de 12!

Pensar que mi madre durante años mi había enviado a clases de equitación, y yo nada, ni el más mínimo interés. Montar a caballo parecía ser una actividad genéticamente ajena a mí.

¡No, mamá, el problema no era yo...era el caballo! Necesitaba a éste tipo de semental. Cabalgar sobre él provocando el ritmo y profundidad de sus penetraciones con mis movimientos me había llevado al paraíso ida y vuelta en segundos...ida y vuelta en segundos...ida y vuelta en ...ida y vuelta...

¿Dije un puntaje de 12? No, no...¡20!

Después de días de improvisación sexual los convencionalismos pidieron a gritos protagonismo y se lo dimos, retomamos el juego en la cama. Mis sábanas reaccionaban a su cuerpo de la misma manera que lo hacía el mío, se enredaban en él, lo tomaban como rehén, y la carcelera era yo.

El reconocimiento del placer me había llevado a buscar mi satisfacción, a obtener el dominio. Joaquín era un auténtico maestro, no sólo lograba llevarme hasta los límites del goce supremo, también me instruía para que yo solita los alcanzara.

Tener el control despertaba un plus en mi excitación, y también en la de él. Su rostro había abandonado días atrás el manejo de las sensaciones, notaba en cada una de sus expresiones que disfrutaba al igual que yo. Existía un instante, un único y fugaz instante en medio del estallido del clímax en donde nuestros ojos se encontraban en el silencio. Tal vez era mi pensamiento de escritora de novela romántica enamorada del amor que interpretaba lo que deseaba, pero me gustaba creerlo, me convenía con la idea de que lo que estamos sintiendo era lo opuesto a la simple manifestación de un contrato de partes. Ahí, en sus ojos, no se hallaba el reflejo de una transacción, no existía ninguna relación profesional; ahí existían dos personas que habían encontrado en la piel del otro un refugio, un lugar en común. Éramos dos personas con cuerpos que encajaban a la perfección.

No tenía intenciones de exagerar, de hecho yo misma había regulado mis emociones para que éstas no se subieran al tren que finalizaba en la terminal equivocada, la de los sentimientos reales. No iba a decir que Joaquín era mi media naranja, no, eso estaba muy lejos de llegar a ser una posibilidad, pero podía ser mi medio limón, en su defecto una media manzana, un cuarto de kiwi...o cualquier otra fruta de estación, no sé... ¡algo!

Espanté a los pajarillos de caricatura que danzaban sobre mi cabeza, los desgraciados eran los que habían traído a mi mente todos los pensamientos anteriores. Quería disfrutar del momento.

Desnudo él, desnuda yo, a horcajadas encima suyo, con su miembro dentro de mí sometido a mis movimientos. Cada balanceo que generaba con mi cadera estimulaba mi clítoris latiente...amaba estar así, vibrando sobre él, rozando el éxtasis sin límites. La inhibición ya era una asignatura vieja y aprobada para mí, era una animal colmando el mejor de sus instintos.

Frenesí, locura, ansias...todo eso aceleró mis ganas, mi cuerpo. Joaquín se aferraba a mis nalgas y acompañaba mi ritmo dándole profundidad a las embestidas que yo dirigía. Mis piernas se solidarizaron con el resto de mi cuerpo y le entregaron toda su fuerza.

Se los dije, estaba desarrollando músculos en lugares habitados por la flaccidez y la desidia. ¡Por primera vez en mi vida estaba deseosa de que llegara el verano, iba a tener un cuerpo torneado a base de sexo!

Estábamos llevando a cabo una escena perfecta, a segundos de alcanzar el punto máximo de rating, y de repente...

...y de repente alguien grito ¡Corten!

Un calambre, un maldito calambre había invadido mi muslo derecho y se extendía sin contemplación al resto de mi pierna.

Dolor, indescriptible dolor.

—¿Qué sucede?—la preocupación de Joaquín iba dirigida a la expresión de mi rostro, no al abandono de mi carrera sobre su pene.

—Tengo acalambra la pierna—manifesté entre dientes. La postura no ayudaba, al contrario, potenciaba más el dolor.

Se incorporó sobre la cama sosteniéndome por la cintura, con delicadeza y una inevitable sonrisa previa a la risa, me rodeó con un abrazo de oso y ayudó a mi pierna a extenderse sobre la cama, luego hizo lo mismo con la otra.

—¿Mejor?

Mis ojos danzaron en sus órbitas a modo de respuesta. Lo había apaciguado un poco, tan sólo un poco. La sensación punzante y dolorosa seguía recorriéndome. Sus mejillas estaban moradas, a punto de estallar.

—¡Hazlo! Ríete tranquilo, aplica a la situación—Y la que no pudo contenerse fui yo. Escupí una carcajada con mezcla de dolor y él se sumó a la simpática melodía —¡Qué enstado en actas, ésta no fue una de mis clásicas interrupciones de aguafiestas!

Enterrados en el subsuelo del edificio, ahí estaban mis anteriores prejuicios sexuales. Nada me detenía cuando lo tenía a él desnudo a centímetros de mí.

—¡De ser así, démosle un vuelco a los dolorosos acontecimientos!—dijo ocultando en sus labios el claro indicio de que él tampoco estaba dispuesto a dar por terminada la fiesta—¡Abrazame fuerte!

¿Abrazarte fuerte? ¡No se diga más!

Lo abracé con ganas, con fuerzas, con muchas intenciones no confesables en público.

Elevándome como si fuera una pequeña almohada de plumas, giró con nuestros cuerpos entrelazados y me puso de espaldas a la cama. Mis piernas fueron libres, extendidas por completo se olvidaron del dolor.

—¿Y ahora?¿Mejor?—repetió.

Su cuerpo tibio sobre el mío...esa combinación siempre es “mejor”.

—Creo que superaste las expectativas de mi cuerpo, y por tal motivo, éste comenzó a manifestarse.

—Tú, tu cuerpo y las manifestaciones de ambos deberían formar parte de mi currículo personal—bromeó.

—¡Coincido, eres un combo multi-beneficio! Si necesitas una carta de recomendación no tienes más que pedirla.

—Lo voy a tener en cuenta, sobre todo porque posees cualidades narrativas que de seguro van a favorecerme.

Nunca había abandonado mi interior, su sexo duro y erecto seguía torturando al interior del mío. La esencia pura de la excitación todavía recorría nuestra piel, un movimiento fue suficiente para retomar la actividad interrumpida. Lentas y profundas, sus penetraciones inundaron la humedad de mi sexo de esa manera.

Dejé a mis piernas tranquilas, reemplacé la necesidad imperiosa de sentir su cuerpo con caricias. Mis brazos recorrieron su espalda, la acariciaron hasta llegar a su trasero...ese trasero creado para el pecado. Si existiera una nueva versión del Paraíso, la manzana debería ser reemplazada por su trasero. ¡Sí, Eva, en mi versión tú hinciarías tus dientes en esto! ¡En esto!

—Auhhh...—un gritó se escapó de sus labios—Si ésta es tu forma de cobrarte el calambre con mi cuerpo, lo aceptó.

Caí en la cuenta que la excitación de mis pensamientos había perdido el rumbo en lo real, le estaba clavando mis uñas con fuerza, mucha fuerza.

—Pero hazte responsable de las consecuencias—finalizó con una sonrisa que me reveló la verdad oculta detrás de ella: «la venganza iba a ser terrible».

La represalia daba inicio, besó mis pechos, mordisqueo mis pezones.

—A ésta altura de nuestros encuentros, decirte que aceptó los resultados de mis acciones es innecesario. ¡Sabes qué tipo de mujer soy!

Soy de las que reconocen a sus errores, de las que asumen las acciones que responden a tales faltas...Lo reconozco, soy culpable. ¡Castígame! ¡Castígame, dame duro!

Lo último se escribió en mi frente con la tinta invisible del sudor ardiente que me recorría. Era la letra pequeña de los contratos, aquella que nadie leía, pero que al parecer Joaquín interpretaba a la perfección. Él me conocía, comprendía a mi cuerpo, desenredaba a mis pensamientos y les daba alas.

Castigo, demanda. Para mí era lo mismo.

Mis cabellos rozaban la cabecera de la cama, mi cuerpo vibraba bajo el suyo en un dulce vaivén de embestidas frenéticas. Mis piernas salieron de su estado de coma, capturaron sus caderas reconociendo que un nuevo calambre no era opción. No, el ritmo acelerado, descontrolado, salvaje de su miembro dentro de mi sexo le borraba el pensamiento hasta a mis músculos. Todo mi cuerpo estaba rendido en función del placer.

Mi éxtasis, el suyo...siempre comulgaban, se acompañaban hasta llegar al colapso definitivo. Nos saciábamos mutuamente, y eso hacía que las sensaciones que nacían en nuestros cuerpos se potenciaran.

Terminábamos saciados, agotados, y en la última semana, Joaquín parecía dispuesto a reconocerlo. Se quedaba a mi lado, compartiendo el “after sex” conmigo.

—¿Batido de frutas?—propuse una bebida alternativa a las comunes, siempre necesitábamos apaciguar a la pequeña llama interna que tardaba en extinguirse.

—Sí, pero yo me encargo. Te descontrolas con el agregado de vino blanco.

—¡Estoy tratando de ampliar mi tolerancia el alcohol!

Lo dije, el libertinaje se estaba apoderando de mí en todo los ámbitos posibles.

Se levantó de la cama para exhibirse completo frente a mis ojos.

—He estado haciendo un estudio de escenas de películas—argumenté para justificar mi nueva costumbre alcohólica—, hay «vino» por todos lados. La copa de vino, ya sea frente a una chimenea, en una terraza a solas, en un sofá frente a frente es la antesala del sexo para cualquier pareja. ¡Vino, sexo. Vino, sexo! Esa es la ecuación. Cuando lo pienso soy consciente de la cantidad de situaciones románticas que me he perdido en la vida por pedir agua mineral sin gas en vez de vino blanco. ¡Nunca más!

Había estado atento a cada una de mis palabras, es más, contuvo su opinión, era evidente que se divertía a costa de mis argumentos ficcionales.

—¡No mientas!—rompió su silencio contemplativo—Los dos sabemos que tratas de emborracharme para aprovecharte de mí.

—¡Por favor, no hay suficiente alcohol en ésta casa para emborrachar a todo eso!—señalé la totalidad de su cuerpo y de paso me di el gusto de devorarlo con la mirada.

—Es verdad, aun así déjame aclarar algo...

Abandonó la habitación y continuó desde la distancia.

—...no necesitas crear motivos para aprovecharte de éste cuerpito, él solito se ofrece.

El más desagradable de los pensamientos se hizo eco en mi cabeza.

¡Sí, él solito se ofrece...por una módica suma de cuatro cifras!

Las sensaciones placenteras vividas minutos atrás se evaporaron para dar lugar al malestar repentino. Me detestaba por pensar eso, pero a la vez no podía evitar hacerlo porque era la verdad que nos unía. Al fin de la tarde, luego de la bebida en compañía se marcharía de casa con un sobre en su bolsillo.

Por simple acto de inercia, el otro cuerpito, el que aún estaba en la cama, se levantó. Me puse mis bragas, una remera larga y fui a hacerle compañía.

La licuadora se esgrimió como protagonista principal en la “situación cocina”. Un desfile de frutas transitó el camino hacia el interior del artefacto. Estaba desnudo, la bajo mesada le cubría la parte inferior del cuerpo. Generalmente ese hecho me bastaba para poner una sonrisa en el rostro, ésta vez no, el:

¡se ofrece, se ofrece, se ofrece! ...se reproducía como un disco dañado.

Para mi suerte el ruido del aparato hizo interferencia. Maldito pensamiento.

—¿Tú? ¿Callada?

Y las palabras de Joaquín me forzaron a salir del inexorable diálogo interno.

—Estoy haciendo un registro mental de ésta imagen para luego motivarme en la escritura.

Fue una mentira a medias, solía inspirarme recordándolo.

Finalizó el batido, sirvió la bebida y me acercó un vaso. Se manejaba a la perfección en mi departamento, de hecho encontraba las cosas más rápido que yo.

—Hablando de escritura ¿Cómo llevas el asunto del tenista y la madre divorciada?

Ya le había hecho mención de la trama, y cada tanto demandaba la lectura de fragmentos para corroborar que el realismo sexual no se perdiera.

—¡Ya han sucumbido al amor, ahora sólo queda ponerles un par de piedras en el camino antes del final, y...booom, historia terminada!

Di un largo sorbo a la bebida...frutillas, banana, un toque de melocotón y jugo de naranjas. ¡Una delicia! La satisfacción se vio reflejada en mi rostro. Bebió de su vaso y lo comprobó por sí mismo. Sí, si...una delicia.

—¡Olvidate de las piedras, déjalos sucumbir al amor con una sonrisa!—dijo y finalizó el resto del batido

—No es tan sencillo.

—¿Qué no es tan sencillo?

—Sucumbir al amor con una sonrisa.

El ringtone de un móvil, él suyo, capturó la atención de ambos.

—El amor es sencillo, se ama o no se ama—pasó a mi lado con evidente intención de responder al llamado—, que tú lo hagas complicado es otro asunto.

Era un argumento simple el que exponía, un argumento que yo no podía utilizar. Era una enamorada del amor, de su esencia, pero en lo que se refería al “amor en sí” era una inexperta, aún más inexperta que en el sexo mismo. Ni golpeándome en la cara reconocería al sentimiento. Si me quedaba a la espera de una historia de amor similar a mis libros terminaría sola, compartiendo mi departamento con el gato imaginario del vecino.

Sin darme cuenta, para distanciarme de mis absurdas ideas me encontraba agudizando mi audición para escuchar la conversación telefónica que Joaquín mantenía.

Como mis dotes de mujer biónica todavía no se habían desarrollado, lo que capté fueron tan sólo un par de combinaciones de palabras.

«Yo me encargo», «Dile que tenga paciencia», «Estoy del otro lado de la ciudad».

Cuando regresó a mi lado estaba preparado para la partida, con su ropa puesta a pura velocidad y bolso en mano. El llamado telefónico junto a la huida repentina me hizo elaborar la siguiente secuencia de oraciones.

—Eres igual de rápido para vestirme que para desvestirme. Aunque el resultado no es tan bueno, tienes la remera al revés—en verdad la tenía, recién me daba cuenta

de ello—¿Corres o te corren?

—Las dos cosas—se quitó la remera y se la volvió a calzar de la forma correcta—Asuntos familiares—finalizó para mi sorpresa.

En todas estas semanas la mención de “asuntos familiares” jamás había abandonado su boca. La sorpresa me empujó a terrenos poco comunes, si él flexibilizaba los términos y condiciones de nuestro acuerdo profesional para deslizar algo del plano personal yo no pensaba quedarme atrás.

—¿Necesitas ayuda?—sugerí. La negación nacía de a poco en su rostro. Fui rápida, la intriga del detrás de escena de Joaquín me impulsó a hacer algo impensado —. ¿Te alcanzo a algún sitio?—reforcé mi propuesta—No es de entrometida, pero oí parte de la conversación sin desearlo, y al parecer el otro lado de la ciudad te espera.

Parecía que estaba exponiendo un caso frente a un tribunal. El veredicto no se hizo esperar.

—No voy a negarlo, si hicieras eso me harías un gran favor.

—Por favor, no se diga más. Dame dos minutos y salimos.

¡Sí! Mi diosa interior bailaba por dentro (no, esperen...¿dónde oí eso?). Debo tachar esa línea de mis pensamientos y reformularla. ~~Mi diosa interior bailaba por dentro-~~

Ahí va.

¡Sí! Mi cuerpo quería girar como un trompo en el suelo, necesitaba simular una danza imaginaria, en su defecto colocar un emoticón danzarín acompañando la aceptación de Joaquín.

«Asuntos familiares» Mmmm, o mi vida era muy aburrida, o algo que todavía no tenía nombre me motivaba a meterme en lo que no me correspondía.

Puse las dos opciones en la balanza para evaluar cuál de ellas pesaba más y manipulaba a mis acciones.

Vida aburrida / Algo sin nombre

Mmmmm ¿Algo sin nombre?

Comprobado. Mi balanza de pensamiento personal funciona muy mal...muy, muy mal (me convenía creer eso).



La anterior expresión, “del otro lado de la ciudad”, cobrara un realismo abrumador. Debimos cruzar toda la condenada ciudad en hora pico de tránsito para llegar a nuestro lugar de destino. Mientras nos enfrentábamos a la marea de coches frente a nosotros Joaquín trataba de paralizar el tiempo mirando minuto tras minuto su reloj. No le funcionó, las aptitudes paranormales no entraban dentro de sus cualidades.

Mi destreza de piloto de fórmula-1 lo dejó boquiabierto, así que con toda mi predisposición al volante y mis conocimientos de atajos ciudadanos logré invertir los minutos. Luego de una hora y cuarto de camino nuestros traseros abandonaron los asientos en la entrada del Club Deportivo Infantil Pedemonte.

¿Club Deportivo Infantil? ¡Sorpresa!

Un ser vivo de ocho años de edad nos hizo compañía. Joaquín Nori tenía un sobrino.

“Nori”, increíble ese era su apellido y recién tomaba nota de ello.

Fui consciente en ese momento que todo lo que no sabía de Joaquín no era por su silencio, era por mi desinterés. Catalogaba lo que teníamos como una transacción de beneficio mutuo y al etiquetarnos de esa manera dejaba al margen cualquier hecho que se escapara de mis propios términos y condiciones.

¡Mala Anabela, mala!

Dadas las recientes circunstancias infantiles volví a manifestarme como un ser solidario y me ofrecí de chofer de turno. Aceptaron. Bueno, Joaquín se vio obligado a aceptar bajo la demanda del pequeño que parecía muy entretenido con mi presencia. Rodrigo, ese era el nombre del niño, y por la fascinación que me regalaba parecía ser el primer espécimen femenino que su tío presentaba ante él como “amiga”.

Durante todo el camino me bombardeó con preguntas.

Nombre, edad, que hacía, que dibujos animados me gustaban, cual era mi comida favorita.

Había pasado por unas cuantas entrevistas en mi carrera profesional, pero ninguna como ésta. Nunca antes la habilidad de eructar el alfabeto se me había planteado como un requisito indispensable en la vida. Al parecer lo era, y para mi desgracia yo me hallaba ante los máximos exponentes de tal experiencia; tío y sobrino se colocaban en el podio del triunfo con respecto a dicha actividad. Empujada, motivada, no sólo por ellos, sino también por mi ego, acepté el reto. Si ellos podían eructar el alfabeto, yo también.

Sin siquiera imaginarlo el desafío aceptado me otorgó un pasaporte directo a su casa. Un pasaporte directo a la vida de Joaquín.



Un amplio y bello departamento. Acogedor, con calor de hogar, esa extraña sensación que no se siente en todos lados. Mi departamento era mi logro personal, decía a gritos mi nombre, de la misma manera que también manifestaba lo obvio, era el lugar de una mujer soltera. Aquí no, podía notarse la esencia familiar al cruzar la puerta.

La información que completaba la ficha personal de Joaquín se iba develando de a poco, vivía junto a su hermana y sobrino. Intenté librarme de prejuicios, no juzgar. Me dije para mis adentros que un hombre de treinta y dos años viviendo con su hermana no era algo de otro planeta. No, no lo era, aunque debía reconocer que era un argumento novelesco poco atractivo, por lo menos para una historia de amor.

Mi mente viajó al pasado, a la noche de nuestra cita. ¡Maldición, Joaquín tenía razón! Lo estaba evaluando en función de la “cantidad”.

—¿Te quedas a comer con nosotros?—la vocecita de Rodrigo interceptó a mis viejos recuerdos y lo puso en pausa.

¡Vaya pregunta! No tenía una respuesta, por primera vez en mucho tiempo, ante una situación tan simple no sabía que decir. Mi cuerpo se había atornillado a la butaca de la cocina, el primer ambiente al cual habíamos arribado a causa de la necesidad inminente de una bebida refrescante, y por lo visto no estaba dispuesto a abandonarla. A pesar de ello mi cabecita se tambaleaba en un sinfín de cuestionamientos, cada uno de ellos encontraba su origen en la palabra “límite”. Necesitaba un “límite” que me distanciara de Joaquín, no podía extender al infinito la relación comercial que teníamos, debía encontrar el momento del punto final, y esto, el contexto que estaba ante mí me llevaba a todo lo contrario.

Cuatro ojos inquisidores depositaron su atención en mi persona. Fue acoso, puro acoso. Coacción desmedida, y ante semejante comportamiento violento no me quedo más alternativa que hablar.

—¿Depende?—dije para escapar del silencio absurdo que me generaba la estupidez mental dentro de mi cabeza al plantearme conflictos innecesarios.

—¿Depende de qué?—Rodrigo actuó rápido, era evidente que estaba dispuesto al convencimiento.

—De como cocina tu tío.

—Eso es información confidencial—instó al niño a callarse con un dulce gesto. Rodrigo sonrió en complicidad—, y la única forma de obtenerla es si dejas tu trasero en ese lugar.

Ya lo mencioné, mi cuerpo estaba atornillado al asiento, y no mostraba indicios de querer marcharse.

Aquellos que dicen que la mente domina al cuerpo están equivocados, yo era la prueba viviente de ello.

—Sabes que soy una esponja que le encanta absorber todo tipo de información, más aun cuando ésta es clasificada.

—Es verdad, pero ten cuidado—abrió la puerta del refrigerador y se perdió detrás de ella—, la información que se te va a revelar puede transformarse en algo adictivo.

¡Lo único adictivo en éste lugar es tu redondo trasero que sobresale de la puerta!

—Sí, es verdad—Rodrigo contribuyó con más pruebas—, mamá se la pasa diciendo que si no le entran los pantalones es por su culpa.

—¡Ah, no, yo quiero que mis pantalones me sigan entrando!—le seguí el juego al niño.

Joaquín abandonó la incursión dentro del refrigerador y me buscó con la mirada.

—No te preocupes —dijo con ese brillo típico de picardía en sus ojos—, yo me encargo de que te sigan entrando, tengo mis métodos.

¡Fuego! ¡Fuego en mis mejillas y en otra parte que no deseaba confesar!

—De ser así, estoy dispuesta a subirme al vagón de la nueva adicción.

El contexto fuera de la común entre nosotros comenzaba a no molestarme. Sí, debía reconocerlo, el terror mezclado con una dosis de “cómo demonios me transporté hasta aquí?” habían sembrado la semilla de la incomodidad. Por suerte la semilla no germinó.

Era agradable saber que sin importar el lugar o la situación Joaquín y yo seguíamos manteniendo nuestra dinámica.

—¡Adicción es mi segundo nombre!—bromeó él.

—¡No, no lo es!—la inocencia de la niñez se manifestó.

—¿Y cuál es si se puede saber?—utilicé la oportunidad que Rodrigo me obsequió.

—Manuel, como yo—manifestó con plena satisfacción.

Mi maestro del sexo ocultó la expresión de su rostro, era evidente que se estaba filtrando otro tipo de información clasificada.

—Joaquín Manuel, y Rodrigo Manuel—traté de que no sonara a burla.

Era tierno, era una evidente muestra de cariño hacia él por parte de su hermana. La imagen de amante perfecto mutaba hacia un hombre muy diferente del que perfilaba en el secreto de mi mente.

—Mi hermana no ha sido muy original. Lo sé, debí comprarle un libro de nombres para bebés, no lo hice y hasta el día de hoy me arrepiento.

—¿Tú tienes segundo nombre?—el espíritu inquisidor de los niños tomó dominio del asunto.

—No, soy sólo Anabela. Mi padre cree que la utilización de dos nombres provoca vibraciones diferentes en la psique del individuo generando con esto un inconveniente en la búsqueda de personalidad.

Así era Álvaro Bregan, un padre modelo de la psicología moderna. Había que conocerlo para amarlo, porque si no lo conocías, al hablar de él causabas siempre el mismo efecto: parálisis total de rostro. Joaquín y Rodrigo sucumbieron a esa expresión.

—Creo que a mi padre también le hubiese venido bien un libro de nombres de bebés—dije con tono de broma.

Rodrigo asintió con una dulce sonrisa en su rostro. Joaquín se guardaba algo en entre dientes, podía notarlo. Lo contuvo hasta que no pudo más.

—Cada vez que mencionas a tu padre más ganas de conocerlo me provocas.

Wow...wow...wow ¡Detente ahí desquiciado! ¿Conocer a mi padre?

Mi garganta se secó, se espesó. Tosí de forma inevitable.

—Bebé un poco de agua, escritora paranoica—me acercó el vaso a las manos conteniendo la sonrisa entre sus labios. Sí, estaba disfrutando del pensamiento que yo había elaborado, uno por demás equivocado—Por si no lo sabías, te lo aclaro, a los hombres nos gusta hablar con otros hombres, y más cuando una de las partes se presenta extremadamente interesante como tú padre.

Alivié mi garganta, quité mi pie del acelerador imaginario.

—Cuando quieras, dónde quieras...a Álvaro Bregan le encantan los seminarios privados.

—Te tomó la palabra—manifestó al tiempo que sacaba diferentes tipos de vegetales del refrigerador.

Exhibió todo el material culinario frente a él y reflexionó.

—Necesito abastecerme—murmuró como en una especie de diálogo interno.

—No soy una mujer muy exigente—interrumpí su pensamiento para librarlo de la sensación de duda que lo embargaba—cualquier menú me satisface.

—¡Pero a mí no!—me atravesó con la mirada, al parecer estaba tocando un punto de él que no era de inflexión.

Rodrigo se acercó a mí con aires de complicidad.

—Pero a él no—repetió en mi oído.

¡Ya veo!

Me llamé al silencio, no quería condenarme a los infiernos de su fuego culinario.

—Voy por unas cosas—indicó y se dirigió a su sobrino—La damisela que nos sacó de apuros a nosotros se merece una atención especial ¿no te parece?

Iba a volver a interrumpir, no deseaba ser el eje que cambiaba los hábitos del lugar. No me debían pleitesía de ningún tipo.

Mis labios se movieron y se detuvieron al instante, la presión de una pequeña mano en mi brazo fue la causante de la situación. En sus ojitos color café podía leer...¡Ni se tu ocurra!

—Sí, me parece—respondió Rodrigo acompañando a su respuesta con un movimiento de cabeza afirmativo que me hipnotizó a tal punto de repetirlo.

Parecíamos dos muñecos cabezas de globo, esos que se ponen en los coches y sacuden sus cabezas siguiendo el movimiento.

—¿Quieres que te muestre mi habitación?—inteligente el pequeño, así me distrajo.

—Me encantaría que me muestres tu habitación—acepté, fue la acción más lógica.

Joaquín abandonó el departamento en busca de sus suplementos deseados y nosotros nos perdimos en un tour por todo el lugar.

Como dije, amplio y bello departamento. Contaba con tres habitaciones, por cuestiones de privacidad nos salteamos la de la madre, y pasamos sin demoras a la de él.

Habitación de niño al cien por cien. Las paredes estaban inundadas de dibujos, cada una de ellas representaba una situación del mundo animal. Océano, selva, sabana africana, bosque.

—Veo que te gustan los animales.

—¡Me encantan los animales!¿A quién no? ¿A ti te gustan los animales? Mira...

Recorrió su habitación guiado por la excitación, hurgó en cada esquina, buscó debajo de cada mueble, hasta finalmente detenerse debajo de la cama. Volvió a mi lado con una pequeña lagartija en sus manos.

—¡Éste es Felipe!—lo depositó en mis manos—Cuando se queda en casa solo se aburre y se escapa. ¿Te gusta? Me la trajo el tío, la encontró perdida en una alcantarilla—pura verborragia, Rodrigo escupía palabras a la velocidad del rayo.

Era pequeña y muy bonita, se deslizó por mi brazo causándome cosquillas. Reí.

—¿Y dónde duerme Felipe de forma habitual?

—¡Ahí!—me señaló el terrario de vidrio junto a la ventana—Duerme ahí de momento.

Fuimos hasta el terrario y la dejé dentro. La sensación de tenerla encima iba generando estremecimientos extraños, estaba a segundos de revolearla lejos de mi brazo como un acto reflejo. ¡Lo que me faltaba, estamparle el animalito contra la pared al niño!

—¿De momento?—dije curiosa.

—Sí, se está recuperando, ni bien esté mejor la vamos a llevar a un lugar en dónde pueda vivir. No está bueno tenerla encerrada aquí.

Era un buen niño, de verdad amaba a los animales.

—Tiene luz, sombra...el bosque de fondo, pero no es suficiente. Además hay que darle de comer otros bichitos, y a mí eso mucho no me gusta. Lo acepto, pero no me gusta.

—¿Quién le da de comer?—su carita me lo dijo todo—¡No me lo digas!

Joaquín, todo era Joaquín. No había preguntado pero por simple deducción comprendía que la única imagen de padre que el niño tenía era él. La única presencia masculina de la casa era Joaquín.

Treinta y dos años viviendo con su hermana. Menos mal que me metí los prejuicios en el bolsillo, de lo contrario, en éste momento estaría sintiéndome mal conmigo.

—¿Te gustó?—preguntó con ansias.

—¿Qué cosa? ¿La lagartija?

—No le digas lagartija, se llama Felipe—me corrigió—, pero no te preguntaba por él, te lo preguntaba por la habitación.

—Por supuesto que me gusta tu habitación, es más, también me gustaría tener dibujos en las paredes de la mía como tienes tú.

¡Con otro tipo de fieras, claro está! Tú tío mismo por ejemplo, desnudo dibujado en el techo sobre mi cama.

—Bueno, cuando el tío regrese se lo pedimos.

«Se lo pedimos» ¿Me editaron una parte de la historia y no me había dado cuenta?

—¿Joaquín dibujó todo esto?—menos mal que era un niño y de seguro no sentía los aires de incredulidad de mi pregunta.

—Sí, y también hizo esto.

Tomándome de la mano me arrastró fuera de la habitación y me forzó a entrar a otra.

El perfume que percibí en su puerta fue suficiente para que mi cuerpo reaccionara. Estaba entrado a sus terrenos. Encendió la luz y mis ojos se abrieron redondos como platos.

¡Dios santo, era como estar dentro de un comic!

No sabía por dónde empezar, me perdí en el universo oscuro y detallista que estaba frente a mí. Esto era épica en estado puro. Personajes similares a vikingos y gladiadores creaban acción en sus paredes. Era el relato de una batalla contada en partes.

—¿Esto lo hizo tú tío?—insistí.

No pretendía ser una mala persona, y menos con mi hombre de cuerpo perfecto, pero no podía evitarlo. En la ecuación de mi mente no entraban éstas cualidades.

¡Ahí había mucho talento!

Me reprendí a mí misma con una bofetada invisible de arriba abajo. Estaba etiquetando a Joaquín como un instrumento de exclusiva función sexual.

—...y también hace esto.

Mi cuerpo era un barrilete en sus manos, me llevaba de aquí para allá; de allá para aquí.

El mobiliario de la habitación contaba con una cama central, dos mesas de noche, un mueble con un gran televisor pantalla plana, y una biblioteca con escritorio que le ganaba a todo lo demás.

La cantidad de títulos y autores dentro de esa biblioteca volvió a abrirme los ojos de par en par. Su estilo narrativo se asemejaba al estilo que se congraciaba en sus paredes, narrativa épica, histórica, fantástica. Desde Tolkien, pasando por R. Howard, Lovecraft y autores contemporáneos como McNeill y Paul Kearney.

Rodrigo interrumpió mi recorrido evaluador anteponiendo entre la biblioteca y mis ojos el bosquejo de lo que parecía ser una historia a medio trabajar.

«El juramentado»

Ese era el nombre, y sí, era una historia que respetaba la estructura de una aventura gráfica o comic. En sus dibujos podía verse el mismo estilo que en las paredes. Me obsesioné con el trabajo, las hojas desfilaron una tras otra ante mí. La trama que captaba entre imágenes era muy rica.

¡Dios santo! Sí, otra vez usaba esa expresión, no existía otra ¿El hombre con caderas de fuego hacia esto? ¡Increíble!

Y pensar que me permití darle un mini curso de escritura y personajes en nuestra primera cita. ¡Vergüenza! ¡Vergüenza total!

—¡Ajá, así los quería encontrar, usurpadores de lo privado!—la voz repentina de Joaquín logró que las hojas saltaran de mis manos.

Dos tomates achicharrados, de seguro así lucirían mis mejillas.

—Lo siento—dije a modo de balbuceo patético mientras levantaba las hojas del piso.

Sonrió desde la puerta, y se acercó a mí para ayudarme a acomodar el desorden.

—Supongo que es lo justo, al fin de cuentas yo me he tomado atrevimientos similares en tu departamento.

¡Verdad! Detalle que yo había obviado. ¡Ni hacer mención de las veces que lo había encontrado con la portátil leyendo mi material! No me alcanzaban los dedos de la mano para contar.

—¿Te parece?—bromeé para bajar la temperatura voraz de mis mejillas—Creo que debería tomar un par de hojas prisioneras para evaluarlas con calma.

—En otro momento—regresó las hojas al escritorio—, ahora la presencia de ambos se requiere en la cocina.

—Pensé que el asunto era “clasificado”.

—El resultado final es “clasificado”, la elaboración requiere de trabajo comunitario.

Algo tramaba, sus labios se unieron urdiendo un plan ajeno a mi comprensión. Me observó, me recorrió con la mirada.

—¡A poner manos en el asunto!—finalizó, y tomándome por lo bajo de las piernas me arrojó como una muñeca sobre sus hombros. —Tú primero—le indicó al sobrino.

El pequeño salió de la habitación, nosotros le seguimos los pasos mientras Joaquín palmeaba mi trasero a su antojo.

¡No era una imagen correcta para dar frente al niño! No, no lo era. Pero tampoco era mi sobrino...por lo tanto: ¡Palmea, palmea con gusto que mi trasero te reconozca!



La cocina se transformó en discoteca. Tío y sobrino, según información reciente, compartían la elaboración de la cena a menudo y tenían una rutina cotidiana que involucraba una canción de fondo con una coreografía que se preciaba de ser elaborada por parte de ambos.

«Play that funky music»...se reproducía y se volvía a reproducir.

Traté de mantener la compostura, fue imposible. Mis ojos derramaban lágrimas a causa de la risa.

Brazos a los costados al mejor estilo “fiebre de sábado por la noche”.

Paso de avestruz: Caderas quebrándose hacia atrás y avance simultáneo.

Paso del carrito de supermercado (Sí, así lo llamaban): Una mano en el carro imaginario y otra mano arriba, alternándose una y otra vez.

Aplauso de antebrazos: Puños cerrados y golpe de codos a ritmo frenético.

El conductor de autobús: Manos al volante invisible.

La mejor, la inesperada...la atrapada de la mosca: espantando al insecto inexistente para finalmente sucumbir ante un aplauso de manos.

El paseador de perros: brazos extendidos al frente sosteniendo la correa de un can irreal.

Mi favorita...la patata caliente: Las manos simulando la manipulación de una patata caliente que finalmente termina siendo arrojada a lo alto.

Por último, el lógico, el sello personal...el golpe de tenista. (¿Es necesario explicarlo?)

Me saturé de risas. Había acumulado carcajadas para el resto de la temporada. El estómago, literalmente, me dolía.

Mi apetito se vio diezmado por la situación satírica vivida en el momento de su elaboración. Los escalopes de ternera con salsa de mostaza acompañados de patatas fritas y verduras grilladas iban a ser un recuerdo que dentro de un par de horas añoraría.

No mal entiendan, por supuesto disfruté de la cena, pero no de la manera que me hubiese gustado, para mi lamento los acontecimientos del día me habían agotado

por completo, a tal punto que le había restado fuerza a mi mandíbula, mi compañera de atracones se lanzó a la huelga sin mi permiso.

El cansancio fue general, parecíamos tres almas en pena que apenas podían arrastrar sus cuerpos. Rodrigo se derrumbó en su cama, y yo en la de Joaquín.

Los típicos fuegos internos que nacían en mí a causa del roce de su cuerpo no se manifestaron. Existía un reconocimiento mutuo, no habíamos llegado ahí para utilizar la habitación como un lugar de juegos sexuales, sobre todo porque el perfume a hogar que se respiraba dentro del departamento diluía mis ganas. Tenerlo recostado a mi lado, relajado, olvidando su rol de amante perfecto me colmaba con otro tipo de goce diferente.

—¡Dilo!—Joaquín me instó a hablar.

Mis neuronas hicieron sinapsis a la fuerza para tratar de encontrar el tópico que originaba su demanda. No lo encontré, mis neuronas también estaban de huelga.

—¿Qué quieres que te diga?—el cansancio transformaba a mis palabras en lentas.

—Lo que de seguro conservas en la punta de tu lengua...«mi habitación parece de niño».

Me impulsé sobre mis codos, y me acomodé en la cama para que viera la expresión en mi rostro.

—Es cuestión de perspectiva—cerré mi ojo derecho—. Si lo miro así, es la habitación de un niño—abrí el ojo y cerré el otro—. Ahora, si la miro así, lo veo como el templo de un hombre con mucho talento.

Mi comentario logró un hecho sin precedente...Joaquín Manuel Nori se sonrojó.

—Lo digo en serio—me senté en la cama, quería su atención total—, y no sólo por los dibujos y las ilustraciones, también lo digo por la historia, leí poco y fue suficiente para capturar mi atención.

—Es un pasatiempo, un hobby—seguía sonrojándose y por ello utilizó una excusa para evitar que la situación siguiera expandiéndose.

—No lo creo así, de hecho creo que la habitación dice a gritos eso: ¡No somos un simple hobby, queremos nuestro lugar en el mundo!

Dejó escapar una risa.

—Lo reconozco, no es un pasatiempo, es más bien una necesidad. ¡Si no les doy vida me torturan dentro de la cabeza!

Era una buena forma de definirlo. «Una necesidad».

—¡Bienvenido al club de los contadores de historias!—dije con una sonrisa.

Desde el minuto cero “un no sé qué” me había empujado hacia él, Joaquín se había convertido en ese ojo de tormenta que siempre me capturaba, aun a costa del vaciamiento de mi cuenta bancaria. Esto me confesaba el porqué. Joaquín y yo estábamos cortados por la misma tijera.

—Deberías hacer algo al respecto—dije con aires de motivación.

—¿Hacer qué?

—Finalizar el trabajo y buscar algún contacto de editorial gráfica. Yo podría ayudarte.

Se echó a reír y se incorporó en la cama.

—¡No, gracias!

—¿Por qué, no? Hasta me ofrezco de representante si lo quieres.

Una parte de mí no estaba siendo sincera con él. Sí, tenía talento, eso era indiscutible, pero mi motivación venía de la mano de una cuestión personal...cambiarle la profesión de amante a sueldo por otra de naturaleza socialmente aceptable.

—Si hay algo que no quiero que seas es eso...

¿Eh? ¿Qué trataba de decir?

—Y que se supone que me quieres decir—soné ofendida sin desearlo.

—Me agrada lo que soy, lo que tengo y lo que somos.

ESCUCHÉ BIEN...¿Lo que somos?

—Perdón...«lo que somos», tal vez es más conveniente decir, —se corrigió, de seguro porque notó que mi respiración se detuvo por unos segundos—, lo que somos dentro de ésta relación comercial—la duda acompañó a sus palabras sentenciales.

Sin darnos cuenta nos habíamos arrinconando a un lugar no conveniente.

—Una relación comercial con mutuos beneficios—contribuí a quitarnos de la cabeza la nube de la incomodidad.

—¡Exacto!

Ninguno de los dos fuimos convincentes, el silencio forzado que nació de forma repentina nos lo decía a gritos.

—De todas maneras, insisto—tenía dos opciones: hablar o marcharme. No quería marcharme, no, no quería hacerlo—, puedo ayudarte sin estar en el medio. Tienes una posibilidad aquí—estaba convencida que lo que acababa de descubrir era una nueva puerta para él—, vivir de algo que disfrutas, algo que te haga sentir mejor contigo mismo.

¡Y lo dije! Abrí mi gran boca y lo dije...¿qué? Lo equivocado. Me había esforzado por mantener el prejuicio de lado, y aun así éste encontró la grieta perfecta para salir a la luz.

—¿¿Piensas que no me siento bien conmigo mismo?!

Mi dulce hombre de ojos color almendra estaba molesto. Todos los músculos de su cuerpo, de ese bello y torneado cuerpo, se tensaron.

—No quise expresarme de esa manera.

—¿Y qué quisiste decir? ¿o expresarte?—el sarcasmo le quemó los labios— ¡Qué utilizar mi cuerpo a cambio de dinero es un acto denigrante! ¡Qué por ello mi vida no es satisfactoria!—abandonó la cama, fue hasta la puerta y la cerró, supongo que para evitar que el niño se despertase. Seguía enojado, y con razón—¿Con qué derecho te pones a opinar de lo que hago o dejo de hacer?

Mal, verdaderamente mal, así me sentía. Lo poco que había comido comenzaba a agitarse en mi interior.

—Lo siento —dije, y ese fue el “lo siento” más sincero de mi vida—Trataba de ayudar, nada más.

—No soy un alma perdida que espera que alguien interceda a favor de su salvación. No necesito de tu ayuda, sé muy bien lo que hago, y créeme, no eres la primera que pretende moldear a éste pobre muchacho.

Considerando cada una de sus palabras, tenía razón, era lo suficiente mayor para decidir qué era lo correcto en su vida. Era evidente que tenía opciones, más de las que yo imaginaba.

—Vuelvo a repetir...lo siento, no era mi intención hacerte la gran “Julia Roberts en Mujer bonita”.

Patético, patético de mi parte compararlo con la película, lo sé. En mi defensa puedo decir que estaba carente de argumentos.

Silencio...y más silencio. Silencio...la furia que tensaba su cuerpo comenzó a aflojarse. Sus labios se abrieron...¡sí, se abrieron!

—Esa clase de comentarios son los que hacen que tú me agrades—sus labios se extendieron de un lado a otro, fue pura sonrisa—Contigo el enojo no se justifica.

—¿Te parece? Yo creo que sí—la sinceridad me jugaba en contra—¡Mira que soy muy prejuiciosa!

—Es verdad, lo eres—regresó a mi lado, se sentó en la cama—, aunque son tus prejuicios, no míos. No deberían importarme.

Su análisis era por demás correcto. La que se retorció la mente a causa de los prejuicios era yo.

—Tienes razón, y tampoco deberían importarme a mí considerando la naturaleza bipolar de los mismos.

—¡Explicáte mujer!

Era tiempo de exorcizar la culpa, y más cuando mi amante perfecto me lo reclamaba.

—Hay una parte de mí que siente que te utiliza como objeto, y lo detesto, me detesto a mí y a la fuente que me provoca eso.

—¿Me detestas?—bromeó y acercó su cuerpo al mío lo más que pudo.

—Sí y no.

—Decidete, las dos cosas no pueden convivir juntas.

—En eso te equivocas, conmigo si lo hacen. Por un lado no me gusta ser la clase de mujer que «paga por calidad»—las entrelíneas sexuales en mi discurso fueron

detectadas por él a la perfección.
—No lo eres—parecía dispuesto a saltar en mi defensa.
—¡Lo soy!—así lo sentía.
—No para mí—me interrumpió con ganas.
Después de ese comentario quería desmayarme en sus brazos. ¡Sí, y quedarme ahí hasta el final de los tiempos!
—Déjame terminar, al principio me detesto, te detesto...—hice una pausa para procesar lo que iba a decir y aceptarlo como tal—, es fácil sucumbir ante ti.—
Confesión inesperada hasta para mí.
No pudo contenerse, su sensual y provocador ego lo vistió de sex simbol por unos segundos.
—Es verdad, eso no tiene discusión.
Aún después de eso...quería desmayarme en sus brazos. ¡Sí, quería hacerlo!
Intenté retomar la línea de mi pensamiento olvidado por las ganas locas de perderme entre sus piernas.
¡No puedo evitarlo...sucumbo, sucumbo, sucumbo otra vez!
—Debo reconocer que gracias a el efecto que provocas, el “no” se convierte en un “sí” y la sensación desagradable desaparece, se evapora porque tú me ayudas a eso, me arrastras a un camino en dónde los prejuicios pesan, molestan...son inservibles.
—Los prejuicios son inservibles—era el Joaquín simple y tierno, ese que me llevaba a experimentar todo tipo de aventuras sexuales—Si me valiera de ellos tendría una vida muy aburrida.
¡Bingo! ¡Jackpot! ¡Lotería! Parecía que estaba hablando en forma directa de mí.
—Me doy cuenta de ello ahora—hice una pausa obligada en pos del reconocimiento—.Mis pre-concepciones juiciosas me han detenido una gran parte de mi vida.
Llevaba años encerrada en mi misma, lo único que me daba la falsa sensación de libertad era la escritura. No se puede ser libre a medias, no, se es libre de forma completa o nada.
Wow...sí, doble: ¡Wow, wow!
No reconocía a mi pensamiento, éste hombre era una Joya que debía preservarse en beneficio de la humanidad. ¡Joaquín era un líder espiritual!
—Recurrir a ti, valerme de tu experiencia, de tus servicios no fue la elección más correcta, sobre todo mirándola desde lo moral y lo social —tenía toda su atención en mí. Sus ojos me devoraban con dulzura, su cuerpo se acercaba y me provocaba, y el perfume natural de su piel potenciaba al resto de mis sentidos. ¡Dios, era una mujer muy fácil!—, pero para mí fue la más adecuada. Me ensañaste a disfrutar, gozar, a sentir placer sin vergüenza o remordimientos, y al hacerlo, hiciste que trasladara esas sensaciones a otros ámbitos.
Deslizó su mano sobre la cama y rozó la mía. No había nada más que decir, creo que los dos nos dimos cuenta de ello, la caricia otorgó el clima que necesitábamos.
—¡Has visto, mi profesión es extrañamente funcional!—intentó poner un cierre final con un matiz más ameno.
—Bueno, si utilizamos el término «profesión» como si de verdad fuese correcto—ironicé, no lo era, sólo sonaba mejor—puede que tengas razón.
—Es una «profesión», una profesión que mantengo lejos del conocimiento de mi familia.
Simple, directo, así fue, y yo lo entendí.
—Sabía decisión, pero ten cuidado, todo sale a la luz, te lo dice una especialista en historias; la vida es eso, una historia que se contiene hasta que no puede más.
—Lo sé, mi silencio no es cuestión de vergüenza, o decepción.
—Y qué es...
—Creo que es la búsqueda de un motivo. De hecho es la búsqueda de un motivo que le ponga el punto final.
Era una costumbre, un hábito de esos difícil de abandonar. Su cuerpo se había afianzado al negocio, y en consecuencia su bolsillo se llenaba con facilidad. Era un recurso sencillo, uno que funcionaba. Lo comprendía, lo comprendía muy bien, y a la vez podía ver aquello que él no.
—El motivo es éste—mi ojos recorrieron la habitación, le marcaron el camino con ellos—, en tus paredes, en las de tu sobrino—señalé el escritorio—en aquellos bosquejos. Es más...
Me levanté en busca de algo, fui hasta el escritorio.
—¿Qué buscas?
—Lápiz y papel—Sobre el escritorio estaban sus escritos y dibujos. Encontré un lápiz, sólo eso—Además de prejuiciosa soy incrédula, necesito ver tu arte en vivo y en directo.
Rio con ganas.
—¿Quieres que te haga un dibujo?
—¡Quiero verte en acción!
Vino hasta a mí, me rodeó por la cintura con sus brazos, y apoyó su barbilla sobre mi hombro.
—En el primer cajón—murmuró en mi oído.
¡Vaya sorpresa! No sólo encontré papel, también encontré algo que desencajaba por completo con la línea de lectura que mostraba su biblioteca.
Un ejemplar de : «Entre dos fuegos». Autora: Ana Bregan.
Lo sé, no lo digan, tengo una tendencia a utilizar la palabra «fuegos» en mis títulos. Creo que descubrimos el por qué...el fuego existía en palabras y no en acción.
—Bueno, bueno, bueno...¿y esto como llegó aquí?
—Mi curiosidad lo trajo, ¡increíble! ¿No?
Ante la nueva faceta de Joaquín que ahora conocía no contemplaba la posibilidad de que se regocijara con mi lectura. Sus autores de predilección eran de ligas superiores, yo, a pesar del éxito, seguía en la categoría de amateur. Me mantuve entre sus brazos, giré entre ellos y lo enfrenté.
—¡No te tortures con esto!
—No me torturo, al contrario, me ha resultado bastante entretenido. Reconozco que el erotismo no es la línea de relato en ésta historia.
¿Línea de relato? Dijo...¿¿línea de relato??? ¡Éste hombre es maravilloso! Maestro del sexo, líder espiritual, y colega.
—No, es verdad, siempre preferí trabajar más la esencia del romance, en éste caso puntual con un agregado de thriller.
Esa novela era uno de mis trabajos mejor logrados, y me había llenado de múltiples satisfacciones.
—¡Quién necesita sexo cuando tiene a los carteles colombianos del narcotráfico en el medio!—vitoreó con una sonrisa en sus labios.
—¡Eso mismo pensé yo!...y resultó—le entregué papel y lápiz—¡Ten, haz tu magia! Viendo y considerando que tienes en tu poder una de mis novelas, es lo justo. ¡Dibuja!

Un dibujo no fue suficiente...estaba creativo.
Desde los personajes de mi novela actual, aquella en la que él había contribuido desde su experiencia sexual, pasando por galanes emblemáticos clásicos de la literatura victoriana, hasta caricaturas nuestras. Todo eso dibujó. El mejor de todos fue el de Érica, una caricatura que nunca podría ver la luz.
Sus manos hacían magia y ahora me confesaban que no sólo lo hacían en mi cuerpo, esa magia se extendía a todo lo que tocaba.
Las horas corrieron junto a nosotros, entre dibujos y la dramatización de escenas extraídas de «Entre dos fuegos» nos rendimos a la noche, al sueño y a la cama.



El olor a café recién hecho fue lo que despertó a mi cuerpo. Joaquín aun dormía a mi lado, así que contuve mis ganas locas de seguir la ruta de ese aroma para

evitarme la incomodidad de enfrentarme ante la dueña de casa.

La vejiga me traicionó, parecía dispuesta a estallar. Mientras más me esforzaba en no pensar en mis ganas desesperantes de ir al baño, más lo hacía y todo mi bajo vientre dolía, dolía hasta el hartazgo.

Tomé coraje. Me levanté, fui hasta el lugar deseado, eliminé mis líquidos contenidos, y luego me lancé a lo inevitable.

Acostumbrada al cuerpazo de Joaquín me sorprendí al ver la pequeña figura femenina en el living. Me sonrió ni bien me vio, y su sonrisa se llevó la sensación incómoda que cargaba. Joven, de seguro más joven que Joaquín, delgada, con cabello castaño recogido en lo alto y unas ojeras que confesaban el cansancio a gritos. Estaba preparando lo que parecía ser la mesa del desayuno.

—Si mi deducción no me falla, tú debes ser Anabela—su voz fue suave, sus palabras calmas.

Asentí con una sonrisa a modo de respuesta.

—Y si la mía funciona tan bien como la tuya, deduzco que tú eres Mariana.

Me invitó a sentarme, lo hice. Se acercó a mí y depositó un beso en mi mejilla.

—Un gusto. Tienes cara de que una taza de café te vendría bien—dijo en un susurro forzado—Creo que a las dos nos vendría muy bien.

Desapareció dentro de la cocina y regresó trayendo consigo una cafetera desbordante. En la mesa había un surtido de galletas, tostadas, mantequilla y dulce. Se sentó frente a mí, sirvió bebida caliente en dos tazas, colocó una en mi mano y se apoderó de la otra.

—Gracias—dije tratando de sentirme a gusto con la situación—, espero que no te haya molestado encontrarme aquí—me excusé por la invasión de su hogar—, no era la idea, la noche nos encontró.

—No te preocupes, estaba al tanto de tu presencia.

Una secuencia de pensamientos indecorosos pasearon por mi mente atacándome. Lo que ésta mujer podía pensar de mí comenzaba a sonrojarme mis mejillas.

—Espero que no pienses cosas raras—tartamudeé víctima de la vergüenza—, no hicimos nada fuera de lugar. Repito, no era mi intención quedarme a pasar la noche aquí.

Sonrió, inclusive se permitió reír en voz alta.

—Primero, no es necesario que te expliques, conozco a mi hermano. Segundo, si Joaquín quiere traer una amiga aquí es libre de hacerlo.

—Aun así, supongo que no es del todo agradable encontrar una extraña en tu casa a primera hora de la mañana.

—Es extraño encontrar alguien que no sean ellos dos en casa, PUNTO—bromeó con claras intenciones de relajarme—Además, déjame corregirte en algo...técnicamente es “su” casa. Nosotros vivimos con él, no al revés.

¡Ouuuhhh! Mi boca se movió pero no emití sonido alguno. Sí, estaba sorprendida. Bebí café para ocultar mi expresión.

—El departamento está a mi nombre porque él se encaprichó en eso, pero es suyo, él lo compró hace ya dos años.

—Muy noble de su parte—balbuceé con la sorpresa en mi voz.

—¡Así es Joaquín! Siempre lo ha sido, aunque ha alcanzado su máximo esplendor desde la muerte de mamá. Al principio fuimos él y yo, ahora somos tres—sonrió al evocar a su hijo.

Mariana me estaba abriendo una puerta, una puerta que me llevaba a nueva información. Yo no podía evitarlo, me encantaba la información.

—¿Sucedió hace mucho?—pregunté con delicadeza.

—Diez años ya, y la verdad que su muerte fue un antes y después para nosotros—se sumergió en su taza provocando con esto una pausa. Disfrutó de la bebida caliente por unos segundos y continuó—Nos afectó mucho, y a mí el dolor de su muerte me llevó a tomar decisiones equivocadas, muy equivocadas —volvió a sonreír—, que sin pensarlo me llevaron a lo mejor que me pasó en la vida.

Posó sus ojos castaños oscuros en mí, me observó con un cariño que no merecía, como si el lugar que estaba ocupando en esa silla no fuese pasajero. Lo era, para mí lo era, para ella no, y la necesidad de confesión lo hizo evidente.

—Joaquín estuvo ahí para mí, se hizo cargo de nosotros. Nos dio esto, una casa, pero sobre todo la esencia de una familia. Lo que soy hoy por hoy se lo debo a él, pude estudiar, lograr lo que quería.

—¿Qué es? —interrogué de forma inevitable.

—Enfermera neonatal—lo dijo orgullosa.

—¡Oh! ¡Bella profesión!—dije con sinceridad.

—Sí, tiene sus momentos tristes, pero vale cada minuto que le dedico. Si mis fuentes son correctas—continuó—tú eres escritora, ¿verdad?

—Verdad, lo soy—recordé el talento de mi amante perfecto—y por lo visto no soy la única aquí.

Le robé otra sonrisa. La admiración que sentía por su hermano le decoraba el rostro.

—¡Haz visto!—Mariana fue pura satisfacción—Es un hombre muy completo.

¿Completo? ¡Si supieras!

Reí para mis adentros.

—Muy completo—aseveré.

—Y ante todo es un muy buen hombre, algo que en estos tiempos no se consigue fácil.

Mariana se esbozaba como la jefa de campaña de su hermano, no hice opinión alguna al respecto. Era un candidato, Joaquín era un perfecto candidato...para qué, eso es lo que no sabía. Por lo menos no todavía.

La divina providencia me quitó del apuro de omitir opinión, Rodrigo apareció ante nosotras en semi estado de sonambulismo mañanero.

—¡Buen día pequeñín!—esbozó con energías Mariana.

La imagen del niño era muy simpática, despeinado, en pijamas de las tortugas ninja y con un balón de fútbol bajo su brazo.

Fue hasta su madre, la abrazó y ésta lo besó por toda la cara.

—¿Ese balón durmió en la cama, o durmió donde corresponde?—interrogó con dulzura.

—Donde corresponde—respondió Rodrigo al tiempo que se desprendía del abrazo y rodeaba la mesa hasta mí—, conmigo.

Llegó a mi lado, me estampó un beso en la mejilla y continuó hasta lo que parecía ser su trono cotidiano, la silla de la esquina. Ahí lo esperaba un gran tazón de cereales y jugo de naranja.

—¡Sabes que odio que hagas eso, está llena de suciedad de la calle!

No pensaba inmiscuirme en una rencilla familiar; no a ésta hora de la mañana y en casa ajena.

—La limpié antes de acostarme—se defendió.

Mariana buscó contención en mí, me forzaba a una opinión con su mirada.

De acuerdo, tú lo pides...tú lo tienes.

—Su argumento justifica la acción—la sinceridad se escapó de mis labios.

Rodrigo sonrió de punta a punta. Mariana hizo lo que cualquier madre haría ante una situación similar, contuvo la suya y ordenó.

—¡Comete tus cereales!

El pequeño siguió la indicación al instante...y casi como un acto reflejo elevó el balón con claras intenciones de ponerlo sobre la mesa.

—¡Y ni se te ocurra apoyar el balón en la mesa!—la interrupción fue veloz y potente.

Rodrigo omitió su acción y puso el objeto de la discordia entre sus piernas. Refunfuñó para sus adentros y se atiborró la boca con cereal.

—¿Te gusta el fútbol, o es mi imaginación?—intenté amenizar el momento.

—Soy el delantero de mi equipo—confesó.

—¡Ah, tienes equipo! ¡Pero mira tú!

—¡Y qué equipo!—Mariana se sumó a la charla, me guiñó el ojo motivándome al asunto.

Una complicidad sin sentido se estaba generando entre ambas, como si nos conociéramos de tiempos inmemoriales.

—¿Juegan bien?—continué.

—¡Muy buen!—al pequeño se le iluminó la cara—Eso dicen todos, además vamos primeros en el campeonato.

—¿Hay campeonato?

—Sí, y el fin de semana jugamos la final ¿Quieres venir?—sonrió esperando mi respuesta.

Esto estaba deslizándose por terrenos muy raros...

—Rodrigo—lo reprendió Mariana—, Anabela tiene cosas que hacer, no la pongas en una posición molesta.

¿Posición molesta? ¿Lo era?

No pensé mucho el asunto, es más, reaccioné.

—¡No me molesta en lo absoluto! Me encantaría ir, cuenta conmigo.

El niño festejó, y con las ganas locas de hablar encima, escupió parte del cereal.

—¡Oíste tío, Anabela va a ir con nosotros a ver la final de mi equipo!

La mirada de Rodrigo me indicó el camino que mis ojos debían tomar. Otro sonámbulo mañanero, despeinado, pero sin pijama de las tortugas ninja.

—¡Sí, sí...oí perfecto! Le haremos un lugar con mucho gusto.

Me sonrió, rodeó la mesa, saludó a su hermana, a Rodrigo, por último se sentó a mi lado y me besó también en la mejilla.

¡Tantos besos en la mañana! No...no, no estaba acostumbrada. Podía hacerlo, podía acostumbrarme.

Mariana se puso en acción, sirvió una taza de café y se la entregó.

—¿A qué no adivinas quién los entrena?

—Creo que puedo adivinar tranquila—lo miré de reojo, se sonrió pero ocultó la sonrisa con ayuda de la taza—¿Así que entrenador de fútbol?

—Entrenador, no...Auxiliar—me corrigió.

—Auxiliar de tenis, auxiliar de fútbol...—bromeé—, auxiliar de todo.

Entendió la sutileza oculta en mi broma, la disfrutó.

—No lo olvides, ya te lo he dicho...Auxiliar, después de eso agrégale lo que quieras.

—Cierto... auxiliar, después de eso agrégale lo que quieras—repetí con una sonrisa en los labios que revelaba algo que sólo él entendía—¿Cómo olvidarlo!

El color almendra de sus ojos me devoró, recorrió mi cuerpo, y mi cuerpo se exaltó ante su cercanía. ¡Sí, mi cuerpo ya extrañaba al suyo!

Agggggg

Eso había sido un castigo, su mirada provocadora había sido un castigo al juego de mis palabras...sabía que después de esto habría una reprimenda, y yo...yo la esperaba.

—¿Una tostada?—ofreció a modo de tregua momentánea.

—Me encantaría una tostada.

Sonreí, sonrió. Y recibí mi tostada.



Debía dedicarme unos días en calma. Lejos de todo, de todos. Debía perderme en mi templo sagrado de portátil, snacks y palabras.

La sugerencia de Joaquín había conseguido bajar el ritmo de mi escritura.

«Olvidate de las piedras en el camino, déjalos sucumbir al amor con una sonrisa»

¿Cómo si fuera tan sencillo? El dramatismo forzado era la mejor forma de coartar cualquier historia de amor, y sobre todo era lo que te abría la puerta a la continuación de la trama.

Un tenista de renombre internacional, soltero, mujeriego...en el otro lado del mundo.

Una mujer divorciada, madre, con una vida perdida en la monotonía...de éste lado del mundo.

Ambos...sucumbiendo al amor.

Después de un confinamiento de cuatro días el punto de giro último de la trama hizo lo suyo, los distanció con la promesa de un nuevo momento, uno a futuro. “Aceptar que no todos los relojes confiesan la misma hora nos permite albergar la esperanza de que lo que hoy no encuentra su tiempo, mañana lo puede hallar” Fin...

Le decía adiós a «Match Point. Amor en juego», y ese adiós me arrastraba a otro, uno que comenzaba a doler de una forma impensada.

Ser necia no era una opción, y creer lo que no era se manifestaba como la peor necesidad de todas. La vida era cuestión de momentos...Clarisa e Iván, los protagonistas de mi nueva historia, lograron enseñarme eso. Lo que nos hace feliz no siempre es eterno, y tal vez en eso radica su verdadera esencia, que es finito, que tiene un tiempo de caducidad y al ser conscientes de ello nos aferramos a ese instante, a esos sentimientos con todas nuestras fuerzas. Por un pequeño lapso vivimos en plenitud.

Pequeños instantes de plenitud...eso es la vida.

Joaquín y yo habíamos sido eso...instantes, maravillosos instantes que encontraban su justificación en la demanda de sus servicios, y eso era indiscutible.

Lejos de él, lejos de la fantasiosa escena vivida en su casa, la realidad ponía sobre la mesa los argumentos importantes, y cada uno de esos argumentos venía antecedido por «cuatro cifras».

Sabía dar la vuelta de página. Escribir me había convertido en una mujer que miraba el horizonte en busca de una nueva historia que contar. Si podía poner comas y puntos finales en mis relatos, podía hacerlo también en mi vida.

Envié el resto de mi trabajo a Berenice, y al día siguiente, tal cual lo pactado, me hice presente en la editorial para contribuir con mis opiniones a los diseños, y a la vez para trabajar sobre las correcciones necesarias.

Pasé toda la mañana del jueves encerrada con Margarita y Eva. Ésta última hizo acotaciones sobre determinados diálogos que evidenciaban un salto brusco entre un momento y otro. La transición en los personajes a veces no parecía real. Coincidió con ella, nada bueno se obtenía al forzar la escritura, y yo lo había hecho en función de las demandas editoriales. Apresurar una historia provoca lagunas o ausencia de profundidad en lo importante. No iba a permitirme eso, me quedaría ahí, germinaría como una planta en ese asiento si era necesario.

A la hora del almuerzo fuimos interrumpidas por una fuerza casi sobrenatural: Berenice.

—¡Maldita niña traviesa!—me atacó sin moderación alguna—¡Te lo guardaste bien en el bolsillo!

No comprendía nada de lo que decía, mi cabeza estaba en otro mundo, el que yo había creado.

—¿De qué estás hablando?—estaba cansada, me había olvidado las gafas y la cabeza comenzaba a dolerme. Mi mal humor fue evidente.

Cerró la puerta detrás de ella para generar un clima de confidencia dentro de la habitación.

—¡Tú y Ribeiro Nieto!—susurró para que sus palabras no traspasaran las paredes del lugar.

—Ribeiro Nieto y yo...¿Qué?—estaba desconectada por completo.

Margarita giró su silla en dirección a nosotras, Eva abandonó su tarea en el ordenador.

—¿Escuché Ribeiro Nieto?—dijo.

—¡Sí, el mismísimo Ribeiro Nieto!— aseveró Berenice.

—¡No me digas!—Margarita tomó un hoja de papel de su escritorio y comenzó a abanicarse—¿En serio, el Ribeiro Nieto, el auténtico Ribeiro Nieto?

¡Por dios santo y la virgen santísima! ¿Cuántas veces puede repetirse el nombre de un hombre? El hartazgo y la incomprensión guiaron a mis palabras.

—¡Pueden dejar de hablar de Ribeiro Nieto...

Aggggg

Era una epidemia contagiosa su apellido.

—¡Pueden dejar de hablar de ese hombre—hice la obvia corrección y continué—, y de mí. Nada tenemos que ver.

—No lo parece—ironizó la editora en jefe—Si uno se valiera de sus palabras pensaríamos que la única autora de la editorial que le agrada eres tú.

Tres pares de ojos se posaron en mí, y decían lo mismo ¡Niña traviesa!

Debía poner en claro los hechos, no iba a adjudicarme una posición acomodada en la editorial a causa de favores indecorosos que sólo tenían cabida en la mente de éstas mujeres.

—Compartí el ascensor con él el día que éste se descompuso.

—¿Quién se descompuso?—Margarita aportó un punto a ampliar.

—Ahora que lo mencionas, los dos lo hicieron—bajé mi voz para lograr un clima de confidencia—¡El señorito es un claustrofóbico de pura raza!

—¡Noooo!—exclamó Berenice hilando lo que parecían ser pensamientos aislados—Con razón cada vez que mantenemos una reunión en mi oficina sugiere mantener la puerta abierta.

—Te lo dije, tú oficina es muy pequeña—fuera de lo que involucraba la corrección de textos Eva no era para nada buena aportando ideas—Deberías correr a la administración de lugar y quedarte con esa oficina, tiene más ventilación—se regaló un instante de reflexión y se manifestó— ¡Pobre Ribeiro Nieto!

Recordé su reloj, el pequeño indicio de lo que era y lo que poseía. No era una mujer materialista, pero para sacarme del tópico de charla actual estaba dispuesta a asumir cualquier papel.

—Bueno, de pobre...justamente no tiene nada.

Fueron coordinadas, sus cabezas se manifestaron al unísono en un movimiento afirmativo.

—En fin—Berenice retomó el eje de su confrontación—, hecho fortuito o no, lo mantuviste bien calladito.

—Me di cuenta de quién era cuando me marché de aquí, me lo crucé en la escalera e intercambiamos un par de palabras, y cuando me entregó su tarjeta personal recién ahí logré hacer la asociación correcta.

—¡Con que tarjeta personal, eh!—Eva me golpeó con su codo buscado complicidad—Ya sabemos quién va a ser el protagonista de tu próxima novela ¿no?

—¡Por supuesto que lo sabemos—aproveche la expresión para descargarme—, va a ser Iván el tenista, gracias a que nuestra estimada editora me obliga a ello!

—¡Sé lo que hago!

—¡Sí tú lo dices!—intenté que el sarcasmo se notara en mi voz.

—A mí me gusta el tenista—Eva contribuyó con la idea editorial—Creo a todas nos gusta.

Margarita nos regaló una afirmación, al tiempo que la puerta se abría detrás de Berenice y el rostro de Laura, del departamento de edición contiguo, se asomaba.

—Coincido, quiero más Iván—dijo, cerró la puerta y desapareció.

La sorpresa nos dejó a las cuatro en silencio. Laura abrió la puerta una vez más y nos brindó el privilegio de volver a ver su rostro.

—¡Les aviso, no importa cuánto murmuren, se escucha todo!—se dirigió a mí—¿Claustrofóbico? Gracias por el dato, voy a tratar de encerrarlo en algún lado así no le queda más alternativa que aceptar mi respiración boca a boca.

Desapareció de forma definitiva. Berenice refunfunó entre dientes.

—¡Debemos poner un poco de límites a esto!—sus brazos hicieron un abrazo simbólico a la oficina—¡Necesitamos más profesionalismo, somos una editorial seria! ¡Y si no lo somos, por lo menos tengan la buena voluntad de aparentarlo!

Giró sobre sus talones dispuesta a abandonar el lugar, antes de hacerlo se dirigió a mí.

—¡Tú!...a mi oficina, tenemos cosas que hablar, y en breve tenemos compañía.

¿Compañía? ¿Qué clase de compañía?

No formulé preguntas reales, me valí de su pedido para descansar un poco, lo necesitaba.



Mi ausencia de preguntas resultó ser una mala jugada. Debí ser más inteligente, unir los puntos, lo obvio me había sido arrojado en la cara y yo no había caído en cuenta de ello.

La pregunta del millón.

¿Qué clase de compañía?

La clase de compañía que ahora me sentaba frente a él en una mesa de restaurant.

No me sentía fuera de lugar, simplemente me sentía ajena, fuera del momento. Ribeiro Nieto hablaba y yo desarrollaba mi mejor papel, escuchar sin prestar atención real a lo que decía. Asentía, sonreía, y por supuesto, disfrutaba del almuerzo que se me estaba brindando. Mi reclusión de eternas horas en la editorial había despertado mi apetito y no tenía intenciones de ocultarlo. Esto no era una cita, era un almuerzo de naturaleza profesional no justificada, nada más que eso.

Me promocionaba sus negocios, los compartía conmigo como si eso me importara. Sus empresas hacían un desfile innecesario ante mí y mi rostro se veía obligado a expresar lo opuesto para mantener una línea de cordialidad vinculada a los roles de ambos.

El agotamiento mental por el trabajo de escritura estaba arrinconando a mi capacidad de comprensión. ¿Qué me importaba a mí su capital accionario? Dedicué mi pensamiento a Berenice y a su maliciosa jugada de ponerme en la misma habitación con él para propiciar el almuerzo.

Entre el pensamiento de crear una muñeca vudú de Berenice para vengarme, y el deseo de evaporarme del lugar sin que él se diera cuenta, la solución me golpeó el rostro. Estábamos almorzando, y la finalización de la reunión encontraba su desenlace ahí.

Estimulé a mi apetito...devoré, engullí, mi mandíbula hizo uso de su destreza, y siguiendo el ritmo de lo que parecía ser un hambre voraz, Ribeiro Nieto no tuvo más alternativa que alcanzarme.

Mi móvil se agitó en mi bolso. Cualquier mensaje iba a servirme de distracción, y considerando que él había respondido llamados delante de mí, no consideré una falta de respeto el hecho de hacer lo mismo.

Error. Era un mensaje de Joaquín. Algo no común, salvo en situaciones de acuerdos de encuentros.

**Es raro no saber de ti.
Contigo el silencio es peligroso.**

Un error, un gran error. Joaquín había sido expulsado de mi cabeza, lo había apartado volcando todo mi pensamiento en el trabajo. Ahora volvía, y sacarlo no iba a ser nada fácil.

Joaquín era mi virus personal, algo dispuesto a convertirse en epidemia, era necesario erradicarlo.

**Sumergida entre letras, así estoy.
Invirtiendo cada minuto en el trabajo.**

Simple. Claro. Convincente. Por lo menos para mí.

**Si necesitas ayuda estoy dispuesto.
Sumergirme en letras contigo es muy gratificante.**

Si le hubiese permitido a mi cuerpo responder, en cuestión de minutos huiría del restaurante para ir a encontrarme con él entre las sábanas, mi deporte favorito. Pero no, mi cuerpo estaba confinado a la actividad alimentaria, y mi mente, aunque cansada, se esgrimía como el líder actual de la toma de decisiones.

Si te necesito, te aviso.

Lo sé, a mí también me pareció horrible.

**Gracias.
(Emoticon con sonrisa)**

Sí, sí...también lo sé. Fue peor.

Como sea, mi espantoso mensaje sirvió de finalización de conversación y sentí que la sensación me quitaba un peso encima de mi pecho. Suspiré de forma involuntaria.

—¿Todo bien?—Ribeiro Nieto reapareció en mi escena.

—Todo bien—repetí con una falsa sonrisa.

—Sí tienes alguna otra actividad que te requiera, dímelo, no quiero mal invertir tu tiempo.

Y ahí volví a sonreír, ésta vez de forma auténtica. Ribeiro Nieto tenía un extraño encanto, uno que se encontraba ligado de forma inevitable a las “inversiones”.

Mi cuerpo estaba controlado por la comida, estaba respondiendo a esa orden de comando, abandonar dicha actividad conseguiría que el mismo estuviese dispuesto a ir detrás del postre...y aclaremos, el postre no era un volcán de chocolate con un corazón fundido en su centro, no, aquí el postre tenía nombre y apellido: Joaquín Nori.

—Tengo otras actividades que requieren de mi presencia, pero de momento creo que una pausa—estaba siendo realista, quedarme ahí era la acción más acertada—, ésta pausa, me es necesaria.

Era una escritora, conozco el efecto adverso que las historias causan. Es difícil desembarazarse de ellas, uno se afianza tanto a sus personajes, a esas vidas creadas que después de finalizada la novela no puede romper lazo. De ahí la necesidad de inventar trilogías, sagas o como quieran llamarlo. En algunos casos se justifica, ya lo he dicho, pero en gran parte no, y el motivo es que uno no sabe divorciarse de una historia para pasar a otra.

Yo me he jactado de hacerlo, esa es una de mis características, afronto el final y voy en busca de otra historia. Joaquín era una historia que también tenía que dejar atrás, la aparición de Ribeiro Nieto tal vez no era casual, tenía un porque...y ese porque podía ser la de historia de tránsito.

—Además—continué—, me resulta interesante recorrer el camino que te llevó a adquirir R&N. El rubro, según lo que me has contado—increíble, mi cabeza había procesado toda la información que me había brindado y ahora la utilizaba—, no parece ser algo común en tus adquisiciones.

—No lo es, adquirir «Savant Editores», mi primera editorial, por un gusto personal.

Conocía el sello editorial al que hacía referencia, tenía un claro enfoque dedicado al campo de las humanidades, abarcaba desde el arte hasta la política.

—Y me resultó por demás interesante expandir mi capital cultural. No voy a negarte que las siglas de R&N Books llamaron mi atención al instante—bromeó.

—¡Increíble, no! Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia—hice extensiva la broma.

—¡Absolutamente coincidencia!, y una que me simpatiza mucho.

La conversación comenzaba a agradarme más, no sé si era a causa de la predisposición que ahora tenía, predisposición que hasta hacía un par de minutos atrás

negaba.

—Creo que los dos sellos pueden comulgar en plena armonía sin necesidad de perder su identidad—continuó—, la idea es que crezcan en un trabajo conjunto.

—¿Vas a unificar las editoriales?

Dios, había sido una idiota, en vez de hurgar en la información que se me ofrecía me había quedado perdida en la nada de mis pensamientos.

—Sí, tengo un nuevo jefe de contenidos dispuesto a trabajar en el abordaje del próximo año. De todas maneras, no te preocupes—era seguro que mi cara paralizada le confesaba el temor a la inesperado—en la casa central española la unificación se llevara a cabo desde todos los aspectos, inclusive el físico, pero en lo que se refiere aquí y otras partes de Latinoamérica es injustificable, mantendrán su independencia.

Buena noticia para mis compañeras editoriales.

—Es reconfortante saberlo, lo digo por las personas que se merecen mi aprecio y amistad en la editorial, porque fuera de ello, yo soy una especie de ficha independiente.

—Cierto, tu contrato tiene otras cláusulas de vinculación—afirmó haciendo gala de los conocimientos que traía consigo—, tal es así que si deseas dejar de formar parte del catálogo editorial, en éste momento puntual de la fusión, podrías hacerlo sin ningún tipo de inconveniente legal.

La expresión calma en su rostro, la sonrisa en entrelíneas dibujada en sus labios, el agradable brillo en los ojos, todo indicaba que no había que mal entender esas palabras: «dejar de formar parte». Aun así me valí del suceso para romper el clima profesional entre nosotros. Considerando que no iba a disfrutar de mi postre de cuerpo torneado y trasero de acero, estaba dispuesta a disfrutar del volcán de chocolate como compensación, y si lo quería tenía que lograr que la conversación entre ambos fuese agradable y fluida.

—¡Esa es tu forma de sugerirme con sutileza que me desligue de la editorial!¿Para eso me trajiste aquí?—intenté que mi voz sonara lo más seria posible.

Lo incomodé. ¡Vaya que lo hice!

—¡No, no, por favor! Sólo hacía referencia a la brecha legal que se abre en situaciones como éstas—era un hervidero de palabras—.El contrato existente entre la editorial y tú pierde sustancia ante nuevas autoridades, algo que puede favorecerte si deseas marcharte para formar parte de otro sello. No quiero que te marches, todo lo contrario.

Revelé mi propia mentira, no pude más y me quebré en una suave carcajada.

Fui contagiosa. Ribeiro Nieto sonrió aceptando la rendición del hecho. Sí, sí...había caído en mi juego.

—¡Ya veo, estabas tomándome el pelo!—dejó que su sonrisa se manifestara libre—Con mayor motivo ahora, repito, no quiero que te marches.

—¿Te gusta tener empleados que te tomen el pelo?

No podía controlarme, supongo que el hecho de tener en mi mente la imagen patética de su persona en el suelo del ascensor, temiendo por su vida y por la falta de oxígeno, hacía que la seriedad que traía consigo perdiera impronta.

—No tanto —reconoció regalándome una mirada de complicidad—, aunque debo reconocer que los negocios necesitan de una cuota de humor, y en tu caso particular, una cuota de romance.

Mmmm...

Mi rostro lo dijo todo, ¿cómo entraba el romance aquí?

—Romance y negocios, me da la sensación que no conjugan—dije.

ZASSSS el tiro por la culata. Joaquín volvió a mi mente.

—Es verdad, no lo hacen, tal vez lo correcto fue decir, el negocio del romance.

—No sé, necesito que expandas tu reformulación, de una u otra forma, creo que las palabras no combinan.

Tomé distancia de mi plato de costillas de cordero con salsa murciana, la conversación tomaba otro rumbo, uno más interesante que la acción de agregar calorías descontroladas a mi cuerpo por el simple hecho de que pasara el tiempo.

¡Debi pedir ensalada! ¡Maldición...debi hacerlo!

—Estuve leyendo los estudios de mercado que me brindaron mis consultores. Es sorprendente el porcentaje que involucra a la mujer como lectora asidua.

—Siempre lo he dicho, en algunos aspectos, la mujer es más lectora que el hombre.

—Por supuesto que lo es, y no sólo ese dato es importante, también lo es el análisis sobre la lectura masculina que en la mayoría de los casos guía su estilo a la historia, a los temas de actualidad, y le regala una parte pequeña de esa lectura a la ficción en sí. La mujer es la máxima consumidora de “ficción”. Y R&N Books es principalmente un sello...

—De ficción—lo interrumpí.

—¿Sabes cuál es el género más redituable del mercado actual?

Evaluando el tópico de charla que nos había traído hasta éste lugar errarle era de idiota.

—Me arriesgo a decir «romance».

—¡Romance, eso mismo! El género que respalda al cien por cien la premisa de ser «ficción».

No nos conocíamos mucho, eso era más que obvio, pero lo poco que intuía sobre él me decía a gritos que si yo me consideraba una «enamorada del amor», Rafael Ribeiro Nieto, era todo lo opuesto.

¡Qué desperdicio! ¡Y pensar que parece galán de telenovela! Su falta de creencia en el amor la expulsa de dicha posibilidad.

—¿Qué quieres decir con “el género respalda la premisa de ser ficción”?—debía reconocerlo, me había perdido.

—Que se presta al absurdo, a lo irreal de forma continua.

—¡El amor es bien real!—lo confieso, me sentí un tanto atacada.

—El amor es real, lo forma de contarlo es lo que no lo es—abandonó el plato de comida al igual que yo, bebió de su copa de vino, y se acomodó en la silla— Dentro de los géneros de ficción, el thriller, el suspenso, la novela histórica, el drama... todos y cada uno de ellos respeta una trama que de forma irremediable los empuja a un final—no iba a poner en juego los conocimientos de Ribeiro Nieto, el hombre parecía que sabía de qué hablaba, y considerando que a lo largo de la última década él solito había conseguido millones y de seguro los seguiría multiplicando me permití regalarle mi atención en silencio—, ese final puede ser aceptable o no para el lector, pero es un final de naturaleza lógica, posible, logrado a causa de los hechos planteados. Ahora, el romance excede esa lógica, pareciera que se aprovecha de su característica para reformular una y otra vez el final que quiere, sin respetar los sucesos que lo construyeron.

—Creo que entiendo lo que quieres decir, aun así me gustaría oírlo de ti.

Vamos, confiesa la verdad oculta detrás de ese atractivo rostro. ¿Odias al amor o qué?

—Independientemente del ritmo de los acontecimientos, los finales siempre se pintan de color de rosa—dio su alegato final.

—Esa es la característica del género, es romance, para finales trágicos sin príncipes azules de por medio esta la vida.

—Pero el romance en sí es una historia de amor, y el amor no es color de rosa, no es simple, es más complicado de lo que queremos imaginar.

Ribeiro Nieto se estaba introduciendo en terrenos que no conocía, era mi deber marcarle el camino.

—Coincido contigo, y si hicieras un recorrido par un par de novelas de amor verías que los personajes sufren y transitan por esa característica: la naturaleza “complicada” del amor.

—Sí, pero no importa a cuantas tormentas se enfrenten, al final sale el sol. Siempre lo hace, aunque sean las tres de la madrugada—su sarcasmo fue muy evidente—el sol sale.

Existían unas reglas del juego que él parecía no entender, y yo estaba dispuesta a enseñárselas.

—La ficción nace para alejarnos de la realidad, y si su escritura se sentencia a esa realidad deja de ser ficción. Creo que dentro de todos los géneros, el romance es el que más consideraciones se permite por esa premisa.

—Si a consideraciones te refieres modificar a su antojo el desenlace obvio de los hechos, coincido contigo, se permite eso y mucho más.

Me estaba cabreando... éste hombre levantaba todas mis alarmas, no estaba criticándome de forma directa, pero estaba criticando lo que yo amaba.

—Supongo que el amor no es para muchos—lo atacó con intenciones de poner el dedo en la herida, si es que esa herida en verdad existía.

Se inquietó en el asiento, pude notarlo.

—El amor es un invento del marketing—dijo y utilizando su copa de vino como escudo, balbuceó detrás de ella—, por eso tu trabajo es tan redituable para las compañías editoriales.

En sus palabras había aires de nostalgia. Ribeiro Nieto hablaba mucho, tenía argumentos, y de seguro, la abundancia de estos escondía la verdad que deseaba conservar para sí mismo.

No me importaba traspasar las barreras equivocadas, si atacaban al amor, me atacaban a mí; y cuidado, yo no era la mejor exponente en la práctica, aun así, lo defendería, ficción o realidad, lo defendería.

—Tengo la sensación que en esas manifestaciones no habla un empresario, sino un corazón roto.

—Más que corazón roto, diría una cuenta bancaria destrozada—se rio de su propio comentario—Así quedé después de mi divorcio.

¡Ajá! El misterio se va revelando.

—Llámalo como quieras—dije satisfecha de mi delicada destreza puesta en juego a favor de la confesión.

—Cuando indagas en la vida real corroboras lo que dije, el amor es complicado, muy complicado, tan complicado que luego de cinco años de matrimonio te reclama millones por una cláusula contractual. Y cuando eso sucede, te preguntas: ¿A dónde fue a parar el amor? o mejor aún ¿alguna vez existió?

Ponerme en sus zapatos me era imposible, y la verdad es que para ser sincera toda historia tiene más de dos puntos de vista, siempre. Se lo dice una especialista en historias, de ficción, pero historias al fin. El silencio tomó dominio de mis pensamientos y de mi boca dándole el camino libre a él.

—Dime que historias de amor conoces que valgan la pena de ser contadas. ¿Cuál es tu historia?

—Divorciada pero sin millones—dije sin dudar.

Lo hice reír y su risa me contagió. Elevó su copa y me instó a hacer lo mismo con la mía. Hicimos un brindis imaginario.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía doce años—continuó—Ahí tienes otra historia.

—Los míos cuando tenía cuatro años—me entregué a la bebida dentro de mi copa—, y si tengo que confesar todos los hechos, debo decir que mi padre se divorció tres veces.

—Mi hermano va por su segundo matrimonio, y según me ha dicho, le va a poner fin en los próximos meses—siguió tirando leña al fuego.

Y yo ardí.

—Mi madre es actriz, desde hace quince años está radicada en Italia, su novio, tiene veinticinco años. A futuro, me arriesgo a decir...otra cuenta bancaria destrozada—la ironía se apoderó de mí—, perdón, quise decir, otro corazón roto.

—Te reto a que me cuentes una sola historia de amor, una auténtica historia de amor que conozcas.

¡Desgraciado, me ponía entre la espada y la pared! Podía inventar cualquier cosa, podía inventar. No lo hice, intenté ser sincera.

Érica descartada, mi padre descartado.

Iris...era tambaleante, es éste momento la única historia de amor que vivía era la que le permitían los gemelos. La fase padres con hijos les estaba poniendo el juego difícil, no eran una buena opción, tal vez de aquí a un par de años fuese la historia de amor jamás contada, pero no ahora. De aquí a un par de años...de momento seguía sin ejemplos.

—¡Confíesalo! Muy equivocado no estoy—finalizó triunfante.

Era irrefutable, sus pruebas eran contundentes, me había guiado por el camino deseado. Lo confesé.

—Puede que estés en lo correcto con algo, el amor es complicado, pero jamás voy a aceptar que el amor es un invento...existe, bienaventurados los que lo conocen, los que lo viven.

—Considerando el análisis conjunto, podemos decir que tú y yo no conocemos el amor como ellos, pero sí conocemos otra cosa...

—¿Qué cosa?—interrumpí sorprendida.

—¡El éxito!—dijo con énfasis y volvió a elevar su copa—Me parece que compensa bastante la ausencia de lo otro.

Poniéndome en comparaciones, a su lado mi éxito era una gran broma. Dudé, me mantuve en pausa. Cuando fui consciente que el único motivo de brindis en mi vida era mi «éxito editorial», levanté la copa y lo choqué contra la suya.

Sí, compensa. Definitivamente lo hace.



La oratoria de Ribeiro Nieto sobrepasó todas mis expectativas. El discurso que le salía de la boca parecía poseer la capacidad de control mental, sus palabras te llevaban hacia dónde él quería.

«El sábado tengo que asistir a un cocktail inaugural»

Bla, bla, bla...

«Es en uno de esos edificios modernos con elevadores herméticos, y creo que necesito tu compañía, de lo contrario no podré superarlo».

Todo él era un mentalista, me había llevado a ese almuerzo con un argumento de dos palabras, y ahora, al jugar con la carta del claustrofóbico, el ser bondadoso dentro de mí que cada tanto se manifestaba, asomó su cabeza y asumió el rol de acompañante con una sonrisa.

Las correcciones finales de la novela ya estaban a la orden del día, quedaban ajustes que no lograban inquietarme del todo, lo que restaba no era más que trabajo editorial. No tenía excusas, y la situación «cocktail de media tarde con posible cena» se alzaba como la consagración del momento.

Era tiempo de disfrutar de la cosecha, ese era el “leitmotiv” de Iris... ¡Tienes que disfrutar!

No quería disfrutar, quería no pensar, básicamente porque si de disfrutar se trataba, lo estaba haciendo con la persona equivocada.

—¡Es un cocktail de media tarde, no un día de campo!—la voz Iris me alcanzó desde lejos.

Era de esperarse que ella estuviera aquí, tenía un sexto sentido para ciertas cosas, por supuesto, cosas que involucraban a dos palabras en particular: “alcohol y evento”. Para ella era un deber cívico aleccionarme en tales sucesos.

—Lo sé—grité desde el interior de mi habitación. Ésta vez me había manifestado en contra de la invasión total, podía cambiarme sola.

—¡Te lo aclaro por las dudas, para que guardes en el armario el vestuario estilo HEIDI!

Mis JA JA JA burlones resonaron por toda la casa.

—¡Quédate tranquila, he escrito situaciones como ésta un sinnúmero de veces, creo que por una vez, para variar, puedo con una de verdad!

Era la inauguración de un hotel cinco estrellas en plena zona céntrica de la ciudad, las vinculaciones de RN con el dueño del lugar tenían una base de negocios, y así como él se hacía presente, muchos otros más lo harían. Un surtido de nombres que involucraban a personajes del jet set del país había llegado a mis oídos en las últimas horas.

Sí, lo confieso...la idea comenzaba a desagradarme más minuto a minuto.

—¡Ya era hora!—manifestó Iris con una energética voz.

—¿Ya es hora de qué?

Mi cabello estaba comportándose como un salvaje, intentaba lograr un recogido decente y no lo conseguía. Vestido corto y cabello recogido, esa era la idea.

Pero no, no estaba funcionando. Regresé al baño para alisar un poco mi cabello y devolverlo a la libertad de mi espalda.

—De que tengas tu historia de amor, tu millonario ¿Lo es, no?—quería información, yo se la había dosificado.

—Primero, de historia de amor...esto, no tiene nada—Agggg, me quemé el borde de la oreja con la alisadora caliente—y, sí, podría decirse que es millonario.

—¡Con que sea millonario basta! ¡Eso es amor a primera vista para mí!—sabía que bromeaba, la conocía—¡Además es el dueño de la editorial, imagínate a ti, pavoneándote por las oficinas como la primera dama de los libros! ¡Glorioso! Puedes escribir cuanta tontería quieras y publicarla.

Un segundo, no voy a mentir, por un segundo la idea me resultó gratificante. Al otro segundo volví a quemarme con la alisadora y regresé a la realidad.

—¡Muy democrático lo tuyo, eh!

—La democracia no existe, es un sistema creado para los pobres...

Iris estaba filosofando. ¿Iris?

Detuve el proceso de alisado en mi cabello, de lo contrario terminaría con quemaduras por todo mi cuello.

—La idea de pensarse participe de la toma de las decisiones—continuó con un fervor poco común en ella—, no les permite ver que el poder, los ricos, manejan todo por detrás del cortinado. ¡Ilusos!—se bufó.

—¡Dios, debería presentarte a Ribeiro Nieto a ti, se llevarían bien, los dos tienen pensamientos extremistas!—me resigné, dejaría a mi cabello tal como estaba, entre lacio y enrulado—¿Sabes lo que me dijo?

—¿Qué?

—“El amor es un invento del marketing”.

Silencio. Raro silencio viniendo de Iris.

Controlé mi imagen general. El maquillaje estaba bien, el peinado aceptable, el vestido...

Mmmm...ya no me convencía.

—En cierta forma tiene razón—Iris lanzó la inevitable bomba.

Reí, y mi risa fue notoria.

—¡Sabía que ibas a coincidir con él!

Fui hasta el armario en busca de algo diferente.

—¡Los chocolates, los osos de peluche, la cenas de encanto son al principio! Los años te traen la realidad—se asomó por la puerta.

—¡Ey, tú tienes una orden de restricción de diez metros hasta que yo diga lo contrario! ¡Fuera!

¡Sin contemplaciones, fuera! Estaba tranquila, las opiniones de Iris podían invertir mis polos y llevarme al hemisferio contrario.

Desapareció de la puerta pero se mantuvo firme junto a ella.

—No te detengas, continua...los años te traen la realidad ¿Qué realidad?

—La única que existe: levantas el retrete y te das cuenta que no hizo correr el agua. Se tira gases en tu cara, se corta las uñas a tu lado, y por supuesto no las tira a la basura...no hay roces de pezones ni susurros al oído—Iris era el rostro de la verdad detrás de las mujeres de hogar, necesitaba tener un “Talk Show” para transmitir sus conocimientos al mundo—. Los pezones se transforman en una perilla de radio transistor que sirve de entretenimiento, y los únicos susurros que recibes, son a plena madrugada, y se llaman ronquidos. ¡Maldito marketing!

En sus palabras también estaba parte de mi verdad, mi vida en matrimonio con Ignacio había sido un completo fiasco, y sí, él había usado mis pezones como perillas de radio transistor durante todo ese tiempo. A pesar de esto, a pesar de todo eso, Iris continuaba en la línea de juego, ella aún se mantenía firme, sostenía su pareja, en el fondo porque yo sabía que lo amaba. El amor es un invento del marketing y a la vez no lo es. El amor es simple y es complicado. El amor es amor, y no se cuenta, no se analiza...el amor se debe de vivir.

Presioné el botón de “stop” a mi indecisión de vestuario, elegí uno de esos enterizos de moda, un mono negro con escote strapless. Me lo había comprado hacía un tiempo ya y nunca lo había usado porque mi cadera se convertía en la protagonista principal. Hoy no me importaba mi cadera prominente ni mis pechos haciendo juego, ésta era yo, si el millonario quería una modelo Barbie, que se comprara una.

Sandalias negras de tacón bien alto, bolso pequeño de mano...y listo. Directo al ojo evaluador de mi amiga.

Me miró de arriba abajo, ni una sola expresión se dibujó en su rostro. Giré para darle todos los detalles, especialmente mi gran trasero.

Nada. Comenzaba a preocuparme.

—¿Y?—necesitaba una respuesta, todavía estaba a tiempo de un cambio.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con mi amiga?—finalmente habló, y luego estalló—¡Wow! ¡Te das cuenta, necesitabas un millonario en tu vida para que el buen gusto por la moda te golpeará a la cara!—Lágrimas, había lágrimas en sus ojos—Ven aquí, necesito abrazarte.

Una completa ridiculez, eso era su reacción, pero no iba a desilusionarla, abrí mis brazos, y vino a mí, me abrazó con delicadeza. Se quedó en mi cuello, apoyada...extrañamente apoyada.

—¿Iris?—intenté apartarla—¿Iris?—lo conseguí.

—¡Nada, ni una gota de perfume!—era un reproche.

—¿Me estuviste oliendo?

—¡Por supuesto que te estuve oliendo! ¡Qué clase de mujer eres que no se pone perfume! ¡Vergüenza debería darte!

—Lo olvidé—dije excusándome con la verdad, abrí el pequeño bolso—, aunque no lo olvidé aquí—saqué el frasco, Iris se me adelantó, lo quitó de mi maño y comenzó a recorrerme haciendo uso de él—¡No te abuses!

—¡Shhhh! Deja a las expertas trabajar.

Aproveché el momento para revisar mi móvil, con RN ya teníamos acordado un encuentro, aun así chequee que los mismos se mantuvieran. Tenía un mensaje y no era de Ribeiro Nieto.

Joaquín, Joaquín, Joaquín.

Agggggg

¡Muy inoportuno! Muy, muy inoportuno.

No lo abrí, no tenía intenciones de darle un lugar en mi mente.

El móvil vibró en mis manos, era otro mensaje de él. Los nervios me jugaron en contra, intenté guardar el móvil en mi bolso, pero éste rozó el borde y se deslizó por mis manos hasta llegar al piso.

Iris actuó más rápido que yo.

—Las ansias te afectan la motricidad—bromeó al tiempo que tomaba el móvil entre sus manos. Como era de esperarse le echó un ojo a la pantalla—¿Joaquín?

¿Quién es Joaquín?

—¡Nadie!—dije arrebatándole el aparato—Nadie de importancia.

MI reacción la puso en alerta, inquietarme de repente como lo hice fue una obviedad que no podía escapársele. Juntó la información en cuestión de segundos.

—¿Joaquín? ¿Trasero redondo y musculoso, ese Joaquín? ¿El contratado a domicilio para favores impronunciables, ese Joaquín?

Si no la detenía seguiría hasta el fin de los tiempos.

—¡Sí, ese Joaquín!

—¿Y se puede saber que quiere ese Joaquín contigo después de tanto tiempo?

No tenía respuestas, por lo menos no la clase de respuestas que ella esperaba.

—¿Ana?—hizo presión.

Mis labios estaban sellados.

—¡¡¡¿Anabela?!—insistió.

—¡Nada quiere! Ok, nada que deba importarme—estallé por necesidad, me estaba conteniendo desde hacía días con él—, y como no debe importarme, sabes lo que voy a hacer, voy a apagar éste maldito aparatito, así sus mensajes quedan en la nada. ¡En la nada, que es dónde corresponde, porque Joaquín y yo no somos nada!

¿Quedó claro?

—¡Desgraciada!—Iris me abofeteó con suavidad—¿Qué es lo que no me contaste?

—No te conté el secreto de mi éxito reciente—murmuré con culpa.

—¡Nooooo! ¿Hiciste trabajo de campo con él?

—Hice trabajo de campo con él. Mucho trabajo de campo.

Volvió a abofetearme.

Ahhhhh...ésta vez dolió.

—¡Agradece que te espera el millonario, porque de lo contrario tu rostro quedaría enrojecido de por vida gracias a mis manos! ¿Cómo me hiciste eso?

—Yo me pregunto lo mismo ¿Cómo me hice eso?

Confesar a voz cantante que no éramos «nada» lastimaba de una manera no pensada, a tal punto que el aire que llegaba a mis pulmones parecía hacerlo a fuerza de golpes y patadas.

Iris era mi amiga del alma, esa que descifra como si fuera código morse mis suspiros. Quedé en pausa, en silencio abrupto y ella lo interpretó a la perfección.

—¡Oh, oh! ¿Necesitamos tiempo y helado para ésta historia?—preguntó ya sin fastidio encima.

—Necesitamos tiempo y helado—confirmé.

En esa confirmación se encontraba el reconocimiento de lo que sentía por Joaquín. Lo entrañaba, lo pensaba, lo odiaba, lo...

Era mejor plantarme ahí. De momento no podía lidiar con más confesiones internas.

Miré mi reloj, si me demoraba más llegaría tarde.

No quería a RN muy cerca de mi vida, por ello la había convencido de encontrarnos en el hotel, y eso me imponía ciertos tiempos a respetar.

—Tengo que marcharme.

—¡Sí, mejor hazlo! Estoy luchando con todas mis fuerzas contra mi HULK interno...vete antes de que sea demasiado tarde.

La besé en la mejilla a modo de despedida y tregua.

—Lo siento —murmuré en su oído.

—¡No, la que lo siente soy yo, maldita desgraciada! ¡Tuviste ese trasero en tus manos todo éste tiempo, todo éste tiempo y me lo perdí!

Me hizo sonreír...recordar ese lindo y redondo trasero me hizo sonreír.

Tomó su bolso y chaqueta para sumarse a mi salida.

—¡Quiero todos los detalles!—continuó—, y cuando digo todos los detalles, digo todos, sin censura. ¡Bien explícito!

—Voy a darte todos detalles, lo prometo.

Abandonamos mi departamento. El cocktail que me esperaba ya tenía otra cara, otro cuerpo, y no era Rafael Ribeiro Nieto. No, por desgracia no lo era.



El presagio de la mala noche que llevaba al evento a causa de mi mal humor se fue diluyendo. Las apariencias engañaban, RN era un claro ejemplo de eso, era reconfortante descubrir que no era un hombre de naturaleza social, y los dos huíamos de forma coordinada cuando la concentración de personas superaba al número de tres.

Había aceptado la invitación con un único propósito, forzarme al olvido de las emociones, y lo estaba logrando.

Luego de los saludos y presentaciones obligadas nos dedicamos a recorrer las instalaciones. La sinceridad que caracterizaba a Rafael, a pesar de su apariencia de galán televisivo, lo convertía en la antítesis de los personajes masculinos de las novelas; sí, era caballero, educado y respetuoso, pero no tenía esas líneas de diálogos típicas de seductor que lograban que a las mujeres se les resbalaran las bragas por las piernas.

—¡Ven, prueba esto!—capturó mi atención.

Estaba haciendo fotografías mentales del lugar, la situación era para la anécdota. Iris iba a disfrutar mucho de mi narración de éste mundo alternativo al nuestro.

Porque lo era, era casi otro mundo. Lujos, exhibicionismo de lujos, y más lujos. Ostentación en su punto más álgido.

Volteé para enfrentarlo, en su mano tenía lo que parecía ser un aperitivo. Su boca masticaba con delicadeza por lo que confirmé que mi sospecha era cierta.

—Pruébalo—insistió y lo introdujo dentro de mi boca.

Mástique una vez, dos veces.

Puajjjjj...era un espanto. Algo con pescado. Mi cara lo dijo todo.

—Cangrejo—aclaró leyendo mi pensamiento, tragó el suyo a la fuerza—, mal elaborado ¡Cocina gourmet de hotel cinco estrellas, un cuerno!—protestó.

Estaba de acuerdo. ¡Dios, y eso tenía que pasar por mi garganta! Lo mastiqué, mastiqué, y mastiqué con la absurda intención de que desapareciera sin tragarlo. ¡Ilosa!

Rafael se deleitó conmigo.

—¿Quieres escupirlo, no?

Por supuesto que quería escupirlo, en la cara del que lo preparó sobre todo. Quería, no podía. No podía escupir el aperitivo frente a todo el mundo.

Comprendió mi pensamiento a la perfección, era como si estuviésemos en “mute” pero con los subtítulos activados.

Me pasó una servilleta.

—Aquí tienes, úsame de escudo.

Se puso delante de mí, su espalda me cubrió y fui libre, largué los restos de cangrejo que torturaban a mi paladar.

—¡Listo!—dije y él viró hacia mí.

Sonreí, sonrí, y los dos fuimos conscientes de la evidencia que quedaba: la servilleta entre mis manos con su contenido de crustáceo. Hice el amago de meterlo en mi bolso, él me detuvo.

—¡Yo me encargo de eso!—extendió su mano.

RN lo pidió, RN lo tiene. Se la entregué con disimulo.

—Sígueme—dijo.

Tomándome con la otra mano por la cintura guió mis pasos junto a los de él, cuando llegamos al extremo de la mesa que contenía todos los aperitivos, abandonó el regalo que traía entre sus manos detrás de unos de los jarrones de decoración. Luego, seguimos avanzando hasta abandonar la estancia.

—¿Qué me dices? Vamos por comida de verdad—sugirió.

—Después de eso, necesito comida de verdad—afirmé.

Adiós cocktail. Hola restaurante no pretencioso.

Hablamos por horas, y llenamos nuestras barrigas con un menú delicioso. A medida que pasaban los minutos a su lado me relajaba más, Rafael no estaba en plan de conquista ni parecía tener intenciones de algo más. Deseaba compañía, éste tipo de compañía, la que yo le podía brindar, y la verdad, también era la clase de compañía que yo necesitaba. Tenía intenciones de encerrarme en una burbuja, una que me aislara del mundo por un tiempo. Con él lo estaba consiguiendo.

Conocí más de su vida, él descubrió más de la mía. El lunes a primera hora se marchaba del país, sus otras adquisiciones demandaban su presencia. Me invitó, por pura cortesía, a pasar unos días en España en dónde estaba radicado, aunque sus orígenes se remontaban a Uruguay, lugar que visitaba varias veces al año y que por proximidad también se esgrimía como invitación. Acepté también por cortesía, los dos sabíamos que dichos encuentros estaban condenados al fracaso.

Se ofreció a llevarme a casa, y dada la conversación de la noche me valí del ofrecimiento. No había segundas intenciones en RN, era un hombre directo, sin vueltas, lo que quería lo decía; y había dejado claro que conocerme había sido algo muy grato, tan simple como eso.

Y lo había sido, cada minuto a su lado había sido interesante y entretenido. Sin dobles sentidos, sin provocaciones. Dos adultos divorciados disfrutando de la noche en amistosa compañía.

A mitad de camino encendí mi móvil. Una secuencia de mensajes apareció en línea. Joaquín, más Joaquín...y Joaquín.

Iris.

Érica, y más Joaquín.

Uno sólo de los mensajes me fue suficiente para perfilar el contenido de todos los demás.

**¿Te esperamos en casa, o te nos unes en el club?
Aquí tengo un niño ansioso que pregunta por ti.**

¡No! ¡No! ¡No! ¡Por los mil demonios! ¿Cómo me había olvidado? Rodrigo y su partido final de campeonato.

Ahora comprendía la insistencia de mensajes de Joaquín.

Me odié por olvidarme, y en primera instancia me odié por haber aceptado.

Joaquín de seguro estaría furioso conmigo. No hice intento alguno de mirar el resto de sus mensajes. Sí, los otros. Los de Iris eran los esperables, preguntándome sobre el evento y demás, nada importante en sí. En cambio Érica fue otro asunto. Érica fue el broche de oro.

**Joaquín pregunta por ti. ¿Joaquín?
¿Qué raro, no?**

Extrañamente parece preocupado por ti.

¿Preocupado? ¿Desde cuándo se conocen tanto ustedes dos?

**No sé qué está pasando, ya me lo explicarás.
De momento le bajé los niveles de preocupación
y le dije que estabas muy bien...
que nadie te había secuestrado.
Sólo estabas de paseo por ahí con un ricachón.**

**Bueno, no se lo dije tan así,
pero le dije que estabas en un evento.
Lo siento.**

**Por las dudas lo repito,
lo siento.**

Ey!...¿estás viva?

Hola??????

Cuando me encerraba en mis emociones en vez de afrontarlas conseguía estos resultados. Aislarse del mundo no es una buena opción, tarde o temprano el mundo viene a buscarte.

Y mi mundo lo hizo, me estaba esperando.

Joaquín estaba sentado en la escalera, inmerso en la soledad de un hall vacío. Agradecía a los cielos mi suerte, alguien en el edificio lo había dejado ingresar. Si no hubiese sucedido eso, la imagen de Rafael despidiéndose de mí habría sido el detonador de su furia, una furia que se forzaba a contener.

Ni bien me vio se incorporó con un rumbo directo a mí. El movimiento brusco y veloz de su cuerpo provocó una brisa que me erizó la piel. Joaquín era pura sonrisa, siempre era sonrisa. La seriedad, el enojo parecían algo ajeno a él, le transformaba el rostro. Se ubicó delante de mí, centímetros nos separaban. Nuestros cuerpos estaban al límite del roce obligado.

Traía en mi mano el móvil. Me valí de ese recurso.

—Estaba a punto de responderte—Gran mentira, gran mentira—Lo siento, en verdad lo siento—él escuchaba sin mover un sólo músculo, su respiración ardiente me golpeaba el rostro—Me crees si te digo que mi cabeza estuvo tan perdida en el trabajo que me olvidé por completo de la invitación de Rodrigo.

Si lo anterior había sido una gran mentira, esto último había sido una gran verdad. Lo había olvidado por completo, aunque la causa confesada era otra. Mi necesidad de apartarlo de mi mente había conseguido como consecuencia el olvido.

—Y como si eso no fuese el único detalle—continué adornando el falso discurso—, mi móvil estuvo apagado por horas sin siquiera darme cuenta.

¿Sin siquiera darme cuenta?

Una máquina expendedora de falsos argumentos y mentiras, en eso se había convertido mi boca. Que él aceptara mi «lo siento» se proyectaba como un suceso difícil. Que yo me perdonara a mí misma por esto era un suceso casi imposible.

Con cuatro cifras de por medio o no...Joaquín no se merecía mi actitud.

—Te doy el beneficio de la duda porque quiero dártelo—sus palabras se vestían con el desencanto—, puedo creerte que estuviste perdida en tu mundo de turno—el brillo tan característico de sus ojos no estaba, el color almendra se había opacado, ni siquiera podía ver mi reflejo en ellos—, ahora, amplíame el otro hecho...tu móvil ¿estuvo apagado por horas, o por días?

Esto iba más allá de la promesa no cumplida al niño. Nuestra comunicación en los últimos dos meses se había caracterizado por una catarata de mensajes que siempre derivaban en lo mismo, un encuentro.

No respondí a su pregunta. Yo lo sabía. Él lo sabía. Lo había anulado de mi vida de forma repentina.

—¡Vamos, dame tu mejor excusa de manual! Dime algo que justifique tu silencio, la distancia.

Alzó la voz, y como un acto absurdo de defensa yo hice lo mismo.

—¡Creía que nosotros no necesitábamos justificaciones!—si él estaba molesto, yo también iba a manifestarme de la misma manera.

—Ese es el problema contigo, tú crees—escupió esas palabras y fue como si hubiese escupido fuego—, crees lo conveniente según tu lado de la historia.

Ya lo dije... Cuando me encerraba en mis emociones en vez de afrontarlas no conseguía buenos resultados. Reaccioné de mala manera.

—¿Perdón? ¿Hay otro lado de la historia? Porque si es así yo no estoy enterada.

Mi mala manera conjugó con su fuego. Era otro Joaquín, uno que no conocía, que no pensé jamás llegar a conocer, y ese pensamiento me ofrecía un panorama distinto. Un panorama que me decía que él y yo habíamos tenido la posibilidad de ser...de ser por fuera de las sábanas.

—¡Estás jugando conmigo!—gruñó en entre dientes tomando distancia de mí.

Me sentía sobrepasada, carente de palabras que confesaran lo que en verdad me movía por dentro. Descubrir la posibilidad de una nueva historia con él me llenaba de temor, temor a lo nuevo, a lo impensado.

—¿Yo? ¿Jugando contigo? ¡Eso es de no creer!¿En qué mundo alternativo estamos tú y yo?—no controlé mi temor, y mi temor dijo esto. Fui distante, podría decir que hasta violenta.

Joaquín se apagó. El frío que envolvía a mis respuestas lo hizo.

—No lo sé, dímelo tú. Dime en qué mundo estamos, en qué realidad estamos.

Si esto era una discusión con un lado dispuesto a ganar, el triunfo parecía estar cayendo a mis pies.

—No te entiendo—dije mintiendo una vez más.

Necesitaba tiempo para pensar, visualizar nuestra historia. Así de cobarde era, no me arriesgaba si no podía percibir su final. No me gustaban los finales tristes, porque aquí, en la vida real no se podía volver a atrás y borrar, editar. Por eso me gustaban mis mundos de historias, yo decidía cada lágrima, cada sonrisa, yo decidía todo.

—Sabes qué, no te molestes en entender—dijo sin ocultar la decepción, todo él estaba cubierto por la sombra de la decepción—, porque es evidente que no lo vas a hacer, no quieres hacerlo. Pensé que eras diferente.

Un disparo al corazón. Una herida letal. Contuve la hemorragia interna, no iba a morir ahí, no frente a él.

—¿Diferente a quién, o quiénes?—le reproché de la forma más estúpida posible.

Y mis palabras le devolvieron la bala, pude verlo en sus ojos. Otro disparo a quemarropa.

—Si eso es una pregunta no necesito darte una respuesta, tú sola puedes elaborarla—ni furia ni desencanto, sólo frío, así fue el tono de su voz.

—Tú fuiste el que me diferencié de ellas, y no te lo pedí—ese fue mi ataque final.

—No, es verdad fui un idiota. Idiota en intentar poner una realidad en tu vida cuando a lo único que aspiras es a una historia inventada. Ten...—introdujo la mano en su chaqueta, sacó un manojo de sobres y sin cuidado alguno me los arrojó a la cara—Sé feliz con tus ficciones...y si algún día tienes el valor suficiente para dejar de escribir historias y vivir la tuya, búscame, tal vez te ayude a escribirla.

Cada uno de los sobres, cada uno de los sobres que le había entregado con dinero, cada uno de ellos yacían ahora en el piso, junto a mis pies.

Mi cuerpo estaba paralizado, mis labios sellados. Valiéndose de eso fue hasta la puerta y me regaló la estocada final.

—No, sabes qué...mejor, mejor mantente alejada.

No existía un final para nosotros, nunca lo había pensado, imaginado...pero si lo hubiese hecho otro habría sido. Éste dolía...inesperadamente dolía, dolía hasta el alma.



La fuerza de voluntad decidió abandonarme. Hice el esfuerzo por llegar a mi cama, morir ahí. Me desplomé, así como estaba, y me quedé mirando el techo blanco con la esperanza de lograr que mis pensamientos se cubrieran con el mismo color...blanco. No deseaba pensar, si lo hacía...me entregaría más rápido a la muerte, a la peor muerte de todas, la del corazón.

En algún minuto impensado de la madrugada eterna mis ojos se concedieron al sueño. Minutos, horas...no lo sé. Dormí hasta que un ruido me despertó.

Mi noche se había desarrollado bajo la línea oculta de una cadena de eventos inesperados, que ahora golpearan a mi puerta se consagraba como el cierre definitivo de la misma.

Caminé a oscuras, tambaleándome por toda la casa, llegué a la puerta y encendí la luz. Tuve que forzar mi vista para poder observar por la mirilla. Descubrí una forma femenina con cabello rubio. El análisis fue simple y rápido: Érica.

¿Érica? ¿Qué la había traído hasta aquí?

Abrí la puerta mientras me reprochaba a mí misma no haber respondido a sus mensajes.

Ni bien estuvo frente a mí se lanzó contra mi pecho como una bolsa de boxeo.

¡Dios, estaba llorando! ¡Estaba llorando a mares!

—¿Qué ha pasado?—la preocupación le devolvió la vida a mi cuerpo.

La tomé entre mis brazos, cerré la puerta y la guie hasta el sofá. Nos sentamos envueltas en un abrazo que no parecía estar dispuesta a abandonar nunca.

—¿Érica! ¿Qué ha pasado?

Nada tenía que ver yo con sus lágrimas, no, era otra cosa.

No respondió, la sacudí, necesitaba sacarla de su hermetismo emocional.

—¿Érica!

Reaccionó. Como un animalito herido elevó su cabeza a mí y me atravesó con sus ojos enrojecidos. Si con todo lo que había vivido ésta noche mi corazón todavía seguía en pie, con esto se rendía de forma definitiva.

—Esteban...—apenas pudo murmurar.

—Esteban...¿Qué? ¿Qué sucedió con Esteban?

Pensé lo peor, porque sólo lo peor pondría a mi hermana de ésta manera.

—Me propuso matrimonio—confesó.

Así éramos...genéticamente iguales, sufríamos por lo equivocado porque nos movía el temor.

—¿Y qué le dijiste?

—¡Que no!—dijo y se quebró en más lágrimas.

No nos arriesgábamos...no, no lo hacíamos.

Un corazón roto, más otro corazón roto en plena madrugada...¿Qué combinación explosiva!

Todo lo que estaba conteniendo, el dolor que me desangraba por dentro, todo encontró la salida en ese instante...mis lágrimas salieron para seguir el camino de las tuyas.

—¿Y tú porqué lloras?—preguntó en un susurro al notar mi pecho agitado como el de ella.

—Porque necesito hacerlo.

Mi hermana no era tonta...no lo era ni con un corazón roto a cuestas.

—¿Joaquín?—murmuró con pena.

—Joaquín—confesé.

Me abrazó. La abracé. Lloramos...lloramos hasta que el sol llegó y nos secó las lágrimas.



♥ CAPÍTULO 10 ♥

Dicen que no existen las casualidades. Todo tiene un motivo, nada es circunstancial.

Y talvez así lo era...no hay mal que por bien no venga. Después del suceso Joaquín podría decirse que ya tenía en mis manos mi próximo libro.

“Como disculparse, sin rebajarse al extremo, en 700 mensajes de texto”

Perdón, dije 700...no, no, 701.

Sí, estaba a pasos de obtener una maestría en ello. Me dolían los dedos de la mano, en verdad lo hacían.

—¿Cuántos mensajes más vas a enviarle? Creo que deberías considerar su silencio como respuesta. Yo lo haría.

No estaba sola, Érica secundaba mi comportamiento dramático, es más, lo potenciaba. Lo hacíamos de forma mutua, mi depresión amorosa alimentaba a la suya y viceversa, así caíamos juntas en una burbuja eterna de emociones insustanciales. A la hora de compartir penas las hermanas Bregan aunaban fuerzas.

Ah, si se lo preguntan, sí, su trasero seguía pegado a mi sofá desde aquella noche fatídica.

—Por mí que continúe mudo, de momento me basta con saber que los lee.

La ventaja de mi sofá era que se hacía cama, y por supuesto le estábamos dando buen uso. Desplomadas ahí como dos seres inertes que se movían sólo para ir al baño, buscar el sustento y localizar el control remoto perdido de la tv.

—¿Los lee?—se indignó—¡Peor aún! Sus intenciones de torturarte son obvias, y tú las alimentas.

—¡No lo alimento!—Mi defensa era injustificada, Érica tenía razón—Aunque no puedo

decir lo mismo de ti—le pasé la fuente con palomitas recién hechas—. Toma, aquí tienes, invierte bien el trabajo de tu boca.

No se resistió, se aferró a la fuente y con una mueca de burla se llenó la boca de palomitas para dedicarle su completa atención a la tv. Habíamos organizado una maratón de películas anti romance con el único objetivo de distraernos de nuestra amarga realidad.

Joaquín no era un enigma, y su comportamiento tampoco lo era. Siendo realista, yo tampoco me respondería, lo sé, y creo que ese reconocimiento era lo que me llevaba a la persistencia. Eso y mi creatividad literaria que me llevaba a escribir “Lo siento” en todas sus posibles formas de variación.

—Porque no le escribes a alguien que esté dispuesto al feedback—baluceo escupiendo restos de palomitas.

No le respondí, lo único a lo que atiné fue a devolverle la mueca burlona que ella me había obsequiado segundos atrás. Estaba escribiendo, no podía parar de hacerlo, pero no enviaba todos los mensajes, muchos de ellos los guardaba en borrador para enviárselos en un momento más oportuno. Tenía mi límite, no más de diez mensajes por hora.

—¡Escríbeme al millonario!—estalló como si hubiese tenido una revelación—¡Sí, porque no eres más productiva y le escribes al millonario!

La desventaja de sostener mi dramatismo en compañía de Érica era éste, sus opiniones y sugerencias a raudales. Las mismas parecían reproducirse como Gremlins, un par de palomitas, unas gotas de agua...y ¡Booom!: Opiniones y sugerencias por aquí. Opiniones y sugerencias por allá.

—Porque no eres productiva tú también y le escribes a...— quería contratacar sin darle chance alguna de respuesta.

¡Maldición, ningún nombre se me venía a la cabeza!

—¡AJA! —Érica saltó en el sofá disfrutando de lo que parecía ser un triunfo glorioso—. ¡Nada, ni nadie! No tienes ni un nombre para completar la oración porque no lo hay...en cambió tú, sí—el pensamiento la desinfló, su triunfo fue fugaz, volvió a desplomarse en el sofá—. Conmigo es Esteban y nada más que Esteban, tú tienes un suplente, y la verdad, podrías utilizarlo.

La realidad de mi hermana se coló profundo en mí, me daba cuenta que no estaba siendo la mejor compañía, no estaba siendo la compañía que necesitaba. Le estaba dedicando el tiempo a mi móvil en vez de entregarme a la maratón de películas anti amor que habíamos seleccionado.

Abandoné el aparatito, capturé un puñado de palomitas en mi mano y me acomodé a su lado.

—El millonario es tiempo perdido...—murmuré con la decepción a flor de piel—, por lo menos para mí. Un protagonista sin sentido, eso es lo que es. ¿Cómo no me di cuenta?—finalicé para mis adentros.

¡En mi cara! Me habían arrojado todos los recursos narrativos a la cara y no me había dado cuenta de ello. Era una historia clásica, obvia, tan obvia que no le había prestado la más mínima atención.

—¿De qué cuernos hablas?—la atención de Érica abandonó la tv para depositarse en mi rostro—. ¿Qué no te diste cuenta?

Ahora estaba furiosa, inquieta. ¡Y pensar que yo me considero una especialista en historias!

¡Vergüenza debería de darme!

—De Ribeiro Nieto, de eso no me di cuenta. ¡Increíble!— La lógica argumental que estructuraba a mis historias juntaba las piezas de mi rompecabezas mental—. El tercero en discordia, toda historia necesita un tercero en discordia, y el millonario fue el mío. ¡Fui una imbécil! Cumplió bien su papel, apareció de repente, me sirvió para alejar a Joaquín de mis pensamientos, y así, de la misma manera que ingresó, se marchó. No hizo nada relevante, sólo distraerme de lo importante.

La mano de Érica se estampó en mi frente.

—¡Estás desvariando! ¿Tienes fiebre o qué?

—¡No estoy desvariando! Déjame hacerte una pregunta...—Sí, el análisis narrativo fluía dentro de mí—, en treinta y cuatro años de vida, dime: ¿Cuántas veces se me cruzó en el camino un millonario de éstas características?

Cara de póker, mi hermana era una especialista en esa expresión.

—Me lo estás preguntando en serio—señaló la pantalla de tv—. Mira que está por aparecer el Coronel Trautman.

Cuando dije que habíamos organizado una maratón de películas anti romance me refería a esto: Rambo, y otros clásicos de acción de los ochenta.

—Por supuesto que te lo estoy preguntando en serio. Ponle pausa—ordené. Lo hizo, las dos sabíamos que el Coronel Trautman merecía toda nuestra atención—. Respóndeme.

—No lo sé. Además no me parece correcto colocar los treinta y cuatro años en la misma bolsa.

—Tienes razón, saquemos la niñez y la adolescencia de por medio. Pensemos de mis veinte años hasta aquí. ¡Catorce años! En catorce años JAMÁS—Sí, puse mucho énfasis en ese jamás—un millonario de sus características se me atravesó en el camino.

—Es verdad—afirmó con poca convicción—, supongo que el «nunca digas nunca» finalmente hizo de las tuyas contigo.

—¡No, el maldito universo hizo de las tuyas conmigo! ¿No te das cuenta?

—Nop...y no creo que me dé cuenta. Insisto, estás desvariando—las palomitas regresaron a su boca.

—Me pusieron a RN en el camino para confundirme, para perder el hilo de la historia, y yo me dejé engañar fácil.

—O te lo pusieron en el camino para que te dieras cuenta de una vez por todas que formabas parte de una historia—argumentó Érica con un certeza inusitada en ella—, una historia que al parecer no parecía existir para ti.

WOW. Todo mi cuerpo se inmovilizó ante lo oído. ¡Era una idiota de pura casta, y el universo coincidía en eso, hasta el punto de tener que golpearme con lo evidente en el rostro!

Debía renunciar a mi carrera de escritora de romance, con éstos antecedentes no podría escribir más. Ribeiro Nieto no había sido la distracción, ni siquiera se merecía el rol de tercero en discordia, no, había sido el personaje secundario que tiene como función encauzar a los protagonistas principales. Su sola presencia me confesaba lo que yo no había tenido el coraje de reconocer, Joaquín y yo estábamos escribiendo el principio de una historia.

Ciega, desde el momento en que Joaquín se había bajado los pantalones delante de mí, había quedado ciega. Pensé que los dos representábamos un mismo papel, me obligué a creerlo. Vinculados por el negocio, nada más que eso.

Agggggg

Bastaba darle una nueva leída al guion de nuestras escenas para darme cuenta que la única equivocada había sido yo, había actuado en la película equivocada.

Recapturé mi teléfono móvil y borré todos los mensajes que tenía guardados. No existían suficientes “Lo siento”, no a la distancia.

—¿Palomitas?—me ofreció Érica al notar mi expresión de rendición definitiva al asunto.

Volví a tomar un puñado de ellas y quité el modo de pausa en el reproductor de la tv.

Nada mejor que la desesperación, las balas, y la sangre para olvidarse de los corazones rotos.

«Como se le ocurriría a Dios crear a un animal como Rambo»

—¡Dios no se tomó la molestia de hacerlo, fui yo!—repetimos al unísono siguiendo el relato de la película.

Habíamos sido criadas por Don Álvaro Bregan, nos sabíamos estos diálogos y muchos más. «¿Quién demonios es usted?» «Sam Trautman...Coronel Sam Trautman».

Cuando nos metíamos en estos mundos nos perdíamos fácil, por eso era que llevábamos días ajenas a todo, sabíamos escabullirnos de la realidad. Como siempre, en situaciones como éstas, alguien estaba siempre dispuesto a actuar de héroe. En nuestro caso puntual, heroína.

Mi móvil vibró con un mensaje.

¡Estoy subiendo.

Más te vale abrirme la puerta!

No necesitaba leer los datos del emisor del mensaje, cada letra confesaba que era Iris.

—¿Qué?—Érica reaccionó a mi inminente señal de alarma y preguntó.

—Iris.

Eso sólo dije, y eso fue suficiente para que maldijera para sus adentros como yo.

Sí, con ella se nos terminaba la fiesta de flagelación mental que estábamos manteniendo en total hermandad y calma.

Me apresuré a su llegada, fui hasta la puerta, quité el cerrojo, y la dejé apenas entre abierta. Retomé a las corridas mi lugar en el sofá, el «más te vale» auguraba que venía en “modo huracán ON”.

Me equivoqué, no vino en modo huracán, vino en modo estampida de elefantes eufóricos.

Saltamos del sofá ni bien su presencia se apoderó del lugar.

—¡Ustedes dos me están tomando el pelo!—gritó y el agudo de su voz nos destrozó los tímpanos.

Fingimos calma, si cedíamos estábamos condenadas. Debíamos mostrar un frente firme y unido, éramos dos y podíamos con ella.

—Shhhhhh—Érica atacó primero, la silencio haciendo evidente que interrumpía nuestra sesión de cine.

Yo contribuí con su acción, levanté mi dedo indicando el mismo silencio, y subí el volumen de la tv.

«Me parece que no lo ha entendido. No he venido aquí para salvar a Rambo de ustedes. Sino a ustedes de él».

La contra respuesta de Iris fue magistral, en vez de gritar, como era su costumbre, vino hasta nosotras, me arrancó el control remoto del reproductor y lo puso en pausa. Al hacerlo se detuvo unos segundos en la imagen.

—Esperen—dijo y volvió a darle “play”—, ¿ya lo desnudaron y lo bañaron a chorro de manguera?

—Sí, hace rato—aseveré.

—Entonces ésta película ya no tiene más sentido—accionó una vez más la opción de “pausa”.

—¡Cállate hereje! ¡No sabes lo que dices!— Érica odiaba que se metieran con sus sentimientos, y por algún extraño motivo, sus sentimientos involucraban un amor enfermizo por Sylvester Stallone.

—No, ustedes no saben lo que dicen, lo que hacen... ¡no saben nada de nada!—la energía que Iris traía consigo parecía peligrosa.

La pelea por el control de la tv dio inicio: Érica intentó recuperarlo, Iris jaló para su lado, se sacudieron una y otra vez, hasta que finalmente las dos decidieron ceder para hacer caer a la otra. Una regresó su trasero al sofá, la otra lo llevó contra el suelo, y el control remoto voló por los aires hasta emprender la caída directa a mis entrepiernas. Mi pequeño grito de dolor puso el paño frío a la situación.

—Escúchenme, masoquistas graduadas con honores, entiendo que el tiempo aquí se detenga, pero por si no se dieron cuenta, afuera, no—incorporándose del suelo vino hasta nosotras y se apoderó de lo que faltaba: las palomitas—.No puedo creer que se comporten como dos niñas—Me arrojó un par de palomitas al rostro para motivar su discurso—Tú tienes la suerte de haber elegido un profesión que te permita administrarte a tu gusto, pero

tú—hizo lo mismo con Érica: lluvia de palomitas en su rostro—, tú no tienes excusa.

—Me tomé unos días, cuál es el problema—replicó mi hermana sacudiendo los restos de snacks —En años jamás tuve una inasistencia. Di parte de enferma.

—Sí, enferma de la cabeza. ¡Las dos!—Iris ardía, estaba extrañamente furiosa con nosotras—.Es evidente que tienen un problema genético que rima con patético.

—Bueno, detente ahí—por supuesto me manifesté. Eso de andar desperdiciando palomitas al aire no me agradaba para nada.

No tenía ningún argumento valedero para atacar la referencia de lo “patético” a nuestro comportamiento. ¿A quién pretendíamos engañar? Éramos un desastre, aunque era mi deber disimularlo.

—¿Cuál es el problema en compartir nuestras penas y al mismo tiempo fortalecer el lazo entre hermanas?—utilicé un argumento de psicología barata.

Iris resopló. Resopló fuerte, intentaba relajarse.

—Vengan—nos indicó el extremo del sofá cercano a ella.

—¿Qué?—preguntó Érica con la intención de no moverse.

¡Ilusa! En cuanto a Iris, mi hermana era una principiante.

—Vengan...—hizo una pausa—, acá...—y otra pausa—, ahora.

Las pausas de mi estimada amiga significaban esto: PELIGRO-DANGER. Usted está ingresando a una zona de turbulencia.

Me moví, fui hasta el lugar indicado.

—Ahora—volvió a repetir.

Sin dudarlo, consciente del nivel «madre disciplinadora» que Iris cargaba consigo, arrastré a Érica a lo mismo, no pretendía afrontar un daño colateral por su insubordinación.

Ahí, una pegada a la otra, sentadas en el lugar indicado, por primera vez comprendí el temor que cada tanto los gemelos reflejaban en sus rostros.

—¿Saben que día es hoy?—preguntó.

No. Perdidas por completo, el cine de Chuck Norris y Stallone nos había abstraído del mundo. Si no sabía la respuesta, prefería no responder. Érica no fue tan inteligente.

—¿Mitad de semana? No sé, ¿miércoles?

¡Suicida total! Responder con otra pregunta era un acto suicida.

Las palomitas que quedaban decoraron nuestras cabezas.

Había algo fuera de lo común en Iris, ardía, ya lo dije, pero ardía de una forma no habitual. ¡Dios, el fuego estaba en sus ojos! Parecía poseída.

—¡Jueves! ¡Es el maldito jueves! ¡El jueves previo al casamiento de su padre!

Y sí...ahora todo tenía otro sentido. Capturé mi móvil y chequee la fecha. Jueves 26 de Noviembre.

¡Maldición, maldición, maldición!

Las capacidades telepáticas con Érica no estaban del todo desarrolladas, aun así podía asegurar que en ese preciso instante su cabeza repetía lo mismo: ¡Maldición, maldición, maldición!

Objetar algo, hacer un comentario, era otro acto suicida. Nos llamamos.

—¡Levanten ese trasero cuadrado del sofá ya!—el demonio alojado en el interior de Iris se hizo presente—No voy a permitir que me arruinen ese casamiento, hace dos días que comencé la dieta líquida para poder entrar en mi vestido, y ustedes dos no van a arruinármelo con sus depresivas costumbres.

Dieta de líquidos. Ufff...y nosotras con palomitas. Eso decía todo. Una mujer privada del alimento sólido por días no podía, no debía ser provocada.

—Necesitamos vestidos,zapatos¡Necesitamos todo!¡Váyanse a bañar, marranas, que el tiempo no nos sobra!

—¡Ey, ya nos bañamos!—Érica salió en defensa de la acusación de “marranas”.

—Cuando nos deprimimos en compañía somos limpias—continúe para fidelizar las palabras de mi hermana—, a solas es una cosa, una tolera su propio olor, pero de a dos, no...no. El baño cotidiano es un requisito.

Miró a su alrededor, sí, hasta la casa estaba ordenada. No pudo emitir comentario alguno, las evidencias estaban a la vista, el único desorden lo había hecho ella al arrojar las palomitas.

—De ser así—el demonio que tenía dentro se tranquilizó—, cámbiense que salimos. Ya se los dije, no voy a permitir que me arruinen éste casamiento. Como vienen las cosas con ustedes—su mirada fue directo a Érica, era una mirada de clara decepción—, creo que no voy a disfrutar de otro casamiento hasta dentro de un par de años.

Mala la actitud. Eso fue meter el dedo en la herida. En venganza, Érica recogió un par de palomitas del sofá y se las metió en la boca. Las masticó con ganas frente a Iris.

—Nos cambiamos y salimos—dijo haciendo más notorio el disfrute de las palomitas—,pero antes de ir por los vestidos, pasamos por una casa de comida rápida y compramos unas hamburguesas, ¿te parece, Ana?

Odio y fuego. Iris se contenía. Odio y fuego.

—Me parece perfecto, Érica. Una gran y jugosa hamburguesa—Ojo por ojo...hermana por hermana—, no te preocupes, a ti te pedimos un smoothie de frutas. Iris fingió una sonrisa, una grandísima y falsa sonrisa.

Nos cambiamos, tratamos de activarnos con un poco de humor pre-fiesta, y salimos dispuestas a gastar dinero. Mi cuenta bancaria había recobrado su monto inicial, y tenía intenciones de gastar cada centavo. No sé porque, pero si Joaquín no quería ese dinero, yo tampoco.



Sugerir una casa de moda para ir en busca de vestidos fue en vano. Todo estaba orquestado, Iris decidía nuestro destino, y nosotras aceptábamos porque seguíamos sumergidas en la burbuja de la depresión auto-provocada.

«Evangeline Alta Costura». Diseño puro glamour. Vestidos únicos, cambiadores con espejos que te regalaban una imagen de diva, amplios sillones para disfrutar del descanso y de una sesión de modelaje personal, y lo mejor de todo: bebida libre (por obvios motivos el vino tinto no estaba en la lista).

Aun contando con todas esas atenciones, éramos pésima compañía, la idea de vestirnos de fiesta no nos motivaba en lo absoluto. Poníamos nuestra mayor voluntad, pero ésta se desinflaba cuando Elena y su familia de catálogo se hacían presentes en nuestras mentes. Sí, seguía sin convencernos del todo, y eso aumentaba los deseos de boicot en nosotras.

—¡Dejen de criticar a esa pobre mujer, ya siento pena de ella...por el hecho de que va a tener que aguantarlas!—En las últimas semanas Iris se había transformado en la fan nº 1 de Elena, según ella, unir fuerzas con la familia Bregan era un acto digno de admiración—Ya era hora de que alguien apareciera para romper ese complejo de Electra enfermizo que tienen con su padre.

La madre de Érica había muerto cuando ella tenía ocho años de edad. Mi madre, un año después del divorcio, decidió recorrer el mundo hasta instalarse de forma definitiva en Italia. Aclaro que cuando digo “recorrer el mundo”, es recorrer el mundo sin mí.

Don Álvaro Bregan, papá, papucho, era lo único que teníamos, y por más que él fuese un “espíritu libre”, y con espíritu libre me refiero a hacer lo que se le dé la gana, es nuestro papucho, nuestro “one and only”.

Leni no era el problema, ni siquiera era un asunto de “convencimiento”, era asunto de “celos”. PUNTO.

—Problema de ella, cuando alguien elige a un Bregan se lleva el pack completo—dijo Érica reclinándose en el sillón, no se la veía muy predisposta.

—¡JA! Díganmelo a mí—Iris fue irónica—. Adoptarlas no fue simple, créanme, a veces no son nada sencillitas.

—Iris, lo tuyo es cuestión de perspectiva—afirmé—, ¿tú nos adoptaste? ¿o nosotras te adoptamos a ti?

Ella era una más, de hecho era la tercera pata de nuestro trípode. Sin Iris nuestro rostro tenía un único destino, estamparse contra el suelo.

—Tal vez la “no sencilla” aquí eres tú—Mi hermana se sumó a la idea, su tono fue igual de irónico que el Iris.

—Posiblemente la “no sencilla” seas tú—continuó con el ataque por deleite personal, nada más que por eso—, nosotros estábamos muy tranquilas en casa disfrutando de buen cine y compañía.

Silencio. Silencio “Made in Iris”. Ese silencio que le otorgaba el tiempo suficiente para recargar la artillería. Su energía era abrumadora, caminaba de aquí para allá con vestidos y accesorios, y los colgaba en el perchero de los cambiadores. Era evidente que la ansiedad y la dieta de líquidos no eran sus mejores amigos. Se acercó al sillón en donde estábamos desplomadas como dos grandes mamíferos inmovilizados por algún sedante, y nos enfrentó con los brazos en jarra.

—Dos cosas—murmuré e hizo una pausa—. Dos cosas—rompió la pausa y volvió a repetir en otro murmullo, uno casi imperceptible.

Con el gesto de su dedo nos invitó a acercarlos a escuchar de cerca sus palabras, al parecer, lo que estaba a punto de decirlos cargaba con un alto grado de confidencialidad. Forzadas a movernos por la intriga, el rostro de Érica se pegó al mío y juntos avanzaron hacia la emisora del supuesto mensaje.

—Primero...—dejó de murmurar, extendió su mano y...

PLAFF. Bofetada. Una única bofetada que se inició en mi rostro y no se detuvo. No, no se detuvo, continuó en la línea e impactó en el de Érica como consagración final.

—¡Ni siquiera valen el hecho de invertir fuerza en dos bofetadas!—su voz alterada regresó a la normalidad—Y segundo...—Iris se había encargado de pedir las bebidas de cortesía: vino blanco espumante. Nos entregó una copa a cada una, y continuó—, necesitan alcoholizarse un poco, van a ver como en unos minutos ven a los vestidos con “otro color”.

Captamos al instante la idea de “otro color”, en los últimos días habíamos estado viendo la vida en blanco y negro. Definitivamente necesitábamos alcoholizarnos un poco.

Lo consiguió, después de tres copas per cápita un arcoíris comenzó a desfilar delante de nuestros ojos. De hecho conocimos colores que no sabíamos que existían en el mundo. La industria de la moda tenía una gran imaginación a la hora vender tendencias.

Azul sultán. Azul heráldico. Azul verdoso. ¿Cuántos azules más puede haber?

Color Arena. Color castor. Color berenjena. Color lima. Color chocolate.

¿Qué le sigue? ¿Color barbacoa o algo por el estilo?

No, no. Me equivoqué de aderezo. Le siguió el color mostaza.

La negativa fue constante, nada nos agradaba. Le estábamos poniendo voluntad al asunto, pero teníamos un límite: ningún vestido cuyo color sugiriera algo comestible.

La paciencia de Iris se había evaporado, y considerando que gracias a su dieta de líquidos no podía ingerir alcohol, estaba a punto de estallar. Teníamos en mente uno o dos vestidos, pero estos fueron sancionados por ella.

—No voy a permitir que salgan de aquí con un vestido negro. Menos para un casamiento que se lleva a cabo en mediodía y es de su padre. ¡Vayan de luto a otra fiesta, no a ésta!

—Y yo no pienso ponerme un vestido de un color sin personalidad—tenía que luchar contra Iris, el negro era mi tendencia—¡El Azul sultán no existe!

Érica se mantenía al margen, estaba peor que yo, estaba dispuesta a lanzarse al negro, y eso sí que no era común en ella.

—Como sea, no me importa, no van a ir a una fiesta con actitud de duelo—tomó un vestido y lo exhibió frente a nosotras—Esto es un vestido color coral—la burla fue evidente en nuestros labios, lo notó—, sí, color coral. Alegre, armonioso para un mediodía a pleno sol y festejo.

Era un vestido corto de encaje de cuello redondo con incrustaciones de pedrería en la parte delantera, el color coral era una mezcla de salmón con rosado. Raro, no feo, pero raro para mí.

—Yo no pienso ponerme un vestido así—si me lo ponía iba a parecer una salchicha alemana con brillos.

—¡Ni yo!, no es cuestión de duelo, es cuestión de estilos, y ese no es el mío—alegó Érica confesando en esas palabras que su paciencia también se estaba acabando.

—Por supuesto que no van a ponerse éste vestido. ¡Éste vestido es mío! De hecho está reservado a mi nombre.

Érica estalló en una carcajada.

Ahora comprendíamos el porqué de la dieta de líquidos.

—¿Tú? ¿En ese vestido?—la carcajada finalizó en pregunta.

—Sí, yo en éste vestido ¿Algún problema?

Yo negué con la cabeza, cualquier comentario que hiciera podía ser usado en mi contra.

—Me muero por verte—Érica seguía burlándose del momento.

—Lo siento, vas a tener que esperar hasta el domingo.

—No, pruébatelo ahora—la provocó.

Iris y yo teníamos semejanzas físicas, la única diferencia era que ella tenía una justificación para sus caderas anchas y relleno extra, un par de gemelos. Yo no, podía

argumentar que disfrutaba de los placeres de la vida, nada más.

La provocación de mi hermana le abrió una puerta a Iris, estaba elaborando una estrategia dentro de su cabecita.

—Si me pongo éste vestido ahora cabe la posibilidad que me entre pero que no me lo pueda quitar sin romperlo, aun así voy a arriesgarme con una sola condición—inspiró como aceptación de su propia condena. Resopló fuerte y continuó—, que se elijan un condenado vestido de una vez por todas y que éste no sea de naturaleza fúnebre.

La naturaleza macabra de Érica, esa de hermana mayor que considera que es una obligación moral causar éste tipo de desafíos, la instó a aceptar. Por decantación tuve que hacer lo mismo.

Bajo su estricta oferta de modelos y colores, estrenamos los cambiadores.

El régimen dictatorial de Iris triunfó en mi hermana. Un vestido corto con un solo hombro y corte asimétrico en variaciones de color arena. Que en idioma común sería: beige y marrones claros.

Mi indecisión se mantenía a la vanguardia. El vestido color berenjena sugerido por Iris me hacía ver como una auténtica berenjena, una bien grande. Ni hablar de cualquier otro vestido con tonalidades verdes o rojas. Los vestidos de fiesta, en su mayoría están diseñados para marcar curvas, y yo no tenía deseos de evidenciar curvas tan marcadas. Ni hacer mención de los escotes, casi todos en forma de corazón. No, mis pechos necesitaban otro tipo de contención.

Intenté conseguir la aprobación de mi primera la elección. Un vestido corto, de cuello en bote y corte princesa. La parte superior en negro, y la falda plisada en blanco y negro.

—No sé, no me convence del todo—Iris dudaba, todavía llevaba puesto el vestido color berenjena, y ese parecía agradarle—, no me agrada que sea negro.

—Técnicamente es blanco y negro. Así que si lo piensas, no es de duelo, en todo caso es vestido de viuda alegre—dije eso con mi mejor sonrisa.

—A mí me agrada, le sienta bien—Érica fue sincera, siempre lo era en cuanto a vestimenta, si parecía un globo aerostático a colores me lo decía.

—¡Mira quién habla, la compañera del cortejo fúnebre! ¡Por favor!—Iris se mofó de nosotras, y acto seguido, me tomó de los brazos y me regresó al sillón junto a mi hermana, no le importó que todavía tuviera puesto el vestido—Quiero que hablemos en serio—y eso lo dijo muy, muy en serio—, esto que están viviendo, esto que las hace nadar en bilis ácida y les dibuja una expresión de amargadas en el rostro, ¿qué es?

¿Qué es? La respuesta era: una pregunta muy estúpida.

Las dos movimos nuestros labios con intención de contestarle. Nos detuvo con un claro indicio de: «Esto es un monólogo, cierren sus bocas».

—Si es la manifestación de un duelo real, un duelo necesario para dejar atrás lo que sucedió y avanzar a lo que viene, lo aceptó, es más, prometo sumarme al escenas trágico con ustedes, aunque no éste domingo. Éste domingo se festeja la felicidad de otro.

Yo no estaba transitando por un duelo, el duelo era un acto beneficioso en su triste trasfondo, era lo que Iris había dicho: aceptar lo sucedido y avanzar. Pero yo no lo deseaba, no quería avanzar a la siguiente página porque no estaba conforme con mi historia. No estaba conforme con mi final. Quería reescribirlo, sí, quería.

Érica se llamó también al silencio, y sentí pena por ella porque también me daba cuenta que ese silencio confesaba que había tomado la decisión equivocada.

—Si no es un duelo—Iris continuó al mejor estilo “Álvaro Bregan”—, es la necesidad de provocarse un dolor psicológico porque saben que lo que ahora están viviendo es culpa de ustedes y nada más que ustedes, ¿es así?

No hablamos, nuestros cuerpos lo hicieron. Se inquietaron, se acomodaron una y otra vez en el sillón conscientes de que ese «es así», era así.

—¡Dios santo!—Iris se quejó mirando al techo—¡Si las juntamos a las dos, no forman una! ¡Dios, que has hecho!—resopló fastidiada—En vez de ahogarse en esa amargura de la culpa, hagan algo que las libre de ella.

Érica y yo, las dos nos burlamos con ironía.

—No es tan simple—dije recordando el historial de mensajes de texto no respondidos por Joaquín.

—No, no lo es—sentenció Érica cruzándose de brazos a modo de defensa.

—Conociéndolas a ustedes, profesionales de “ahogarse en un vaso de agua”, sí, debe ser más simple de lo que me imagino. Tengo dos preguntas—dijo y se dirigió a Érica—Si pudieras cambiar la respuesta que le diste a Esteban, ¿lo harías?

Los nervios tomaron dominio de mi hermana, comenzó a tamborilear el piso con los pies.

—Es insustancial la pregunta, lo hecho, hecho está—afirmó titubeando.

Iris gruñó entre dientes fastidiada.

—No me respondiste. Cambiarías su respuesta, ¿sí o no?

Podíamos verlo, la respuesta estaba en la punta de su lengua, y liberarla le dolía. Despojarse de todas las armas de defensa, esas armas que se habían mantenido por años en lo alto no era sencillo, yo podía comprenderla. Era una pregunta sencilla, pero su respuesta era una respuesta que cambiaba el panorama total de tu vida.

—Es posible...—dudó pero lo confesó—. Sí, lo haría, cambiaría mi respuesta.

Quería llorar, estar frente a una Érica vulnerable era algo sin precedentes, y me emocionaba al extremo. Iris también, sabía que luchaba consigo misma para no quebrarse de la emoción ante lo confesado, aun así, con esa fuerza sobrenatural característica de ella, mantuvo la compostura para poder seguir con su discurso revelador. Revelador para nosotras.

—Ahora dime, ¿cuáles fueron sus últimas palabras?—preguntó manteniendo la calma.

—¿A qué te refieres con últimas palabras?

—Le dijiste que no a su propuesta, y en consecuencia, él, algo te tuvo que haber dicho. ¿Cuáles fueron esas palabras?

Érica indagó en su memoria conteniendo lo que parecían ser las primeras lágrimas.

—Dijo: Lo sé, a mí también me tomó por sorpresa. Jamás pensé que iba a encontrar una mujer con la cual deseara volver a formar una familia. Jamás, pero apareciste tú. No voy por la vida proponiéndoles matrimonio a las mujeres, así que tómate tu tiempo, porque ese tiempo no me importa, me importa el tiempo que nos queda, y ese tiempo, yo lo quiero vivir contigo.

Las tres llorábamos a mares. Estábamos a segundos de quebrarnos en lágrimas sonoras.

—¿Todo eso te dijo?—el abogado cuarentón se había ganado un lugar en mi cielo personal.

—Sí, todo eso—dijo mientras intentaba secarse los ojos en vano—.Lo memoricé, después de repetirse veinte millones de veces como un eco en mi cabeza, lo memoricé.

La abrazamos, era una tonta por lo que había hecho, decirle no a ese hombre, las tres nos dábamos cuenta de ello.

Iris rompió el abrazo para dirigirse a mí.

—Tú no aproveches la situación para escapar de lo tuyo—recuperó la seriedad anterior—, dime, harías las cosas diferentes.

—En mi caso las “cosas diferentes” son muchas.

—No busques excusas—Érica había abandonado mi equipo y se había unido al de Iris.

—No son excusas, no es lo que hice, es lo que no vi—confesé.

Era la verdad, no era cuestión de una palabra o una acción equivocada, yo no había podido ver la relación que crecía entre nosotros. Joaquín había estado construyendo la trama de una historia y yo otra.

—Fui ciega por conveniencia. Creí que Joaquín era un medio para un fin y me convencí de ello para no darle un lugar en mi vida, sin darme cuenta que desde la primera noche que estuvo conmigo había entrado en ella.

Una sensación de desprecio me invadía cuando hacía un repaso en mi comportamiento, lo había utilizado como objeto, y aunque eso era parte de su profesión elegida, no era parte de mí. No, no lo era, y si esa parte se había manifestado, lo había hecho también por él.

Así de ambivalente mi ponía cuando pensaba en Joaquín. Me despreciaba y después me enfurecía. Me había devuelto el dinero, claro estaba que nunca lo había tocado, pero en primera instancia lo había aceptado. Sí yo había interpretado mal el mensaje entre ambos,

Joaquín había contribuido a esa confusión.

—Sabes...a mí también me devolvió el dinero de aquella noche—Érica interrumpió mis pensamientos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No te lo dije antes porque para mí la noche había sido un fracaso, tocar el tema contigo en aquellos momentos alteraba tu susceptibilidad. Me devolvió cada centavo y no pregunté por obvias razones.

Las obvias razones eran mi llamado telefónico en plena cita y los reproches que le regalé por días. No podía hacer comentario alguno con respecto a eso, sobre todo porque me había abusado de la situación.

—Es más—continuó—, me ofrecí a pagarle los gastos de la cena o de lo que fuera, pero no quiso saber nada. En ese momento pensé: «es un muy buen profesional». Ahora que conozco los dos lados de la historia, pienso: «eres una idiota»

—Perdón, las dos lo son—Iris interrumpió y volvió a dirigirse a mí—¿Qué fue lo que te dijo?, ¿qué puerta dejó abierta?

—¿Puerta abierta? Ninguna, al contrario, cerró la puerta de calle en mi cara y acompañó la acción con un «mantente alejada».

Para que negarlo, lo mío no era tan prometedor como lo de Érica. No había puerta, ventanas, ni siquiera había un hueco que le permitiera el acceso a la ventilación. No, la posibilidad de una relación parecía herméticamente cerrada.

—Bueno, el «mantente alejada» puede ser una forma de defensa—susurró mi hermana haciendo un análisis positivo de la situación—.No creo que todo éste perdido.

—En mi caso sí—afirmé—, en el tuyo veo una posibilidad.

Iris comenzó a golpear el piso con uno de sus pies como un claro indicio de que desaprobaba nuestras últimas palabras. Cuando logró captar la atención que deseaba lanzó el ataque definitivo.

—Idiotas. Estúpidas. Pendejas. Huevonas—sí, Iris se convirtió en una catarata de insultos—. Tontas. Zoquetes. Gillipollas. Mamertas. Losers—se detuvo para respirar—¡Ya no se me ocurren más palabras para definirlos! Dan vergüenza ajena...y eso que la vergüenza ajena no existe, es una estupidez, como ustedes—agarró las copas que todavía conservaban algo de vino espumoso en su interior y nos lo arrojó en los rostros—Ahí tienen, a ver si se le refrescan las ideas. Se terminó el tiempo de lágrimas, ahora es tiempo de soluciones. Levanten esos traseros que vamos a ponerle fin a todo esto ¡Vamos!

Tomó su vestido, hizo lo mismo con el elegido de Érica, y a modo de consentimiento final capturó entre sus manos el vestido negro y blanco.

Fui al cambiador con la sonrisa entre los labios, adiós vestido color berenjena.

Una de las vendedoras me detuvo a mitad de camino.

—Lo siento, pero van a tener que pagar por ese vestido—indicó señalando la parte mojada con el vino arrojado por Iris.

Aggggg...no dejaría mancha, pero olería por unos días.

Atravesé a Iris con mi mirada.

¡Demonios, ya me veía paseando por mi departamento con el vestido color berenjena! Algún uso iba a tener que darle, aunque sea de entrecasa.



El «ponerle fin a todo esto» fue literal.

No hubo escalas, con Iris conduciendo en estado de «hada madrina que cumple deseos» llegamos a nuestro primer destino en un cerrar y abrir de ojos.

“Morris High School”. Ahí asistían los hijos de Esteban, y ese día puntual de la semana eran retirados a la salida por él. ¡Qué mejor lugar para un encuentro!

Sí, Iris tenía muchas películas románticas en su historia personal y las estaba llevando a la práctica con nosotras.

Estábamos a la espera, espionando desde el interior del vehículo. Érica no lucía de lo mejor, por ello, mientras se otorgaba un par de retoques con el maquillaje de Iris, nosotras hacíamos de relatoras de la situación. Lo conocíamos de fotos, nada más.

—¡Llegó!—Iris gritó enardecida, no podía contenerse, transpiraba aventura.

—¿Es él?—forcé mis ojos. No era buena reconociendo a la distancia.

—Sí, es él—Érica lo confirmó. Le entregó el maquillaje a Iris y se recostó en el asiento trasero buscando valor.

—¡Déjate de tonterías!—creo que lo dije ya, Iris era muy buena motivadora—.No te arrepientas ahora, ya vienes probando el sabor del arrepentimiento desde hace días, y comprobamos que no es muy agradable.

Cuando se estaba en el juego, sólo quedaba una alternativa, jugar.

—¡Vamos, por lo menos que una de las dos tenga un final feliz después de todo!—le dije con una sonrisa—¡Haz que todo valga la pena!

Respiró profundo, se acomodó el cabello, y abandonó el coche.

Escena de película.

Película sin audio.

—¡Mierda!—refunfuñó Iris—. Tendríamos que haber puesto su móvil en altavoz.

Nos perdíamos lo mejor, lo sabíamos, aunque contábamos con la ventaja de imaginar, y eso le otorgaba un extra a la situación.

Esteban estaba atónito, desde metros de distancia podía verse que ningún músculo se le movía. Érica gesticulaba, hacía todos los movimientos que él no hacía.

Lo inesperado sucedió, nuestra respiración se detuvo. No podíamos creerlo.

¡Érica se arrodilló!

—Un tanto “cliché” para mi gusto, pero muy arriesgado—Iris habló, yo no podía hacerlo.

Era muy arriesgado, mi hermana se lanzaba al abismo por primera vez en su vida, al abismo de las emociones confesadas y compartidas. Estaba emocionada, las lágrimas pujaban por salir.

Esteban, cual caballero andante, se arrodilló al igual que ella y la guio en la subida. La abrazó, y al abrazo le siguieron besos, muchos besos.

Besos no apasionados, por supuesto, estaban frente a una institución educativa con menores, era entendible.

—¡Mi labor aquí ya está hecha!—la solemnidad en la voz de Iris erizó mi piel—Ahora tú turno—puso en marcha el motor y se detuvo de forma instantánea al dedicarle una última mirada al cuadro romántico a metros nuestro—.¿Quiénes son esos?

La jauría de infantes había sido liberada. Los hijos de Esteban aparecieron en escena y de a uno se sumaron al abrazo. La conocían, eso podía notarse, y su presencia ahí parecía colmarlos de felicidad al igual que al padre.

—Supongo que son los hijos, el rubiecito se llama Tomás, a ese lo conozco.

Además de él había una niña de unos diez años de edad, y otro niño pequeño, uno que parecía no superar la edad de cuatro. Los tres disfrutaban del encuentro, y entre los cinco formaban una gran bola de abrazo y cariño.

—¿Tres hijos? ¿Tiene tres hijos?—Iris entró en un estado de pánico—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Te dije que era un abogado divorciado con hijos.

—Sí, pero no me dijiste que eran tres. ¡Es una locura! Imagínate si tienen hijos...no van a ser una familia, van a ser un equipo de fútbol—estaba desenfadada, comenzó a tocar la bocina del coche de forma continua—No, no, pongámosle fin a esto, busquémosle uno soltero, por ahí hay miles.

Érica y Esteban se volvieron hacia nosotras. Saludaron sonrientes, inclusive los niños lo hicieron. Podía verse desde la distancia, ya eran una familia, una hermosa familia.

—No necesita un soltero, necesita a éste—para sacarla de su estado frenético repentino de anti amor, le empujé a la otra travesía—, dijiste que era mi turno, ¿no?

Iris me miró de reojo, resopló para tranquilizarse, y arrancó de forma definitiva el vehículo.

—Sí, es tu turno, y me muero por ver en que termina eso.

Conocía la rutina de Joaquín, a esa hora estaba en plena jornada laboral en el Country Club. La ansiedad brotaba en mí como lava caliente de un volcán. Les dije que ahora para final para nuestra historia, y ahora, luego de presenciar la más dulce y tierna escena de amor de la mano de mi hermana y Esteban, estaba dispuesta a ir por un final acordé a mis deseos.

Nada me detendría. ¡Nada!

No sucedió, la nada me detuvo, y esa nada se vistió de ausencia.

Lo busqué por todos lados, absolutamente por todos lados, y después de más de media hora de decepción, regresé al coche con la tristeza estampada en el rostro.

—¿Qué?—Iris no me esperaba de esa manera.

—No lo encuentro, no está por ningún lado. Parece que el club se lo tragó enterito.

—¿Preguntaste por ahí?

—No, no pregunté. No voy a andar ventilando mis intenciones.

Hurgó en su bolso hasta conseguir su móvil. Fue hasta los contactos y seleccionó el de Érica.

La respuesta fue inmediata.

—Lamentó interrumpir tu película, pero estamos en el club buscando a tu futuro cuñado y éste parece no dar señales de vida.

Yo no hablé, no estaba con humor para hacerlo, me limité a oír.

—¿Futuro cuñado? ¿Te refieres a Joaquín?—se oyó del otro lado del auricular.

—No, me refiero al hermano del abogado así se lo presentamos a Ana y todo queda en familia—se burló y fue evidente—¡Por supuesto que hablo de Joaquín!

El silencio del otro lado fue de condena definitiva.

—Y no van a encontrarlo—confesó con pena—, renunció al trabajo el lunes pasado. Lo siento.

Lo sentía ella, lo sentía Iris, y sobre todo, lo sentía yo.

No existen las casualidades, no, todo sucede por un motivo. Mi final estaba escrito y el universo me acababa de confirmar que no podría cambiarlo.



Mi padre era un especialista en festejos, y por lo visto, la sexagenaria con la cual se había unido en santo matrimonio, también lo era.

El clima de felicidad y alegría se sentía en cada rincón, a tal punto que se me contagié. Sonreía. Sonreía porque tenía muchos motivos para hacerlo, mi carrera profesional iniciaba el camino de vuelta a la cima, Érica se arriesgaba a algo impensado en su vida y eso la hacía feliz, Iris había logrado calzarse el vestido de encaje color coral, y papá...papá no paraba de bailar y de reír. Elena, desde el momento en que había puesto su firma junto a la de mi padre en el registro civil era familia, y como tal, ya no la odiábamos. Los Bregan teníamos un lema familiar: «Somos lo que somos, y lo que somos, lo somos por el otro».

Trabajamos en conjunto, nos sostenemos mutuamente, y ahora Leni era una integrante más. Ella y su familia lo eran. Sí, sería difícil al principio, pero nos acostumbraríamos, y el primer paso a eso era comenzar a satisfacer sus demandas. Se lo debíamos.

Después de la fotografía 1258 perdí la cuenta, y la vista. El flash de la cámara me había enrojecido los ojos.

¡Basta!

Debía excluirme del asunto para conservar la visión sin que la flamante pareja se sintiera despreciada. Busqué refugio en una de las últimas mesas, cerca de la de los niños. Desde ahí podía contemplar todo el lugar, y me divertía con las ocurrencias de los pequeños. Sin duda los gemelos habían logrado ganarse el papel de líderes de la manada de infantes. Estaban haciendo travesuras, y esas travesuras involucraban la mezcla de bebidas en las mesas cuando nadie los veía. Me quebré en carcajadas más de una vez al ver a las víctimas escupir con delicadeza las sorpresivas combinaciones.

—Dime que no viniste aquí a ahogar tus penas a solas—la voz de Iris me alcanzó por detrás.

—En lo absoluto, sólo me escapo del protagonismo desmedido.

Estaba pasando un buen momento, en verdad lo hacía.

Corrió la silla que estaba junto a mí y me hizo compañía. Extendió su mano para capturar una de las copas de la mesa y la detuve.

—Yo que tú no haría eso—la alerté sin poder obviar la sonrisa en mi cara.

—¿Qué hicieron ahora?—preguntó gruñendo por lo bajo.

Reconocía al instante el rastro de sus gemelos en todo.

—Como sabes que me refiero a tus hijos.

—¡Por favor, haz visto la progenie de Elena, parecen sacados de una película de Disney! Las únicas dos mentes criminales aquí tienen un nombre y apellido que conocemos muy bien. ¿Qué hicieron?

—Mezclaron las bebidas.

No pareció importarle el hecho, retomó la acción, se aferró a la copa y dejó que el líquido se deslizara por su garganta. La observé atónita. Nada, ni un gesto de asco, ni un amague a escupir la bebida. Al contrario, hizo fondo blanco y la tragó de un trago.

—No está mal, podría haberlo estado, pero no está mal—me miró, analizó mi mirada estupefacta—¿Qué? ¡Bienvenida a mi mundo, querida!

Reí, la sola presencia de Iris me animaba. Siempre lo hacía, tenía ese ángel especial en ella, ese que la hacía tener una actitud alegre y dinámica ante todos los pronósticos, inclusive en los que auguraban tormentas.

—Debo reconocer algo—confesó apropiándose de otra copa repleta de bebida sospechosa—, elegiste bien—señaló mi vestido—, te queda mejor que el de color morado.

—Berenjena—la corregí con ironía.

—Como sea, estás muy linda, y me alegro que Elena retrate éste momento en un millón de fotos—bromeó.

—¿Un millón? Me parece que te quedas corta. A propósito de “linda”—retomé el tema para regalarle una mirada a su imagen—, veo que conseguiste lo que deseabas, lograste entrar en el vestido.

La conocía, era todo un mérito para ella haber alcanzado su meta. Estaba preciosa, había hecho hincapié en cada detalle, maquillaje, peinado recogido, accesorios.

—Sí, lo hice, pero necesité una ayuda extra—tomó mi mano y me hizo recorrer su cintura.

—¿Una faja?

—Exacto, una faja reductora. Si introduzco un bocado en mi boca estallo, así que por lo que a mí respecta, continúo con dieta de líquidos hasta que salga de éste maldito.

Capturó otra copa entre sus manos de contenido dudoso y se lo bebió de otro sorbo.

—Veo que en la dieta ahora se incluye el alcohol.

—No, te equivocas, la dieta de hoy es alcohol, todo lo demás se excluye—compartió su copa conmigo, negué con mi cabeza—Tú te lo pierdes—dijo y se llamó al silencio, un silencio que rompió ni bien se terminó la bebida—Ahora, hablando de lo importante, ¿Cómo estás?

—¿Cómo te parezco que estoy?—pregunté con aire nostálgico.

—Bien, demasiado bien, y por eso me preocupo. Cuando quieres eres una muy buena actriz.

La pista de baile, que hasta momentos se encontraba repleta, comenzó a vaciarse. El bullicio general hizo aparición cuando la música dejó de sonar por lo alto.

—Estoy como puedo estar—nostalgia y resignación, eso había en mi voz—, aceptando las consecuencias de mis actos, y tratando de que la tristeza interna no rompa la ola de felicidad ajena que me golpea.

Respiró profundo y exhaló con fuerza. Era evidente que trataba de darme un mensaje con ello.

—¿Qué sucede?—no tenía ganas de jugar al adivina adivinador.

—Por lo visto no soy la única aquí con una faja reductora, tú también tienes una...—golpeó mi frente con su dedo—, ¡la tienes ahí, maldita cobarde!—resopló enfurecida—No tienes que aceptar ninguna consecuencia, todo lo contrario, tienes que seguir provocándolas. «Tener o no un final feliz depende de dónde decidas detener la historia»—finalizó con esa frase y me dejó con la boca abierta.

Me equivocaba, todo el tiempo me equivocaba. La trama principal se había construido en la punta de mi nariz y yo no la había visto. ¿Y si éste no era el final? ¿Y si éste era mi punto de giro? ¿Y si éste momento era mi “game changer”?

Venía narrando ésta historia en tercera persona, tal vez necesitaba cambiar el tiempo narrativo. Tal vez debía empezar a narrarla en primera persona.

Estaba dejando que un final simple y vacío diera por terminada la historia, y no iba a permitirlo. Odiaba esos finales, esos finales que te dejaban con gusto a poco, peor aún, con gusto a nada. De una u otra manera iba a tener mi final feliz, agotaría todos los recursos posibles, y eso me daría la satisfacción personal. Con Joaquín o sin él, obtendría un final, uno mejor que éste.

Abracé a Iris, la besé con fuerza en la mejilla.

—Me diste la línea de diálogo perfecta. ¡Eres maravillosa!

—No, lo maravilloso es que recordara esa frase—dijo burlándose de sí misma—, no me preguntes de quién es, porque ese dato nada en un mar incalculable de extraños líquidos.

Me levanté dispuesta a abandonar el salón, la adrenalina del romance me corría por las venas. No iba a escribir más un “lo siento”, iba a hacer lo correcto, iba a tomar el valor suficiente para ir hasta él y decirselo.

—Si preguntan por mí, inventa alguna excusa—la volví a abrazar con claras intenciones de despedida.

—No creo que pueda inventar una excusa ahora...—murmuró en entre dientes mientras me detenía con fuerza—, creo que te buscan.

¡Demonios! En mi instante de máxima revelación, mi padre y Elena decidían tomar el escenario para dar un discurso. Iris puso mi trasero en la silla a la fuerza.

Micrófono encendido, alboroto general y primeras palabras.

¡Demonios! Otra vez...¡Demonios!

No era un discurso, Elena pretendía arrojar el ramo de novia y convocaba a las solteras a la pista. Iris me golpeó con su codo provocándome.

—¡No pienso ir! De ninguna manera...

Mis palabras se vieron interrumpidas por la voz de mi padre en los altoparlantes.

—¡Anabela Bregan, te estamos esperando! ¡No te escondas ahí detrás!

Quería asesinarlo con la mirada. Un par de mujeres comenzaban a acercarse a la pista, de seguro, amistades de ella. Lo que me faltaba, compartir la lucha por un ramo que no quería con cincuentonas.

—¡Y aclaramos!—Elena hizo uso de la palabra—¡Solteras! Las divorciadas con más de cinco décadas encima pueden volver a sus asientos.

Si no respondía a sus demandas continuarían al micrófono por horas. Contuve la furia interna aunque mis mejillas rojas la ponían en evidencia.

—¡Sí, mujeres...—mi padre continuó—, las estadísticas dicen que sólo una de cada doscientas mujeres divorciadas en edad madura vuelven a contraer matrimonio!

¿Adivinen qué? ¡Esa una está aquí al lado mío!

Aggggg

La pista central de baile estaba desierta, y yo sentía que caminaba directo al pabellón de la muerte. Muerte por vergüenza total.

Busqué con la mirada a Érica, agité mi mano invitándola a hacerme compañía. La muy desgracia sonrió y me mostró el anillo de compromiso en su mano.

—¡Vamos Ana! ¡Las comprometidas no cuentan!—Y sí, Álvaro Bregan no estaba dispuesto a ceder.

Sola, en el medio del salón, con todas la miradas puestas en mí, y el fotógrafo bombardeándome desde todos los ángulos posibles.

—¡Veremos ahora que tal esos reflejos!—Elena se burló y giró para ponerse de espaldas a mí.

No moví un músculo, y el ramo se estrelló en mi cara. Todos festejaron, todos menos yo.

Mi padre bajó del escenario con una sonrisa gigantesca en el rostro, recogió el ramo que yo había dejado caer al suelo, y me abrazó. Manipulándome a su gusto, localizó al fotógrafo.

—Sonríe—susurró a mi oído—, éste es un momento único en la historia.

—Te odio, papá—murmuré una mentirita.

—Lo sé, pero yo me odiaría más si no hiciera esto. Vamos, dale una sonrisita a papá.

Iris, Érica, las dos luchaban por contener la risa.

Sonreí, sonreí para la foto.



El vergonzoso suceso del ramo de novia fue productivo, me dio la vía libre para huir.

La adrenalina del romance que se auto generaba en mis venas se potenció, avanzó por todo mi cuerpo y se apoderó del control. Estaba libre de culpas y miedos, existía una única meta en mi camino, ir en busca de lo que deseaba.

Escribiría mi historia, desde éste preciso instante en adelante, asumía el liderazgo. Me subí al coche y activé mi GPS, confiaba que me llevaría a él.

Mi primera parada fue su departamento. No lo encontré, pero su hermana me recibió con una sonrisa y me brindó la información necesaria. Era domingo, y como cada domingo estaba en el Club coordinando las actividades de su sobrino y del grupo de niños que lo acompañaban.

Retomé el camino motivándome con algo de música, si esto podía llegar a imaginarse como una escena de película un montaje de imágenes nuestras haría aparición en éste preciso instante:

Él y yo en nuestra primera cita.

Él desnudo.

Mi trasero contra el escritorio.

Él desnudo.

Él y su sonrisa.

Mi trasero contra la pared... y él. Todas imágenes de él.

El viaje se me hizo eterno, el otro lado de la ciudad parecía estar a años luz de distancia, y mientras recorría cada kilómetro elaboraba mi discurso, mi confesión de amor.

¡Increíble, nada decente se me cruzaba por la cabeza. Me había agotado con esos malditos mensajes de texto!

Aquí no era cuestión de repetir “Te amo”...esa era la cursilería más barata existente en el mercado de discursos de reconciliación. No, tenía que innovar, debía crear un nuevo precedente en lo referido a confesiones de amor. Además presentía que Joaquín estaba en el papel de hombre demandante, su silencio me decía que no me iba a ser nada fácil obtener su atención, la atención que me permitiera elaborar mi alegato final.

¡Dios! Llegué al Club y mis ánimos se fueron al suelo. Era uno de esos días que hacían eventos familiares y el lugar parecía un hormiguero.

Gente por aquí, gente por allá. Niños por doquier. Juegos, toboganes inflables, puestos de comida y un escenario central con una banda de músicos que invitaba a los visitantes a subirse y cantar al mejor estilo karaoke de Kermesse popular.

El sector estaba atestado de personas, no todos estaban dispuestos a subirse para cantar, pero si lo estaban para divertirse de la falta de vergüenza de los que sí lo

hacían. Entre medio de la multitud logré encontrar a mi objetivo.

Ahí estaba, coordinando el evento. Hermoso, con ropa deportiva. Sonriendo, sonriendo de esa manera que conseguía eclipsar hasta al sol mismo.

Mis ganas, mis ansias, mi cuerpo...mi pensamiento, todo lo invocaba a gritos...y esa invocación avanzó por entre la multitud y atravesó su mente.

El universo, el destino...la maldita suerte, no lo sé, algo hizo que se volteara, y cuando lo hizo, de forma irremediable, sus ojos se encontraron con los míos.

Decir que el piso vibró bajos mis pies es un recurso simple de novela.

Decir que mi cuerpo reaccionó al contacto dulce de sus ojos color almendra, también lo era.

Decir que mis bragas deseaban deslizarse por mis piernas para rendirse a sus pies, no era un cliché, pero sí era un recurso erótico básico.

Sonreí de la emoción, recién me daba cuenta que añoraba ésta situación desde la noche que se había marchado de mi lado.

¡Lo extrañaba y cada músculo de mi rostro se lo estaba diciendo!

Eso le estaba diciendo, y a él...a él no le importó.

Se volteó para devolverme la imagen de su espalda, y comenzó a marcharse.

Ir detrás de él no era lo adecuado, su acción me confesaba que no tenía ganas de palabras de amor bonitas. Necesitaba jugar otra carta...debía dejar mis recursos narrativos de lado con él. No lo iba a conquistar con un buen diálogo, no, necesitaba demostrarle que él era importante para mí, y la forma de hacerlo era con acciones.

Agarré la poca vergüenza que me quedaba, la guardé en mi bolsillo, y mi obligué a guiar mis pasos hacia el escenario.

Por si se lo preguntan, no...las dotes de cantante no están en mis genes, aun así, me lancé como cordero al sacrificio.

Los tacones altos me hicieron trastabillar en las escaleras metálicas, y eso consiguió la atención masiva de la multitud. Uno de los músicos de la banda, él que parecía estar al control del evento, se acercó a mí y extendió su mano para ayudarme a subir.

—¡Ey, cobardes...aquí tenemos a una valiente!—Me observó de arriba abajo. Tacones, vestido de fiesta, el combo completo anti kermesse familiar—¡Una valiente muy bien vestida!—se burló—¿Te equivocaste de Club, dulzura?¿Estás perdida?

JA JA JA

Sí, sí, ríanse en masa...no hay problema, yo puedo con esto. ¡Vamos, Anabela Bregan, tú puedes con esto!

—Dime, ¿con qué piensas sorprendernos?—podía ver a Joaquín entre la multitud, su atención estaba finalmente en mí y nada más me importaba, ni siquiera lo que me decía el idiota anfitrión musical—Desde ya te digo que aquí pretendemos disfrutar de buena música, si me dices Taylor Swift me veo obligado a devolverte a tu lugar.

JA JA JA

Sí, sí...ríanse. Le festejaban cada comentario.

Murmuré en su oído: «Play that funky music». Wild Cherry.

—¡Ésta mujer sabe lo que es bueno!—dijo a grito estupefacto ante él público. Giró para enfrentarse al resto de los músicos—¡Muchachos, prepárense para un poco de Funk!

Según el hombre, yo sabía lo que era bueno. El detalle era el siguiente: no sabía la letra de la canción. Gracias a Dios existe la tecnología. Navegué en la web de mi teléfono móvil, y problema solucionado.

El micrófono estaba en medio del escenario, sostenido por un pie.

Los primero acordes de bajo marcaron el inicio de mi locura.

Mi señal de ingreso apareció y quedé muda. Los músicos repitieron los acordes una vez más...

—¡Lindura, vamos, cuento contigo para esto!— el líder de la banda me motivó.

Sin otra alternativa, canté.

♪ Once I was a funky singer,playin' in a Rock and Roll Band♪

Lo peor era el principio.

Sólo el principio...(Sí, intentaba convencerme)

♪I never had no problems♪

Yeah...

Ey, esto tenía cierto encanto. La gente me estimulaba, y Joaquín continuaba ahí, detenido, inmóvil, con una mirada nunca antes vista en él. De seguro era su mirada de: «mujer, estás más loca que una cabra».

♪Burnin' down one night stands♪

♪And everything around me♪

Yeah...

Obtuve la colaboración de la banda. El que parecía ser el cantante principal se sumó a mí, y todo fue más sencillo, sólo tuve que seguirlo...él marcaba el ritmo correcto.

♪ Got to stop to feelin' so low

And I decided quickly (Yes I did)

To disco down and check out the show

Yeah...

¡Esto comenzaba a agradarme! Le agradaba a mi cuerpo...mis caderas cobraron vida propia.

♪ they was dancin' and singin' and movin' to the groovin'

And just when it hit me somebody

turned around and shouted

Play that funky music white boy ♪

Y las dejé...dejé que mis caderas fuesen libre. Me liberé de los prejuicios de último momento, le dije adiós a la idea de estar haciendo el ridículo, y me lancé a la coreografía, esa que había aprendido a manos del mejor de los maestros...él mío, él único. Mi dulce maestro del sexo.

Me olvidé del canto y me dediqué de lleno al baile.

El líder de la banda continuó cantando.

Paso de avestruz combinado con el paso de carrito de supermercado.

Me aferré a una correa imaginaria...¡Vamos! Paso: Paseador de perros.

**♪ Play that funky music right
Play that funky music white boy
Lay down the boogie and play that funky music till you die
Till you die
Oh ya, ya♪**

Y le siguió mi movimiento favorito:

La patata caliente, que combinaba a la perfección con la atrapada de mosca.
¡Sí!...Patata caliente. Atrapada de mosca. Patata caliente. Atrapada de mosca.

Silbidos. Risas. Aplausos. Gritos de festejo.

El público estaba animado...demasiado animado, tanto que había hecho desaparecer a Joaquín entre ellos.

Siguiendo el ritmo del paso de...Conductor de autobús, afiancé mi vista y lo localicé en el fondo de la multitud.

**♪ Yeah they was dancin' and singin' and movin' to the groovin'
And just when it hit me somebody turned around and shouted
Play that funky music white boy
Play that funky music right
Play that funky music white boy
Lay down the boogie and play that funky music till you die
Till you die, ya
Till you die♪**

El guitarrista se me acercó.

—¿Se te perdió alguien?—preguntó sin dejar de rasgar con frenesí las cuerdas.

—No aún, pero está a punto de hacerlo—lo señalé entre el público para que Joaquín mismo identificará mi intención.

—¡Ey, muchahote!—gritó al micrófono—, ésta agradable Señorita te busca—lo señaló, y gran parte del público giró a él—¡Quédate ahí, que te la enviamos!

¿Quédate ahí que te la enviamos?

¿Qué demonios quiso de...

Su pie golpeó mi trasero, me empujó...sí, me empujó y caí sobre la multitud que había comprendido lo que él había dicho.

**♪ they was dancin' and singin' and movin' to the groovin'
And just when it hit me somebody turned around and shouted

Play that funky music white boy
Play that funky music right
Play that funky music white boy
Lay down the boogie and play that funky music till you die
Till you die, ya
Till you die♪**

Giraron mi cuerpo, me colocaron de espalda a ellos, y me hicieron avanzar sobre la multitud con la ayuda de sus manos, finalmente, gracias a algún distraído que no me agarró a tiempo, me estrellé contra el suelo.

No sé qué fue peor, el golpe...o la sensación de haberme sentido manoseada por un grupo de extraños.

Me incorporé de a poco, para la multitud ya era notica vieja, seguían al ritmo de: «Play that funky music... sin mí»

Unas piernas en short deportivo se acercaron a mí. Podía reconocer esas piernas a kilómetros de distancia, esas piernas habían capturado como prisionero a mi cuerpo en más de una oportunidad.

—Ya terminaste de hacer el ridículo por ahí—fue distante, lo suficiente para demostrarme que mi debut artístico musical había sido en vano.

—No sé, dime tú, porque de ser necesario estoy dispuesta a más—dije limpiándome las rodillas y sacudiendo mi vestido.

Desde aquella noche que no lo tenía frente a mí...estaba con un look más salvaje. Cabello revuelto, barba un poco crecida...y ojos más almendra que nunca. La seriedad, contrario a restarle puntos, lo hacía más atractivo.

¡Ayyyy... quería devorarlo! ¡Quería devorarlo como al pastel de bodas que no había comido por salir en su búsqueda!

—¿Qué haces aquí?—iba a hablar pero me detuvo—Por favor, no me digas que viniste a confesar más “Lo siento”, porque de ser así llamo a seguridad y te hago expulsar del recinto.

Ironía, había ironía en su voz, y para mí eso sumaba un punto a mi favor. Que el tono de su voz cambiara de matices era algo bueno.

—Lo sé, fui un tanto reiterativa, lo siento...

Ups...apreté mis labios para obligarme al silencio.

Una pequeña sonrisa luchaba por salir de sus labios, la contuvo, lo noté.

—Creo que lo conveniente aquí es que yo utilice esas dos palabras ahora.

¿Eh?...¿Escuché bien?

—Yo debería decir “lo siento”. Yo debería disculparme contigo también—ni tono distante, ni ironía, conocía la sinceridad en su voz, y esa sinceridad era la que hablaba—, yo confundí la situación entre nosotros y luego te responsabilice por ella. No fue lo correcto.

Me derretía como un helado en pleno verano, él era así, hacía todo más sencillo para mí, siempre lo hacía.

—Si es así, si reconoces que no fue lo correcto, ¿por qué no respondiste a mis mensajes?

—Primero porque estaba molesto...molesto contigo, conmigo, con todo. Y segundo porque deseaba esto, poder hablar contigo cara a cara, en vez de excusarte en la distancia.

—Si deseabas hablar conmigo podrías haberlo hecho.

Ayyy, las historias de amor y la misma necesidad de siempre. Yo no hago, tú no haces...y el tiempo pasa, la vida pasa, y culpamos al destino.

—¡Estás loca! ¡Después de mi salida dramática!—bromeó.

—Es verdad, tienes un buen punto ahí—sonreí—, fue una muy buena salida, con los sobres y todo.

La distancia que nuestros cuerpos mantenían desapareció, se acercó a mí. Sentí su perfume, su calor...ese calor que combinaba tan bien con el mío.

—Nunca debí tomar ese dinero—murmuró con arrepentimiento, un dulce arrepentimiento—, lo hice para convencerme de que lo nuestro era...

—Una relación profesional de mutuo beneficio—interrumpí para finalizar su pensamiento.

Sonrió, y no pude evitar hacer lo mismo.

—Bueno, en cierto punto tuvo mutuo beneficio—confesó.

—Es verdad, yo conseguí mi novela, ese fue mi beneficio—dije mientras indagaba en mi mente sobre él—¿cuál fue el tuyo?

—Encontré mi «motivo».

A lo largo de mi experiencia como escritora he utilizado millones de eufemismos para hacer referencia a un corazón muerto de amor. Por muy extraño que parezca, ahora no se me ocurre ninguno, ninguno con buena lírica, sólo puedo decir que mi corazón late al extremo, que golpea, golpea por dentro con una fuerza nunca antes sentida.

Mantenemos una vida sostenida por sus latidos, y aun así, nuestro corazón pasa desapercibido para nosotros...hace su trabajo, late, late, late, hasta que un día...un día como hoy, estalla a gritos y te das cuenta de su verdadera existencia.

Sí...es posible que no suene muy romántico, pero hoy...hoy conocí a mi corazón por primera vez.

Me tomé de la cintura, sus brazos me envolvieron, y yo hice lo mismo con los míos. Acaricié su espalda...necesitaba sentirlo.

Sus labios estaban a centímetros de los míos....Sí, sus labios, esos labios que habían hecho maravillas en mi cuerpo, pero que desde aquella primera noche nunca más habían hecho algo tan simple como besarme.

De forma inconsciente, me eché para atrás.

—¿Qué haces?—hice la pregunta más idiota en la historia de las preguntas idiotas.

—¿Qué te parece que pretendo hacer? ¡Besarte! ¡Vengo conteniéndome desde hace meses!—sostuvo mi rostro entre sus manos y eliminó mi distancia forzada.

No se lo permití. Volví a rehuir de él.

—Espera, primero quiero saber dos cosas...

Así era yo, no podía evitarlo. Mi corazón se moría de amor, eso era verdad, pero mi cabeza estaba inquieta. Razón y emoción...era una dura batalla.

—¿Qué, mujer? ¿Qué dos cosas?—sonreía, en el fondo me conocía, me conocía muy bien.

—Si estabas deseando que yo viniera a ti a hablar cara a cara, ¿por qué te escapaste de mí cuando me viste?

—No me escapé de ti—dijo con clara certeza.

—Me diste la espalda y comenzaste a caminar.

—Sí...—reía—, te di la espalda para marcarte el camino fuera de la multitud. Quería hablar en un lugar más tranquilo.

—¡Hubieses sido más claro...y no me subía a ese maldito escenario!

Río a carcajadas.

—¡Tú solista te subiste ahí, y creo que todo el mundo lo disfruto!

Imité su carcajada de forma sarcástica, para mí no era gracioso el asunto.

—Mírale el lado positivo—continuó—, tú y yo ya tenemos una anécdota para contar.

Reflexioné...era verdad. Si íbamos a tener una historia de amor, que fuese una buena historia de amor, y una buena historia requiere de anécdotas...muchas anécdotas.

—Dime ahora esa segunda cosa...—me motivó a hablar apretándome fuerte.

—Me doy cuenta que a excepción de aquel beso de la primera noche que usaste para callarme, éste va a ser nuestro primer beso real...¿por qué no me besaste antes?

—Quise hacerlo, no lo hice porque me dejé guiar por la misma estúpida idea que me hizo tomar tu dinero. Así que...¡cállate de una vez por todas, mujer, y bésame!

Era de esas mujeres que no le gustaba que le repitieran las cosas...si me dicen: ¡Cállate, y bésame! Me callo y lo beso.

Labios ardientes...

Lengua traviesa...

Y un sabor al cual podría hacerme adicta...

Existen esos besos que provocan el descontrol total, que despiertan cada parte de tu cuerpo...existen esos besos, y después...después existe Joaquín.

Jugó en mi boca y se despidió de ella con un pequeño mordisco.

Tomó distancia obligándome a abrir los ojos y a abandonar el Paraíso Terrenal al cual me había transportado.

Su mirada hacía una pregunta...y yo la respondí.

—Conociendo todos los usos que le das a tu lengua...es lo que me esperaba—dije conteniendo las ganas de reír y de lanzarme una vez más a sus labios.

—¿Es lo que me esperaba?—repetió insatisfecho.

—¿Qué deseabas oír?

—No lo sé, algo como: «Y sentí que sus labios fueron hechos para besarme, porque mi mundo colapsó, se derrumbó a mi alrededor, y lo único que me sostenía, lo único que me mantenía en pie, era su boca contra la mía»

Lo palmeé en el trasero como reprimenda.

—¡Te robaste esa frase de una de mis novelas!

—No voy a negarlo, me gusta leerlo.

—¿Te gusta leerme?—que lo confesara le atribuía al momento un extra de erotismo.

—Sí, pero lo que más me gusta es...—murmuró en mi oído.

Lo siento, lo que me dijo no es Apto para todo público, y por tal motivo me lo reservó para mí.

Lo capturé del cuello y me adueñé de sus labios.

No tenía sentido buscar palabras para describir mis sensaciones, toda mi vida había estado creando historias de amor, imaginando, fantaseando una y otra vez...Existía una parte de mí en cada una de mi novelas, mis deseos estaban ocultos en entre líneas, y ahora entendía por qué, eran el preámbulo para esto, para mi historia de amor.

Y sí...mi mundo colapsó, se derrumbó a mi alrededor, y lo único que me sostenía, lo único que me mantenía en pie, era su boca contra la mía...su dulce, traviesa y provocadora boca.

Dicen que llega un momento en nuestra vida en donde los puntos se conectan, y cuando lo hacen, lo hacen hacia atrás.

Magia del universo, destino, karma...puedes llamarlo como quieras, no importa, ahí está...esperando, tejiendo, entrelanzando, y de repente...¡Booom!

Tu mundo estalla. Tu mundo cambia. Tu mundo se vuelve a construir desde otra perspectiva.

Ya no era la misma, y no lo era porque había decidido introducir una variable en la ecuación de mi historia: Joaquín.

Mi vida a su lado no necesitaba de diálogos perfectos, de escenas bien logradas, ni de trama estructurada. Mi vida a su lado estaba debutando sin pautas específicas. La mejor historia de amor es esa, la que no se piensa...la que se vive, y nosotros estábamos viviendo la nuestra.

Macht point se había alzado como un éxito de ventas, y al cabo de unos meses su continuación consiguió lo mismo. La motivación era mi compañera de aventuras, con Joaquín a mi lado mi cabeza ardía en ideas, y de hecho, también lo hacía la suya.

El placer por la escritura y la ilustración que corría por sus venas finalmente dio sus frutos, aceptó mis contactos, y eso lo llevó de editorial en editorial hasta encontrar el lugar que deseaba. Ya no desempeñaba ningún papel de auxiliar, no, ahora trabajaba como ilustrador y diseñador en una compañía llamada «Gaming XBros», una empresa que desarrollaba video juegos.

No pretendo ser “cliché”, pero el ...”Y vivieron felices”, encajaba a la perfección con nosotros.

Mi vida estaba repleta de momentos, anécdotas y situaciones reales. Teníamos una buena historia, y yo, yo amaba nuestra historia. Tenía potencial, pedía a gritos ser narrada, y cada vez que lo pensaba, sus palabras volvían a mí.

« Si algún día tienes el valor suficiente para dejar de escribir historias y vivir la tuya,

búscame, tal vez te ayude a escribirla »

¿Por qué no?

Allá voy...

Soy una afortunada, lo reconozco. Vivir de lo que uno considera su pasión es maravilloso. Mi imaginación pone el plato de comida sobre la mesa y mucho más. Cuento historias, invento pequeños mundos en los cuáles otros se pierden por momentos, por horas, días, y no voy a mentir, yo me pierdo junto a ellos también. Todos necesitamos una realidad utópica que nos aleje de lo cotidiano, y en lo últimos años, al parecer, he sido muy buena en la construcción de esas realidades...

—¡Cariño! ¡Se requiere tu presencia en la ducha!

Joaquín se filtró por mis pensamientos para convocarme a una de mis actividades favoritas.

Él, yo, y el agua tibia sobre nuestros cuerpos.

Ya habíamos establecido que la ducha no era un buen lugar para hacer el amor...y lo seguíamos manteniendo, pero en ella se podían hacer un sinfín de cosas igual de estimulantes, y a ésta altura de los acontecimientos, los dos éramos especialistas en ello.

Mi verborragia mental no me permitía abandonar el teclado...todo fluía.

—¡No me hagas ir por ti!

Pero mi hombre clamaba por mí...y cuando eso sucedía, mi cuerpo tomaba el control.

Levanté mi trasero de la silla, me desnudé y marché rumbo al baño.

En la puerta me detuve, una revelación me hizo correr al teclado una vez más...

Opción: Insertar

Encabezado de página.

Escriba título de documento...

HaZmE uNa EsCeNa De Am♥r

De seguro Berenice criticaría el título...

Regresé al baño, y bueno, lo que sigue... lo que sigue ya es otra historia.

*Y vivieron felices...
y cuando se vive feliz no existe el fin.*

